MANUEL SANGUILY

...URSOS Y CONFERENCIAS

TOMO II

HABANA.

—

...ta y Papelería de Rambla, Bouza y C.ª

Pi y Margall, núms. 33 y 35.

1919



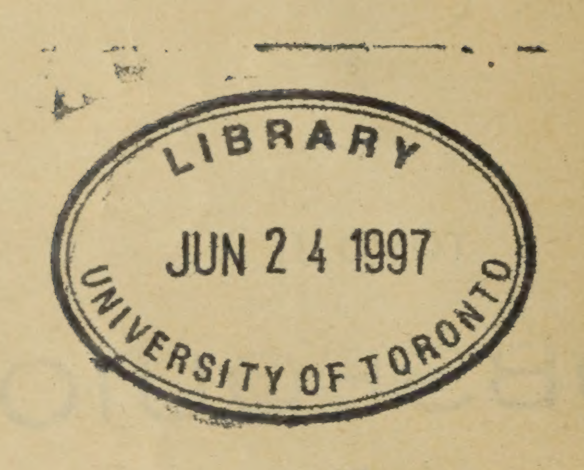
MANUEL SANGUILY

DISCURSOS Y CONFERENCIAS

TOMO II

HABANA.

Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y C.ª
Pi y Margall, núms. 33 y 35.
1919


LIBRARY
JUN 24 1997
UNIVERSITY OF TORONTO

1896

LA ANARQUIA ESPAÑOLA

Y EL

SACRIFICIO DE LOS CUBANOS

Discurso pronunciado en la velada que celebró en "Chickering Hall," el 27 de noviembre de 1896, el club profesional "Oscar Primelles," para conmemorar el vigésimo quinto aniversario del fusilamiento de los estudiantes de medicina de la Universidad de la Habana.

LA ANARQUIA ESPAÑOLA

Y EL

SACRIFICIO DE LOS CUBANOS

SEÑORAS Y SEÑORES:

Ayer este gran pueblo—setenta millones de seres humanos—, siguiendo la práctica conmovedora de sus antepasados, los religiosos peregrinos que sobre roca inhospitalaria fundaron, sin embargo, en el trabajo y en la virtud, una nueva sociedad que, desligada del mundo viejo de que habían salido huyendo, abrió horizontes más esplendorosos a la conciencia y a la vida, consagraron el día a regocijos públicos y singularmente a dar gracias a Aquel a quien atribuyen la prosperidad y la ventura de su país, por los beneficios que su mano omnipotente derramó sin tasa sobre ellos, durante doce meses envueltos por si-

niestras nubes, a cuyo término han visto, rasgando las primeras nieblas del invierno y coronando la vejez del año como de diadema celeste, lucir risueño el Sol encima del dombo majestuoso del Capitolio.

Y ayer mismo, ayer también—a muy poca distancia de los banquetes, de las ceremonias del culto, de la gran festividad nacional, en que los ricos se acordaban de los pobres para servirles pan, en memoria del Cristo que dió el ejemplo sublime del amor que se engrandece y purifica en la piedad por el que sufre o mendiga—, otro pueblo del continente en que se revuelven y chocan los residuos nocivos del pasado y los gérmenes saludables del porvenir, contemplaba con mirada sombría, en que no vibraba seguramente ningún rayo de la divina gracia, un espectáculo muy diverso en que se cifra y compendia su propio lastimoso destino: mientras aquí reinaba el contento, allí reinaba el dolor; mientras aquí se celebraba la fiesta de la vida, allí se celebraba la fiesta de la muerte; aquí los hombres libres renacían a la esperanza;

allí los hombres oprimidos se despedían de la existencia; aquí podía haber religión, alentar la fe, pensarse en Dios; aquí podía volar hasta su altura radiante en el aleteo de la oración inmaculada la ofrenda del corazón agradecido o del corazón enamorado; allí la conciencia envuelta en sombras espesas sólo tiene espacio para abrigar como inmundos huéspedes de las cavernas y gusanos repulsivos de la podredumbre, el odio, la maldición y la blasfemia! . . . .

Al mismo tiempo que recorrían como ángeles invisibles los ámbitos inmensos de esta nación afortunada la esperanza, la caridad, la beneficencia, la paz, derramando la esencia misteriosa de la vida y sembrando en los aires y en los corazones vigorosos destellos de la bienaventuranza, el patriota cubano, recogido en su tristeza, envidiando la felicidad ajena, sentía pasar sobre su cabeza amenazada los mensajeros infernales, el rencor, la ira, la venganza, empuñando la guadaña de la muerte y escoltando esqueletos amarillos, como bandadas de

buhos cuyas alas extendidas sumían en la noche la isla infortunada, y envolvían y aprisionaban el corazón de sus moradores en un crespón ensangrentado de tinieblas.

Ayer este pueblo se juntaba para las expansiones del júbilo y el recogimiento de la plegaria, satisfecho y feliz en sus recuerdos gloriosos, contento de su herencia de libertad, del patrimonio inapreciable que debe a la magnanimidad y a la inteligencia de antepasados laboriosos, amigos del hombre y fieles cumplidores de la ley moral. Hoy nos reunimos nosotros, cubanos expatriados, sin rumbo y sin porvenir acaso, sin lágrimas ya que derramar, cansado y adolorido el pecho de sufrir, entre imágenes de ajusticiados y banderas de combate, pensando en los muertos, en una fiesta lúgubre, para recordar crímenes, matanzas y abominaciones, dejando detrás incendios que muerden el cielo con los dientes rojizos de las llamas, caminando sobre un cenicero o con los pies entre sangre encharcada, atada la mano con que quisimos—como Prometeo—arrebatar la luz divina

del mundo, atravesado el corazón de dardos envenenados, roídas las entrañas por buitres carniceros, cargados de enorme cruz que nadie apiadado quiere ayudarnos a arrastrar, viendo con ojos que se salen de sus órbitas que—en cambio—los fuertes, los creyentes, los dichosos, rezan por sí, pero presencian sin conmoverse cómo los fariseos izan el madero en el Calvario empinado, y tienden en él y amartillan con alborozo, uno a uno, a un pueblo pequeño por su número, pero que por su generosidad, por su heroísmo, por la grandeza de sus aspiraciones, por su resistencia moral y patriótica, apenas si cabe en el planeta interesado y egoísta!

¡Ah! y desde ahí, oyendo rechinar las enmohecidas máquinas de tormento conservadas por el espíritu inquisitorial, en que la codicia, la intolerancia y el fanatismo quiebran los huesos de los filipinos, para espanto de la misma Asia cruel y despiadada; oyendo crujir sus propios huesos; estremecida por la descarga que a cada momento despedaza al prisionero; desespera-

da por los suspiros del que tras reja de hierro ve correr los días tristes del cautiverio como el antiguo condenado a perpetuo *in pace* de agonía... decidme, vosotros extranjeros que ayer dirigíais vuestras preces a un Dios clemente, en reconocimiento de sus dones multiplicados, y vosotras, mis pobres hermanas desterradas, que temprano os arrodillasteis esta mañana ante el altar en que os figurabais presente a ese mismo Ser inefable que tan desigualmente reparte en la tierra su misericordia, ¿es ésta la hora en que Cuba crucificada puede, como el manso Galileo, pedir perdón para sus enemigos? ¡Ay! es para mí un prodigio sublime que hayáis bendecido a Dios esta mañana, cuando España no preparó nuestro corazón ni para el temor de Dios ni para el amor del prójimo: asomaos, si no, al pasado, evocadlo, y veréis que es un abismo de sombras que exhala vapores de batalla y matadero; prestad el oído, y sentiréis subir oleadas de gemidos y sollozos, mezclados de maldiciones y blasfemias... y como de ese fondo revuelto

en que jura el soldado rudo, vocifera al robar el patriota falso, tortura los cuerpos el fraile inhumano y peca el sacerdote hipócrita entre salmodias y oraciones, surgió a su hora cada una de nuestras almas, si no hemos perdido la memoria, si conservamos la fidelidad de la conciencia, tendremos que reconocer que ningún infierno hierve ni resuena con más estridente sinfonía de tantas voces de lástima y alaridos de espanto, que el alma de los pueblos esclavos. En la sima del nuestro no canta el coro de la vida dichosa, no vibra el arpegio de la esperanza, no se enciende la palabra beatífica que alienta y que bendice; sino que sólo se escuchan anatemas y rugidos; ayes desgarradores y feroces imprecaciones; el chasquido del látigo; el grito de la carne destruída; el martillo que clava levantando el cadalso, y el cadalso que cruje al peso de los condenados; el redoble del atambor de los fusilamientos; el rechinar de las cadenas; el choque de las armas; las descargas retumbantes; aullidos de fieras hambrientas; lamentos des-

fallecidos; estertor de moribundos; rumor oceánico de pasiones y dolores que mugen como oleaje de lejano subterráneo, desde donde, no obstante, ascienden a la vida las almas ceñidas de luz, aspirando al cielo, prendadas del bien, antes inclinadas al perdón que sedientas de venganza, afanosas por destruir el pecado, dispuestas al sacrificio si fuere preciso para que triunfen en el seno de la humanidad los principios que la redimen y purifican, sobre las obras impías que la afligen y la manchan.

Mas, si nos junta ahora la sombra de la muerte que hasta aquí se proyecta desde el fondo de nuestro pasado, no debemos envolvernos en ella como en un sudario, sino buscar en sus secretos la clave y la esperanza de la vida, para penetrar—si no consolados, fortalecidos como a virtud de elíxir maravilloso que restaura del desfallecimiento de la lucha—en el alba risueña y perfumada del porvenir; pues menos que a compungirnos en balde por los que perecieron a nombre y por culpa de España —y ya que la raíz de nuestra conciencia

brota, como la yerba verde y las flores silvestres, de los sepulcros olvidados—, hemos venido aquí a procurar comprender por qué lloraron y perecieron, y por qué tantos gimieron por ellos y fueron tan desventurados; venimos aquí—sin odio, pero con amargura profunda; antes animados de espíritu de rectitud que de mezquino espíritu de venganza—a remover una fosa enorme, abierta siempre como fauce del abismo que clama contra las iniquidades y los errores del mundo, y en que se encontrarán más lástimas y daños de las almas que despojos inanimados de los cuerpos, para que nos descifre el pavoroso arcano, para sorprender en su fondo misterioso el secreto de las agonías del pueblo infeliz que los vió caer en él despedazados, y las propias indecibles agonías de los que allí se hundieron y están allí confundidos e identificados con la tierra que un tiempo los nutriera, como polvo de su polvo; confundidos e identificados en la memoria de los vivos con la sociedad que los produjo y amoldó, como carne de su carne y alma

de su alma; inmortalizados por la muerte; consagrados por el sufrimiento y el sacrificio; realzados por el martirio a la santa categoría de símbolos de nuestra fe sublime, al punto que su tumba brilla con el resplandor de un tabernáculo, como altar sagrado que iluminan y aroman perennemente nuestro amor y nuestra piedad, y al cual no debe acercarse ningún hombre compasivo y justo sino para abominar de la brutalidad y la protervia, donde han debido acercar los cubanos a sus hijos pequeñuelos para hacerles jurar—a la manera del niño cartaginés en obediencia al previsor patriotismo de su padre—que mientras haya en la isla profanada mercaderes que la saqueen y soldadesca que la deshonre, sólo gritos de guerra y de gloria asustarán a las gaviotas de la mar vecina y despertarán al dormido cóndor de la empinada distante cordillera; donde, en fin, nos acercaremos todos apaciguados—los hombres enarbolando las banderas rasgadas y triunfantes y las mujeres cargadas de ramos de laurel y coronas de siemprevi-

vas—para honrar a los héroes y pedir a los mártires el perdón de aquel crimen horrible y tantos otros crímenes innecesarios e impíos, el día radioso y alegre del continente y de la historia en que la libertad haya aplacado los manes de las víctimas consagrando en nuestra patria el imperio de la justicia!

Mientras tanto, aquellas circunstancias sociales y políticas que prepararon, que hicieron posibles y determinaron al cabo tantos vejámenes impunes, han permanecido en su esencia inalterables, y lo que es más horrible y pasmoso, han subsistido tan vitales y eficientes como antes los mismos elementos y factores que constituyen una sociedad excepcional condenada sin remedio a la desventura y expuesta a cada instante a las irreprimibles conmociones de la fuerza; condenada a vivir inquieta y sin contento breves períodos de aparente calma, para volver a retorcerse y agonizar desesperada entre llamas y hecatombes. Por eso, una vez más en esta última mitad de un siglo para nosotros tormentoso y

ensangrentado, estamos combatiendo contra España por la libertad, por la patria y por la vida, hartos de la perfidia, la explotación y el vilipendio que caracterizaban una paz forzada en que no existían entre el cubano avasallado y el español codicioso, egoísta é hipócrita, las relaciones racionales y necesarias de derecho, que son la condición y el asiento de la prosperidad pública y la ventura individual; sino el predominio real y efectivo de un pueblo europeo sobre un pueblo americano, a la sombra venenosa de leyes inicuas de propósito confeccionadas para afianzar y a un tiempo cohonestar un estado social cuyo ambiente era la mentira, cuyo fin único y universal el lucro, cuyo fundamento más o menos disimulado la violencia. En incesantes declamaciones se proclamaba, como sigue proclamándose todavía, que Cuba era la joya más preciada de la corona castellana, que era una prolongación en esta América de la madre patria de Europa, el último y más amado resto de una época gloriosa y estéril termi-

nada en la desgracia y la decadencia; la tierra encantada que por recordar y resumir tantas inútiles hazañas del Descubrimiento y tantos ensueños ambiciosos desvanecidos en tristísima miseria, merecía la predilección maternal de la nación que, fundando en ella orgullo y esperanzas, ansiaba tan sólo su esplendor y su dicha; pero seguramente estábamos equivocados al llegar a creer—como creyeron al menos muchos compatriotas nuestros—que España reconocía la existencia del pueblo cubano como descendiente suyo, y le reconocía también, o habría de reconocerle, como consecuencia indeclinable de su parentesco y de su variedad—por sus condiciones peculiares—, el derecho de regirse por leyes que consagraran y amparasen su personalidad y su autonomía, por ser un pueblo lejano, si español por la cepa y el idioma, modificado por otros elementos étnicos, y porque era un producto, en el orden universal, en cuya formación había influído por el tráfico y la vecindad una civilización americana de especie muy distinta de la civi-

lización europea, y en que habían brotado fatalmente un ideal de derecho y aspiraciones políticas muy diversos de los que inspiraba la educación tradicional de los españoles; aunque lo que España tuvo siempre exclusivamente en cuenta fué su derecho histórico a la ocupación y disfrute de la isla como dominio nacional, y el propósito mercantil de sus hijos emigrantes al detenerse en ese apartado solar, de realizar en pocos años de ausencia su fortuna privada, coadyuvando en compensación, menos que al sostenimiento de las cargas públicas y al fomento y cultivo del país, a asegurar el provecho que de él obtuviesen el erario y el comercio de la Metrópoli.

De esta manera sobrevinieron dos consecuencias paralelas y desastrosas. Por una parte, la industria y el comercio de España iban ligándose por múltiples lazos a la vida agrícola y mercantil de Cuba, y aun la hacienda y el crédito, la economía general del pueblo español, iban dependiendo más y más de la paz material y la producción de una colonia ultramarina que

era muy difícil y comprometido regir desde tan lejos; a tiempo que por los errores, por los desafueros y por el absurdo sistema de administración y gobierno, haríase por necesidad más precario el mantenimiento de la quietud en un pueblo donde —por otra parte—siquiera la soberanía radicase en la Península, los más ricos e ilustrados, que monopolizaban antes de la revolución de septiembre la influencia social y que en su mayoría eran cubanos, tenían que ser también, o pretenderían ser los inspiradores naturales y legítimos de las tendencias y propósitos políticos referentes a la tierra de su nacimiento. Estas y otras especialísimas condiciones fueron ocasionando el dualismo cada vez más acentuado e irreconciliable de la población de la isla que puso frente a frente, como adversarios primero y al cabo como enemigos, a los que habían nacido y moraban permanentemente en ella, y a los que en sucesión nunca interrumpida inmigraban por tiempo determinado para medrar y enriquecerse, soñando siempre volver cargados de

despojos y transformados en señores y potentados a la tierra empobrecida e inculta de donde salieron miserables y humildes.

Notad que este mismo procedimiento y estos mismos propósitos fueron los propósitos y el procedimiento de los españoles que arrostraban los azares del océano ignoto y los riesgos del clima nuevo para venir, en la centuria décimosexta, a saquear las Indias deslumbrantes; y con tales miras, conservándose idéntico el carácter nacional, teniendo que producir con su dureza ingénita y por su codicia arrolladora el mismo despego y en definitiva aversión incontrastable, no es posible sorprenderse de que considerasen y tratasen a los cubanos como habían considerado y tratado a los otros colonos americanos; como consideraron y trataron a los indígenas. El menos avisado hubiera comprendido que desde el principio del siglo iban acumulándose necesariamente los combustibles de inmensa conflagración y tras sucesivos estremecimientos y sacudidas en que el trueno de vez en cuando removía el suelo agrietado

anunciando la próxima ruina, sin que nadie—a pesar de todo linaje de advertencia y de consejo—quisiera evitarla, estalló en 1868 el gran conflicto, la lucha mortal entre los españoles que, en connivencia con estrechos y desconsiderados intereses de castas y monopolios, pretendían que la isla de Cuba fuese siempre una vasta propiedad que aprovechasen como dueños los que—sin principios, sin moralidad y sin escrúpulos—venían a acamparse con insolencia en ella, como en tierra de indios mansos y candorosos, y los cubanos que por arraigar en su suelo y respirar en el ambiente americano reclamaban para sí los beneficios del derecho y pretendían que fuese su país una región honrada en su autonomía, próspera y feliz en la cultura, y no cuartel de asalariados forasteros, factoría de mercaderes trashumantes, festín de ladrones y granujas, hartazgo de advenedizos y descamisados, barraganía de burócratas corrompidos, inmundo lupanar en que se entregaban a una orgía sin fin, todos los vicios y concupiscencias nacionales!

Los rebeldes, a cuya cabeza estaban sus compatriotas más conspicuos por méritos personales o la cuantía de sus bienes, es decir, los más influyentes y populares, fueron combatidos con las armas y luego halagados con promesas de reformas por el representante de los que, a su turno, acababan de proclamar una revolución que desde el primer momento había roto el cetro de la monarquía y que, de igual modo que ocurrió en los principios de nuestra centuria entre las juntas provinciales de la Metrópoli y los sublevados americanos, carecían de bandera y de derecho para imponer por la fuerza lo que ellos mismos condenaban en nombre del progreso y el honor de la nación; pero alarmados los oligarcas españoles de la Isla, y recelando que concertada la paz sobre la base de una reformación radical en la estructura del país, perderían ellos su influjo tradicional en el gobierno en provecho de los naturales, urdieron una intriga formidable sin reparar en la iniquidad de los medios y sin pesar todas sus tremendas consecuencias. En tan-

to que combatían en la Habana las reformas que acababan de implantarse, iniciando una lucha doble y rastrera contra el nuevo espíritu de la revolución triunfante en la Península y la autoridad que había enviado a Cuba, interrumpieron en Puerto Príncipe las negociaciones entabladas, valiéndose de un vergonzoso y cobarde asesinato; y aprovecharon después los incidentes de la contienda para clamar por medidas extremas, al punto que llegaron a declarar que aquélla era una guerra de razas y que todos los cubanos, o su inmensa mayoría, eran infidentes más o menos enmascarados; hasta que, en suma, pidieron represalias y exterminio. Envueltos en la bandera de España aquellos farsantes, buscaban sólo, por esfuerzos de intriga y de maldad, suplantar a los cubanos prominentes por su riqueza, su posición y su cultura. Pusieron por obra, con ese fin, instigados por su ambición y su codicia, un sistema completo de maquinaciones que fué una conspiración contra el gobierno nacional y su representante, y sembraron continua-

mente la alarma, promovieron atropellos y arrebatos, mientras conquistaban con obsequios, halagos y festejos a las tropas que iban llegando, para garantizar su impunidad y aislar así—como lo consiguieron—a la autoridad superior, expuesta desde entonces a las veleidades y los impulsos de milicias de proletarios que tenían a su cargo la guarda de las ciudades y la guarnición de las fortalezas. Consideraban demasiado vacilante, demasiado conciliador y acaso demasiado humano al encargado del gobierno, y llegaron al extremo de enviarle una comisión de oficiales de sus cohortes para exigirle un cambio radical de política; llegaron a extremos inauditos, a todos los extremos, y muy pocas semanas después ya se les había prostituído hasta sancionar crímenes infames y escándalos sin nombre. En tal virtud, los rebeldes del campo fueron combatidos a sangre y fuego por enemigos, y el cubano de las poblaciones amenazado, acosado, por sospechoso de serlo también; y mientras el Gobierno, por medio de las tropas, cazaba a aquéllos como

a fieras, los antiguos oligarcas, los viejos esclavistas españoles, que al amparo y para el esplendor de la trata habían amordazado y maniatado a Cuba, se lanzaban como hambrienta jauría sobre los bienes que el Estado había embargado para favorecer a esas catervas, que al arrebatar al cubano su propiedad o su existencia voceaban furiosas o contentas ¡Viva España!, afirmando así, por propia confesión, que España significa el asalto y la rapiña, el despojo y el crimen, ya sea contra el indígena o el africano convertidos en bestias de carga y condenados a impía servidumbre para sacar oro de las entrañas de la tierra o extraer oro del néctar de las plantas; ya sea contra el árabe expulso, el morisco exasperado o el judío enriquecido, que siempre, para cometer y encubrir sus grandes crímenes contra la especie humana, ha invocado su feroz hipocresía—el nombre de Dios y la santidad de la religión al sacrificar al hereje para robarlo—o el nombre de España y la santidad del patriotismo al asesinar a sus colonos para saquearlos; y salta de

ira e indignación el pecho al recordar que apenas comenzó aquella guerra que ellos mismos habían provocado, enseñaron a las turbas armadas en defensa de la integridad nacional y so pretexto de velar por la ley y por el orden, en medio de cubanos inermes e inofensivos, cómo por el prestigio de fórmulas vacías y de divisas sin sentido ni valor histórico, sin motivo, sin razón, sin finalidad legítima, a impulsos de sentimientos feroces, se va por el camino sangriento de la sedición y el escándalo y en hombros del desenfreno y la barbarie a la conquista del predominio y del botín; ahí están frescos en la memoria los horrores y atrocidades que presenciaron la capital y otras poblaciones de la isla desde los comienzos del año aciago de 1869; en pocos días desaparecieron las llamadas libertades del mes de enero; se llenaron de presos los castillos para salir muchos de ellos confinados a mortífero presidio de la costa africana; el transeunte que llevaba puesta una corbata azul caía muerto en medio de la calle y a la luz del día; la función teatral

suspecta era interrumpida por descargas cerradas; la casa del modesto vecino allanada; el palacio del poderoso asaltado y pillado... Convertida en campamento de genízaros sin ley, que a su vez eran víctimas e instrumentos de manejos ocultos de logreros y traficantes de carne humana, y ora dominados por pasiones brutales, ora disparados por bebidas embrutecedoras, y siempre azuzados, aguijoneados hasta el azoramiento ciego y feroz de una piara bravía, la ciudad anárquica y envilecida fué quedando a merced de las masas ensoberbecidas e indisciplinadas, y los cubanos que pudieron huir, en número de más de cien mil precipitadamente emigraron indignados y entristecidos de un país entregado sin defensa a los viles intrigantes y a la plebe criminal.

Después, los más bajos, los españoles que luchaban afanosamente por abrirse paso entre la chusma y los potentados, comprendieron que había llegado su hora de participar en el gobierno y en el saqueo; tenían el mismo derecho a la presa; pero

eran más menesterosos, disponían de mayor audacia, contaban con su absoluta carencia de sentido moral, y quisieron ganar y ganaron a los otros en velocidad. Su vocero y heraldo fué aquel famoso diario que titularon sarcásticamente *La Voz de Cuba*, atalaya de la llamada honra de España, centro de las cábalas ambiciosas, fábrica de facciosos, guía de los tumultos, baluarte de opresión constantemente afanado en lanzar en aquella atmósfera de fuego—como nuncios de tormenta y mensajeras de muerte—patrañas y quimeras de sangre, para exacerbar en su ralea esa pasión patriótica endurecida y fulminante; para infundirle inquietud recelosa y desconfianza mortífera; para atizar el odio inflamado hacia el cubano desvalido; para avivar el temor de asechanzas traidoras y conspiraciones desastrosas, produciéndose por tal manera un estado mórbido en la muchedumbre imbécil y visionaria, el delirio de persecución y el delirio de patriotismo que convierten al que los padece—como al jacobino infalible e inexorable—

en verdugo satánico que santifica todos los crímenes como se cometan por su furia invocando la salud pública, y consagra y alimenta la voracidad del patíbulo como ley soberana y suprema panacea.

En esta situación de ánimo, el aventurero más procaz es un ídolo inviolable, y el jefe que no destruye milagrosamente al enemigo, merece grotescas serenatas y silbidos; el funcionario que acoge al que se rinde, merece recriminacions y denuestos: la autoridad que no se muestra tinta en sangre, aunque sea de inocentes, merece persecución rencorosa, y aun el que encarna a su vista la nación y representa su historia, su poder y su espíritu, si no aplica una sola ley—la que siempre impone la muerte—para los que son sospechosos a la multitud anónima, usurpadora y desenfrenada, aunque no exista fundamento para la sospecha, merece la ignominia de tumultuaria deposición; justo castigo por haber consentido o decretado tantas infamias que arrojaron su nombre y su autoridad a los pies de la canalla!

El día que a ese Gobernador Superior le arrebataron merecidamente el poder omnímodo con que por acuerdo y en representación de España desde 1825 regían los capitanes generales como plaza sitiada la isla de Cuba, ese día todos los crímenes, todos los horrores fueron posibles; ese día se decretó también en el arcano de la conciencia y de la historia el asesinato posterior de los ocho estudiantes de medicina, y se forjaron las cadenas de sus treinta y cinco compañeros. Aquel y otros infinitos sacrificios pudieron realizarse porque no existía para impedirlos o evitarlos un pueblo fortalecido por el derecho; porque nadie había preparado aquella sociedad para la reverencia de la ley y el imperio de la razón; porque allí no hubo más que apetitos y desorden; porque el temor secular a la Inquisición había habituado el labio a la mentira, y el espectáculo permanente de la hoguera primero, y luego de la esclavitud inhumana, había petrificado el corazón; porque el hambre prolongada y la miseria de la nación decaída y degradada habían

impuesto como necesidad suprema de todas las clases y como fin supremo de todos los anhelos, la codicia y la ambición; porque juntos e igualmente poderosos esos móviles incontrastables, habrían de producir una horda ignorantísima en que la fantasía sobrepujaba a la inteligencia abatida y raquítica, una manada de siervos que pasiones sin contrapeso fácilmente podían convertir en fieras arrebatadas y desoladoras cuando aquella espada formidable que se alzaba sobre todas las cabezas se quebrase en mil pedazos sembrando el suelo de cuchillos afilados que las bandas de foragidos podían recoger impunemente para realizar a mansalva la universal degollación; en tanto que los cubanos, suspectos y amenazados, sin armas para defenderse, sin organización ninguna, sin derechos ni garantías, sin el vigor que presta la conciencia clara del deber y la solidaridad, rodeados de enemigos, convencidos de su impotencia, temiendo por momentos un desastre, sin otra perspectiva que el destierro o el cadalso, sin esperar auxilio del insu-

rrecto, que luchaba desesperadamente en las montañas remotas; sin esperar amparo de la nación, cuyos resortes habían saltado, y sintiendo con frecuencia trepidar la tierra, no eran—en aquellas horas en que la autoridad fundada en la fuerza desaparecía ante la fuerza—sino una tribu dispersa y amilanada, recluída en sus viviendas, sumida en angustia e incertidumbre mortales, cuando por las calles desiertas pasaban las patrullas de patanes cantando y blasfemando y sólo se oían por todas partes—como los crujidos de la ciudad desquiciada—el ruido de las armas, las notas agudas del clarín y los gritos de *¡mueran!* cavernosos y continuos...

En ese medio tenebroso y volcánico se lanzó contra los estudiantes la acusación terrible. Era positivamente una calumnia miserable; pero ¿quién iba a averiguarlo? ¿quién querría averiguarlo? Y si alguien lo averiguaba, ¿para qué lo hacía, cuando ahí estaba la turba para decidir, y la turba, desatendiéndose de la calumnia, mantendría la acusación? Pero si hubiera

vacilado, si hubiera visto atravesar por sus visiones sangrientas la duda generosa, cual blanca rezagada paloma en cielo de tormenta, todas las alimañas de aquel lodazal, todas las infamias, todas las bajezas silbarían como serpientes en el oído de la bestia, se enroscarían en su corazón derramando el veneno del odio, hasta que ciega y espumante lanzase al viento de la tempestad sus bramidos de muerte! Y así fué: los acusados fueron presos en masa, y desde ese momento la ciudad concentró su ser en aquel incidente, como si presintiese una tragedia pavorosa: suspenso el tráfico, sobrecogidos los cubanos, agitados los españoles, parecía que lúgubres cendales de sombra descendían sobre las almas y poco a poco envolvían la población sobrecogida, mientras un soplo frío helaba los corazones anunciando la proximidad de la muerte: fueron dos días de inquietud indecible y vagos siniestros temores, a que sucedió otro día de espanto en que se revolvieron las aguas del pantano y olas encrespadas, furiosas, inmensas, se hinchaban en

combas sombrías para rodar con estrépito y deshacerse en la espuma del ultraje contra los hogares atribulados. Entre los montones de gentes desaforadas que alrededor de la prisión interrumpían sus libaciones para lanzar blasfemias sacrílegas, rondaban algunos hombres desencajados, viendo cómo cada minuto ennegrecía las conciencias, cómo por su lado no pasaba ningún ser humano a quien implorar clemencia, a quien pedir justicia... eran padres desesperados que vinieron hasta allí creyendo que podrían comparecer ante un tribunal que tuviese por norma la ley y por único propósito la investigación de la verdad, y sólo veían a pocos pasos una farsa inicua, pensando que más lejos sus compañeras temblorosas aguardaban un mensaje que fuese como rayo de sol en la negra desolación de su espíritu; pero en ningún hogar brilló el iris ansiado de esperanza y de consuelo, y en la tarde triste, nublada, la madre muda, endeble y pálida como un lirio, destrenzada la cabellera obscura, fija en lo alto la mirada llorosa, abrazada por los

niños más pequeños aterrados, como si tuviesen conciencia del desastre; rodeada de sus fieles servidores angustiados y de cariñosas amigas arrasadas de lágrimas, de vez en cuando volvía los ojos a la puerta entornada; pero cuando la sala silenciosa y hasta la arboleda frontera fueron envueltas por la noche, el paso vacilante y sonoro del padre que volvía interrumpió la expectación desgarradora suspendiendo en todos los corazones la vida, y en la tiniebla de la casa y de las almas levantó un brazo fantástico hacia el cielo, a tiempo de exclamar ¡llora a tu hijo! en una explosión horrenda de sollozos!

Casi a la vez, la ciudad, unas horas antes asordada por furiosa gritería, recobraba la calma perdida, bajo la paz del firmamento azul, hasta donde no llegaron seguramente ni la algazara de los sacrificadores, ni los ayes lastimeros de tanto pecho destrozado; y a la luz de aquel semillero de estrellas que parecían brotar más plácidas a la desolación y la tristeza que velaban, la bestia, cansada y harta, para dor-

mir tranquila, se echó sobre un charco inmenso de sangre inocente!

Y si alguien se atreviera a objetar, en vindicación de España, que aquélla fué una desgracia lamentable, pero una desgracia fatal ocasionada en un momento de ofuscación, en la ofuscación que tiene por excusa el patriotismo exaltado en la creencia errónea de que las pobres víctimas habían herido, con el supuesto sacrilegio de profanar la tumba de mártires venerandos, sentimientos que trastornan y despeñan... yo le respondería que eso es mentira; que hubo cuatro días para cerciorarse de la verdad; que la verdad desde el primer momento estuvo patente; que todos los que debieron verla la tocaron con sus manos; que nadie quiso alegarla, ni nadie consintió oirla, y que el único que por deber la alegó resueltamente estuvo expuesto al sacrificio; que allí no hubo sino una farsa colosal, más infame que colosal; una venganza de ocasión para saciar rencores de casta; y si entre tantos miles de españoles que en aquel trance tuvieron continuamen-

te en sus labios el nombre de España, se quiere sostener que no estaba España, hay que preguntar entonces si España no está en los actos, en los sentimientos y en las ideas de los españoles, y qué otra clase de españoles hay en este mundo que no sean ésos que prepararon, ésos que azuzaron, ésos que cometieron el crimen nefando, y los otros que no lo impidieron, los otros que lo sancionaron, los otros que lo mantuvieron siempre impune, a pesar de las reclamaciones de los gobiernos extranjeros a los sucesivos gobiernos peninsulares, a pesar de las gestiones que estableció el de los Estados Unidos, cuyo presidente por entonces, el ilustre general Grant, al sugerir a España que reprobase "las atrocidades (decía) de que Cuba ha sido el teatro por tanto tiempo," declaraba que aquella sentencia inaudita que trazaron las bayonetas "ultrajó la humanidad, desafió la civilización e hizo irrisión de la justicia".

Y España no reprobó jamás el gran crimen que se había cometido en su nombre; porque en nombre de España prendieron,

insultaron, condenaron, mataron los voluntarios; porque España estaba en la cobardía de las autoridades, en la indignidad del gobierno, en la complacencia ruin del tribunal improvisado, en la prensa embustera y atizadora, en la baba del tumulto, en el lodo de las almas, y ¡viva España! dijeron al pedir las cabezas angélicas de los presos; ¡viva España! cuando anunciaron que ocho morirían; ¡viva España! cuando rodaron deshechos; y en la saturnal de tantas bajezas y maldades, en el hipo horrible de la borrachera repugnante, brotaba de las conciencias crepusculares, como vaho del averno, ese grito siniestro que nunca resonó en el mundo sino cuando alguien iba a morir o acababa de ser sacrificado en el cadalso!

Mas si se duda que el odio solo inspiró y consumó aquel atentado, averiguad cuáles fueron los grandes merecimientos de aquél que convirtieron en su ídolo los voluntarios, y cuyos restos mortales jamás habían perdido la quietud del sepulcro, y pronto os informarán que sólo consistieron

en la aversión implacable hacia el cubano y en la defensa inconsiderada del régimen despótico que oprimía y humillaba a su país.

Y los demás estudiantes que no murieron... ¡ah! dos, que eran peninsulares, porque eran peninsulares, y uno más, que era extranjero, porque era extranjero, fueron exentos de toda pena; los demás, todos los demás, a la mañana siguiente muy temprano—con el corazón lacerado y llevando delante de los ojos, enrojecidos de llorar, la imagen palpitante de sus ocho amados infelices compañeros cuando se despedían para siempre de ellos—salieron del presidio camino de las Canteras y... aquí está presidiendo uno de ellos esta conmemoración que le sume conmovido en recuerdos espantosos..... Preguntadle: la hora de la exaltación había pasado, las sierpes de la Medusa reposaban ahitas, y sin embargo, fueron transformados de estudiantes delicados y alegres, de hijos mimados, en presidiarios aún más odiosos para sus guardianes que los que la ley había condenado

en justicia como reos de delito común; por lo que sin compasión se les vejó, se les apaleó, se les trató con desprecio y ensañamiento. El puede presentaros como reliquia de su martirio y testimonio de la atrocidad de su destino, los pesados grillos de hierro y el traje infamante que desfiguraba el cuerpo y afligía el espíritu, y referiros los episodios irritantes de su tristísima historia; cómo pasaban cada día por calles concurridas que poco antes habían recorrido venturosos; cómo los maltrataban los brigadas soeces; cómo los agobiaban de trabajos durísimos, y cómo regresaban doloridos del esfuerzo y de los golpes, cansados, rendidos.... pero cómo también, en las esquinas, en las azoteas, al ir a las Canteras y al volver por la tarde, seguíanles las miradas húmedas, y tras las celosías, algún pañuelo al agitarse febrilmente denunciaba ojos inundados de lágrimas y corazones inundados de tristeza, por lo que al penetrar en la inmunda prisión, si encontraban helado y duro el suelo, infecto el aire y siniestra la noche, se dor-

mían risueños en la albura de sus conciencias, como si se sintiesen amparados por las bendiciones de sus paisanos y santificados por las piadosas oraciones de sus paisanas.

Meses después, la insistencia de la diplomacia extranjera y el convencimiento—bien que nunca confesado—de su inculpabilidad conmutaron el presidio por la deportación, hasta que, concluída la guerra, pudieron al fin volver a su país; y diez y seis años adelante, uno de ellos, que se había prometido vindicar la memoria de sus compañeros asesinados, la mañana en que iban a extraerse del Cementerio, para ser trasladados a España, los restos de don Gonzalo Castañón, apareció junto al nicho, y allí—frente al hijo y varios testigos—hizo certificar que aquella tumba no había sido profanada nunca y que, como el mismo día del entierro ruidoso, la lápida, el cristal exterior y el atáud de hierro estaban absolutamente intactos!

Entonces, por primera vez, ante la prueba de una infamia tan sangrienta y enco-

nada, de que todos estuvieron siempre convencidos, pudo manifestarse la conmiseración del pueblo cubano con la erección de un monumento en el campo santo nuevo. La última ocasión que pude acercarme para contemplarlo, me llevó a él, con la fascinación del misterio, ternura misericordiosa, recordando que yo había conocido y amado con el afecto generoso de la niñez a dos de ellos, de los cuales no quedaban ya sino algunos huesos agujereados.... La tarde declinaba en agonía silenciosa, el cielo encapotado iba ennegreciéndose, y ráfagas—como suspiros dolientes de mujer—recorrían la necrópolis de mármol, exhalando efluvios que embalsamaban el aroma de los jazmines, el geranio y la verbena...

Allá a lo lejos, debajo de la mole del cercano castillo, la ciudad miserable y afanosa murmuraba en el sordo y vago rumor de la vida que llegaba hasta mí, mientras meditabundo y triste miraba yo fijamente en el umbral de aquellas puertas del basamento al ángel de la muerte que proclama la inocencia de las víctimas... y

llegué a figurarme que acababa de abrirlas con violencia de par en par una racha tempestuosa, y que brotaban de ahí como de fuente inagotable raudales de gemidos que me transportaron a los días de espanto y de barbarie, pareciéndome en mi angustiosa cavilación que la imagen de piedra crecía, y se alzaba, más alta que la elevada pirámide, y de sus ojos—como en la visión del bardo florentino o en el coloso del profeta bíblico—saltaban cascadas de lágrimas que corrían en dos ríos inmensos y mezclaban sus caudales para separarnos más, para separarnos más profundamente que el mar, de esa gente que ha ensangrentado el mundo con la mano de tantos verdugos; porque no es el clima, no es el océano, no es la naturaleza lo que divide, contrapone y aleja para siempre de España a la isla de Cuba, sino los horrores de la historia y las iniquidades de los hombres, el sacrificio incesante de los cubanos y el llanto inconsolable de las cubanas!

1896

JOSE MARTI
Y LA REVOLUCION CUBANA

Discurso pronunciado en Chickering Hall, Nueva York, la noche del 19 de mayo de 1896, en la reunión pública que organizó el Cuerpo de Consejo del Partido Revolucionario Cubano para conmemorar el primer aniversario de la muerte de su fundador.

JOSE MARTI
Y LA REVOLUCION CUBANA

SEÑORAS Y SEÑORES:

Para conmemorar el día aciago en que la devoción patriótica más ardiente y conmovedora quedó coronada en los brazos de la gloria con la fúlgida aureola del martirio; para honrar una gran memoria que difícilmente podrían marchitar ni los años ni el olvido, la vida melancólica, aprovechada y fecunda, tan merecedora de generosa emulación como de amor sincero, esa vida sencilla y a un tiempo apocalíptica de un hombre que padeció, como si llevara el corazón atravesado de lanzas encendidas, el suplicio de sentir como suyos los dolores de su pueblo, y a modo de sed devoradora, el anhelo santo de su salud y su ventura; un hombre que desde la niñez, por triste y

augusto privilegio, parecía predestinado a vagar por el mundo sin calma ni alegría, como si las heridas jamás cicatrizadas de su patria hubieran abierto en sus entrañas úlceras incurables y encendido en su mente la sublime idea de su redención, cual llama inextinguible que habría de consumirlo en holocausto propiciatorio ofrendado a la verdad y a la justicia, y para evocarlo al conjuro de la gratitud y del cariño, para bendecirlo, para reanimarlo en forma más alta y más pura que la imperfecta y transitoria forma mortal, estamos aquí congregados, se habrán congregado también, seguramente, a par de nosotros, cuantos cubanos moraban de antiguo en la tierra extraña por voluntario destierro, o han ido desparramándose al través de los continentes desde que, estremecido por el fuego revolucionario, el suelo antes tranquilo de la patria abre de improviso, para expulsar a sus odiosos detentadores, las grietas de oculto volcán que lanza contra el cielo bocanadas de ceniza e ilumina con siniestro incendio la noche silenciosa del

océano, y aun aquellos compatriotas nuestros que quedaron en las ciudades españolas, en el rincón sombrío de su hogar, asiento ahora de la zozobra o la desesperación, durante este día, tal vez en este momento mismo, sintiendo con nosotros, a compás los corazones todos, como si batieran una marcha fúnebre, como el inmenso gemido de nuestro dolor, como la estrofa marcial de la victoria, pronunciarán con reverencia, enorgullecidos y apiadados, el nombre inmortal de Martí; porque ahora ese nombre es para todos los cubanos el símbolo de la patria viva, la cifra y compendio de su fe, de su virtud y de su grandeza.

Antes de caer para levantarse más alto, debió sentir delicia inefable y satisfacción casi divina. Era un desvalido, carecía de bienes de fortuna, carecía de honores y títulos mundanos, carecía de cuanto en la vida social coloca a los hombres, por el accidente o el pasado, en condiciones de mandar y ser obedecidos, y, sin embargo, un gesto suyo ha ocasionado extraordinario trastorno y alarma universal. Extendió la

diestra débil y delicada en que no vibraba el acero teñido de sangre, y en el silencio y las sombras de la colonia vigilada e inerme, brotaron de la tierra, como los guerreros de la leyenda griega, legiones animosas de héroes resueltos al último combate. Quien parecía estar solo ha roto el equilibrio general del comercio, ha puesto en peligro una monarquía desdeñosa y opresiva, ha puesto en peligro también la paz de las naciones; y si pudo inquietarle, en su postrer momento, la angustia de la incertidumbre y el religioso horror de lo desconocido y venidero, sentiría, en cambio, el orgullo de los dioses, la fruición sobrehumana de haber creado, de haber impreso en el mundo su voluntad, de haber influído poderosamente en el destino humano, de haber desatado la tempestad que purifica, de haber dictado a los hombres y a la sociedad mandatos supremos, que son del exclusivo patrimonio de los inmortales, y, por encima de todo, sentiría la dicha incomparable de haber vivido su pueblo y él sufriendo el mismo martirio, atormentados por una

misma aspiración, identificados así por el espíritu, por el corazón y por la conciencia, pero preparado él, como por inescrutable arcano y soberano ordenamiento, a ser el verbo de salvadora doctrina, el apóstol y el mártir de una grande, santa y poderosa idea.

Su genio se manifestaba bajo el vario aspecto de la inteligencia, el amor y la resolución; pero enardecidos y flameantes por el influjo de su corazón, que hervía en su pecho como una fragua, y su genio, en vez de revelarlo como un gran poeta, fijó su destino personal haciendo de él un orador cubano y un político revolucionario.

Donde la mayor parte de sus paisanos, y la más favorecida de dones del entendimiento, veía la ley, el orden y el progreso, él veía sólo el desorden, el estancamiento y la fuerza, y mientras casi todos creían inconmovible la paz pública, él estaba seguro de que la guerra pronto encontraría la ocasión favorable de sacudir el continente incompleto y desequilibrado... Y es que acaso era el único que no se equivocaba,

por amar de veras la libertad, que veía falseada o mal servida en su tierra, y por amar a su pueblo, que consideraba calumniado por los que lo explotaban, y aun por los mismos que, procurando e invocando su ventura, desconfiaban de sus aptitudes para ser feliz en el ejercicio normal de su absoluta soberanía, y—probablemente sin quererlo—contribuían, no obstante, a su despojo e ignominia. Unos y otros—los que no se cansaban de estrujarlo y los que sin razón lo desdeñaban—unían las manos que debieran combatirse sin descanso, para sostener el pílori del vilipendio y la agonía, proclamando ó murmurando que eran los cubanos gente mal avenida entre sí, corrompidos por la herencia y el ambiente, preparados para eternas mortales discordias, incapaces de vivir en sosiego sino bajo extraña tutela, siquiera su único destino fuese al cabo trabajar sin fruto, resignarse a la explotación en provecho de la ajena incorregible holganza, producir riqueza con el copioso sudor de su frente para la granjería de los ladrones; que Cuba no po-

día desligarse del sino adverso que la había condenado sin remisión, por culpa de pecados ajenos, a ser perpetuamente la estropeada odalisca de un sultanato depravado; que el infeliz pueblo cubano, en fin, había luchado en una guerra de desolación y de barbarie, mas por su buena fortuna y el interés comprometido de la civilización, había sido definitiva, irrevocablemente vencido.

Pero multitud de circunstancias a propósito mantenían en el alma de Martí la exquisita susceptibilidad moral y política y las ansias torcedoras del patriotismo. Había salido de la Isla cuando todavía a impulso de la antigua fe latía el corazón cubano, y repercutían a lo lejos los últimos truenos de la tormenta; y luego, había vivido en el destierro, en el comercio frecuente de los héroes vencidos, aquellos jefes ilustres e infortunados que por destino semejante al de los caudillos épicos de las narraciones homéricas, peregrinaron por mares y tierras sin reposo ni ventura. Renovaba así constantemente el recuerdo pun-

zante de sus prematuros agravios, como si llevara siempre colgados de su corazón los grillos que le remacharon a los pies por amar a su país a los diez y seis años, sin titubear en la temeridad de proclamarlo entre bayonetas homicidas. Había podido también, durante su deportación en la Península, observar de cerca a los explotadores de Cuba, y convencerse de la miseria, la incapacidad y la codicia indomable de la Metrópoli, de tal manera, que su brillante elocuencia de proscripto fulminó, aunque en vano, ante los sabios y los poderosos, en defensa de la causa por que a la sazón morían sus compatriotas, y para convencer de las ventajas y la gloria de levantar sobre las ruinas de la colonia rezagada una nueva y vívida república.

Desde entonces brotó en su ánimo el convencimiento de que no había otro remedio para males tan hondos que el heroico remedio de la guerra, y en cuanto se acercó a los vencidos inconformes, en la misma capital de la Isla, cuando la generalidad se entregaba al júbilo de una pacificación

superficial y estéril, como una protesta contra tamaña desventura y tan inconsolable caída, procuró la renovación de la lucha, y después de sufrir nueva deportación, y siempre, no veía, no vió más solución cabal y verdadera del conflicto permanente que la independencia de los cubanos, ni otro recurso para alcanzarla que la fuerza.

En la común desgracia, en el confinamiento forzado, la patria fué absorbiendo su ser, dominando en su sensibilidad, exaltando su fantasía, templando su resolución. Ante sus ojos soñadores aparecía aún más bella y digna de rendida devoción cuando la cruel nostalgia avivaba sus lamentos en presencia de la carrera, serena o revuelta, pero sin trabas ni deshonra, de pueblos por ningún título superiores, aunque más afortunados que el suyo; esa nostalgia indefinible y letal, más dolorosa y sombría en los largos inviernos del Norte, cuando encogido de frío el cuerpo, arde y vaga entristecida la fantasía poética, en medio de la nieve blanca que cae sin ruido como el paso de la muerte, bajo el cielo gris,

en el día breve, crepuscular y desolado, y más todavía en la noche prolongada en que el aislamiento aviva los dolores; y entonces, al pie de las palmeras que sollozan, frente a la colina alfombrada de hierba siempre verde, en el ambiente diáfano que espejea en la menuda polvareda de oro, y la embriaguez de la brisa perfumada de aromas penetrantes, entre flores maravillosas en cuyos sedosos pétalos vibra en el vértigo de sus alas el sunsún tornasolado, junto al bosque ribereño del mar en que el enamorado ruiseñor despierta los ecos de la noche con sus endechas no aprendidas, los ojos deslumbrados del amador distante veían surgir de las ondas mansas y azules, como la imagen divina de la patria, brindando con la dicha y las promesas misteriosas de la vida, la maga del ensueño, la risueña Nereida americana, desgranando perlas de su flotante cabellera en que lleva prendido al sol apasionado del trópico, que sobre su frente morena resplandece como la diadema de su gloria!

Mientras él vivía de este modo, absorto en la contemplación ideal que labraba en su espíritu, inundándolo de esperanzas y fortaleciendo su fe, los que aceptaron como el ejercicio de un derecho, y el cumplimiento de deberes que no pueden declinarse, la residencia en la tierra calcinada por el incendio y en el seno de aquella sociedad desmedrada y sin norte fijo, creían asistir a un retroceso rápido, a una transformación profunda de la conciencia pública, y consideraban perdidos los grandes sacrificios de tres generaciones; porque, con efecto, todo aparecía muy diverso a poco de haber terminado la contienda armada. El tiempo, y los accidentes innumerables en el mudar incesante de las cosas y los hombres, pasaron sobre el país, para borrar o alterar su antigua fisonomía, para ahogar el grito del dolor, para reprimir la ira, para olvidar al patriota vencido o desterrado, aun para lamentar su generoso empeño como extravío de la quimera, y para eclipsar y empequeñecer su ideal fecundo y antes prestigioso.

Martí, empero, creyó, cada vez con más firmeza, que también las circunstancias y los tiempos, por obra de la justicia escarnecida, irían decidiendo, antes que la fusión de dos pueblos diferentes y artificial y violentamente superpuestos, ni la concordia de intereses opuestos e irreconciliables, la forzosa separación de los espíritus, la hostilidad de los sentimientos, el antagonismo de los intereses incompatibles y la necesidad, quizás inevitable, de la final ruptura. Inspirado en esa convicción, tan legítima como sincera, se puso a trabajar desde el destierro, se consagró a la áspera labor de preparar las nuevas vías del destino, con tenacidad nunca desmayada, poniendo en juego sus apropiadas condiciones de carácter—la energía, la prudencia, la actividad asombrosa—y sus singulares condiciones de inteligencia, la poderosa fantasía, la riqueza, la idealidad poética, particularmente su gran palabra, en que la miel del afecto se mezclaba al óleo de la fe, la dulzura para amonestar con la pasión del catequista. Su tribuna, por lo mis-

mo, semejaba una cátedra sagrada en que el original apóstol aparecía como un infatigable misionero. Su oratoria extraña, empapada de religiosa unción, fulminaba a veces con el acento irritado de los profetas, aunque por lo común se abría mansamente como una rosa mística para exhalar celestiales aromas; que de sus labios vibrantes brotaba el discurso en arrullos de tórtola, como del ascua del incensario la nube perfumada; pero las ideas, que a modo de bandadas de blancas palomas volaban hacia los corazones como a sus nidos, con los últimos desesperados mensajes de la patria resonaban en el fondo del horizonte sombrío como el estruendo marcial de fantástico galope!

Mas apenas había dado los primeros pasos, sintió gotear sobre su corazón el acíbar del apostolado, y si su perseverancia no hubiera estado alimentada por la fe más viva, acaso habría debido vacilar y ceder, renunciando temprano a la empresa magna y a primera vista irrealizable; pero lo que en otro caso y otro hombre justificara

la renuncia y el retiro, en él, por su entusiasmo y su tesón, y por las circunstancias en que comenzó la agitación revolucionaria, selló su prestigio y afianzó su autoridad en la emigración, desde entonces unificada, y le alentó y decidió irrevocablemente. El error y la cólera asumieron la altísima representación de la gloria antigua y del patriotismo heroico, y en su nombre, desde la colonia despreocupada o indiferente, y para regocijo de sus señores—los que él tanto admiraba, los que amaba como a hermanos, los que contaba como colaboradores indispensables de la obra futura, cuyos fundamentos acababa de poner—, le salieron al encuentro lanzándole al rostro inmerecidos ultrajes y pretendiendo imprimir en su frente altiva el hierro infamante de los réprobos, en un instante de extravío, y creyendo defender el honor y prestigio de los que combatieron por la causa cubana, en el errado supuesto de que el ardiente agitador acababa de mancillarlos. Uniendo al sarcasmo el anatema, se le llamó cobarde; se le dijo que

era "un cubano póstumo"—porque durante la otra guerra no le había sido dado combatir con las armas—; que para resolver los arduos problemas políticos y sociales de la Isla ideaba "las más galanas soluciones" —es decir, la Independencia y la República—con miras estrechas y personales. Y si recuerdo ese episodio, al cabo sin verdadera trascendencia, olvidado después, olvidado desde el primer momento por su benevolencia, a punto que los mismos que le tildaron de insensato, y antes que desacreditarle produjeron en la emigración, que porque le conocía de cerca le amaba entrañablemente, una protesta espontánea y unánime—están ahora peleando con la bravura de antes, depuesto el antiguo resentimiento apasionado, y por el amor a la misma idea, en que ellos y él se confundieron como servidores magnánimos—, que no es la fuerza o la pasión ciega quien rige el mundo y el humano albedrío, sino los principios vivificantes que al eclipsarse en la conciencia dejan caer el brazo fatigado, o lo levantan de nuevo diligentes si otra vez

iluminan el horizonte moral con sus fulgores divinos.... Si recuerdo ahora este incidente, es única, exclusivamente, porque fué ocasión para acrisolar la fortaleza y la sinceridad de Martí, porque fué acaso la única ocasión también en que habló de sí mismo, para revelar a sus contemporáneos y a la posteridad la clave de su conducta, de su carácter y de su influencia. Quiso, en trance tan amargo y tan duro, que sólo le defendiese su vida. "Sé que ha sido útil y meritoria—dijo—y lo puedo afirmar sin arrogancia, porque es deber de todo hombre trabajar por que su vida lo sea." "Responder a los ataques que se me dirigen—añadió—sería enumerar los que considero yo mis méritos." Jamás fué, en el concepto que de sí propio tenía, el hombre en que acababan de desfigurarle; porque jamás prefirió su bienestar a su obligación. Jamás tampoco dejó de cumplir "en la primera guerra, niño y pobre y enfermo, todo el deber patriótico" que en su mano estuvo, "y fué a veces deber muy activo". "Quémese la lengua—profi-

rió irguiéndose de dolor—a quien haya dicho que serví yo a la madre patria!" En su ardorosa exaltación, herido en sus convicciones más hondas y más puras, llegó a declarar que aun en el mismo Parlamento español lo único que a su juicio podía defender, para bien de la Isla y de España, *un cubano sensato,* era la Independencia de Cuba! Y contestando a la acusación que se le hacía de engañar a los cándidos con dudosas intenciones, se conformó con aludir a las juntas populares en que había estallado la amorosa indignación de los emigrados, y con recordar—lo que me ha impresionado como la expresión de un presentimiento tierno y melancólico—que las trabajadoras cubanas de Cayo Hueso acababan de regalarle una cruz! Y para vaciar de una vez su corazón, y confirmar aquel vago y profético anuncio de su vocación y su martirio, concluyó de vindicarse con éstas palabras, que compendian su espíritu y su historia: "Creo que he dado a mi tierra, desde que conocí las dulzuras de su amor, cuanto hombre puede dar.

Creo que he puesto a sus pies muchas veces fortuna y honores. Creo que no me falta el valor necesario para morir en su defensa!"

Consagradas por el sacrificio su sinceridad y su abnegación, santificadas por la muerte, esas palabras tienen que resonar ahora como versículos del Evangelio de su espíritu; y decidme, pues, si no fué él un dechado de virtud y de patriotismo; es decir, de fortaleza y de generosidad. ¿Hay acaso mayor virtud que la firmeza en los altos propósitos? ¿Cabe más grandeza moral que la del que consagra su existencia a una idea fecundante y beneficiosa, y lucha sin cansancio por encarnarla en la realidad rebelde y resistente, y pone sus potencias todas al servicio del empeño sublime de esculpirla en la conciencia popular, de amoldar a ella hombres amoldados a otros fines por fuerzas poderosas y contrarias, y luego corona la rectitud de los propósitos, la unidad de una vida tan provechosa y tan noble con la renuncia absoluta de sí mismo, con el sacrificio voluntario? Pues así fué,

así vivió, y por tan grandes móviles afrontó y recibió la muerte, el dulce y heroico Martí.

Por eso, cuando pienso en él, no me lo figuro en aquella su primera, última y fulgurante carga, acosando con devoradora impaciencia su caballo blanco espantado, lanzándose de frente al enemigo, contra la línea de fuego, en galopar vertiginoso—como fantasma irritado del patriotismo—y cayendo allá, solitario y gigantesco, en medio de los defensores de España, en el estruendo de la fusilería, entre el humo del combate improvisado, adolorido, moribundo, contemplando acaso, en el último resplandor de la vida y la esperanza, la apoteosis de la patria martirizada y heroica, acaso retorciéndose en la satánica visión del triunfo de la iniquidad y de la fuerza, que allí, en ese trance de la agonía final, pudo ser para él, caído y prisionero, una realidad horrible que confirmaban dolorosamente su cuerpo agujereado por el plomo y su sangre generosa encharcándose en la tierra querida, mientras a distancia re-

tumbaban las descargas postreras de sus compañeros, que cedían desesperados el campo ante la fatalidad irremediable! Sino que le veo siempre de pie, sobre el pedestal de su gran tribuna, la tribuna de la Revolución y de la Justicia, inculcando la fe que alienta y salva, encendiendo los corazones en la esperanza consoladora, juntando las manos de los suyos en una misma promesa de concordia y redención, fundiendo las almas en un mismo sentimiento de amor, para producir en la suprema armonía de todas las actividades el alma inmortal de la patria, destruyendo por el fuego de su palabra inspirada las escorias coloniales, para purificar el espíritu público anublado, decaído y sin rumbo, despertando así las energías amortiguadas, avivando, en fin, en la mente del pueblo cubano, con el horror de su servidumbre estéril y su ignominia inmerecida, la visión anticipada y magnífica de su nacionalidad, en la paz honrada y la fecunda libertad de la República!

Porque, aun cuando él no pudo producir y determinar la Revolución, su mérito

indisputable consistió en haberla sentido palpitar en las entrañas de su pueblo, cuando los demás la creían vencida y muerta para siempre; en haber vivido en el alma de su pueblo, y de ahí su misión—la propaganda incansable de la buena nueva, para tenerle preparado el camino—y su verdadera, su grande obra de previsión y patriotismo, la creación oportuna y la organización del Partido Revolucionario. Un día del invierno de 1891 desapareció de New York, donde residía, yéndose por los senderos del Sur, donde por necesidades imperiosas en la economía industrial de nuestro país, y el influjo de la guerra pasada, se habían establecido numerosas agrupaciones de cubanos. En su adivinación y su vigilancia había creído Martí llegado el momento de la acción. Para eso no llevaba en la mano sino un pliego abierto, pero en él había trazado las bases del nuevo partido; esto es, una nueva palingenesia americana, la lucha formidable, el porvenir de la libertad y los futuros destinos de Cuba y España. Creía *inevitable* desde entonces

la guerra, y creía asimismo, en su consecuencia, su deber más premioso e ineludible preparar a los cubanos para que no fuese la guerra un motín desordenado, sino el esfuerzo decisivo, eficiente y feliz del pueblo todo. Creía desde luego en el triunfo, y juzgaba indispensable para asegurarlo, previniendo los males y errores que al fin malograron la primera guerra, que la última proviniese del orden y el concierto, de la inteligencia y la generosidad, con elementos suficientes para que fuese breve, a fin de crear la patria de todos—como él decía—"por el espíritu y los métodos republicanos;" concepto vago, si se quiere, pero del cual es fácil inferir que no hubiera consentido él un solo momento, sino que hubiese condenado sin vacilar, la obra torticera de los que con métodos españoles, con mano que pudiera creerse española, pretenden, por el exclusivismo y el interés de personas y de grupos, dividir a los cubanos, cuando deben todos estar apretados como un haz indestructible, y enconar las antiguas clases separadas entre sí por la ac-

ción del despotismo y de la monarquía, avivando odios interesados y rencores egoístas, que fueron errores calculadamente sembrados en la sombra colonial para impedir la gran armonía del país, más indispensable ahora que estamos luchando contra el furor del enemigo, ahora que al destruir el ominoso pasado debemos preparar más dichoso porvenir; porque la Revolución que Cuba necesita y quiere, la Revolución que soñó Martí y esperaba confiado y apercibido en cuanto pudo, es la guerra contra los dominadores forasteros que nos confiscaron nuestro país, la destrucción de su obra secular y odiosa; pero es también, es sobre todo, lo que esencialmente incubaba en su espíritu Martí, y procuró inculcar en el espíritu de sus compatriotas, la gran creación republicana, la empresa titánica de levantar con los escombros de la cárcel el templo augusto, con las piedras ensangrentadas de un monumento de opresión, derribado por nuestra constancia y nuestra virtud, la arquitectura nueva de una patria regenerada, en que se asienten

perpetuamente en consorcio indisoluble la libertad y la justicia, para que todos los moradores de la tierra bendita sientan el interés sagrado de amarse como hermanos, y nunca la necesidad horrible de perseguirse como enemigos!

Martí, en consecuencia, continuaba la gran tradición revolucionaria de Cuba, de tal manera que el Partido que contribuyó a formar y que por el sufragio de sus fundadores le puso a su frente depositando en él confianza absoluta, fué proclamado el 10 de abril de 1892, en conmemoración del vigésimo tercero aniversario de la fundación de la República Cubana por los venerables iniciadores de la primera Revolución, y como para patentizar que los propósitos de las actuales generaciones eran los mismos, como los mismos eran también los sentimientos y los principios, que aquellos por cuya realización y defensa pelearon diez años los hijos de Cuba, hasta que rendidos de cansancio, abandonados, sin esperanza de triunfar, tuvieron que ceder ante el desamparo de su suerte y el ímpetu afortunado de la monarquía restaurada. El

Convenio del Zanjón, por tal manera, tenía que significar o la paz íntima y moral por el imperio de la justicia, o una simple y quebradiza tregua entre la Monarquía europea y la República americana; entre la fuerza y el derecho; entre las necesidades materiales y espirituales de un pueblo generoso y la codicia y la corrupción de su metrópoli lejana; entre la autonomía verdadera, inspirada en la cultura política del siglo décimonono, y la explotación tiránica animada del espíritu conquistador y brutal del siglo quince. Si hemos debido estar satisfechos y aquietados los cubanos, si ha podido reinar en nuestra tierra perpetuamente la paz, ¡ah! díganlo por mí estos últimos diez y ocho años, en que a pesar de haberse propuesto un partido cubano dentro de la legalidad española—confundiendo las causas con los efectos—, la aberración increíble de matar los gérmenes del descontento y arrancar de cuajo el sentimiento separatista, con la mira de rendir la codicia, desarmar la suspicacia y desarraigar inveterados y encallecidos errores de la metró-

poli, no ha producido la tierra sino conspiraciones y revueltas, y desde hace un año vuelve a ser el teatro de mortal contienda. Yo sé que ha pocos días los ministros responsables de la Corona pusieron en los labios de una dama augusta injurias venenosas contra los cubanos y calumnias repugnantes contra la Revolución indomable, al proclamar desde la altura del Trono español que el alzamiento de febrero de 1895 es lo único que ha impedido la promulgación de las reformas que debían asegurar a Cuba la autonomía y favorecer su desenvolvimiento y prosperidad. La mejor refutación de ese cargo embustero está en el hecho de que se formula a los diez y ocho años de una paz inicua en que los amos de Cuba hicieron cuanto es dable por merecer el odio del país siempre burlado, en su empeño inquebrantable de asegurar su sistemático saqueo.

Durante esos diez y ocho años estuvo nuestro pueblo clamando en balde por reformas necesarias y pacificadoras; las pidieron al fin algunos españoles también, y

para reçabarlas y recomendarlas se dividió a la postre en dos fracciones enemigas el viejo partido de la intransigencia opresora, como para promover su reconciliación y avenimiento en una que se llamó "fórmula de transacción"—aunque jamás para satisfacer las justas demandas de los cubanos—se convinieron al fin las que votaron las Cortes a principios de 1895, que no son sino un engendro burocrático, una falsificación engañosa; pero ya la Revolución, preparada desde años antes, debió haber estallado y al cabo estalló pocos días después. Los cubanos, indignados, convencidos de la inutilidad de los esfuerzos pacíficos, habían organizado, por la sagaz iniciativa de Martí, el Partido Revolucionario, y convenido la guerra, para intentar, por el heroísmo de los combates y la eficacia del martirio, raer de la patria envilecida la tutela hipócrita, detestada y desastrosa de España.

En vano los consejeros de la Reina se atreven a comprometerla a que manche su corona con falsedades escandalosas; por-

que la verdad está ahí, más resplandeciente que esos tronos carcomidos y más poderosa que esos cetros vacilantes, asentados sobre la podredumbre nacional; la verdad era el otro día la inconformidad notoria, la queja, la advertencia—justificadas por diez y ocho años, por tres cuartos de siglo de trabajos inútiles, de perseverante y vana predicación, de irrisoria sabiduría—para desviar a España de los caminos de la perdición y la ruina. Por eso la verdad se llama otra vez Revolución. Durante años estuvo de rodillas suplicando; ahora se ha puesto de pie vibrante y justiciera. Harta de humillaciones, ha roto la pluma de oro con que trazaba sus lamentos desoídos, y levanta el brazo musculoso sacudiendo la antorcha sagrada, a cuyo fulgor de muerte se dispersan graznando los buhos espantados, para que los que quieran ver vean y los que quieran oír oigan, sí, que la verdad centellea en esa ira que incendia la Isla; la verdad palpita en esos propietarios magnánimos que queman su hacienda fastuosa e ingresan en las filas rebeldes; la ver-

dad gime en las aulas desiertas que abandonaron los estudiantes para ir a morir por el derecho arrebatado; la verdad suspira en las fábricas abandonadas, en las máquinas destruídas, en las cenizas de los campos talados, en el comercio que se arruina, en la industria que cesa, en los hogares donde el antiguo bienestar cede el puesto a la miseria desencajada; la verdad aparece en el campesino que trueca el arado por el acero formidable, y en el guerrillero que repara sus viejos errores desertando la extraña bandera; la verdad canta un himno glorioso en las olas agitadas por la continua travesía de nuestros generosos expedicionarios; la verdad enciende ese entusiasmo universal y preclaro heroísmo que de prisa junta cohortes incansables; la verdad llora o maldice en el éxodo de un pueblo que se esparce por el mundo para huir de España o para servir a Cuba; y si todavía se quiere palpar la verdad, es decir, la necesidad del cambio profundo, la intensidad del antiguo descontento, la vehemencia del desamor, la transformación de la conciencia cubana,

en razón de las injusticias de España, de su política pérfida de explotación y de fuerza, mirad la Revolución, vacilando y aislada en sus comienzos, cómo va creciendo, y se extiende y arrolla y pasma; mirad cómo los propietarios todos obedecen las órdenes severas de ese General en Jefe de los cubanos—orgullo de América—cuyos prodigios compara sólo la fama con los hechos insignes del sin par Aníbal; mirad cómo los nietos del marqués de Almendares se ponen voluntariamente bajo el mando de ese popular y querido Maceo—terror de España—, esclarecido por su lealtad inquebrantable y sus hazañas asombrosas; mirad cómo los que heredaron títulos de Castilla están al frente de los patriotas o se embarcan como soldados en frágiles embarcaciones; mirad, en fin, cómo pelean por la libertad los hijos que educaron los integristas para que fueran fieles a España y no han podido ser indiferentes al clamor de Cuba; y cómo están acusados de piratear a favor de la emancipación americana los que ostentan el nombre y llevan en sus ve-

nas la sangre de aquel Almirante español que intentó someter otra vez la América independiente al cetro despedazado de Fernando Séptimo! ¿Qué significa, si no, ese mentir constante y afanoso de España; sus adulaciones a los norteamericanos poderosos y hostiles; su mendigar eterno en las cortes de Europa soñando a deshora con imposibles alianzas; los partes oficiales de combates que son sin excepción victorias de sus armas, y por los que pretenden hacer creer al mundo, por la insignificancia de sus bajas y la estadística descomunal de pérdidas insurrectas, que sus milagrosos soldados son invulnerables e inmortales, como pudieron creerlo los sencillos y desnudos indígenas de América cuando veían rebotar sus flechas de espinas en la coraza de hierro de los conquistadores? ¿Qué significa, si no, el terror de los harineros fraudulentos y de los fabricantes catalanes, amenazados de ruina en su feroz latrocinio? ¿Qué significa ese espíritu de destrucción y de matanza en que compiten a una, hasta los mismos generales republicanos,

por aparecer ante su pueblo honrados y enaltecidos por el asesinato constante de indefensos prisioneros, y esa universal carnicería que es lo único que puede dar la medida del carácter inhumano de la nación española—vampiro insaciable de la sangre americana, en la paz por el pillaje, en la guerra por el crimen? ¿Qué significan esos obispos peninsulares atizando contra nosotros la ralea, y esas increíbles procesiones religiosas en que un pueblo fetichista y estúpido implora solemnemente al cielo para que llueva pronto en España y termine pronto la guerra en Cuba? ¿Qué otra cosa puede significar sino que a la protervia consternada se le figura que ha sonado la hora pavorosa del castigo; que una nueva patria americana brota vivaz y amenazadora de los errores e iniquidades europeas; que una poderosa alma cubana—al recuerdo de antiguas abominaciones, y en presencia de nuevos espantosos atentados—se inspira sobre el ara del sacrificio en la aversión a la afrentosa servidumbre colonial, todavía más intolerable y repulsiva cuando

se contempla ese atraso pretensioso, ese orgullo imbécil, esa religiosidad salvaje, ese contubernio voraz y asesino de todas las flaquezas de la mente con todas las concupiscencias del instinto!

Podrán los ministros españoles denigrar con sus lenguas roídas de gusanos a los que no quieren merecer alabanzas que implicarían repugnante degradación, pues sólo los que tienen alma de esclavos serían incapaces de comprender qué estercolero de corrupción y de bajeza necesita ser un pueblo de América para resignarse a merecer el título de *fiel* otorgado por los gobiernos de España; y porque ella jamás ha dispensado sus degradantes honores sino al servilismo, la traición y el crimen, ¡no hay gloria más alta que merecer sus maldiciones!

Insulten, pues, sus galonados políticos a los rebeldes cubanos; insúltelos la prensa vocinglera; insúltelos también la realeza, que no vacila en deshonrarse prohijando la mentira, en vez de santificarse amparando la justicia; que no es maravilla que

desprecien la vida humana, que desprecien la dignidad del pensamiento y la conciencia, que desprecien la verdad, los que por siglos de oprobio se endurecieron en el tormento y en la hoguera, y a quienes el terror al inquisidor despiadado habituó para siempre a la falsedad y al perjurio.

Y aun si lograran por el embuste cínico o el dinero corruptor enterrar en el fondo mismo de la tierra la verdad sacrificada, para que el mundo favorezca la maldad y la América fuerte consienta impasible el escarnio de cuanto representa en el orden moral y en la historia, jamás habría España adelantado un paso, porque jamás conquistaría la soberbia alma cubana! Podrá realizar todos los milagros, menos el milagro imposible de que, aun sin patria, sin fuerza, sin apoyo—el rebelde que lucha ahora en desigual pelea o muere en lo alto del patíbulo—, se despoje de su espíritu, para aceptar como verdad la colosal mentira de España, para aceptar como justicia la sangrienta barbarie de España, para aceptar como civilización y beneficio la embru-

tecedora e ignominiosa tiranía de España; porque es en vano poseer la tierra si no se poseen los corazones, y la tierra puede conquistarse por el hierro y por el fuego; pero los corazones no pueden captarse sino por el amor y por la beneficencia!

Un periodista constante y fervoroso, que desde hace años ha estado registrando las manifestaciones de la conciencia cubana, decía—al organizarse el Partido Revolucionario—que la soberanía de España en la Isla nuestra podría mantenerse sólo a virtud de una transacción; porque no se asentaba en el sentimiento del país. Cerca de cuatro siglos hace que detenta España el suelo cubano como suyo, y sin embargo, al cabo de ellos, el alma del colono—como el alma de América—ha huído de su regazo, volando hacia las cimas relampagueantes, como el cóndor andino, en busca del sol, y apretando en sus garras crispadas el rayo; porque los pueblos no se resignan a ser perpetuamente menores, ni mucho menos a la irrevocable condición de mísera piara; porque no hay ley, ni razón, ni

poderío que conviertan la explotación en beneficio, la fuerza en virtud, la tiranía en bendición, y España ha explotado a Cuba, como explotó la América; ha sido el amo, el enemigo, el verdugo de Cuba, como lo fué de América; como lo fué de Flandes; como lo fué, y sigue siéndolo, de todos los pueblos que han tenido la desventura de agonizar bajo su planta.

Y ahora, porque no podemos más; porque no queremos sucumbir bajo su pesadumbre de plomo; porque queremos luz, y aire, y movimiento, y vida, y hemos roto con indignación su bandera, que ha sido un sudario universal, inmensa sombra de muerte que ha esparcido por la tierra la pestilencia de la tumba, se revuelve airada, amenazando desde la silla de su rocín escuálido a las naciones que no pueden ni deben hostilizar a la justicia, pretendiendo en su delirio liberticida e hipócrita que los libres sajones de este hemisferio, de consuno con los latinos turbulentos—los sajones que odia, y los latinos que desprecia—, antes que auxiliar a los cubanos re-

belados en nombre de su misma fe política, contribuyan a su sometimiento o su exterminio; y para conmoverlos y obtener su cooperación, esa gente de las rogativas a San Isidro Labrador cree decisiva razón recordar a los unos, que descienden de los españoles, que hablan la misma lengua, que profesan la misma religión, y alegar ante los otros, que los españoles descubrieron el Nuevo Mundo, y que, como consecuencia, no deben perder a Cuba, tras haber perdido su gran imperio americano; pero, al mismo tiempo, para rendir por la elocuencia de sus argumentos el alma sensible de los cubanos, les llaman "ingratos;" sostienen que han sido siempre los "hijos predilectos" de la "santa madre española;" que también hablan la misma lengua; que fueron los españoles quienes llevaron a Cuba, bajo el estandarte de Castilla, los dogmas del catolicismo, y que por esas consideraciones no debieran sublevarse nunca los cubanos, aunque los saqueen, aunque los esquilmen, aunque los martiricen; que, después de todo, España, en la

paz, no puede dar lo que no tiene y piden inconsideradamente por lo tanto sus colonias, y, en la guerra.... ¿qué importa que asesinen a los viejos, a los niños, a los enfermos?.... ¿qué importa que ultrajen a las mujeres?.... ¿qué importan esas pirámides de muertos que se levantan en nuestros campos talados?.... ¿qué importan esos presidios lejanos que rebosan de víctimas?.... ¿qué importa, en fin, ese horror de la guerra española, sólo comparable con la infamia de la paz española, si a pesar de todas esas muestras de la hidalguía nacional, nos aseguran ellos que es con nosotros misericordiosa y santa la madre patria? ¿Cómo dudarlo, sobre todo cuando nos advierte, para abrirnos la puerta del arrepentimiento, que ella no nos educó para que fuésemos independientes, de tal manera, que nos vaticina, con los acentos maternales de conmovida profecía, que nuestra felicidad consiste en que vivamos siempre sometidos al Ministerio de Ultramar, irresponsable, ignorante, dictatorial; porque de otro modo estaremos condenados a

la guerra civil, a la ruina, a la lucha de razas, al predominio de la sangre africana y al reinado definitivo de la barbarie? Y así también parecen creerlo algunos moradores de México, que compadecidos de nosotros, quieren estorbar nuestra independencia y fantasean no sé qué delirio anexionista, para brindarnos con los beneficios de la dictadura mal disimulada de sus generales, como si pudiéramos haber olvidado nosotros que no hace mucho las discordias civiles hicieron famosa su república, y como si olvidaran ellos que en razón de sus trastornos e impotencia perdieron la mitad de su territorio, y luego fué la otra mitad el escenario de una guerra de conquista de que tuvieron que librarlos sus antiguos expoliadores.

Pero, cabalmente, si no tuviera motivos poderosos para haberse sublevado el pueblo cubano, bastaría a justificar la necesidad de la Revolución ese mismo falso presentimiento con que se nos anuncia porvenir tan pavoroso; porque revela la positiva persistencia y perversión calculada con que

España ha acondicionado el país de tal manera que no pudiese jamás emanciparse de su dominio; fué ésa una obra satánica que muestra la fría, la implacable resolución de poseer la tierra para sus medros, y nunca por la elevada aspiración de fomentar el bienestar y auge de su raza, de realizar el derecho, de promover el progreso, de contribuir al adelanto y la gloria de la civilización; que su único anhelo ha sido siempre, invariablemente, extraer oro de las entrañas del mundo, aunque tuviera que beneficiar la mina convirtiéndose en azote del género humano! Por eso en Cuba—como en los antiguos virreinatos—mantuvo las divisiones sociales; creó castas hostiles; cuidó de su ponderación y equilibrio; detuvo con esa mira siniestra el crecimiento de los factores más progresivos; corrompió la conciencia pública cultivando bárbaras costumbres; envileció el trabajo con la esclavitud; mató el ahorro y la economía con las ferias populares y los juegos de azar; fomentó la holganza con el exceso de festividades en honor de la Monarquía y de

la Iglesia; descuidó con desdén el estudio de las ciencias; convirtió las letras en vano pasatiempo y adorno; deshonró al maestro condenándolo a ridícula miseria, mientras rodeaba de prestigio al sacerdote y al soldado; dejó sin roturar zonas dilatadas del terreno para extender el desierto entre las poblaciones; permitió que la maleza borrara los caminos primitivos, y no quiso nunca abrir nuevas vías, drenando los pantanos insalubres y endureciendo el piso que la lluvia torrencial convertía en tembladeras y marismas, para que los naturales vivieran sin conocerse y unificarse; enflaqueció así la raza, marchitándola con el veneno de la inmensa ciénaga y achicándola con el aislamiento y la inmoralidad; sembró la tiniebla en las almas como sembró la muerte en los aires; el promedio de la vida humana descendía en la estadística y el promedio de la dignidad descendía en la conciencia; para que la raza fuese contrahecha y vil, para que fuese una criatura impotente y ruin, inundó la tierra de canarios silvestres, de asiáticos viciosos, de africa-

nos esclavos, de europeos venales; y causa asombro de que esa zahurda, cuidadosamente preparada para la sumisión eterna de las almas, hubieran brotado—como la flor bella y perfumada, del inmundo abono—la aspiración generosa, la virtud sin mancha y el heroísmo divino!

Y todavía, cuando por el adelanto mismo de los tiempos y la acción demoledora de la gran Revolución de 1868, no pudo ya oponer las razas a las razas, intrigó para dividir a los partidos o tendencias liberales, pretendiendo reducirlos a la impotencia, y procuró cuanto estuvo en sus medios la conservación de un partido español poderoso y despreocupado, una *maffia* de mercaderes que vendían siempre la conciencia en esa almoneda podrida de la colonia—tenebrosa asociación de patanes ennoblecidos, de rufianescos politicastros, de buhoneros transformados en señores—, a virtud de una alianza infernal y perpetuamente renovada de la codicia y de la apostasía; porque en esa caverna de contrabandistas que se llama "el partido español,"

se refugiaban todos los hambrientos y necesitados de un país menesteroso, abdicando los principios en interés de su comercio y granjería, para representar la sangrienta farsa que, a la invocación de la honra y la gloria de España, ha sido el Calvario en que agonizaba el pueblo cubano!

Pero.... ¿qué dice que nos ha dado en cambio su mano siempre forrada con el guantelete de hierro? ¿Acaso religión, cuando el pueblo español es el menos humano y piadoso, y el más blasfemador y maldiciente de la tierra?; y cuando al cabo, ¿qué es el catolicismo sino una religión de forma externa, de farisaísmo mecánico, de fetichismo materialista, de mera vanidad y ornamento; profundamente inmoral y corruptor en su casuísmo práctico y mundano; en su jesuitismo degradado, hipócrita y abominable; aliado del poder, instrumento de sujeción y de ignorancia, y cuya dialéctica desastrosa conduce al monacato antisocial, a la tebaida huraña y visionaria y al desprecio y abandono de los intereses sagrados y vitales del patrio-

tismo? Y después de todo, ¿qué ventajas hemos obtenido de su religión, qué ventajas obtuvieron tampoco sus demás dependencias? Bajo el lábaro de Cristo, la espada del aventurero arrasó los continentes, y católicos y religiosos como son, los actuales españoles están continuamente fanatizando y cañoneando las Filipinas, y han estado sin cesar explotando a los cubanos en la paz para asesinarlos en la guerra sin misericordia! Si un Dios asiste a los destinos humanos con su providencia, convengamos en que el Dios de los españoles no es el Cristo que ama y que perdona, sino ese Moloch amigo de riquezas, o el ídolo de México en que Cortés no quiso ver el genio de España, que sólo se regocija cuando el sacrificador le ofrenda enfurecido un corazón que se vacia como urna de dolor! ¿Que nos han transfundido también la lengua?; si ellos mismos pretenden que la hablamos mal, seguramente porque la mezclaron en Cuba con idiomas inferiores, y porque se desentienden, no sólo de que nosotros nos regocijamos con esa ma-

nera culta y correcta de expresarse los defensores de la integridad nacional en lo que suponen castellano, sino también de que tan adulterado languidece en la Metrópoli como en sus posesiones; entre nosotros, por la babilónica mezcla de elementos espurios; entre ellos, por el renacimiento de dialectos rebeldes en una sociedad híbrida en que acusan el carácter y la misma variada indumentaria la amalgama de pueblos diversos y no fundidos todavía en la unidad suprema de la nacionalidad; pero no se necesita vivir sometido a España para cultivar su lengua, y como prueba evidente de que la independencia favorece el esplendor y la pureza del idioma, confiesen los académicos españoles que no de sus infelices diccionarios, sino de las obras de dos insignes maestros americanos, recibe la estirpe la ley de su sintaxis y la regla de su construcción gramatical; y además, su lengua ponderada será rotunda y armoniosa, pero es la más vacía, la más inútil por la infecundidad y el atraso nacional; en ella no enseña la filosofía; con ella no investi-

ga la ciencia; por ella no ha dado un paso el conocimiento de la naturaleza, que ni con un solo libro grande y original ha contribuído el esfuerzo mental de los españoles al acervo común de la cultura humana, a extremo que todavía llaman por antonomasia, a la suya, "lengua de Cervantes," que no escribió más que versos y novelas, o "lengua de Calderón," que fué un poeta místico y verboso, mientras el mundo alimenta su espíritu con obras extranjeras que España va traduciendo tarde y perezosamente, cuando no las falsifica o las mutila. Sobre todo, el Duque de Alba era cristiano muy devoto y hablaba la lengua castellana, y en castellano, y en nombre de Cristo, dictó los decretos tremendos en que condenaba a muerte a todo un pueblo, y los holandeses, sin embargo, no se ablandaron por la sonoridad musical y el cristianismo de la sentencia, sino que rompieron sus diques y vaciaron sobre el crimen la furia del océano; y por lo mismo, aunque el Marqués de Tenerife asiste a misa con recogimiento y en nombre de España y de su Dios

ha publicado en castellano los feroces bandos de buen gobierno que equivalen al exterminio de los cubanos, éstos, convencidos de la sonoridad de la lengua de sus padres, se indignan no obstante de la ferocidad de sus padres, y han contestado al parricidio atizando en la Isla las llamas de colosal incendio! Porque en castellano nos han martirizado y en castellano los maldecimos; en castellano, que por desgracia es nuestra lengua por los mismos accidentes que es la suya, gritan ellos rabiosos ¡España!, como un eco de la conquista, como la blasfemia de una civilización fundada en la fuerza y el despojo, y en castellano tenemos que responderles ¡Cuba!, como el alegre clamor del derecho, como la protesta de una nueva civilización fundada en la justicia!

Si cuanto hacemos por defendernos y salvarnos se califica de barbarie; si en realidad lo fuere, fruto de España ha sido, que con la misma mano de bárbaro con que asesta contra el corazón cubano sus puñaladas criminales, ha encendido en la diestra encallecida del colono la tea del es-

panto, engendrando en una sociedad que amasó con bárbaros extraños, ese odio irreconciliable que de tiempo en tiempo ve aparecer el mundo atónito en la Isla estremecida, con la túnica sangrienta desgarrada y las sienes pálidas coronadas de llamas, como para demostrar que no es la independencia—que nunca tuvimos—, sino el régimen español, lo que produce la guerra, la anarquía y la desolación!

No seré yo quien insista ahora en justificar y vindicar la Revolución neciamenmente calumniada, ni menos en demostrar, entre cubanos emigrados, que el Pacto del Zanjón, durante los diez y ocho años que le siguieron, no fué cumplido jamás en su espíritu, que no podía reducirse a aceptar la comedia dolorosamente prolongada que representaba en sustancia el grupo exiguo de diputados y senadores cubanos dando apariencia de seriedad a un sistema de administración y gobierno que había sido calculado con criminal perfidia en beneficio de los forasteros, y en que hasta la nomenclatura misma de las instituciones denun-

ciaba la más vejaminosa desigualdad de condición y estructura, entre los pueblos de la Península y la Colonia, desde las leyes mercantiles y reglamentos de hacienda, que creaban organismos y funciones monstruosas o perjudiciales, hasta las leyes políticas que elevaban sobre las bayonetas de un ejército la autoridad más siniestra de la América, vaciada, para nuestra reducción y vasallaje, en el molde sombrío, en la férrea armadura del antiguo Adelantado de las Indias! Porque aquí todos sabemos, por harto dolorosa experiencia, que cabalmente porque era la paz una mixtificación miserable y odiosa tenía que sobrevenir la guerra, y en procurar que el pueblo cubano estuviera apercibido, en evitar que le sorprendiera el momento crítico de la suprema reivindicación, para que la lucha no fuese un desastre injustificable y nueva ocasión de persecuciones y retroceso, empleó Martí los últimos años en que su vida se confunde con la del Partido Revolucionario, como su muerte lo ha identificado con la patria. Si no hubiera habido

una razón profunda para luchar, nadie le hubiera seguido, nadie le hubiera ayudado; pero ¡ah! lo hemos visto, estamos viéndolo: fué tan poco arbitrario y personal aquel impulso, que se reveló en su verdadera magnitud cuando ya él había desaparecido. Y tantos como han muerto, tantos como siguen muriendo, tantos expatriados y peregrinos que aceptan con entusiasmo o con resignación su destino cruel e incierto, son el testimonio doloroso y magnífico de que Martí fué el gran intérprete de la patria, porque supo descifrar el secreto de las almas y anunciar a los protervos que habíamos alcanzado la plenitud de los tiempos! Y los tiempos llegaron al fin; ved la realidad del tremendo Apocalipsis: las cárceles henchidas de lamentos, los baluartes artillados henchidos de suspiros, el verdugo cansado de matar, las madres enlutadas, la tierra hirviendo como un cráter activo, sangrando los corazones, sin tregua el combate; ahí estáis vosotros también, desterrados, pensando en el amigo que se fué a la guerra, o en el que se va muy pronto; cavi-

losos porque no haya de faltar a los hijos adorados el pan que Dios nos da y que los hombres suelen negar; esperando, sufriendo, soñando;... aquí estoy yo mismo, recordando como una pesadilla amarga cuando con el alma desgarrada, como si llorara todo mi pasado enlazado con el suyo y se desvanecieran en su cautiverio mis ilusiones, me separé de un hombre resplandeciente como la victoria, que ante mis ojos húmedos aparecía inviolable y más prestigioso que cuando alegre despreciaba la muerte, al destacarse en la majestad de la desgracia detrás de una reja negra de hierro, que yo hubiera querido romper indignado aun golpeándola con mi propio corazón; y cuando—sin decirle ¡adiós!—me eché sobre los hombros mi familia, como el troyano piadoso, y dejando detrás las llamas del incendio entregué su destino al azar y lo desconocido!... porque todos aquí—por la culpa imperdonable de España—tenemos enroscado en el corazón un áspid de fuego, y llevamos en las sienes enroscada una corona de espinas! Pero ante

esa universal desolación, en este duelo, reconocemos y proclamamos que tenemos razón, a despecho de la calumnia; que la justicia nos mueve; que debemos, ante la ferocidad de los españoles, ante el abandono del mundo, ante esa América infiel, cobarde y traidora, primero que flaquear después de tantos sacrificios y tormentos, primero que ceder.... ¡ah! no quiero decir ninguna palabra que empañe la fulgencia del patriotismo cubano; aunque en este momento en que veo la lucha más empeñada, se me figura que es el combate sobrehumano de dos principios antitéticos, y se me aparece, encarnando y representando la dominación española, un soldado vulgar que muestra las manos teñidas de sangre inocente y consagra sus potencias a obras de matanza y exterminio, porque ese soldado es una legión, y esa legión es una fauna prehistórica de bestias carniceras; y al sentir en el aire de esta sala como si pasara envuelta en trombas de tinieblas la cabalgata infernal—la muchedumbre arrebatada de panteras con las fauces abiertas, y ol-

fateando la carne, en inmenso resoplido de muerte—, alzo los ojos, y veo más arriba, en un rompimiento del cielo, como se ve a Jesús transfigurado en el lienzo del artista cristiano, la imagen risueña del patriota luminoso, que destila rocío de consuelo en las gotas de su sangre redentora, y entonces creo percibir en las alturas, como si se desplomasen los orbes, el gruñido infernal de los monstruos de la noche acosados por la lanza centelleante del Arcángel! Y me dice el corazón atribulado que porque no se ha extinguido en el espíritu del hombre la voz de la conciencia, ni en el espíritu de las naciones la voz de la justicia, mientras haya paladines que batallan y mártires que mueren, debemos confiar en que no tardará en amanecer el dichoso día en que la patria arrebate de las manos fatigadas de su verdugo el hacha del terror, para romper con ella el último eslabón de su cadena!

1896

LA REVOLUCION DE CUBA

Y LAS

REPUBLICAS AMERICANAS

Discurso pronunciado la noche del 10 de octubre de 1896 en la solemnidad celebrada en Chickering Hall, Nueva York, en conmemoración del vigésimo octavo aniversario de la Revolución de Cuba.

LA REVOLUCION DE CUBA
Y LAS
REPUBLICAS AMERICANAS

SEÑORAS Y SEÑORES:

La historia tormentosa, la vida social y política de los cubanos, tan contrastada y tan áspera, se concentra y compendia—como en cifra fulgurante—en esta fecha sagrada de sublimes y amargas memorias que año tras año ha reunido en la amorosa eucaristía del patriotismo a los emigrados fieles que esparció por el mundo el pasado desastroso naufragio, que esta noche congrega aquí tan numerosa y distinguida concurrencia, en que se mezclan y confunden en un mismo sentimiento y una sola y la misma aspiración los que separados ayer por el espacio parecían separados también por las ideas; mas, juntos estamos ya a la

sombra de la enseña gloriosa que vuelve a tremolar—ante el mundo egoísta y maravillado—entre combates y patíbulos; pues que todos somos y debemos ser siempre los bienvenidos en el hogar de la familia atribulada en que no hay ni puede haber primeros ni postreros, en que no hay ni debe haber más que hermanos, un pueblo unido que se arranca del seno el corazón de llamas, transverberado por el hierro enemigo, para ofrendarlo piadoso en las aras de la patria irredenta, y desde aquí—como en la altura de un Calvario de agonía—prestamos el oído a la tempestad que barre el suelo de la tierra querida, y contemplamos con angustia en nuestro legítimo orgullo la conflagración inmensa que—tras tantos años de vicisitudes y estremecimientos alarmantes, como si en el secreto del destino se acumulasen las fuerzas de cercano cataclismo—ilumina con resplandor fatídico y grandioso el continente desconcertado, mientras sienten los déspotas flaquear su corazón de piedra y la misma soberana que rige la carrera de una na-

ción profundamente perturbada consulta con creciente zozobra la línea sombría del lejano horizonte y con crispadas manos sujeta en las sienes de su hijo la rota corona de sus predecesores austriacos, como si presintiera en indecible estupor la ruina de vetustas instituciones que fueron un tiempo provechosas e imponentes, pero que ya ni representan el nuevo espíritu de la humanidad ni constituyen el amparo y la beneficencia de los pueblos.

Animado de aquel espíritu; ansiando para sus paisanos las ventajas de esas instituciones más propicias al desenvolvimiento colectivo; fortaleciéndose en el ejemplo de otros hombres y otras edades, en el ejemplo mismo de los reformadores españoles, desde los afrancesados de Cádiz a los sargentos de la Granja, desde los sabios de 1812 a los escépticos de 1854, desde Riego, que sube a la cima de la popularidad para morir conspuido por la turba, hasta O'Donnell y Narváez y Prim, que convirtiendo la nación en un campamento de pretorianos amotinados, unas veces son victi-

mas de validos crapulosos y otras veces árbitros de la realeza, cuyo manto de púrpura estrujaron los escuadrones sublevados y escarnecieron las barricadas populares; y apoyándose también en nuestras propias tradiciones de fugaz liberalismo; indignado sobre todo el recuerdo de la inicua expulsión de nuestros diputados, en aquellas Cortes de 1836, desde cuya época nadie tenía el derecho de pretender que fuésemos ni quisiéramos ser españoles; herido por el perpetuo desdén con que se aplazaba indefinidamente el cumplimiento de reformas reclamadas por la opinión pública, ofrecidas con solemnidad aparatosa y consignadas como un derecho expectante y vano en todas las constituciones que modificaron la Monarquía, a partir de la que nos diferenció para siempre del resto de los regnícolas, Carlos Manuel de Céspedes—un día por siempre memorable—lanzó en el caos de nuestra existencia la palabra que alienta y crea, se alzó formidable, confiando en sus paisanos y en la justicia, con la arrogancia de quien sabe enfrente del

peligro que no es un hombre desvalido, sino la resuelta legión; que no es el tallo endeble en la borrasca, sino el bosque gigantesco y majestuoso; que no es el brazo que abatido por la muerte deja caer la espada, sino un pueblo que al calor de la fe puede realizar los milagros de la fábula reproduciendo multiplicados los brazos de Briareo y las cabezas de la Hidra; a menos que el desaliento en hálito de invierno enfríe su corazón y caigan marchitos sus deseos como en la tarde triste de otoño las hojas amarillas del árbol que se seca! Por eso volviendo atrás la vista divisamos al temerario iniciador, de pie y erguido al levantar del suelo a su pueblo arrodillado, a modo de piedra miliaria que señala el límite de dos civilizaciones, la frontera que separa dos mundos; que su mano alzada contra el despotismo trazó en la historia un ecuador de luz que ha dividido en dos porciones contrapuestas nuestro incierto destino; pues a contar desde él—desde la radiosa mañana de La Demajagua—, como la era de nuestra regeneración moral

y política, hemos ido ascendiendo la cuesta empinada, el camino fragoso de la virtud, lenta y penosamente, pero decididos a no descender jamás. Aquel día entró Cuba por primera vez en el regazo de la libertad, en la corriente de la vida moderna; aquel día la América desequilibrada tuvo un complemento más en su sistema, en sus principios originales y fecundos, y se vigorizó su tendencia humana y tradicional de emancipación y democracia; aquel día, como en apocalipsis inesperado, se reveló el alma de una comunidad hasta entonces suprimida e ignorada; se inició la carrera histórica de una porción considerable de hombres que escribieron con sus hazañas y sus virtudes, en los anales de este hemisferio, el nombre maravilloso de una nueva nacionalidad; nació, en fin, para el derecho y para la civilización, el pueblo cubano; es decir, un pueblo magnánimo se empeñó en no ser en lo sucesivo una manada informe y vil; una colectividad cohibida por extrañas gentes se arrancó para siempre a su férrea tutela y comenzó por sí mis-

ma y por sí sola la obra inmensa y dura de crear en su propio seno, a tiempo de cauterizar con el fuego de la guerra el cáncer que lo devoraba, las condiciones necesarias al progreso general, a la cultura de los espíritus y a la dignidad feliz del ciudadano.

Pero si estamos aquí para evocar esas excelsas y melancólicas memorias en que se funde y condensa nuestro pasado, vivimos otra vez ahora mismo lo que constituyó su horror y su grandeza, y por rara recurrencia de análogos sucesos, realízase el prodigio conmovedor de que unas mismas generaciones renueven en la pira del sacrificio los grandes dolores de su vida. Por eso cuando nos recuerdan los tormentos de hace veintiocho años, se nos figura el sufrimiento actual más punzante y meritorio, el esfuerzo actual más heroico, la empresa actual más digna de admiración y reverencia, y los nuevos mártires a nuestros ojos que vuelven a llorar sobre la huella húmeda de otras lágrimas de fuego, aparecen más puros, como más esforzados

los guerreros, como más virtuosos los patriotas; y no obstante, es una misma la magna empresa, pero también menos complicada ahora; los héroes de antes son los guías experimentados que bendecimos de nuevo, y hasta los verdugos que ayer nos sacrificaban son también los que hoy han vuelto a empuñar el hacha manchada con nuestra sangre... Pensad, sin embargo, en las condiciones de nuestro país en 1868, y comparadlas con las de 1895. Entonces os convenceríais de que la iniciativa de Céspedes fué un empeño positivamente estupendo y casi divino. Entre esclavos importados de Africa, en una atmósfera en que trascendía la más universal barbarie, habíase establecido firmemente un estado social constituído por una serie apretada de dependencias, una escala en que la sumisión era arriba tremenda y abajo absoluta. La argolla de hierro que el pobre esclavo africano llevaba remachada al pie estaba unida por una cadena misteriosa a la otra argolla que el colono degradado llevaba remachada al alma. Los suspiros del blanco

descontento se desvanecían en el rumor pavoroso de los ayes del negro torturado. Contra éste, de noche y de día, estaba alzado el látigo del dueño, y contra el mísero dueño estaba alzada a todas horas la cuchilla del forastero. Imperaba, así en la ciudad como el campo, la fuerza desapoderada. Nadie tenía, nadie podía tener derecho. No había más autoridad que la voluntad omnímoda o el capricho omnipotente de un déspota sombrío que era el legado y el lacayo de otro déspota distante. Cualquier protesta, aunque el agravio fuese inaudito, hubiera constituído un crimen imperdonable. El hombre nacido blanco no podía tener otra misión en el mundo que explotar y martirizar al hombre nacido negro. La conciencia del país tenía que ser cada vez más dura y más tenebrosa. La memoria del país era un antro habitado por el terror y estremecido por las furias. Los períodos de efímera y ficticia libertad constitucional habían sido a modo de relámpagos que dejaban percibir la intensa obscuridad de la reacción despótica. El

nombre de Lorenzo, caído y fugitivo por querer que rigiese en Cuba el mismo sistema político de España, recordaba el nombre de Tacón, premiado y ennoblecido por mantener que no había régimen mejor para los cubanos que el de las Leyes de las Indias, código caótico, mole indigesta de pragmáticas dictadas cuando en América había indígenas condenados a trabajar y a desaparecer bajo la pica de los conquistadores españoles. Y cuando sonaba el nombre de ése que apodaron "el tigre de Luchana", temblaban las carnes a la evocación del tormento de 1844, en que se quiso aterrar a los esclavos; como el nombre de Concha enfriaba la sangre por el recuerdo del patíbulo de López y las saturnales inhumanas de Atarés con que se quiso domar a los cubanos.

Para unos y otros—para el esclavo y para el dueño—España era odiosa, sí, aunque muy fuerte e implacable, y su representante era siempre un soldado adusto, pronto al castigo, complacido en la opresión, ávido de víctimas, insolente y brutal;

pero sagrado como la majestad del soberano e inviolable como su derecho divino. ¿Quién se hubiera atrevido a retar un poder tan terrible y tan grande? ¿Qué corazón no sentiría el horror supersticioso ante ese crimen de lesa majestad? ¿Quién tenía perspicuidad tan asombrosa que percibiese el lejano alborear del día futuro en la caliginosa noche de las almas? ¿Quién sentiría la fe en la dignidad del hombre allí mismo donde los dominadores impíos habían trabajado con el concurso de los siglos en la obra siniestra de achicar y deformar el espíritu humano para que los corazones no fuesen sino aposentos de buhos y madrigueras de reptiles, a fin de que únicamente siervos corrompidos nacieran en la tierra maldita?

Empero la colonia desesperada se hizo hombre; sus dolores y su ira estallaron en la voz tonante que interrumpió bruscamente la bacanal de la insolente soldadesca, y los siervos de España, invocando el porvenir, confiando en sus corazones enardecidos, convirtieron en armas redentoras los

hierros del largo cautiverio, para combatir diez años sin tregua contra adversas fatalidades conjuradas en su daño.

El caudillo de aquella primer jornada desapareció al cabo cuando todavía sus diezmados compañeros luchaban en el Aventino relampagueante, y como si fuera él la personificación augusta de la rebeldía y la protesta heroica, su muerte sublime—por coincidencia seguramente casual—inicia la decadencia y la ruina aparente de su obra. Desde entonces van corridos diez y ocho años, y a pesar de los empeños subrepticios o impudentes de la reacción violenta o hipócrita, es imposible negar que la huella de Céspedes ha sido en nuestra historia tan profunda como en nuestra alma. Cuanto se oponía a sus designios, cuanto era un obstáculo insuperable para rematar la colosal empresa de convertir la babilónica almoneda de esclavos en alcázar del derecho, fué desmoronándose hasta nivelar el suelo y allanar la vía del triunfo. La mejor, la más decisiva conquista de aquella década olímpica había quedado ase-

gurada, y con ella—como consecuencias forzosas e inevitables—las demás ulteriores transformaciones.

Debemos reconocer, en honor de aquellos ilustres próceres, que la resolución con que la nobleza francesa renunció a sus privilegios históricos la famosa noche del 4 de agosto de 1789 no puede compararse ni en espontaneidad ni en grandeza moral y cívica a la unción piadosa con que decretaron la emancipación de los esclavos los cubanos que gozaban al amparo de las leyes de España del inicuo derecho de explotarlos; porque detrás de éstos había un poder tradicional y grandes intereses para contrarrestar y anular sus propósitos humanitarios y patrióticos; mientras que los nobles de Francia presentían el hundimiento de la monarquía secular y acababan de presenciar el asalto y destrucción de la Bastilla que anunciaba la proximidad de la catástrofe. Y como si aquella grandiosa reforma fuese la esencia misma de la insurrección cubana, es sorprendente y conmovedor que cuando sintió llegado el mo-

mento de arriar la bandera hecha girones, antes de la dispersión de la hueste desangrada y escuálida, exigió del vencedor afortunado que reconociese y respetase como hombres libres a los esclavos que habían sufrido en los campamentos rebeldes y empuñado las armas contra España, consagrando así el principio más trascendental de su programa, e imponiendo al mismo tiempo la necesidad ineludible de equilibrar y normalizar el país con la abolición total y definitiva de la esclavitud; porque no era ni prudente, ni político, ni racional que vivieran sin esperanza el resto de sus días los esclavos que habían permanecido sumisos, en tanto que a su vista los que se habían rebelado disfrutaban de la ansiada libertad que ciertamente merecían, pero que era un bien incondicional de todos, como patrimonio inviolable de la humanidad.

Cuanto saludable y beneficioso pudo suceder después, cuanto fué sucediendo al cabo, la paz violada por la intransigencia codiciosa, las reformas parciales, incomple-

tas y empíricas, el disgusto creciente, la descomposición general, la inminente ruina y la misma renovación de la lucha, determinan un período y un proceso que estaban en germen o en potencia en lo que se llamó el *convenio del Zanjón,* y en el espíritu mezquino y malsano con que fué interpretado mañosamente apenas se consumó la pacificación de la tierra.

La Revolución que había sido, que era una necesidad, apareció desde entonces como un gran crimen. Empequeñecida y calumniada, se consideró como la obra enfermiza de visionarios y malvados, y comprimida, falseada, negada durante diez y ocho años, resurge más poderosa, más universal, como más sentida y necesaria, para condenarse y combatirse otra vez como el engendro de la depravación y la demencia.

En vez de reconocerse, desde luego, que había sido la confluencia fatal e irreprimible de todas las energías acumuladas por la historia, el producto de elementos naturales, la consecuencia inalterable de un pasado de desorden y aflicción, de errores y

maldades, y de encauzar su corriente poderosa en nuevas y apropiadas instituciones para que fecundara su tendencia progresiva la prosperidad y la cultura del pueblo cubano, se cometió el atentado de ahogar lenta y arteramente su espíritu, que era tan vivaz como fecundo, con la mira siniestra de sustituir la gran creación en que soñara, con las muertas concepciones de otro tiempo y otra civilización, como si la sangrienta desmembración de un continente y la contienda misma tan larga y devastadora que acababa de terminar no atestiguasen pavorosamente la suprema ineludible conveniencia de una radical rectificación histórica, no enseñaran cuán frágiles y pasajeros son los triunfos accidentales de la fuerza y cuán incontrastables los impulsos misteriosos que arrastran a los pueblos a la conquista y realización del derecho; como si el eclipse temporal de una aspiración legítima pudiera ser la noche eterna y la degradación indefinida, cuando jamás—victoriosa lo mismo que vencida—pudo ser un absurdo la Revolución; que los

individuos, sujetos al desfallecimiento y a la muerte, flaquean y sucumben, pero las ideas arraigadas en la conciencia social, y que son por lo mismo como las raíces y resortes de su vida, la razón de su destino, la ley de su desenvolvimiento y la condición de su felicidad, son invulnerables e inmortales; pueden más y duran más, según la frase del bardo divino, que los *yelmos de los tiranos y sus tumbas de metal.*

La obra comenzada por Céspedes era, pues, tan vasta y difícil de suyo, que requería el concurso y—como estáis sintiéndolo vosotros mismos—el martirio de varias generaciones. Pero el sacrificio, antes que inútil, fué imprescindible, que a precio del dolor y de la sangre es como únicamente son fecundas y engendran la vida, la maternidad del amor y la maternidad de las ideas. Recordad, si no, el desgarramiento de esta sociedad, que parecía mejor preparada que la nuestra para las transformaciones del derecho y las conquistas de la razón, y os convenceréis de que los insurrectos cubanos de 1868 pudieron desbandarse

años más tarde con la conciencia tranquila; porque a virtud de su constancia prodigiosa y su tormento incomparable habían purgado el país de la lepra que podría y envenenaba sus entrañas, para que sobre los grillos despedazados del esclavo, como por mística escala, ascendiese purificado a las cimas misteriosas desde donde le era dable contemplar sin remordimiento el pasado y esperar sin temor el porvenir.

Imponíase desde entonces, como compromiso necesario, como satisfacción a los fundados clamores de la opinión ilustrada, por consejo del buen sentido, por conveniencia y por decoro, una transformación esencial en las instituciones de la isla, en armonía con la gran transformación moral del país; mas si el alma cubana había cambiado y las condiciones generales de la propiedad, del trabajo y del derecho civil tuvieron que cambiar también, el alma de los españoles no había cambiado de consuno, como tampoco su carácter y sus propósitos tradicionales. Jamás he podido explicarme esa resistencia a la razón, ese des-

dén a la justicia, esa tenacidad en el error y en el pecado contra los cuales se quiebran los aceros y pasan las iras de la tempestad como la espuma de las olas sobre el escollo de granito. Mas lo cierto es que antes que rendirse a la evidencia de los hechos, quisieron escamotear la realidad, burlar el destino, encubrir el ansia no domada de lucro con hipócrita reconciliación: la victoria misma en aquella hora incierta de sorpresas y mentiras que llamaron de paz ocultó sus laureles equívocos; respirábase esperanza y justificación: "no hay vencedores ni vencidos" era la consigna traidora con que se quiso desorientar a los enemigos de la víspera para que no palpasen muy pronto la inutilidad de la fingida concordia e impidiesen a tiempo que con los escombros humeantes de la guerra la mano audaz de reacción empedernida y solapada repusiese y reparase la vieja arquitectura de la colonia. Ese monumento de oprobio no era más que una ruina retocada e instable, y al primer soplo de la indignación ya veis cómo ha rodado entre consternación e im-

potente rabia! Pero el beduíno que trafica hasta en medio del desierto, y que no sabe sino clavar la tienda de una noche, olvidaba la reciente hecatombe como había olvidado catástrofes irreparables y ruidosas, y de nuevo, bajo el techo improvisado, entre paredones agrietados y vacilantes, restableció el mercado inmundo, la factoría mercantil del catalán avaro y el andaluz rapaz, con todas sus corruptoras concupiscencias y todas sus escandalosas iniquidades. El pueblo cubano—en tanto—había sido tememaria, desvergonzadamente secuestrado. Su propio destino continuaba fuera del alcance de su voluntad y de su inteligencia; aunque aparecía contribuyendo con su voto a su propia evolución, cohonestando—mejor dicho, justificando—la pérfida explotación del país, por el mecanismo engañoso de una ley electoral que era una farsa cuidadosamente preparada en provecho de los codiciosos peninsulares, y con la mira de asegurar el predominio de desalmados advenedizos que invocaban la lejana conquista de la América para atri-

buirse el derecho de ser eternamente los salteadores impunes y los piratas afortunados de la isla de Cuba!

En vano fueron representaciones, lamentos y protestas; en vano un partido cubano—que al fin rasgó indignado la bandera de España, para tremolar el estandarte revolucionario—había agotado los recursos de profunda cultura y los esfuerzos de patriotismo previsor y levantado para demostrar que la conveniencia, que el honor de la Metrópoli tenían que estar en armonía con la conveniencia y el honor de Cuba, so pena de provocarse nuevos y más pavorosos conflictos; a las quejas, a las obyurgaciones, a la voz doliente de la prudencia y la sabiduría, España—como siempre—prestó oídos de mercader. No veía, no quería ver—en su vesania senil—más que el interés inmediato de su comercio y los pingües beneficios de su burocracia, a fin de que la infeliz dependencia alimentara la atrasada industria peninsular, como el medio único de que una nación pobrísima, ignorante, retrógrada — verdadera tribu

semibárbara de rufianes y mendigos—viviese, no obstante, como un privilegiado, como el parásito voraz, en el festín continuamente renovado de la brutalidad y la codicia, a expensas de la savia y la ventura de un pueblo de noble corazón e inteligencia fácil, sometido y sujeto por la fuerza a dominadores indignos!

¿Quién de vosotros no recuerda con dolor e indignación todos los agravios inferidos por España a su mísera colonia? ¿Quién aquí no se siente en alguna manera lastimado y afligido por ellos? ¿Quién, sobre todo, no reconoce en el fondo de su ánima que el crimen más imperdonable de tantos como ennegrecen la conciencia empedernida de la nación española consiste en haber provocado otra vez, en haber hecho de nuevo necesaria la guerra, y sólo por ella viable y posible en los hechos la Revolución que ya estaba realizada en los espíritus?

En razón a menos motivos que nosotros decidieron estos fríos anglosajones desligar su destino del de la Madre Patria, y por causas análogas, si bien no más intole-

rables que las nuestras, rompieron también el yugo los hispanoamericanos, y hoy sus gobiernos—cuando no nos hostilizan abiertamente—presencian sin conmoverse la lucha desigual y terrible, manteniendo una neutralidad menguada que, a la postre, favorece la odiosa e indefendible causa de España.

Ah! Cuando veo que las naciones de nuestro origen, que nos tendieron mano fraternal durante el primer año de la guerra pasada, ahora que es más fuerte, más general y más fundada la Revolución, y a pesar de la elocuencia con que han patrocinado nuestro derecho algunos americanos distinguidos, en la prensa, en la tribuna y en los congresos, parecen mostrar supersticioso temor o simpatía abominable a los tiranos y esquilmadores de la América latina; cuando noto que en Francia—cuna de los principios revolucionarios—sólo nos alienta un grupo generoso inspirado en la noble simpática resolución de un periodista ilustre, y que en España no hay más que un justo que no ha aprendido to-

davía a odiarnos y escarnecernos, ese don Francisco Pi y Margall, a quien envío desde aquí la expresión sincera de mi personal reverencia y mi cariñosa gratitud de cubano; cuando oigo decir que el episcopado español, desentendiéndose de los intereses del cielo y los sagrados votos de su ministerio de amor y de piedad cristiana, atiza contra nosotros las pasiones inclementes de la plebe; mientras el vicario del Cristo dulcísimo que murió perdonando a sus mismos enemigos bendice desde la Silla de San Pedro a los bárbaros que se aperciben a la matanza de gente que ni siquiera conocen, como si, fantástico y sepulcral entre los pliegues de su blanca túnica, reapareciese aquel pontífice mundano y depravado que se atrevió a santificar la carnicería de los Hugonotes; cuando observo que, acaso con la excepción de un fiel y antiguo amigo de los oprimidos, la prensa de este país, que concede amplio espacio a los embustes de los españoles, publica menos editoriales contra sus diarios horrores que los que consagra a las regatas, las carreras de

caballos y la inconveniencia de que las mujeres asistan a los teatros con sombreros demasiado grandes; en tanto que su Gobierno, capaz de comprometer la paz y la prosperidad pública con motivo de algunas minas enclavadas en territorios disputados y lejanos, en nombre de acomodaticia y elástica doctrina de protección y amparo de los pueblos de esta mitad del mundo, ayuda, indirecta, pero eficazmente, al victimario europeo sujetando el brazo de su víctima cubana; ante tanta frivolidad pueril y tan sórdido interés, tanta inmoralidad y tan universal bajeza, maldeciría a los hombres, renegaría del linaje miserable que los procrea, odiaría la vida tan mezquina o tan infame, aspiraría únicamente al olvido, como último refugio, si no me consolara y fortaleciera la contemplación de ese pueblo cubano que ha corrido tantas veces sereno hacia la muerte durante este siglo impío y materializado; ese pueblo cubano, sacerdote de la libertad, que ha hecho de su vida histórica un sacrificio permanente y convertido su tierra calcinada

en altar sagrado de la justicia, por lo que, al través de mis lágrimas, le veo, entre pirámides de huesos sangrientos, de pie sobre la espalda de las naciones ruines arrodilladas, coronado de halo celeste que irradia el resplandor de divina gloria, como el cruzado ungido e invencible del ideal y de la fe!

Hemos sido ciertamente las últimas y más desamparadas víctimas de España; pero seremos también sus últimos y más grandes debeladores. ¿Por qué no? Volved la vista al Sur; mirad el océano cuajado de inmensas naves; allí van los mercenarios, los asalariados, los vándalos de la Península; entre espirales de llamas, entre trombas de humo, husmearán los hospitales ocultos en el bosque, rastrearán las familias indefensas, asesinarán sin compasión al inválido, al viejo, a la mujer, al niño, y al grito salvaje de ¡viva España! festejarán cada crimen cobarde como una hazaña fabulosa...

Son ya, a estas horas, como trescientos mil sicarios, y dicen que todavía las olas

vomitarán sobre Cuba, escupirán contra la América, otras barcadas más de foragidos... Con la tercera parte sujetan los ingleses en la India un imperio de doscientos millones de esclavos; con la sexta parte aniquiló Alejandro un enorme Estado bárbaro y sojuzgó el Asia misteriosa, y para honra de los ejércitos de Gómez, de Maceo y de García, no hay un cubano que dude siquiera que, pues se empeñan obcecados y torpes, más serán los predestinados a abonar y consagrar la tierra heroica que jamás volverá a ser española, la tierra que para ser siempre cubana, y no más que cubana, Dios mismo ha envuelto en gasa invisible de vapores que emponzoñan y abrevian la vida del insolente aventurero en el veneno sutil desleído en su atmósfera, en el veneno oculto en el almíbar de sus frutas, en el veneno que el Sol esparce en la niebla de la tarde y disuelve en el rocío de la mañana, en el veneno de la marisma, en el veneno de la playa, en el veneno de la naturaleza, no tan repulsiva ni funesta al execrado conquistador extranjero como la

constancia, como la resolución, como el patriotismo de ese pueblo nuestro que—soldado de la independencia—pelea uno contra diez, uno contra ciento, con la canana llena o con la canana vacía, lo mismo contra los reductos artillados que contra poderosas columnas, sin descansar, sin paga, sin que crea que nadie le debe dinero por padecer hambre y frío y desnudez, ni que necesite ni merezca más galardón que la dicha de morir por la libertad y la gloria de Cuba; que, expedicionario, sálta animoso del barco carcomido en que se malogran preciosas vidas y se inutilizan grandes sacrificios, al remolcador minúsculo que fía a la noche obscura y a la piedad de las olas la asombrosa empresa de burlar vigilante escuadra y salvar el valioso cargamento que alimenta la fe y sostiene la esperanza; que, obrero y emigrado, arrebata a su familia parte del pan de cada día para que nunca escasee el oro en las manos del representante del Gobierno....

Y, sin embargo, el mundo no tiene para ellos una palabra de aliento, ni España—

en su pretensa hidalguía—una palabra de justicia: al contrario, son para ella criminales, peor que criminales, alimañas que no merecen sino muerte e ignominia... como los sublevados de Filipinas, como los sublevados de Flandes, como los sublevados de México y Colombia; como todos los súbditos de España que, vejados y oprimidos por ella, no bendicen la mano que los roba y besan el pie que los deshonra! En días de prueba para los que denomina infidentes y traidores, azuza contra ellos sus grandes carniceros, un Duque de Alba, un Calleja, un Antoñanzas, un Morillo... aunque al fin, señores, Fernando VII midió con el mismo cetro de hierro todas las Españas y mató a los rebeldes americanos, como a los rebeldes peninsulares, en nombre de la Majestad de la Corona; el sombrío monarca del Escorial tostó al hereje en todas las latitudes y los expurgó en los Países Bajos en nombre de Dios y de la Iglesia;... pero un ministruelo escéptico, un burgués de nuestro tiempo que algunos tenientes amotinados elevaron al

poder una noche de escándalo en que toda autoridad fué hollada o nació sin prestigio y sin virtud, ¿en nombre de qué principio, en nombre de qué derecho insulta y asesina a los cubanos que en el seno de esta América de la Democracia y la República combaten y resisten al despotismo invocando la patria y la justicia?

Ah! el puñal del berberisco Cánovas, gota a gota en las ciudades y chorro a chorro en los campos, ha derramado tanta sangre de nuestras venas, que ya salta contra el rostro de las naciones de la América, impasibles, sin embargo, ante el ultraje, como si olvidaran su historia, como si hubieran decaído de su antigua virtud, como si temblaron en presencia de España. No! No puedo ni imaginar siquiera que la América de Junín y de Ayacucho sienta miedo hacia la España de Pareja y Méndez Núñez; aunque habría algo más horrible que lamentar aún, si traicionando los principios cardinales de su vida, se hubiese convertido tan pronto en la amiga fiel de la Metrópoli infame que perpetró en

todo el continente las mismas iniquidades que ahora renueva y multiplica en la Isla de Cuba! Digamos más bien que acaso la Libertad no preside ya en sus consejos, para no creer que, de otro modo, vacilaría en cumplir con su conciencia y con su pasado... porque si no, ¿a qué temblar? si detrás del trono en que a la luz de un cirio Felipe II imponía el terror por la espantable sinceridad de su intolerancia, asoma ahora su rostro volteriano y repulsivo el malagueño doctrinario y travieso que trepó hasta sus gradas en las ancas de los caballos de Vicálvaro, para combatir a los reyes en nombre de los derechos de los pueblos, y luego afligir a los pueblos en nombre de los derechos de los reyes!... No, no encuentro excusa para la América; porque no existe más que un derecho divino, el derecho divino que tiene toda sociedad humana de regirse conforme a su voluntad, el derecho a no ser explotada por otra, el derecho a no ser afligida por la fuerza, y Cuba es su paladín esforzado y solitario; no existe más que un interés americano,

el interés de la democracia y la república, y Cuba es su único y abnegado representante, ya que los pueblos hermanos suyos no se atreven a requerir en su defensa la espada creadora con que Bolívar quiso redimirla, ni aun ahora que la lanza con que Boves aterró los llanos de Venezuela se ha convertido en la puntilla de torero con que Wéyler ultraja a la civilización y deshonra al linaje humano!

No nos inquetamos, sin embargo, por nuestro inexplicable desamparo en esta última batalla de la emancipación americana! Cuando Céspedes se lanzó al campo con un puñado de compañeros deficientemente armados, lo mismo que cuando Martí preparó el alzamiento actual, no contaron, no creyeron necesario contar con el apoyo o la alianza de ninguna nación; contaron únicamente con la voluntad inquebrantable de su propio pueblo, con su generosidad y su heroísmo, y las ideas son por sí mismas fuerzas tan irresistibles, que hoy lo que empezó en un rincón apartado de la Isla es una revolución que se extiende ven-

tajosamente de extremo a extremo, por lo que no hay razón para asegurar que nos veamos definitivamente privados de toda asistencia por parte de los pueblos continentales. Aunque, como quiera que sea, todo indica que nosotros solos podemos rematar felizmente la gran obra de nuestro patriotismo, que durante más de medio siglo ha sido la perturbación y la inquietud de este hemisferio.

España está exhausta, y no obstante se esfuerza cuanto puede por encontrar dinero para sostener esa guerra que será al fin la vorágine tremenda que se trague a la nación obstinada y demente. Y nosotros los cubanos todos, en esta hora crítica y solemne, tenemos un deber supremo que cumplir: el deber de resistir, el deber de quebrantar a España, esto es, imitarla a ella, pelear mientras ella quiera seguir peleando, y para ese fin resolver que no falten ni escaseen las municiones en la cartuchera de nuestros admirables soldados. Busquemos, pues, dinero, pidamos dinero, procuremos que nos den dinero; pero em-

pecemos por nosotros mismos: promuévase un gran empréstito interior; que cada cual contribuya como pueda; lo positivo es que todos deben contribuir. Es imposible que con buena voluntad, por previsión y hasta por conveniencia, no seamos capaces de reunir uno o dos millones de pesos en pocas semanas. Si no lo logramos, yo no me atrevería a pensar que no sabemos ser desprendidos cuando la patria invoca la eficacia de nuestras virtudes: yo sería incapaz de lastimar la susceptibilidad de mis paisanos, y menos en la común desgracia; pero sí les advertiría a los que aun tienen la fortuna de poder disponer de algún caudal para la honra, para la vida, para el éxito de la Revolución, que Cuba debe triunfar, que tiene que triunfar, que necesita triunfar; pero que los que no hayan sabido favorecerla y ampararla quedarán totalmente arruinados y, lo que es peor, anulados después de la guerra; que por apatía o por imprevisión, nunca creeré que por avaricia también, habrán dejado escapar de sus manos la dirección de la política

que en todos los pueblos corresponde en gran manera a los que tienen más intereses que vigilar y mejores condiciones intelectuales para la legislación y el consejo; y, sobre todo, que no debe nadie sorprenderse de que la Revolución, entregada a sí misma en el primer período de lucha enardecida, contando sólo con los recursos del campo y el botín de los combates, revele, cuando no la anima loco fanatismo, sino convencimiento reflexivo y resolución augusta, ese terrible afán de sepultar al enemigo entre escombros humeantes y ensangrentados, que corona con pavorosa incendio su trágica grandeza! Si tan tremendo programa fuese un error, no sería en modo alguno el error de la voluntad torcida, sino la inspiración sublime de la libertad abandonada y sin misericordia combatida, la necesidad, a ocasiones imperiosas y siempre bendita, que un día arrasó el Palatinado en defensa de la fe, y otro día arrasó la Confederación esclavista en defensa de la ley; y yo, primero que condenarlo—aun-

que siempre lo lamentaría—, primero que condenar a los cubanos acusados, a los cubanos desamparados, a los cubanos asesinados, a los cubanos que ven sus mujeres ultrajadas, sus padres acuchillados, sus hijos fusilados sin piedad, sus enfermos y heridos cazados como fieras, sus prisioneros ejecutados fría e implacablemente, habré de maldecir tan sólo la complicidad universal de la América con esos facinerosos españoles, capaces de provocar todas las iras del Averno; capaces de inspirar y justificar todos los delirios y todos los furores; esos facinerosos españoles con los cuales no quiso reconciliarse jamás, a los cuales no quiso otorgar ni el perdón sublime y misericordioso del moribundo, aquel gran cacique que quemaron vivo por defender hace tres siglos la independencia de Cuba, y que desde su hoguera de mártir enseña todavía que es preferible a la feroz dominación de España, renunciar a todo, renunciar a la riqueza, renunciar a la civilización, renunciar al porvenir, renunciar hasta a la bienaventuranza del cielo!

1897

POR LA INDEPENDENCIA

Discurso pronunciado en el "mass meeting" de Chickering Hall el 5 de noviembre de 1897.

POR LA INDEPENDENCIA

Señoras y señores:

La caída del Ministerio conservador en la Península y la reasunción del poder público por los sagastinos hace unas cuantas semanas han producido un cambio aparentemente radical en las relaciones de España con la isla de Cuba, cuyo anuncio es el motivo que congrega esta numerosa y animada concurrencia y que a mí, junto con otros compatriotas distinguidos, me impone el deber difícil, que es a un tiempo insigne honor, sólo en mi caso inmerecido, de ser—siquiera por un momento pasajero—representante de nuestro pueblo, vocero de sus sentimientos más puros, defensor y guardián de sus intereses más elevados, los cuales olvida con desdén afrentoso y pretende hollar con insolencia el constante enemigo de su dignidad y de su

dicha, aun ahora mismo que al procurar falsamente la reconciliación y el olvido extiende aleve mano ceñida con el guantelete de guerra que chorrea todavía la sangre de nuestras venas.

En atención a aquellas causas generales decidió el Delegado de nuestro Gobierno convocar a la Emigración para que por sus declaraciones más explícitas y espontáneas supiesen nuestros hermanos de Cuba y pudiesen comprender nuestros amigos extranjeros cuál es y cuál habrá de ser resueltamente la actitud de los cubanos ante los mañosos esfuerzos y torpes maquinaciones con que se cuenta debilitarnos y entorpecer la solución definitiva de la gran contienda en que la entereza y el patriotismo han quebrantado al enemigo. Ya el orgulloso Cánovas, que había manifestado su decisión de contestar a la guerra con la guerra, alteraba su primer programa de feroz intransigencia, siguiendo probablemente indicaciones o consejos del Gabinete de Wáshington. Es indudable que por entonces también ofrecieron los america-

nos sus buenos oficios para concertar a los combatientes; pero aunque no había recibido contestación alguna del Gobierno de Madrid el Presidente Cleveland al dirigir al Congreso su último mensaje, contúvose, no obstante, al finalizar el año anterior —como se atajó en febrero del actual— la corriente de generosas simpatías que hubiera vigorizado la causa de los cubanos; bien que en aquel mensaje se establecieron dos proposiciones, si no de derecho, de práctica internacional, cuya capitalísima significación y trascendencia es imposible desconocer: que los Estados Unidos no consentirán la intervención de ninguna potencia en el conflicto cubano español, y que podía llegar un momento en la evolución de aquél, en que consideraciones más atendibles que el respeto a los derechos históricos de España impusiesen al Gobierno americano la necesidad ineludible de intervenir. Aquellas conclusiones establecían virtualmente el deber y la conveniencia, por parte de los Estados Unidos, de no permanecer por tiempo ilimitado indiferentes y apáti-

cos, e implicaban por lo mismo el reconocimiento de su directa e inmediata responsabilidad; y, por parte de España, la resolución de terminar cuanto antes la guerra, o el compromiso peligroso de eludir, de aceptar o de repeler la intervención extranjera. Cuando zarpó para Europa el general Woodford con el carácter de ministro extraordinario de un nuevo partido y un gobierno obligado a la plataforma de San Luis, en que se estatuía la independencia de Cuba, pocos dudaban de que, a pesar del natural cuidado de la Administración en mantener sus antiguas cordiales relaciones de amistad con España, al cabo intervendría, desde luego por derecho propio, así como por el origen, la índole y las consecuencias de la cercana guerra colonial, que no constituye sólo un pavoroso problema doméstico, sino también una gran cuestión internacional y particularmente una gran cuestión americana.

No hay quien no esté persuadido de que por causa de esas influencias, por la eficacia del Gobierno de los Estados Unidos,

y en modo alguno por nobleza y espíritu de justicia de parte de España, ni menos por su respeto generoso a los cubanos y franco reconocimiento de la legitimidad de sus quejas y aspiraciones, hemos podido contemplar este cambio de decoración en que todo puede haber variado, con excepción del alma y el carácter de los astutos tramoyistas españoles. Han sido los inmediatos resultados de la primera nota del Embajador Woodford al Gobierno de Madrid la caída de los canovistas divididos y sin jefe, la vuelta de los liberales al poder, el relevo ignominioso de Wéyler y su reemplazo por don Ramón Blanco, cuyo cuidado preferente ha de consistir, según él mismo lo ha declarado, en que no siga el bizarro ejército español haciendo como hasta aquí la guerra a las mujeres, a los niños y a los vegetales; en suspender el decreto famoso de *concentración* que, ante el mundo espantado, sometió inexorablemente a cada morador de nuestros campos al suplicio dantesco de Hugolino, por lo que la isla encantada, donde en amoroso himeneo la tie-

rra próvida y el cielo benigno brindaban dichosa y regalada hospitalidad con la abundancia de sus hechizos y sus dones, se ha convertido en la región satánica azotada por la peste, cubierta por un sudario de cenizas ensangrentadas, entre las cuales se arrastran, rodeados de cadáveres insepultos, esqueletos pavorosos bajo nubes de buitres carniceros.

Pero también el general Blanco ha aceptado la misión de implantar en Cuba un régimen nuevo del que esperan sus iniciadores y patronos que satisfaga anhelos comprimidos de libertad y repare agravios antiquísimos, produciendo por su espíritu y tendencia la reconciliación de los dos bandos enconados, y beneficiando la isla desolada con el advenimiento de la paz bajo la bandera española.

Por supuesto que, al propio tiempo, el General español se propone, nunca negociar con los rebeldes, ¡porque semejante proceder ofende la dignidad de España!, sino, como siempre, abrirle los brazos al arrepentido, ofreciéndole el proverbial

"olvido de lo pasado," y proseguir la guerra con "rigor" contra los obcecados; es decir, contestar a la guerra con la guerra... como si Cánovas no hubiera muerto y Wéyler imperase todavía! Pocos momentos antes de desembarcar en el muelle de la Habana celebró larga conferencia con su predecesor, y sin duda allí le traspasó el Carnicero feroz el mismo hierro que desde el Duque de Alba, el exterminador de Flandes, y Ovando, al exterminador de las Indias, empuñan los representantes de España en sus colonias para que no puedan éstas dudar jamás de la tierna y piadosa maternidad de su Metrópoli.

¿Qué hemos de decir, qué tenemos que decir los cubanos ante promesas equívocas de un cambio de mera forma que se efectuaría menos para desagraviarlos y favorecerlos que para adormecer, confundir y engañar el mediador poderoso y temido, ganando tiempo mientras tanto por si a su vez interviene el acaso eventualmente en provecho de la causa perdida de la explotación y la protervia?

Por mi parte distingo con claridad, sin que me extravíe un optimismo sentimental a que no suelo confiar la inspiración de mi pensamiento, que ha aparecido en medio de la contienda un agente nuevo de influencia decisiva, y que únicamente por su virtud cambia el presente preparando porvenir más lisonjero para la causa cubana, de que es una garantía la mansedumbre humanitaria con que contiene apenas sus impulsos destructores el lobo español; quise decir ese león de España cuya doble naturaleza así lo encrespa soberbio y vencedor enfrente del desvalido como lo arrastra y encorva reverente ante la fuerza; y asimismo percibo que—al ensayar una farsa repugnante que denuncia en un punto con la torpeza, la terquedad y la perfidia de la Metrópoli, su profunda irremediable decadencia—esconde el hipócrita gitano bajo su capa raída el puñal asesino mientras predica con gruñidos montaraces el Evangelio del amor y la fraternidad.

Y si hemos venido a hacer estas declaraciones, el manifiesto que aclamaron y fir-

man los emigrados representativos demuestra que por fortuna todos los cubanos sienten y piensan del mismo modo en esta hora crítica para su país y para la civilización americana; por lo que la sediciente autonomía de Sagasta y Blanco resulta poco más o menos tan inútil como fueron impracticables, aun en épocas más propicias, el proyecto Maura y la llamada "fórmula Abarzuza". La más reciente, al igual de las anteriores y del bosquejo non-nato de Cánovas, disimula bajo su nomenclatura pero mantiene en su esencia el espíritu exclusivista y tiránico de las Leyes de Indias. El Gobernador General asume en ella el mismo carácter absoluto e irresponsable de los antiguos virreyes y los violentos Adelantados, el mismo poder discrecional y arbitrario de la ley de 1825, que convirtió a Cuba en una plaza sitiada y consagró, como símbolo y garantía de la dominación española, la espada sangrienta y brutal de la Conquista. En esas innovaciones sutiles y mentirosas desaparece confiscada, como antes, la personalidad de Cuba, y su desti-

no, como siempre, permanece sujeto y esclavizado a gente extraña de otra estirpe, de otro espíritu y de otro continente. Perpetuamente volvería nuestro pueblo a trabajar sin sosiego, sin dignidad y sin horizonte. Sus presupuestos generales habrían de fijarse lo mismo que ahora por unas Cortes en que los exiguos genuinos representantes de la colonia predicarían en desierto, ahogados sus clamores por la vocería de la ignorancia y la codicia. Pagaría Cuba enorme abrumadora deuda contraída por el despilfarro o para su martirio y vencimiento; y jueces españoles fallarían en sus quejas y reclamaciones; y una escuadra española, y un ejército español, y un cuerpo de policía español, y un cuerpo numeroso de voluntarios españoles impondrían a la legítima desesperación de los cubanos, bajo el nombre de la unidad y la soberanía de la madre patria, la más disimulada pero también la más infame de todas las opresiones. Mas este nuevo engendro híbrido, formalista y engañoso, apenas se diferencia de aquélla que en enero de 1895 llamaron

los mismos sagastinos "fórmula de transacción", y que en vez de prevenir el alzamiento general del país fué como la campana de rebato para los patriotas exasperados, el bronce de la aleluya que anunciaba la resurrección y la gloria de la patria cubana!

La autonomía, por consecuencia, no es más que un sarcasmo en las actuales condiciones; no es ya, en modo alguno, una solución cubana, y—como cualquiera otra reforma que se confeccione en nuestro daño—tiene que ser absolutamente impracticable: para nosotros es una palabra adulterada por los españoles, que oculta su temor, su debilidad y su falsía. Nosotros, por tanto, la rechazamos con repugnancia. ¿Cómo aplicarla entonces? ¿Quién tampoco querría aplicarla?

¡Y si nosotros volvemos la espalda a esas vanas promesas de la Metrópoli, los españoles romeristas y silvelistas—confundidos sólo en ese empeño rencoroso—se preparan a combatirlas en las futuras Cortes, de acuerdo con esos constitucionales o *in-*

tegristas de la Habana, resistidos aún a su ensayo, a tiempo que disuelto el antiguo partido liberal cubano, aquellos de sus más prominentes afiliados que no habían empuñado las armas por la honra y la independencia de la patria, renuevan esta noche un pacto de amor y concordia entre todos los cubanos, lamentando entristecidos que minúsculo sanedrín de sus viejos despechados santones abatieran su estandarte, no para honrar y servir a sus paisanos martirizados, sino para defender a la nación criminal, y que—mutilándose el alma en delirio liberticida e inhumano—cayeran prosternados ante los monstruos infernales que personifican la ferocidad española, a la manera de los indus animistas que se arrodillaban a los pies de aquel dios abominable que llevaba alrededor del cuello una sarta de cabezas tronchadas, o esos egipcios infelices cuya divinidad era un voraz y repugnante cocodrilo!

Se susurra que cerca de nosotros ha puesto España un oído para que recoja los latidos de nuestro corazón y una mano que

sorprenda los secretos de nuestra conciencia. Que pulse y oiga en buen hora; porque así sabrá que está el uno tan tranquilo como limpia la otra, y que aquí, como hermanos, estamos todos identificados con cuantos por Cuba sufren o combaten, sintiendo que alienta y aletea en este recinto, cual invisible mística paloma, el alma inmortal de nuestra patria, y que juntos estaremos para caer o triunfar—para triunfar, desde luego—con un solo corazón que amoroso palpita por la tierra escarnecida y una sola conciencia que rechaza indignada su vilipendio y sujeción; porque no hay un cubano sólo que no esté atormentado por el mismo anhelo de independencia, que no esté impulsado por el mismo propósito de alcanzarla... ¡ni uno solo!; que ésos que se mezclaron a las turbas de embriagados genízaros aclamando en su partida a Wéyler o aclamando a España detrás del cadáver mutilado del general Castillo.. esos ni hubieran podido apedrear al ilustre guerrero, ni pueden bendecir a sus bárbaros verdu-

gos, porque no son españoles ni han sabido tampoco ser cubanos, si es que todavía son hombres, pues al perder la luz de la inteligencia han sido impotentes para el mal e incapaces de bien, como la casta de miserables que en la gran visión del florentino no estuvieron ni con Dios ni con el Diablo y—repulsivos al uno tanto como al otro—fueron rechazados del cielo y no encontraron cabida en el infierno!

Los que somos cubanos, así en la guerra como en la emigración, de polo a polo proclamamos un solo principio, la República; alentamos con un solo pensamiento, la independencia de la patria, y hemos consagrado nuestra fuerza y nuestro destino a un solo propósito inquebrantable: luchar por ellos, luchar sin descanso ni tregua, luchar sin vacilación ni remordimiento, ahora que nuestra tierra es un montón de escombros, como luchamos cuando era un paraíso envenenado por los españoles; luchar hasta que no haya más cubanos capaces de empuñar un fusil o hasta que en-

cuentren su sepulcro en la lava de los incendios que prendieran nuestra indignación y nuestra ira todos los aventureros que se atrevan temerariamente a atravesar el océano para oponerse a la voluntad suprema e incontrastable de un pueblo cuyos mártires y héroes se alzan unánimes gritando: *¡No más España,* no más rapiña, no más ultrajes, no más ominosa dependencia!

Si de veras quiere España saber lo que pensamos y queremos, hace bien en escucharnos. Con el corazón destrozado por sus garras le decimos de una vez y por la última vez: necesitamos nuestra independencia; queremos nuestra independencia. Entre tú y nosotros no cabe más que la guerra o la concordia internacional fundada en el reconocimiento de nuestra libre personalidad. Si eres humana, si en ti no ha desaparecido la razón, si fueses capaz de comprender tu propia conveniencia, si no quieres hundirte en el abismo, por terca y por insensata, pliega tu bandera y déjanos tranquilos en la tierra en que nacimos y que

amamos; porque aun aquellos forajidos que hace cuatrocientos años se la adjudicaron por la fuerza fueron nuestros progenitores y no los tuyos; pero si persistes en tu feroz empeño de reducirnos de nuevo a la coyunda para que seamos como hasta aquí siervos de terruño vil estrujados por tus mercaderes y tu soldadesca, prepárate a luchar eternamente; conquístanos si puedes por las armas; porque no hay más que esta alternativa para ambos: o nos sometes o te sometes!

Todo lo aceptamos, todo lo hemos aceptado, todo lo aceptaremos—la muerte en la batalla, la muerte en el cadalso, la muerte por el hambre o la epidemia, el destierro, el presidio, el asesinato, la ruina de nuestra hacienda, la devastación de nuestra tierra—; todos los males, todos los tormentos; pero esas calamidades amontonadas sobre nosotros son menos insufribles que la aflicción, que la atrocidad, que la vergüenza de ser otra vez los míseros vasallos de la corona de España!

Entre ella y nosotros, entre su odio y nuestro horror, el corazón cubano, hendido por el hacha de sus verdugos, es la urna que mana inagotable un mar de sangre que nos ha separado para siempre; en tanto que el furor de sus cobardes mercenarios ha cubierto nuestro suelo de tantos muertos, que si pudieran amontonarse formarían una columna humana que se divisara desde muy apartadas regiones, y que seguramente contemplarán los siglos venideros, en su fantasía aterrada, como uno de los estragos más horribles de la historia, como la prueba más tremenda, y tan digna de admiración como de lástima, que haya dado nunca ningún pueblo de su firmeza inquebrantable, de su heroísmo sin par, de su jamás superada abnegación en servicio y mantenimiento de su ideal y de su fe!

Sí, estamos definitivamente separados de España por la historia, por el sentimiento y por la conciencia; y tan diversos son nuestras necesidades y nuestros anhelos,

tan opuestos nuestros intereses y nuestro espíritu, que podemos considerarnos no ya como dos pueblos enemigos, sino como especies antitéticas e irreconciliables del planeta.

Su odio formidable ha encendido nuestro horror invencible, y primero que su llama en nuestro pecho se apagarán las luminarias del firmamento. ¡Ah! no lo preguntéis a los que por dura necesidad demoran bajo su férula, porque no son libres para declararlo, porque no podrían serlo sino a costa del sacrificio; mas preguntadlo a todos los demás, al que empieza como al que acaba la vida, y todos os contestarán con palabras análogas a las del insigne patricio octogenario (*) que vino a morir mirando y bendiciendo la estrella refulgente de nuestra bandera, y que, recogiendo en el postrer resplandor de su gran entendimiento la amarga experiencia propia y re-

(*) D. José Silverio Jorrín, que falleció en New York a fines de octubre último, haciendo la "suprema declaración" en favor de la independencia de Cuba, que salió a luz en el número de la revista *Cuba y América* correspondiente al 1.° de noviembre del año actual (1897.—Vol. 2, núm. 15).

capitulando tenebroso y tristísimo pasado, se incorporó en el lecho de agonía para despedirse de sus compatriotas, y allí—al borde del abismo insondable — repitió, para gloria de su preclaro nombre, las redentoras sentencias de Samuel Adams que constituyen cabalmente el propósito, el interés y el ideal de la Revolución: —"Queremos defender nuestro derecho de gobernarnos y de votar nuestras contribuciones. Queremos ser regidos por leyes que hagamos y juzgados por hombres de nuestra propia condición; pues todo el que obedece la voluntad de otro no es en puridad más que un esclavo!"

No cabe, no, reconciliación entre el tirano y su víctima. Jamás el esclavo rebelde debe volver amarrado y menos contrito a la negra desolación de su tugurio. ¡Atrás, verdugo de Cuba; atrás esa mano traidora que empuña la pica en que están clavadas nuestras entrañas! Mas si quieres estrecharla con la nuestra, lávala primero, purifícala en las aguas del arrepentimiento, en el Jordán milagroso de la Justicia; por-

que a semejanza de aquella mano de la sonámbula criminal, hay en ella tanta sangre, que acaso no basten para desinfectarla los perfumes todos de la Arabia!

1898

Discurso pronunciado en el mitin que en acción de gracias a la Nación Americana celebraron los emigrados cubanos de New York en Chickering Hall la noche del 23 de abril de 1898, con motivo de las resoluciones acordadas el 19 del mismo mes por el Congreso de los Estados Unidos.

Señoras y señores:

Por lo mismo que estamos seguros de que a la grandeza pavorosa de este período excepcional que repentinamente acaba de abrirse para nosotros y para el mundo, más que la oratoria acicalada e impotente, corresponde el estampido horrísono de los cañones que subvierten o desmoronan los imperios, pero que pueden también barrer como nociva escoria el despotismo y asentar el derecho sobre altísimo trono, nos hemos congregado únicamente para una acción de gracias, como persuadidos de que está más en su puesto el tierno reconocimiento de las almas buenas cuando aparece enalteciendo las férreas y fecundas virtudes de las almas fuertes; nos hemos reunido sólo con el propósito de participar en el coro universal de bendiciones que los cubanos, enternecidos de legítima gratitud

y satisfacción, elevan, como fervoroso hosanna, para honrar a los que consideran sus favorecedores magnánimos, a la prensa y al pueblo de esta nación hospitalaria y generosa, porque en arrolladora mayoría supieron dar calor y vida sosteniendo y amparando a los que a su anchuroso seno vinieron en busca de refugio seguro contra la persecución y de armas para combatir la tiranía; y al Congreso justiciero y augusto en que han encarnado el humanitario espíritu y la moralidad suprema de nuestro siglo, los cuales, por la voz de los apóstoles que desde la colina sagrada del Capitolio tronaron coléricos de indignación contra los crímenes de insano despotismo, al pronunciar la sentencia irrevocable y sublime que desde aquel Sinaí relampagueante ha estremecido el planeta al estallido del rayo que aniquila la protervia de nuestros verdugos, coronan con el resplandor de un apoteosis la obra reparadora y divina que redime a nuestro pueblo de su largo cautiverio e inaudito martirio; que rehabilita la honra mancillada de la

América; que purifica e impulsa por más luminosos derroteros la civilización, consagrando el heroísmo y la virtud y limpiando al fin el continente en que reina la libertad como única señora de los pueblos, de los monstruos abominables que lo afligían y lo profanaban!

Pero ¡ah! al extremo que hemos alcanzado, apenas me sería posible coordinar en un discurso las inspiraciones que borbotan del sentimiento y las ideas que se atropellan en la mente, después de tanto tiempo de tensión moral y de las últimas violentas semanas en que hemos consumido la fuerza nerviosa de largos años, deslumbrados y estremecidos por sucesos imprevistos que se han precipitado como una catarata estrujando nuestras almas; pero abriendo a nuestra esperanza horizontes ilimitados de ventura, dibujando al extremo del árido arenal panoramas encantados, espejismos misteriosos y visiones seductoras a cuyo influjo levantamos las manos al cielo prorrumpiendo en exclamaciones de júbilo o murmurando retazos perdi-

dos de olvidadas plegarias que suben del corazón como bandadas de palomas mensajeras anunciando que sobre las aguas apaciguadas irradia sus irisados resplandores el arco divino que simboliza la alianza de la fuerza y la justicia en una nueva y prodigiosa regeneración de la conciencia y de la historia!

Sí; nos ha cabido en suerte presenciar una gran crisis, uno de esos períodos asombrosos en que cambia la faz de los continentes y se tuerce el curso de la vida universal.

Cuando hablé aquí mismo la última vez, os dije que distinguía claramente cómo aparecía en medio de nuestra fatigosa contienda "un agente nuevo de influencia decisiva," y que únicamente por su virtud modificábase en la superficie aquella situación de hace unos cuantos meses, "preparando porvenir más lisonjero para la causa cubana;" y mi presentimiento o mi presagio se ha cumplido aún por modo más satisfactorio de lo que entonces presumía. Recordaréis que en aquellos días todos los

males, todos los tormentos se nos figuraban menos insufribles que la vergüenza de ser de nuevo súbditos miserables de una monarquía distante, decrépita y sin entrañas. Mientras tanto, la América se mostraba, seguía mostrándose hostil a nosotros, cuando no permanecía indiferente. Y todavía el más fuerte pidió plazos, reclamó a la faz del mundo, y con menosprecio de nuestro martirio y a la santidad de nuestros propósitos, el derecho de España a disponer todavía de más tiempo para matar a nuestros héroes, corromper a los débiles, falsificar los principios, escarnecer la justicia y continuar deshonrando el linaje humano con la matanza sistemática e implacable de enfermos y heridos, de mujeres y niños.

Luchando sin tregua y sin amigos, o acorralado como inmensa piara condenada a lenta espantosa agonía, ni el martirio horrendo de tantos infelices, ni la resolución soberana de tantos patriotas pudieron conmover en beneficio de nuestro pueblo a las naciones petrificadas por el egoísmo y el

interés. En ese drama lúgubre, que innecesaria, que vergonzosamente se ha prolongado ante la muda expectación de los americanos, alguien tenía que ser culpable de error o de mengua; alguien debía sentirse confundido o humillado en presencia de ese pueblo exánime y enfrente del guerrero cubano, excepcional y maravilloso, que al modo que Ayax formidable no pedía sino un poco de luz para combatir aun contra los mismos dioses, sólo ha estado clamando siempre por que en contienda de suyo desigual los otros pueblos no se deshonrasen sujetándole los brazos para que el enemigo lograra asesinarlo! Ciertamente, podemos proclamarlo sin temor y ya sin imprudencia: lo que España ha estado haciendo en Cuba no es más que un asesinato; lo que ha estado haciendo América con Cuba no es más que una traición; que por el heroísmo y el martirio hemos adquirido autoridad para decir con altivez al mundo: nosotros tenemos razón; obedecemos las leyes que rigen a la sociedad y a la conciencia; autoridad ¡ay! para decirle también,

para decirle con tristeza a la América latina: nosotros somos, si no los únicos, los verdaderos americanos; mientras vosotros, usufructuarios de la herencia y la gloria de Bolívar y San Martín, abandonáis a Cuba, que es vuestra hermana desgraciada, que quiere arrancarse a ese mismo vasallaje que tuvisteis por insufrible y oprobioso; vuestra hermana cautiva, que como vosotros combate, que por vosotros, por vuestro ejemplo y por vuestras aspiraciones, muere! Como también hemos tenido hasta ahora razón y dolorosa necesidad de decir a los descendientes afortunados de los puritanos, a los hijos poderosos de Washington y Monroe: por vuestras ideas, por vuestro contagio nos matan; somos las víctimas de vuestros principios y de vuestro egoísmo; tenéis el deber de ampararnos, o vuestra enseñanza sólo ha sido una mentira para ruina y tormento de los pueblos idealistas: nosotros hemos luchado y luchamos contra los españoles retrógrados y opresores porque, aun siendo de su estirpe, nos amamantamos a los pechos de

vuestra doctrina y vivimos anhelando la realización de vuestras profesías y el cumplimiento de vuestras promesas redentoras. El preámbulo de vuestra Declaración de Independencia ha sido como un nuevo Evangelio, y vosotros lo habéis predicado para que fuera nueva luz y nuevo día del espíritu humano. El fué quien eligió a Lincoln para la Presidencia; él quien derrotó a Calhoum, quien emancipó los esclavos, quien consolidó la Unión desquiciada por la iniquidad, y con él habéis producido profunda transformación en las ideas y las aspiraciones de los pueblos; que en el viejo como en el nuevo mundo ha sido—según se ha dicho—férvido llamamiento a la guerra, el canto de Tirteo que arrastra a la emancipación y deslumbra y enloquece con la esperanza!

Mas lo que no había querido hacer por sí misma en beneficio de nuestra causa la justicia, forzó portentosamente a realizarlo la delincuencia. Estamos ahora reunidos por causa de un bien inmenso ocasionado por un crimen colosal. La mano ne-

gra del español perverso enfureció en la noche tenebrosa al águila indolente. Como para demostrar el error terrible de la América y su solidaridad inexcusable en la contienda de los cubanos con España, algunos españoles—sin duda creyendo representar el espíritu de su nación y el odio al extranjero que simpatizaba con los tormentos inconcebibles de un pueblo inocente condenado a morir de hambre bajo la bandera criminal de la Conquista—saltaron con una mina un buque de guerra de los Estados Unidos que en la confianza del puerto amigo y el reposo de la serena noche había olvidado que los lobos que devoraban a Cuba eran también y por lo mismo enemigos del género humano! La nave ponderosa quedó reducida a un montón de metales retorcidos y en el fondo cenagoso del mar cayeron destrozados doscientos sesenta y seis de sus tripulantes. Pero el estallido formidable de aquel estrago despertó las conciencias dormidas. La hecatombe de aquellos marinos malaventurados demostró que eran una misma la causa de los cubanos y

la causa de los americanos; que tenían un enemigo común, el mismo enemigo de la civilización y de la humanidad; aunque a la fatídica iluminación de aquella noche siniestra y memorable pudo convencerse la América aterrada de cuán mezquino resultaba el ultraje que acababa de inferírsele comparado con los horrores de que era víctima desamparada el infeliz pueblo de Cuba; porque Cuba es un Gólgota inmenso coronado por un bosque formidable y tupido de cruces sangrientas; Cuba es también un hospital en que se pudre un pueblo; Cuba es, sobre todo, un cementerio, una fosa sin bordes y sin fondo en que van cayendo en procesión fantástica esqueletos maldicientes; la vasta ciudad de tormento y aflicción que recorren niños hambrientos en orfandad siniestra, vírgenes escuálidas en cuya frente y cuyas mejillas se marchitaron en súbita vejez las azucenas y las rosas, ancianos espectrales que parecen buscar la tumba para huir horrorizados de la vida, tierra de dolor y desolación en que hay todavía quienes mueren peleando,

pero donde hay todavía quienes viven arrodillados; en que se desangran los cuerpos y se degradan las almas; en que la mentira, en infame contubernio con el delito, trabaja, entre ruinas, cenizas y lamentos, en una obra tenebrosa de perversión, de codicia y de barbarie! ¡Ah! por ese cruento interminable sacrificio, como un eco de las pasadas matanzas y un presentimiento de las matanzas actuales, de esa montaña de muertos hasta ahora sin castigo y por siempre imperdonable, la tierra cubana es un arpa llorosa caída en medio del mar desde el coro de los ángeles, que miran desolados nuestra desventura, para repetir aquellas tristezas celestes en el monótono tañer de la vihuela en que exhala su pesar el campesino, en el cadencioso gemir de las palmeras, en las quejas entrecortadas del arroyuelo murmurante, en el crujir adolorido de la cañabrava, en los trinos desesperados del noctámbulo sinsonte, en los suspiros del viento entre los pinos, que abren sus ramas como fúnebres blandones; en el rumor oceánico que se desgrana en lágrimas con-

tra la roca o susurra en el bosque misteriosas lamentaciones, como si la tierra y el mar y el ave, testigos de crímenes horrendos y tormentos inmerecidos, entonasen a compás con las almas abatidas endechas de penetrante melancolía en el miserere sordo, profundo, universal de aquella sociedad martirizada!

¿Qué mucho, pues, que en nombre del pasado tormentoso, de Cuba exangüe, de Cuba crucificada, en nombre de tantos muertos anónimos o ilustres y de tantos héroes oscuros o inmortales, bendigamos la mano amiga que va a secar tantas lágrimas, a consolar tantos infortunios, a abrir tantos hogares cerrados, a levantar tantos hogares destruídos, a premiar la virtud y la fortaleza, a romper la enmohecida cadena que nos ha sujetado a un poste infamatorio, a redimir las almas desesperadas y purificar las almas envilecidas por servidumbre corruptora, a realizar el milagro de que una vez siquiera triunfe el débil en la tierra; el portento de que brote, en fin,

una nación más por el esfuerzo y la magnanimidad del poderoso?...

Mas, con la temerosa espectación con que el egipcio antiguo buscaba tras las cimas distantes el astro radioso que prometía la prosperidad y la dicha, mis ojos caldeados miran hacia la bruma lejana en el ansia indecible de ver surgir sobre el Morro, rendido o pulverizado, como la gloria de la civilización, la estrella bendita de nuestra bandera! Sí, señores, porque todavía tenemos el deber de confiar, tenemos el derecho de esperar!... a menos que creamos extinguido en el alma de los pueblos el sentimiento de la justicia! Y esa desventura no debe amargar nuestras cavilaciones cuando estamos saboreando anticipadamente la dicha inefable de que pronto desaparecerá de este hemisferio su indigno descubridor, cuya misión única ha sido crear pueblos para afanarse en destruirlos, engendrar hijos para festejarse en la bacanal de monstruoso parricidio!

Las naciones que lo habitan se enorgullecerán con fundamento y confianza pro-

funda en los destinos de la humanidad, de esa Magistratura Soberana que se ha elevado hasta la Majestad divina al dictar la sentencia formidable, el decreto tremendo que cambiará la faz de la historia; y los mártires del *Maine,* bajo las aguas enturbiadas; y los flamencos, desde sus tumbas lejanas; y los indios, en el secreto de las selvas, y los judíos y los moriscos, todas las víctimas de la furia española, lanzarán un clamor lastimoso a que unirán sus voces de dolor varias generaciones de cubanos, repitiendo la condenación fulminante e inapelable del destino que expulsa de esta mitad del globo a su verdugo secular; porque ya en América sólo pueden aposentarse las razas progresivas y humanas y—en consecuencia—no hay en ella cabida para españoles asesinos!

Y vosotras, sombras queridas que vagáis por la patria desolada esperando el día de la Justicia, dormid en paz: sobre vuestros huesos, como en un trono, se asentará la Libertad triunfante, y en su mano habrá de ver eternamente el mundo—cualquiera

que sea la voluntad de los fuertes—tremolar la enseña inmortal que desplegara el pueblo más sufrido y heroico del planeta, y que consagrarán los siglos por venir como el símbolo sagrado que perpetúe la infamia y la ruina, el castigo y la ignominia de la nación española!

1899

EN EL BANQUETE MAYIA-CISNEROS

EL 4 DE MAYO DE 1899, EN EL HOTEL INGLATERRA, DE LA HABANA.

EN EL BANQUETE MAYIA-CISNEROS

Estoy pensando, señores, en que así como egoísta alguno confesó nunca, sino por acaso, que lo era, ningún falso amigo del pueblo, por ambicioso e interesado que fuera, ha proclamado jamás que sólo procuraba la satisfacción de sus necesidades y deseos.

No ha habido, con efecto, demagogo ni tirano que no hayan protestado siempre amar al pueblo que explotan o estrujan, y aun desvivirse por su ventura y para su gloria.

Un guerrero popular en nuestras luchas por la Independencia publicó hace poco en un periódico ilustrado de esta ciudad, como declaración de principios y a modo de admonición a los cubanos, que los pueblos para ser felices debían regirse no con la espada, sino por la ley. Y al leer esa pro-

fesión de fe, escrita apenas una semana después de haber rodado por el suelo cuanto quedaba en representación de la legalidad y principios revolucionarios, al golpe de extranjeros ligados en misterioso pacto, recordé que el feroz e hipócrita emperador Tiberio, asqueado de sus aduladores y por desprecio a la humanidad, solía exclamar, usando la lengua griega para que aquéllos no lo entendieran: *¡ah, hombres nacidos para ser esclavos!;* pero repetía continuamente en latín, para que todos le oyeran; *excercendas esse leges*, es decir, que la Ley debe ser obedecida. Porque es verdad que en lo público como en lo privado una sola es la regla moral para medir, juzgar y estimar las acciones; porque ya se invoque la dicha individual, ya se invoque la salud del Estado, la inmoralidad resulta a la larga y en definitiva errónea y funesta, y porque no hay nada en este mundo que pueda, ante la razón y la conciencia, justificar el delito, es decir, la violación de la Ley; que la justicia es en el orden de la vida humana lo que la atracción en el orden universal

de lo creado. Por eso la inmoralidad no es, ni puede ser, el fundamento y la razón de la historia. El maquiavelismo y el jesuitismo, aunque se practican todavía, están desacreditados ante la conciencia de la civilización. Jamás el crimen ha engendrado el bien; jamás, por lo mismo, ha sido tampoco verdad que el fin justifica los medios.

No hay un solo pueblo que no pueda encontrar en su propio seno pruebas tremendas de la atroz falsedad de semejante doctrina.

Se ha observado que el propio Maquiavelo, que la expuso y recomendó, pero que no pudo inventarla, porque ella es tan vieja como la ambición que la engendró para su uso y provecho, a pesar de ser un hombre de genio, fracasó en todos sus planes personales, y aunque lo quiso, no pudo ver nunca realizados sus proyectos; y del mismo modo también es cierto que, antes que engrandecerse sólidamente, se debilitan los pueblos a influjo de esas perniciosas doctrinas, que sólo han servido para empapar el planeta de lágrimas y sangre.

Mas, por fortuna, cada día es mayor el número de los que tienen por más útil y fecunda la gloria pura de Wáshington que la—por egoísta—inútil de Napoleón; y los que más dignos de veneración consideran a aquel sencillo Cincinato de la antigua Roma, que vuelve al arado después de salvar la patria, que dignos siquiera de memoria esos guerrilleros como Rosas, o esos misántropos tartufianos como Francia, que en esta nueva América, tan fecunda en tiranuelos feroces, hipócritas o insensatos, sólo supieron envilecer y atormentar a sus hermanos; que si la espada, que todavía se considera y emplea como instrumento necesario para redimir a los hombres de la protervia inexorable e inflexible, se vuelve contra la ley, lastima el derecho y hiere a la justicia, es sólo un instrumento miserable, es un puñal que convierte al que lo maneja en un asesino y en un verdugo, aunque invoque el interés del Estado o la salud de la patria!

Por tales consideraciones, que se me ocurren en esta hora confusa—recordando

ciertos errores y rehabilitaciones ilegítimas—, ora aconsejadas por intereses egoístas, ora impuestas por la fuerza, es grato y consolador un acto como éste, de estricta justicia, en que un grupo de cubanos animados de generosos sentimientos ha querido honrar en dos compatriotas ilustres la devoción inquebrantable a los principios y el respeto sincero a la ley.

No pretendo desvirtuar el mérito del que arrostró la muerte en el combate; pero, aparte que lo mismo puede sucumbir peleando el que defiende la patria que el que ofende a la justicia, no es en verdad un héroe quien sólo muestra el valor que reclaman y requieren las empresas marciales, sino quien rinde culto a la verdad y a la ley con la constancia y la firmeza de la virtud. En tan elevado, aunque más exacto concepto, han sido también héroes estos dos eminentes paisanos nuestros; han sido grandes por la perseverancia y la abnegación con que supieron servir a su patria, conforme a un ideal generoso de civilización y de justicia. Ambos son dignos de

imitación en tanto grado como de alabanza, porque fueron dechados de resolución inflexible. El uno salió de la otra guerra casi inválido, y no obstante volvió a esta otra desde el destierro, para atravesar peleando a caballo la Isla, de extremo a extremo, sin flaquear en las privaciones ni desmayar en los peligros; y recientemente ha preferido que la miseria desencajada se hospede en el hogar de su familia desvalida, antes que someterse a la injusticia triunfante, para no faltar a su conciencia de hombre honrado y a su honor de soldado fiel....

El otro ha sido un soñador romántico de la República y no vaciló en buscarla y prepararla, aun rebelándose contra el poder de España. Ha pasado gran parte de su vida en las conspiraciones y en la guerra, y anciano ya, conserva tan recio e indomable su espíritu como es erecto su cuerpo de acero, a punto de que si creyera imposible la República de Cuba, por la conjuración de bastardos intereses, fuera capaz de no vacilar de nuevo un instante, de com-

batir otra vez... de combatir aun contra todo el poderío de los fuertes, aunque desgraciadamente tuviera que amontonar nuevas ruinas entre las ruinas viejas humeantes todavía; y si se creyese solo y tuviera que sentirse vencido y sin esperanza, el día aciago para él de ese terrible convencimiento, acaso encaminara sus pasos al bosque amigo que fué asilo del patriotismo y del valor antiguo, para terminar allí su existencia, ante el cielo mudo y en la soledad desierta, como esos ancianos caciques de algunas tribus indias de la América meridional que abandonados de los suyos mueren sin proferir una queja en el aislamiento majestuoso de la selva.

El—como diputado por el Camagüey—mantuvo en la Asamblea de Representantes, desde el primero al último día, ese mismo punto de vista que le colocó en situación excepcional y única; porque aquel cuerpo, que no era responsable de la ocupación militar de los americanos, pero que confiaba en la lealtad y la rectitud del Congreso de los Estados Unidos y en la pro-

funda moralidad de aquel gran pueblo, aceptó la misión de acondicionar la Revolución cubana en armonía con las nuevas circunstancias que fueron consecuencia del vencimiento de España, inspirándose en la patriótica convicción de que la necesidad primordial y más íntima de la Isla de Cuba era entonces, como es ahora, la paz, el sosiego público, en interés de la civilización y como el modo más racional de asegurar a su tiempo el advenimiento de la República, para que así—lo mismo en las ideas que en los hechos—pudieran realizarse los principios salvadores de la Revolución; porque sin paz no habían de acudir los capitales que tanto requiere el fomento general del país; sin paz no habría tampoco seguridad para el trabajo reparador; sin paz no fuera posible fundar ningún orden estable de derecho y acaso, por lo mismo, permaneceríamos por tiempo indefinido, o acaso para siempre, bajo la dictadura militar o la forzada tutela de los extranjeros; pues si pudimos legítimamente creer que habíamos realizado nuestra

grande obra, que habíamos alcanzado la cima luminosa, tras peregrinar por sus abruptas faldas más de media centuria llevando la cruz a cuestas, estamos contemplando atónitos cómo pesa sobre nuestros hombros enflaquecidos y ensangrentados, y cómo este monte en que acabamos de hacer alto no es más que una estribación muy baja de la cordillera que alza su mole dentada y negra, ocultándonos el cielo azul y el horizonte infinito; porque esta cima en que estamos ahora no es precisamente nuestro viejo Gólgota sombrío en que tanto padecimos, mas no es tampoco la colina radiante del Capitolio por que tanto suspiramos.

Aquí la tribu harapienta y fatigada ha detenido su marcha, y mientras unos entonan las alabanzas de la gratitud, figurándose que, por obra del poderoso y en beneficio del débil, presencian maravillados la encarnación viviente de la quimera, unos pocos—como aquel patriarca—se envuelven la cabeza con el manto raído, lamentando en su angustia que, si en algún mo-

do puede estar justificado el regocijo de los otros, no se ha realizado cabal y cumplidamente el sueño divino que agitó el alma dolorida y enferma y hermoseó la triste vida del pueblo cubano, el glorioso ideal que calentó y sostuvo su corazón transverberado durante la larga agonía de inmerecido calvario.

Y yo no podría decir en este trance si es fortuna o desventura que dependa de nosotros en mucha parte, por lo menos, que ese sueño no se desvanezca como el arabesco de vano humo en el aire; que el último destello de nuestro ideal, al modo que el copo blanco y fantástico de la nube que se deshace en el crepúsculo moribundo, no se extinga para siempre, sumiéndonos en la eterna noche en que acabe nuestra historia sin ruido y sin honor!

Porque son ciertos y muy grandes los peligros e incontables los enemigos, así dentro como fuera. No sé si ha sido conjurada en nuestro daño arteramente; pero la discordia, en el dintel de nuestro hogar, enciende su infernal antorcha. La Revolu-

ción, que desfallece intestada, ha dejado en pos de sí bandos opuestos por únicos herederos de su pasada gloria. El resto de la población aparece dividido en grupos anémicos e impotentes. Los españoles se retraen de la vida política o se alejan de nuestras playas; y en medio de todos, el interventor extranjero permanece mudo como la esfinge en el desierto. Nadie ha podido descubrir todavía su secreto; nadie tampoco ha encontrado—a lo que parece—la fórmula vivificante y salvadora; pero es triste reconocer que tampoco el mayor número ni la busca ni siquiera la extraña; y en tanto que algunos pretenden desenterrarla de entre los escombros de la colonia, las turbas ignaras y hambrientas esperan el pan del cuerpo y el pan del alma de manos de un hombre a quien, al efecto, ornamentan de todos los dones, aun del don de los milagros, como si de instinto presumieran que acaso un portento sólo puede salvarnos!...

Ah! sí; pero ese portento puede realizarse como logremos entendernos, unirnos

y disciplinarnos; porque de la unión inteligente de los cubanos depende el triunfo de los principios revolucionarios; como la concordia de todos los habitantes de esta tierra aseguraría sin duda la independencia! Aquí no debe haber más enemigos irreconciliables con nosotros que la mentira, la arbitrariedad y la usurpación. Los antiguos odios deben extinguirse y desaparecer; porque en el regazo de Cuba caben como hermanos todos los hombres reconciliados en su amor y porque la Revolución los llamó a todos sin distinción ninguna a su seno y les abrió los brazos para que con su cooperación y buena voluntad pudiésemos fundar la República cubana. Ella no ha querido ni podido engañar a nadie; por lo que su lema es y debe ser: *Concordia, Justicia y Fraternidad.* Pero nuestra República repele y rechaza el personalismo y el capricho como el privilegio y la violencia, para fundar sobre el derecho y la verdad el imperio de la Ley. Ella no puede ser ni ha de ser el predominio de una casta o de un hombre; sino el gobierno de

todos y para todos los ciudadanos. Ha de nacer y vivir del sufragio ordenado y legítimo de la comunidad y no de la voluntad tornadiza de un amo. Es la civilización regulada por el parlamento como término de larga evolución social y coronamiento de dolorosas experiencias históricas, y no la espada de la Dictadura que en la barbarie militaresca y rapaz de estados sociales inferiores doblega a los pueblos bajo el tacón de un déspota insolente.

Estos dos ilustres compatriotas, en cuyo honor estamos aquí reunidos, representan esos principios fecundos de orden y progreso; por lo que al brindar ahora por ellos, brindo en consecuencia por lo que ellos significan en nuestra historia política: la República cubana como realización cabal de la independencia y el Gobierno Representativo como negación del desorden y la dictadura.

1899

ANTONIO MACEO

Discurso pronunciado en la sociedad "El Pilar," la noche del domingo 24 de septiembre de 1899, en la velada que celebró el club "Calixto García" en honor a la memoria del Lugarteniente General del Ejército Libertador.

ANTONIO MACEO

SEÑORAS Y SEÑORES:

La evolución y mudanzas de las sociedades, las transformaciones—violentas o serenas—de cada pueblo, la realización de los principios, el triunfo de las ideas e intereses colectivos, se producen en lucha sorda o manifiesta, pero incesante; se alimentan del dolor y se sostienen por el sacrificio de los individuos y las generaciones. El culto de los muertos, por lo mismo, tiene una significación profunda y al cabo no es sino la consagración y la fiesta de la vida. Si nos reune ahora la memoria de uno de los nuestros más amados, ya—sin embargo—no encoge y abate nuestros corazones aflicción irreflexiva y desbordada. En el seno de la tierra que guardó tres años sus despojos se ha extinguido la materia transitoria para que no quede de él sino

la esencia inmortal y perfumada de una gran vida, de una vida benéfica y fecunda que se ha engrandecido y purificado con la muerte; porque ahora son sus huesos reliquias de nuestro patriotismo, es su biografía un capítulo resplandeciente de nuestra historia, y sus empeños gigantescos actúan indefectiblemente en nosotros, a modo de agentes o fuerzas morales, influyendo en nuestra conciencia y en nuestra conducta como si su espíritu se hubiese transfundido y derramado en el espíritu de su pueblo.

Confúndese de tal modo con la historia de los sufrimientos y las aspiraciones de sus compatriotas la suya propia y personal, que estoy seguro de que no esperáis de mí que pretenda compendiarla en el breve espacio en que debo encerrar mi discurso, y cuando realmente creo que sólo un gran poeta, uno de esos magos prodigiosos que tienen el soberano poderío de revivir las cosas pasadas y de levantar las piedras que cierran los sepulcros, realizando el portento de la resurrección gloriosa de la carne, debía ser

quien esta noche evocara aquella sombra augusta; pero tanto le veneramos pasado de esta vida a otra en que se desnuda el espíritu de su armadura pecadora; de tal manera vinculamos en él nuestro orgullo de patriotas y cubanos; particularmente yo, aunque el menos favorecido de las esquivas musas para delinear con buril de fuego sus contornos desvanecidos en tinieblas, había recibido tales muestras de afectuosa y aun exagerada estimación de su civismo y su cariño, que aun al conjuro de mi voz, si desmayada y descolorida, fraternal y sincera, surge su imagen como si por estrecha rompiera la urna de nuestra memoria, y tan alta se nos presenta fuera de nosotros, que no cabe en este recinto, que aun parece dominar el hasta ayer tempestuoso horizonte de nuestra historia!

Ese nombre suyo—no ya para los nuestros, sino también para oídos extranjeros—despierta mil recuerdos esmaltados por el sacrificio; renueva un mundo extraordinario que parece invención y fábula, por lo que suenan sus dos sílabas en la combi-

nación armoniosa con el hechizo de un misterio, brillan con el fulgor del rayo, esconden enigmas de la historia y entrañan secretos inviolables de las almas; breve y refulgente símbolo que aprisiona y reduce en un punto una vida tan varia, tan múltiple y tan borrascosa, como el maravilloso cristal que en sus facetas peregrinas sorbe y derrama a torrentes deslumbradores arco iris; y al modo que una lágrima fugaz compendia un largo poema de románticos amores, y una trémula gota de rocío refleja la bóveda del cielo, al oír ese nombre prestigioso percibimos, por triste y espantable sugestión, profundas tribulaciones y hazañas increíbles, por lo que a influjo de la mágica palabra resurge un pasado grandioso, tiembla la tierra al tropel de las legiones que corren al asalto, resuenan estridentes los clarines llamando a trágicas empresas, relinchan desenfrenados los corceles, pasan como trombas las cabalgatas de centauros, las palmeras en el llano al soplo de las iras desatadas recogen abatidas sus penachos, la montaña agreste relampaguea a lo lejos

iluminando el mar sombrío, retumba el corazón como el tambor guerrero que en el fondo del pecho bate a paso de carga, y con asombro y amargura contemplamos, sin comprenderlo, cómo esas inspiradoras violentas y sublimes que llamamos la libertad, la gloria y la justicia—entre martirios y despojos—empujan a los pueblos por ignorados y ásperos senderos!

¿Qué mucho, pues, que en realidad propendiésemos a exagerar sus méritos insignes? Sus méritos, por lo demás, no pueden quilatarse todavía, ni caben tampoco en el marco estrecho del elogio vulgar o la breve sentida apología; y—como quiera que sea—es nuestro, de todos los cubanos; ha sido la gloria de un pueblo desesperado; lo perdimos repentina, inoportunamente; sentimos inconsolables—para honra suya y nuestra desgracia—que nos hacía demasiada falta, de tal manera, que calumniosa entonces la cavilación llegó a pretender a veces que, a pesar de los prodigios de sus compañeros para contener la muchedumbre de enemigos, seguía incierta la batalla

entre españoles y cubanos porque el gran Maceo yacía inerte en el retiro de su tumba, como fueron inciertos los combates mitológicos de griegos y troyanos porque el divino Aquiles se mantenía retraído en el aislamiento de su tienda!

En cambio, no seré yo quien al medir su tamaño, para darnos clara cuenta de aquel inmenso espacio que dejara vacío, establezca comparaciones por lo general ineficaces y comúnmente equivocadas; aunque no es posible desentenderse de las condiciones en que vivió y actuó, del terreno que fué el minúsculo teatro concedido a hazañas dignas de un continente dilatado, y mucho menos de la hora que le cupo en suerte, de los progresos de la civilización que pusieron a merced del enemigo los terribles y poderosos elementos que hicieron tan desigual la lucha, aunque por lo mismo fuera de parte de los cubanos, si la más horrible, también la más estupenda y gloriosa de cuantas empresas inspiraron la patria y la virtud, a extremo de sernos lícito creer que ningún héroe de los modernos o los pasa-

dos tiempos puede llegar a las rodillas de esos cíclopes de la rebeldía cubana que estuvieron siempre más cerca del cielo que los que en vano para escalarlo amontonaron montaña sobre montaña!

No busquéis, en consecuencia, los émulos de Maceo ni entre los que guerrearon con armas forjadas en la fragua de Vulcano o amparados por los dioses inmortales; ni entre aquellos mercenarios o venales condotieros revestidos de hierro impenetrable; ni aun entre los mismos libertadores americanos que tuvieron la fortuna de arremeter a contrarios armados con el viejo fusil de pedernal que a menudo disparaba una sola vez contra las lanzas incontrastadas; ni menos tampoco entre los soldados de academia, fríos, metódicos, que calculan con precisión el estrago, que pesan y miden las complicaciones mismas del acaso, que preparan y anuncian una conquista como el astrónomo predice un eclipse, y que—caladas las lentes del análisis, alrededor de una mesa, sobre un plano minucioso, sin peligro, sin emoción,

sin alma—deciden de la vida ajena y el destino de la sociedad como resuelve el matemático sus abstractos problemas. A los pies de esos hombres fatídicos suele ir esclavizada la victoria; pero de ellos—como huye la golondrina del invierno desolado—se aleja con desencanto la poesía para consagrar enamorada la guirnalda de sus canciones a sus predilectos y bien amados paladines, cuya ciencia es, como la de los profetas, inspiración recóndita y divina; cuya gloria es el peligro, cuya grandeza el sacrificio, cuya virtud el patriotismo—a veces suma de todas las imperfecciones, mas siempre suma de todos los anhelos y necesidades de una estirpe—y cuya vida, en fin, es una corona de victorias o proezas ensangrentadas que, tajando la carne rebelde y dura del mundo con la espada ceñida de llamas, esculpen en la historia un nuevo ideal de la conciencia y de la vida.

Si acaso, en los linderos vaporosos en que se extinguen unas civilizaciones entre los primeros vagidos de otras que las continúan sin parecer aventajarlas, pero que

llevan en su confusión y sus trastornos los gérmenes de una sociedad mejorada y enaltecida, encontraríamos trasuntos de Maceo entre los caballeros portentosos en quienes el estro inseguro, aunque espontáneo, de la inspiración popular personifica el origen heroico y el mítico amanecer de una nueva nacionalidad: sí, de esa estirpe de los guerreros fundadores, digno rival de los Sigfredos y Rolandos, fué sin duda el magnífico campeón de la independencia cubana, el caudillo egregio que la piedad y el patriotismo levantan del fondo de la fosa para consagrarlo—al resplandor de la leyenda—como uno de los héroes del ciclo romántico de la emancipación americana.

Contemplada su larga familia, reunida junto a la casa campesina, creeríase estar viendo un bosque de hombres, por los alientos terribles y la empinada estatura de cada uno. Nacidos todos ellos para descollar, fueron criados en la montaña, respirando en sus alturas el aire puro en que vive el águila altanera. Viviendo del espíritu mismo de las selvas, aquella naturale-

za exuberante que hizo crecer hasta el cielo las ceibas y los cedros les dió la corpulencia dominadora y los músculos hinchados de los atletas estatuarios.

Cada mañana—como anuncio misterioso de su destino—vieron tras la comba del mar distante ascender el Sol como una hostia sangrienta de ignorado sacrificio, a tiempo que su efluvio encendido, en besos ardientes, bronceaba la piel de aquellos esculturales predestinados, consagrados a fortificantes y dignificadoras ocupaciones, entre las cimas solitarias, donde vivieron con sencillez y decoro, ignorados e ignorantes del mundo, hasta que oyeran en los riscosos farallones retumbar el trueno que asordara la llanura; y ese día por siempre memorable, como si se les hubiese revelado el espíritu de la patria para guiarlos y engrandecerlos, abandonaron el hogar apacible, enarbolando la bandera que en sus nervudas manos sería enseña perpetua de victoria. La familia toda, reunida a sus vecinos y comarcanos, como tribu que comienza la larga peregrinación por el de-

sierto, se fué detrás del que ya desde entonces apareció como el ungido para la autoridad y para la gloria. Su padre mismo fué voluntariamente uno de sus primeros y uno de sus mejores soldados; y el fuerte anciano, los vástagos robustos, cayeron todos uno tras otro, como los árboles alterosos, derribados por el rayo.

Fué el último de ese calvario de una magnífica progenie el gran campeador de nuestra fe, en quien se fundieron y armonizaron con las viriles excelencias de su familia las virtudes heroicas de su pueblo, y—por un desvanecimiento de amor remoto e irreprimible—en él se confundieron y reconciliaron también dos razas poderosas: la lealtad y la abnegación que engrandecen el alma del hombre negro y la inteligencia y la aspiración que inquietan el alma del hombre blanco, cristalizaron en el alma volcánica que bullía en aquel que menos semejaba un mortal que imperecedero monumento de bronce.

Sus primeras faenas poniéndolo en íntimo contacto y comercio con la naturaleza

le revelaron los secretos de la serranía y los misterios del llano, y si le fué negada la palabra que engaña o que cautiva, fuéle en cambio concedido el supremo privilegio de ser, cuando montado en su potro, una legión, y cuando de pie sobre el farallón inabordable, la personificación de la patria y la victoria!

Peleando era una furia. Le estoy viendo ahora mismo aquel glorioso día de la batalla de Naranjo, cuando al avanzar con sus bravos orientales tropezó de improviso con la infantería española que le barría el paso, y—envuelto por un vendaval de plomo—agarraba por el cinto y por el cuello a sus soldados sorprendidos, lanzándolos cual si fuera una catapulta sobre la línea enemiga, que retrocedió como una piara espantada.

Pero en la intimidad era—en cambio—una paloma. Su propia voz brotaba en ronquidos apagados como los tiernos arrullos de una tórtola. Y si al relampaguear coléricas sus pupilas negras podían como el ceño del dios olímpico calmar las olas en-

crespadas y domar el tumulto de los hombres, al sonreír se abrían sus labios como pétalos de misteriosa flor que dejara escapar aromas de un alma iluminada entonces por el suave resplandor de una aurora.

Por sus venas, la sangre del blanco avasallado—de los pecheros ahorcados por Morillo, asesinados por Antoñanzas, alanceados por Boves—y la sangre del africano—de esclavos que fueron acaso príncipes y reyes arrebatados a sus lejanos señoríos para ser convertidos en bestias apaleadas—se mezclaron en cascadas bramadoras, enardeciendo su espíritu y lanzando en el fondo de su ser un grito perenne de ¡libertad y patria! con los acentos vengadores de siglos atormentados y de generaciones encadenadas, como si fuese un mandato divino que por reparadora providencia halla al cabo luz para todos los tugurios, castigo para todas las iniquidades, redentores para todos los oprimidos; porque tal vez en el corazón y en el cerebro de su padre, nacido en tierra de Venezuela, resonara continuamente el inmenso clamor

de quince años de combates en que más retumbante que la erupción de los volcanes andinos estremeció al mundo nuevo el hossana con que los americanos emancipados proclamaban y bendecían el nombre salvador del gran Bolívar; a tiempo que en el cerebro y en el corazón de su madre, nacida en Santo Domingo, las ráfagas confidentes del océano despertaban con los ecos de la infancia remota el tumulto pavoroso con que los siervos enfurecidos, aclamando al gran Toussaint, prendieron las hogueras espantosas a cuyo fulgor fantástico pudo contemplar el César, pálido de asombro, a aquel esclavo anciano que pisoteaba las águilas emblemáticas de la usurpación y la violencia, como representante augusto y venerando de la dignidad del hombre y la justicia de la historia!

Por eso Maceo, que es el producto más completo y el fruto más sazonado de nuestra primera gran Revolución, es también por tal manera el exponente de la santidad de su espíritu; pues si pudo sobreponerse a su linaje, si triunfó de las preocupacio-

nes sociales, si le fué dable ejercer su terrible ministerio y ciñe hoy la palma de los héroes, debiólo sobre todo a aquella Revolución magnánima que bajó a la cabaña del esclavo, rompió sus cadenas, abrazó en su seno maternal a todas las razas, proclamó el mérito de las obras, la igualdad en el trabajo y el esfuerzo, la concordia en el orden y la justicia, convirtiendo el patriotismo cubano en una religión de paz y amor, cuyos profetas, cuyos doctores, cuyos sacerdotes y primeros mártires fueron los sabios, los ricos y los privilegiados, y que al cabo de diez y ocho años hicieron triunfar—porque su alto ejemplo e inspiración creadora la infundieron en todos los corazones—los humildes, los desheredados y los siervos de la vieja colonia!

Para hacer de una vez el resumen de la vida y pasmosa carrera de quien si acaba de acertar la antropología pretendiendo que su cráneo revela que alguno de sus antepasados perteneció a la raza de los incas—sería el héroe de tres genealogías de víctimas, tres veces vengador y tres veces un-

gido—, quiero repetir y comentar brevemente el juicio, en apariencia desdeñoso, que formulara sobre varón tan extraordinario el hombre que más había luchado—aunque en vano—contra él, y que por él viera marchitarse laureles otorgados por el favor o la ciega fortuna. Cuando el seudo Pacificador exponía a su gobierno, en 1878, ya reducidos el Camagüey las Villas, sus esperanzas de próximo definitivo triunfo, consignaba asimismo los temores que le infundía el caudillo de Oriente, que acababa de añadir a sus proezas sin cuento los lauros alcanzados en Sabanilla, en el Arroyo del Naranjo y en esa famosa Llanada en que el batallón de San Quintín, en premio al nuevo desastre que sufriera por la mano de hierro del guerrero cubano, fué condecorado con la gloriosa corbata de San Fernando; "porque allí—escribía el jefe español—manda un Antonio Maceo, que era un arriero y es general, que tiene una ambición inmensa, mucho valor y mucho prestigio y que bajo su ruda corteza esconde un talento natural...."

¡Qué elogios tan grandes y tan merecidos!..... Tiene—¡tenía!—una ambición inmensa; es decir, la ambición legítima, la santa ambición de redimir a su patria enfrente de quien mostraba la ambición infame de esclavizarla; y esconde el talento natural, ese talento por el cual y su mucho valor el desheredado de la colonia española adquirió mucho prestigio bajo la bandera reparadora y justiciera de la República, a punto que de arriero—por sus servicios, por sus méritos, por su heroísmo—llegó a ser general, y ¡qué general, señores! que no ganó sus grados desde el modesto de comandante de una partida improvisada, en las antesalas palaciegas, ni en las intrigas de cuartel, ni en los pronunciamientos brutales; sino que, de extremo a extremo, desde Baracoa hasta Mantua, fué regando el suelo de la patria con la sangre que manaba de las veintiséis heridas que acribillaron su cuerpo... en combates como ése del Mijial, donde, a caballo entre sus infantes, lánzase sobre las bayonetas cayendo derribado de seis balazos, y por muerto le arrastran has-

ta la sepultura junto a la cual, al despedirse de él para siempre sus hermanos y compañeros desolados, advierten afortunadamente que respiraba por una de las terribles bocas que en su pecho abriera la fatal descarga. . . ¡qué general! que durante diez años en cada altura de Oriente clavó su bandera libertadora sin que ningún adversario lograra arrancarla del ástil; que hizo campaña interminable en la Sierra Maestra con un brazo entablillado y llevando en pos de sí, entre continuos combates y rodeos, en vez de un ejército, un hospital de sangre; que luego—adiestrado por Gómez, que de labrador llegó a ser un inspirado y sobresaliente estratégico—supo cómo se invadían territorios defendidos por falanges veteranas, y cómo entre encuentros incesantes se ocupaban, luchando meses enteros sin perder un palmo de tierra, cinco en los Pinares de Mayarí, seis en Guantánamo; por lo que identificado con su maestro y jefe, a extremo que si hubiera faltado alguno de ellos jamás se realizara la estupenda empresa, pudo atravesar la isla estrecha, en-

tre ejércitos burlados y columnas vencidas, envuelto por las llamas de continuo universal incendio, en el desconcierto del país sorprendido y maravillado, y de jornada en jornada, de triunfo en triunfo, de osadía en osadía, guiando un puñado de jinetes sin preparación ni municiones, al fulgor de los machetes ensangrentados, salvó las redes de ferrocarriles, recorrió las llanuras de Matanzas, contempló de paso los murallones artillados de la Habana, presa del pánico y tras los cuales se había refugiado un gran ejército alimentado en las tradiciones heroicas de Numancia y las glorias desvanecidas de Pavía; rindió de prisa y en sucesión ininterrumpida pueblos espantados o delirantes de júbilo; penetró en las quebradas regiones del confín occidental, encendiendo en los corazones abatidos el ansia de combatir por la libertad y la gloria, desmontándose sólo un instante para sentarse bajo el rojo dosel del monarca español en la silla curul de sumiso municipio que convirtió al nuevo Evangelio de la independencia, para saltar de nue-

vo sobre el bridón impaciente y proseguir la apocalíptica irrupción hasta que faltó tierra a aquel galope vertiginoso en que sus escuadrones espumantes estrujaron las raíces venenosas y pisotearon las glorias inicuas de la dominación española; y a partir de entonces, por la primera vez, desde el Yunque que mira el paso de los Vientos hasta los Organos que divisan los dos mares, de cumbre en cumbre proclamaron nuestras banderas desplegadas, anunciando el triunfo definitivo, la unidad y la pujanza de la Revolución!

El arriero cabalgaba junto al labrador en aquella marcha pasmosa que Alejandro, Aníbal y Napoleón hubieran aplaudido, y el labrador y el arriero ciñeron las sienes sudorosas del humillado general español con una corona de espinas como justa expiación de su falsedad, su ineptitud y sus errores.

¡Arriero y general! ¡como si dijéramos leñador y presidente! ¿no os parecen títulos al respeto y a la admiración de la posteridad los que encierra la contraposición

de esa sentencia del despecho? ¿No os parece, sin embargo, incompleta? ¡Ah, sí! pues que debe rectificarse y ampliarse declarando con más exactitud que mientras vivió bajo la ley de España fué y hubiera sido siempre un arriero oscuro y un mestizo despreciado; pero que por sus ínclitas acciones pudo ser, merced a la ley sabia y fraternal de la República Cubana, un general que admiró al mundo y un héroe que aman y bendicen enorgullecidos sus compatriotas! Y ¿no vale más este juicio irrevocable que el que dicta la justicia contra los pretensos defensores de España que fueron sus contemporáneos e indignos rivales?....

Y ahora es cuando se me aparece más grande e imponente la sombra de Maceo: le veo rumbo a Cuba, sobre la cubierta del barquichuelo perseguido por el crucero de guerra, señalando desde entonces un norte fijo al espíritu cubano al trazar en alta mar estas palabras que consagró con el sacrificio: "Impediré con energía y resolución las inútiles transacciones con España...;" le

miro luego encerrado voluntariamente en un extremo angosto y árido de la isla, protagonista de un gran drama histórico que su pueblo contempla con angustia y orgullo y el mundo con asombro, en que, cercado de valladar de acero, envuelto por manadas de enemigos, durante más de ocho meses, vió desbaratarse a sus pies el oleaje furioso contra el granito de la cordillera, apareciendo en período crítico y decisivo de nuestra causa, ese hombre solo, el tremendo y digno rival de toda una nación, como Aníbal enfrente de Roma; por lo que siempre surgirá en mi fantasía erecto y colosal sobre la cúspide del Cuzco relampagueante, azotado por los vientos de ambos mares y levantando hasta las nubes el brazo formidable en que flamea la bandera de la patria!

Pero ¡ay! un poco más, y veo también que el titán desciende de la montaña a la voz del deber... Si la tierra no tembló, saltaron los corazones cubanos como si la Revolución hubiera crujido en sus cimientos.

Paréceme oír todavía, en la noche azotada por relámpagos siniestros, su andar imponente... es el paso interrumpido, lento, de una marcha fúnebre... ¿A dónde va ese fantasma mudo? Camina a pie en la tiniebla densa, como aquella estatua de metal del rey amado que a media noche se desmonta silencioso, abandona el caballo inmóvil en lo alto del pedestal de piedra, baja hasta el suelo y se pierde sombrío e impenetrable en el siniestro oscuro! Se ha dicho que le inundaba el alma tristeza profunda, tal vez un presentimiento lúgubre, mientras absorto buscaba en vano un paso al través de la trocha bastionada... Había recibido la desoladora nueva de que era el último que quedaba ya de aquella numerosa prosapia de atridas cubanos: acababa de caer en el opuesto confín su hermano José—ese otro pilar de bronce que sustentaba el templo—, campesino y general también, porque fué el león primogénito de la selva de leones, nacido para pelear en la montaña, cerca del rayo y junto al abismo; capaz de haber espantado al romano que

solo defendió el puente contra un ejército, pues que él con un puñado había realizado prodigios que no pueden creerse, llegando a suponer en la soberbia de su alma de llamas, que ni la muerte misma podría derribarlo!....

El triste solitario prosiguió la jornada incierta, hosco y taciturno, como si sintiera por la primera vez el peso abrumador de su destino; y cuando el sol moribundo de la última tarde de su vida depositó un beso de gloria en su frente, que hervía en grandes propósitos y magníficos ensueños, montó de nuevo a caballo y por impulso ignoto corrió veloz a encontrar la muerte. El choque fué como un terremoto, y hasta muy lejos, en el continente estremecido, sintieron los cubanos el estrépito de su caída. En mí sentí como si el mundo se hubiera sumido por siempre en las tinieblas y la causa sagrada de mi corazón y mi existencia hubiera perecido en un naufragio pavoroso!...

Y ahora, pasados tres años, reanimo aquel desastre: veo caer los caballos a mon-

tones, sucederse con rapidez aterradora los muertos, y mientras se deshace o dispersa la hueste diezmada, miro a aquel jefe que se retira moribundo después de hacer esfuerzos sobrehumanos por arrastrar al general expirante o ya inanimado; a ése otro, compañero suyo durante toda la campaña, que desangrando se va por los breñales a morir en la soledad y en el misterio... y cuando ya el campo quedó desierto y se perdió a lo lejos el eco del postrer disparo, percibo con indignación y con horror que unos forajidos enemigos pillan los cadáveres sagrados. Junto al guerrero gigantesco parece dormir—apoyando sobre su corazón paralizado la soberbia cabeza juvenil que poco antes animara la luminosa sinceridad de un alma heroica—el adolescente sublime cuyo nombre querido está en todos los labios, y que olvidó a su madre y sus hermanos ausentes y desconsolados, y a su padre, que ansioso lo aguardaba con las últimas nuevas del hogar distante, para ofrendar su vida en holocausto a la fidelidad y al honor....

Al evocar su tierna y dulce memoria, veo en su frente resplandecer como diadema celeste un rayo de la gloria inmortal de Maceo; siento junto a mí el aleteo de un ángel, y, conmovido, le pregunto: esos héroes que así cayeron, esos niños estupendos que así han muerto, esos padres doloridos, esas madres y esas esposas desesperadas, ese martirio interminable de todo un pueblo, dime: si no tienen eficacia para fundar la patria y realizar la justicia, ¿para qué y por qué empaparon el mundo de tantas lágrimas amargas y lo iluminaron con tantos destellos divinos?...

1900

JOSE DE LA LUZ CABALLERO

Discurso pronunciado en la velada que celebró la "Asociación de maestros, maestras y amantes de la niñez cubana," el 22 de febrero de 1900.

JOSE DE LA LUZ CABALLERO

Señoras y señores:

Un generoso sentimiento de solidaridad, sin duda, nos junta esta noche, que por el hecho viene a ser así como punto de intersección de lo porvenir con lo pasado, nos congrega en una fiesta, por su objeto esencialmente cubana, por su naturaleza esencialmente familiar y por su origen e inspiración esencialmente patriótica; que aquí, y ahora, se demuestra—por herencia natural de esclarecidas memorias y santas aspiraciones—la compenetración de dos edades muy diferentes de nuestra historia; se realiza una manifestación de carácter a un tiempo social y psicológica, por donde—al través de largos años y vicisitudes portentosas—revélase e ilumínase la unidad moral, el enlace espiritual de varias generaciones, a virtud de ese profundo instin-

tivo impulso que nos obliga de vez en cuando, que ahora con más motivo que otras veces nos fuerza, antes de proseguir la incierta jornada, a volver la vista hacia atrás, como si percibiendo dilatado y obscuro el tortuoso y abrupto sendero, necesitáramos apoyarnos para no tropezar y caer, pedir alientos, estímulos y perseverancia a los que lo recorrieron con gloria resplandeciente, y por lo mismo, desde lejos, como astros benignos, irradian hacia nosotros, sus cuitados sucesores, la lumbre bendita de su amor y de su fe.

Que esa sombra querida de nuestro insigne compatriota no fué como las de quienes, tal vez más venturosos, vienen al mundo para no dejar ni huella de su paso, pruébalo de modo inconcuso e irrecusable la causa que aquí os reune y a mí me compromete a dirigiros la palabra.

En vísperas de partir a tierra extraña los maestros de nuestras escuelas públicas, en excursión de pocas semanas, de la que desconozco los motivos y propósitos en tanto grado como dudo de la realidad de sus

beneficios, si descontamos los naturales que ocasionará la contemplación de pueblos diversos y costosos monumentos, el Círculo Pedagógico ha considerado necesario y oportuno evocar la dulce imagen de uno de los más grandes mentores de la juventud que el mundo haya producido jamás, de un inspirado apóstol de la educación, de un excelso y purísimo patriota, del hombre angélico y cuasi divino que, a haber nacido fuera de esta isla sin ventura, aparecería ante la humanidad reconocida y reverente como uno de los más eximios representantes de la virtud y de la ciencia, como uno de los más egregios servidores de la verdad y de la civilización de que debiera envanecerse el siglo décimonono; y—en tal concepto—le ha parecido también conveniente y útil que alguien recordara—bien o mal—sus títulos a nuestro cariño y nuestra veneración, sus títulos incomparables a que se le recuerde siempre, a que se le ame siempre en esta tierra, al menos mientras la habiten como sus únicos dueños hombres de nuestra estirpe que cum-

plan con el deber de transmitirse de padres a hijos nuestra lengua, nuestras glorias y nuestra nacionalidad, pasando de mano en mano la lámpara de alabastro en que arda y resplandezca con llama inmortal el espíritu y la vida del pueblo cubano.

Debo desde luego advertir—aun cuando no se necesita—que mi deslustrada palabra no corresponde en manera alguna a la gravedad del difícil asunto, ni menos a la alteza de aquel varón maravilloso; ya que sé que en ocasiones como ésta suelen no bastar amor tan sincero y filial como sentí hacia él cuando vivía, y veneración tan respetuosa y tan tierna como me inspira su dulce memoria, entretejida—cual yedra del alma—a las primeras y mejores impresiones de mi vida.

Acaso por esta circunstancia, al surgir delante de mí en este momento mismo su imagen augusta, enseñoréase del ánimo plácida, aunque amarga tristeza, pues nunca fué más cierta la observación de que no hay pena tan intensa como recordar los tiempos felices en horas de incertidumbre

y agonía. De entonces acá he dado algunos pasos demasiado largos por la tenebrosa selva del poeta, dejando caer unas tras otras, como pétalos descoloridos de perfumada flor que se marchita, esas que creímos encantos de la existencia, deliciosas mentiras de la juventud, que son los espejismos de la mente, a la manera que son los mirajes las mentiras del desierto; y al contemplar la enmarañada vía obstruída por los despojos de la lucha y como empedrada de tantos infelices que se afanaron y combatieron sin dejar ni nombre ni recuerdo, llégase, en trágica cavilación, a sospechar, con ira tal vez, cuando menos con angustia resignada, que la refriega al cabo ha sido inútil, estéril el sacrificio; que comúnmente el esfuerzo resulta perdido; que en el mundo todo es relativo y todo en el fondo insignificante; que los mayores empeños son dolores inmensos, tormentos horribles para el individuo, pero que nadie conoce, o que nadie puede medir ni comprender; que en la lucha del vivir todos a la postre resultamos vencidos, cae-

mos, vamos hudiéndonos, y por encima, bravía y formidable, se levanta y pasa la eterna ola que borra cuanto existe: la alegría, el heroísmo, el martirio, pueblos, reyes, revoluciones; todo eso que produce algún ruido, que parece constituir lo que llamamos la grandeza humana, y que en definitiva no es más que el mezquino bullir de necias o vanas ilusiones, la burbuja misteriosa que brota de improviso, lanza instantáneo reflejo tornasolado y desaparece en el océano sin fondo ni riberas.

Y, sin embargo, lo mejor, lo único en realidad grande, amable y fecundo son cabalmente esas quimeras, ilusiones y delirios que pueblan y alegran, como enjambres de abejas de oro, los años juveniles; pero que en la edad viril o en la edad provecta sólo son el patrimonio excepcional y privilegio exclusivo de las almas soberanas y santas. Ahuyentadlas de la mísera existencia humana, y decretáis de un golpe el predominio de la animalidad en el mundo, a tiempo de apagar todos los luminares de la historia. En cambio, en esas fulgentes

personalidades que se imponen por misión sentir continuamente afanes indecibles y ansias inapagables, desdén por todo lo terreno y solicitud por todo lo celeste, empeño constante por realizar lo que parece utópico, por encarnar lo que parece ideal, es donde se muestra realmente sublime la humanidad; porque si hay en el universo algo sin disputa superior, algo portentoso en que el frágil mortal penetra en la esfera de la excelsitud divina que nuestra mente concibe, es el espectáculo inefable de esa mísera desheredada que en el encierro y aislamiento de un grano de tierra, y sometida por ley ineludible a las flaquezas y ferocidades de la materia viviente, vence las exigencias brutales de la carne, domeña como a alimañas salvajes las violentas pasiones, y enaltecida y transfigurada por la virtud y por el amor, se somete inquebrantable y voluntariamente al tormento de escudriñar en el misterio impenetrable, a las durezas del ascetismo, a la regla de hierro del deber, a la insania bienaventurada del sacrificio!

¿Qué milagro mayor ni más pasmoso puede realizarse que ese perpetuo milagro de la bestia que se doma a sí misma, para convertirse, purificada de su vil escoria, ora en el sabio que consume su juventud y sus fuerzas persiguiendo lo que no se encuentra nunca; ora en el santo que todo lo desprecia soñando en lo que no será jamás; ora, en fin, en el mártir ofreciéndose en holocausto ante las aras de nobles anhelos que no ha de ver realizados, que probablemente no han de realizarse en tiempo alguno?...

Y por ventura el empleo más útil de la existencia, la misión más fecundante aún cuando más áspera y espinosa, ¿no consiste en andar entre los demás hombres, remedando al sol del firmamento, con una antorcha en la mano para alumbrarles el camino; consumirse para que haya quien vea y no caiga; empeñarse con ardorosa piedad en que el bruto que se enrosca y hospeda en el fondo de nuestras entrañas, coco enorme oruga, despierte de su somnolencia de larva, respire el ambiente embal-

samado por los aromas de la idealidad y el sentimiento, y en nueva y magnífica transformación tienda las alas nacaradas en pos de la región serena y radiante del bien, de la belleza y la verdad?

Si todo ello no fuera al cabo sino engañoso y falso devaneo, ¿no vale, sin embargo, la pena de intentarse? ¿no evidencia cuando menos una naturaleza exquisita en quien se propone tan supremo fin, un alma superior que nos da la medida de nuestra grandeza, que revela—sobre todo—la capacidad de nuestra organización humana para mejorar, para ascender en la infinita escala de los seres y las ideas, para no desesperar nunca completamente ni de nuestra condición ni de nuestro destino? ¿No es un consuelo fortificante el que resulta mirando de cerca a esos escogidos o predestinados que siquiera, al menos, nos reconcilian con nuestra miseria, inspirándonos lástima por los que se arrastran en el cieno, y respeto y amor por esta pobre acongojada humanidad?

Empero, mientras solamente debamos contemplar y reverenciar, yo me siento animado de igual, si no mayor devoción que los demás, y singularmente ante la plácida y beatífica memoria del sublime educador y patriota; aunque, francamente, señores, no acierto cómo presentarlo a vuestros ojos, aun en lo que sólo tendría que ser rapidísimo bosquejo, deseando—pues que es consiguiente—ser exacto y completo en cuanto me sea dable; porque ¿cómo describir y exponer la personalidad de ningún hombre? ¿quién sería capaz de no temblar al intentarlo? ¿quién tampoco puede jamás penetrar hasta el sedimento último del ser humano, hasta la esfera íntima, recóndita y siempre arcana de la conciencia, ni percibir con lucidez la relación cabal y la influencia cierta de cualquier hombre, por notoria que haya sido su participación en el desenvolvimiento de su país y en un momento determinado de su historia?

Por otra parte, aun renunciando—como tengo que hacerlo—a un examen siquiera somero de sus doctrinas como educador y

como filósofo, por más que son éstas las fases más luminosas y originales en que se ofrece a la admiración y al respeto de sus conciudadanos, sería siempre muy difícil narrar brevemente, a pesar de haber sido tan sencilla, la noble vida de José de la Luz Caballero; porque corre parejas, está enlazada, identificada con la historia de esta isla, y no es hacedero, como veis, encerrarla en los límites naturales de una conferencia.

Empieza ella con el siglo y termina hace treinta y ocho años: abraza, pues, extenso período de esplendor material, mercantil y agrícola; de sensualidad ruda y bárbara; de miserias sociales y alternativas políticas; primero, igualdad de condición a ambos lados del océano durante largo espacio de tiempo entre los españoles y sus descendientes, y luego brutal militarismo y tiranía cada vez más odiosa y funesta; dos razas superpuestas, el colono oprimiendo al esclavo, y a su vez oprimido por el forastero; y de ahí la germinación más o menos sorda de pasiones sombrías,

el fermento de la rebeldía o la inconformidad, la confusión natural de tendencias incipientes y vagas; período obscuro, generador de embriones de escasa viabilidad, en que el pueblo—aquella masa de esclavos y explotadores—semeja, visto desde aquí, un pólipo informe y colosal arrastrándose y hozando en una tierra primaveral y exuberante, en sus mayores porciones sin roturación ni cultivo; población abigarrada que crecía con dificultad, viviendo, ya diseminada por los campos en incomunicación casi completa; ya apiñándose en ciudades costeras o como perdidas—aquí entre fragas—allí en medio de inmensas llanuras, bajo la ley impuesta desde la capital, pequeña Babilonia, emporio militar, traficante y supersticioso: en resumen, una verdadera colonia de plantación, con su aristocracia de fastuosos hacendados y su burguesía de comerciantes; laboratorio sin arte ni ciencia consagrado a fabricar azúcar rutinariamente; sociedad de tipo más o menos primitivo, donde toda aspiración se cifraba en hacer fortuna o en despilfarrar en el

deleite malhadados caudales como ofrenda a la vanidad imprevisora y al egoísmo desenfrenado; donde la grandeza se fundaba en la desigualdad de condición o de dinero; donde el Estado todo lo centralizaba, todo lo absorbía y lo agostaba todo; donde la autoridad no se manifestaba sino por la fuerza avasalladora y opresiva; donde, en fin, ningún ideal rasgaba con un rayo tibio la espesa obscuridad de las almas, pues que abajo apenas si asomaba todavía la conciencia humana, mientras arriba casi había desaparecido.

En esta atmósfera caliginosa, en este medio social sin virtud y sin poesía, situado entre una república demasiado joven y ya corroídas por un cáncer sus entrañas, y viejas tierras españolas en que razas diversas amontonadas dormitaban como monstruos perezosos e inofensivos, vino al mundo, en esta ciudad de la Habana, hace un siglo, el 11 de julio de 1800, José de la Luz y Caballero.

Pudiera de un rasgo hacer el compendio de su existencia, en lo que tuvo de exclusi-

vamente personal, diciéndoos que pasó de ella unos veinte años en el Seminario y el retiro del claustro; que luego—y en dos diferentes ocasiones, aunque por diversos motivos—viajó un tiempo relativamente largo, siempre investigando, estudiando y aprendiendo, y que, maestro de profesión, por sus inclinaciones y por su patriotismo, después de predicar una filosofía tan sólida como brillante, fundó, en su edad madura, un gran colegio dentro del cual transcurrió, en beneficio y para honra de los cubanos, la última parte de una vida fecunda e inmaculada.

Un examen breve, pero atento de toda ella, me impone contemplarlo aunque sólo sea en dos de sus aspectos generales que se completan, el de su personalidad interior—moral e intelectual—y el de su personalidad social, o sea su individualidad y su influencia.

Desde luego no vacilo en declarar que en él—a mi juicio—lo singular, lo exquisito, lo grande, muy grande ciertamente, fué su persona, el hombre, el ser extraordina-

rio ornado por próvida naturaleza con todas las dotes y todas las excelencias humanas, pues que realizó en medio de nosotros un tipo moral incomparable en que se fundieron, como dos perfumes mezclados en vaso de precioso metal, la virtud antigua y la virtud cristiana, el alma de un discípulo de Sócrates con el alma de un discípulo de Cristo, la serenidad de un sabio de la Grecia de los estoicos y el amoroso desinterés de un hombre del Evangelio, sobre los cuales debió haberse cernido constantemente la mística paloma de la Inspiración divina.

Había nacido con el espíritu preparado para la virtud, con el cerebro preparado para la sabiduría, con el corazón preparado para el amor. En el blando regazo de la santa matrona que fué su madre, bebió a raudales, como a ubérrimos pechos, la caridad, el sentimiento fraternal de la familia, los afectos delicados y tiernos. Su naturaleza sensible y su carácter bondadoso, en el ardor de su temperamento y de su raza, decidieron su inclinación a la vida

estudiosa y meditativa, en que pareció como consagrado a la contemplación de la verdad suprema y la adoración del soberano bien.

Aquellos tiempos eran sosegados, monótonos y prosaicos sobremanera. España por entonces era la patria madre de la inmensa mayoría de los cubanos. Unos y otros españoles, los de allende y aquende el mar, constituían una misma nación, sin las injuriosas diferencias posteriores, el primer efecto de las cuales habría de ser la gran revolución en que se desprendiera la América latina tras largo e intenso estremecimiento que partió en pedazos la regia corona con que los monarcas de España ceñían a modo de inmenso zodíaco los dos hemisferios de su dominación.

La juventud de Luz Caballero pudo, por lo mismo, florecer en la tranquilidad y el reposo, al abrigo de las tempestades políticas, y deslizarse quieta y sin preocupaciones bajo la égida del sereno hogar de su familia, perfumado de oraciones como un santuario, y bajo las bóvedas del claustro

donde, como lumbre del cielo, como se filtraban multicolores los rayos solares al través de los vidrios de las ojivas, recibía la enseñanza de los sacerdotes, oyendo juntamente de sus labios la palabra de la iglesia que le imponía sus dogmas y la palabra de la filosofía que le insinuaba sus negaciones.

La doctrina de la iglesia católica, la religiosidad de su madre, aquella vida de preces y recogimiento, el comercio continuo con las cosas sagradas, sus prácticas rituales, los estudios escolásticos del Seminario, el empleo del latín, rudo verbo de un pensamiento petrificado, fueron lenta, pero firmísimamente formando los fundamentos de su carácter. Y así, por su índole propia y aquellas peculiares condiciones de su educación primera, no llegará a ser un gran escritor ni un gran artista el que hablando con elocuencia ingenua y arrastradora mostrará el fuego y la unción de los admirables padres del siglo IV; porque su imaginación habrá perdido la paleta mágica que decora y aviva las ideas, sin que pueda yo afirmar si con salud menos que-

brantada desde tan temprano hubiera desplegado la potencia constructora de esos escasos poetas del pensamiento que asombraron al mundo por la audacia y la simetría de sus sistemas filosóficos, ya que atesoraba, con la fe más viva en el porvenir de la humanidad en razón de su creencia en la bondad infinita de una Providencia divina, como suprema síntesis, talento perspicuo y poderoso, verdadera autonomía mental, y saber tan vasto como profundo, a extremo—bien lo recordaréis—que al fin de sus días se le llamaba "el maestro de todas las ciencias".

Jamás tampoco será hombre de acción en el sentido que vulgarmente se da a este vocablo. Nada en él ni fuera de él le inclinaba ni podía inclinarle hacia el lado violento y trágico de la vida. Por su genio apacible y sus hábitos sedentarios habría de tomar otros rumbos su actividad, bien que la época tampoco consentía ni exigía mucho más, y en este concepto cabe decirse que fué cuanto podía y debía ser un hombre de su condición y de su tiempo.

Cuando llegaron hasta Cuba los sacudimientos de la Península y de sus colonias continentales, el efecto fué muy pasajero, y él—por otra parte—era apenas un adolescente. Más tarde, cuando ya hubo alcanzado la mayoría de su edad, Cuba no había alcanzado aún la mayoría de la suya: era entonces menos que un pueblo moderno, era un inmenso bazar de esclavos, y para serlo perpetuamente acaso, o para continuar siéndolo algún tiempo más, vió con la imprevisión de su ignorancia sorprendida, o con el desabrimiento de su sensualidad perturbada, la gran catástrofe de la Tierra Firme; por lo que fué vano intento el de que aquí clavara sus garras *El Aguila Negra,* o que brillaran en el horizonte cubano *Los Soles de Bolívar.*

Posteriormente todavía, si ese pueblo materializado llegaba a aspirar a un cambio en su condición política, la idea capital, el sentimiento originario y propulsivo habían de ser la idea y el sentimiento de salvar inicuas riquezas materiales a true-

que del mantenimiento por tiempo indefinido de la institución de la esclavitud.

¿Era posible, en tales circunstancias, que un hombre inteligente, justo y tan bueno, tan humano como Luz Caballero, simpatizara con aquel espíritu político que, por su forma, era entonces desnaturalizado, y por sus móviles abominable? ¿No era legítimo también que no creyese viable ninguna tentativa que hubiera de ser forzosamente la tentativa de muy reducida minoría?

Por supuesto que habréis comprendido que aludo únicamente a las tendencias políticas de la primera mitad del siglo, cuando la mayor parte de los revolucionarios cubanos solicitaba el amparo y ayuda del extranjero—de México, Colombia y a la postre de los Estados Unidos—, no por odio a España, ni por amor a las libertad y a la independencia; sino por conservar con el latifundio del ingenio la situación privilegiada de los señores feudales de la colonia, que vivían y querían seguir viviendo felizmente, a expensas del crimen infame de la esclavitud y de la trata africana.

Luego que Cuba, por causas diversas y remotas, haya elaborado y acariciado otra aspiración más legítima y más castiza, ya él será un anciano, afligido por tenaces achaques, pobrísimo de fuerzas físicas, desligado casi de la tierra, preocupado fervorosamente del cielo, sin confianza apenas en los suyos, y muy escasa, si alguna fe, en el inmediato porvenir de su país.

Se ha publicado—entre esos aforismos suyos que, por lo común, eran sólo ideas sueltas que habrían de desenvolverse luego—uno que—oscuro y todo como tenía que ser—permite columbrar algo así como su filosofía de la historia cubana, en que se muestra su punto de vista general, explicando de paso su actitud y sus profundas miras. Consideraba que los pueblos no podían modificarse sino por la fuerza o por la educación, y que sin la oportunidad, sin la concurrencia de hechos físicos y morales, el genio mismo, porque es incapaz de crearlos a su antojo, sería absolutamente impotente como descuidara—arrastrado por el deseo y las opiniones de su partido—

el estudio de todas las circunstancias exteriores e interiores del problema, y por la observación de las que determinaban el nuestro, creía que ni el propio Napoleón Bonaparte—al que en cierto sentido ponía tan alto como Jorge Wáshington—hubiera podido producir con éxito una revolución en la isla de Cuba por entonces. En su concepto, era su pueblo una oveja que sólo amenazada en sus propiedades materiales se hubiera convertido en león; por lo que ante su juicioso y sereno civismo no había más que dos procedimientos que seguir: o la incierta violencia o la perseverante preparación; o "golpes de cuerda"—como decía—o el *guta cavat lapidem;* y, naturalmente, para él la elección no pudo ser dudosa.

De ahí que su carácter, su vocación y las condiciones públicas enderezaran por mejores rumbos su patriotismo ardiente, pero reflexivo; que comprendiera que la obra que debía proponerse era de regeneración, de creación lenta y difícil, porque había de empezarse, si se quería fundar

con solidez, por lo interior y no por lo externo, por dentro, por el alma misma de la gente cubana. Solía repetir la máxima de Shelling: "Dad al hombre la conciencia de lo que es, y pronto será lo que debe ser". Por todas partes veía sólo esclavos negros y blancos esclavos, una muchedumbre egoísta, fría y envilecida. Palpando tantas miserias sociales, su perspicacia no podía engañarle. Era preciso iluminar las conciencias, purificarlas, sanear aquella podredumbre, infundir un alma nueva en aquel cuerpo gangrenado.

El era capaz de abnegación y desinterés para desdeñar todos los atractivos de la vida, a fin de acometer la magna empresa de restauración intelectual y moral; pero sus deseos ardientes no pudieron realizarse en seguida, y aunque el mal estado de su salud le obligó a ausentarse de la patria, regresó sin embargo a poco, por habérsele complicado inicuamente—como sabéis—en la célebre causa de conspiración de 1844.

Este grave incidente, en que tuvo ocasión de patentizar la entereza y rectitud de

su carácter, si naturalmente aumentó su prestigio, en cambio agravó sus dolencias, a punto de que en lo sucesivo, débil y muy delicado siempre, le será imposible todo esfuerzo grande y sostenido. Esto explica que no concluyera la impugnación famosa del eclecticismo de Cousin y el doctrinarismo político de que el ilustre Guizot era el elocuente corifeo, la cual había emprendido resueltamente desde 1839 en ruidosa polémica; así como que nos veamos privados de otros trabajos que había anunciado y preparaba, entre ellos un estudio relativo al cerebro, otro acerca de la metafísica de Maine de Biran, y sobre todo el que debía ser la exposición sistemática de su propia filosofía.

Pero esos tenaces achaques que tantos propósitos y beneficios malograron no le impidieron abandonar al cabo su retiro e inacción forzada, para fundar, como lo hizo en 1848, el por muchos conceptos incomparable colegio de *El Salvador,* desde donde, hasta el fin de sus días y durante catorce años, consagrado a la educación de

la juventud cubana, ejerció influencia poderosa, directamente en sus discípulos e indirectamente en la sociedad toda.

Es verdad que se había desentendido de intervenir por modo inmediato en las cuestiones de actualidad, de plantear por su parte y pretender resolver los problemas complicados o pavorosos de que dependía la suerte futura del país. No predicó, por lo mismo, declarada y abiertamente ningún programa político, ni se permitió manifestación alguna en este sentido. Y aunque tampoco abogó en público contra la trata y la esclavitud, ni hubiese podido—por lo demás—intentarlo siquiera, fué sincero abolicionista, y todos lo sabían; como que en el círculo de sus amigos condenaba aquellas abominaciones en que lo menos negro que veía era la piel del infeliz africano. Su acción, por tal manera, fué indirecta, como lo explica su ilustrado biógrafo, el cual manifiesta no abrigar el temor de cometer irreverencia comparándola con la acción del Evangelio.

Porque en su esfera, y conforme a los

dictados de su buen juicio, propagó con serena conciencia José de la Luz Caballero contra todas las iniquidades y siempre predicó en el mismo asiento de los capitanes generales recelosos y omnipotentes, en el antro mismo de los negreros oligarcas, los principios fecundos de moralidad pública y privada que llevan en sí, como forzosas naturales consecuencias, la ruina de la tiranía, la afirmación viril de la dignidad del hombre, la inequívoca condenación de aquel régimen de despotismo y envilecimiento...

¿Quién como él se atrevió a tanto? ¿Quién como él santificó la elocuencia convirtiéndola, no en instrumento de vulgares ambiciones personales, sino en bálsamo y panacea de las desventuras de la patria y verbo divino de las más santas aspiraciones de la virtud?..... El mundo no puede, no debe olvidar jamás que aquel anciano sencillo, fuerte en la verdad y sin más amparo que la pureza de su conciencia, una noche por siempre memorable, en sublime arranque de justificación y de piedad, profirió una palabra inmortal, ardien-

te como las obyurgaciones de los profetas, terrible como la maldición del justo a la ciudad infame; palabra esencial, profunda, positivamente revolucionaria!....

¡Ah! bien me acuerdo. Yo estaba allí, si bien era demasiado niño; pero pude oirla, y no se me ha olvidado nunca. Vivíamos en la colonia militar, y en la sala espaciosa del colegio encontrábanse reunidos el representante de la autoridad pública y los amos de esclavos, los señores afortunados y satisfechos... El maestro hablaba en el silencio imponente y el recogimiento del concurso subyugado... No sé lo que iba diciendo; mas, de repente, le vi erguirse iluminado y casi sobrenatural, alzó hacia el cielo entrambas manos y resonó en el espacio, como voz descendida de lo alto, esta sentencia formidable: "Antes quisiera yo, no digo que se desplomaran las instituciones de los hombres—reyes y emperadores—, los astros mismos del firmamento, que ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, ese sol del mundo moral".

Entonces, no fué más que un instante, pero creí que por los aires retumbaba el trueno divino y que la tierra toda temblaba estremecida en el fragor relampagueante de un Apocalipsis; y hoy, cuando ya han pasado tantos años y tantos acontecimientos, no puedo menos sino figurarme aquel colegio como una montaña altísima y sagrada, pedestal gigantesco y esplendoroso sobre el cual el patriota cubano alza la frente coronada, como por una diadema, de los resplandores del cielo; porque aquellas expresiones suyas parécenme el verbo de una nueva creación en los espacios o en la historia, y difícilmente concibe pasmado el pensamiento que no fueran proferidas desde la tribuna tempestuosa de la Convención o sobre la cima inflamada del Sinaí.

Agrupábase a oír aquella elocuencia majestuosa y dignificadora lo más selecto de la población. Naturalmente, de esa manera no enseñaba ni podía enseñar ninguna ciencia especial. Era, antes que un profesor, el maestro, el educador, un escultor de

almas, un artista de hombres, y así—ni más ni menos—consideraba y entendía él la gran misión que voluntariamente se impusiera.

El colegio, en consecuencia, fué más que una academia libre o una escuela fructífera de ciencia; fué una como pequeña iglesia, a la manera de aquellas primeras beatíficas comunidades cristianas; un hogar en que, hermanos todos los discípulos, se desenvolvían al calor de las sonrisas del maestro, de cuyos labios manaban la doctrina y el consejo como un rocío de bendición y de vida.

Porque él cuidaba de sembrar en los corazones la buena semilla, a la vez de nutrir con sano alimento las inteligencias, en consonancia con los reclamos del tiempo. "Hombres más bien que académicos—solía decir—es la necesidad de la época!" ya que para él, educar era templar el alma, fortalecerla para la lucha de la vida; formar antes que pedantescos doctores que conociesen las materias de los libros, que sólo poseyeran la ciencia enteca que cuando

más llega a crear los *homúnculos* de Wágner, hombres que viviesen del espíritu de rectitud y no del espíritu del temor, fuertes de ánimo y prudentes y enteros en todas las vicisitudes y alternativas de la existencia.

Figuraos, señores, una sociedad en que predominaran tales caracteres, y comprenderéis que una parte de ella no podría ser esclava de la otra parte; sino que juntas, en la suprema dignidad del derecho, en vez de formar una ruin manada, constituirían un pueblo libre y dueño de sí mismo.

Esta consideración explica cómo el dulce maestro mereció de unos el anatema, mientras reviste para otros su veneranda memoria los caracteres de las cosas sagradas; y por qué aquellos le miran, al modo que los fariseos a Cristo, como el enemigo de la ley vigente, el adversario actual y vencedor futuro de todas las injusticias y maldades; en tanto que los demás le bendicen como símbolo de las más nobles aspiraciones de su patria, como un reformador, como un enviado, el amigo de su pue-

blo, el buen consejero, el guía infalible y generoso que en la noche oscura presiente y anuncia la próxima festividad de la mañana, el genio que concibe una idea salvadora y consagra su existencia a sembrarla en el surco de la historia.

Pero si en sustancia el tipo sublime de hombres que el educador cubano concibiera para amoldar a él el alma de sus compatriotas fué inspirado en las páginas del Evangelio, no puede inferirse que hubiera ni soñado siquiera convertir su país en un convento de frailes ensimismados en extática contemplación, mientras los extraños y los perversos se repartieran como botín de guerra las prosperidades terrenales. Yo sé que se ha dicho, fundadamente en algún sentido, que la lógica interna, que la dialéctica de la idea cristiana conduce al monacato, al despego de la vida social, al desasimiento y despreocupación respecto de los grandes e inmediatos intereses de la colectividad; yo sé también que no rompió el cristianismo desde luego las cadenas de los siervos; pero sé al mismo tiempo que

si infunde humildad hasta el envilecimiento, como en Jacopone de Todi, despierta también el sentido político y el ardor republicano, como en Arnaldo de Brescia; porque el reformador de Galilea al cabo no trajo al mundo la paz, sino la guerra, y su propia doctrina, que consiente tantas interpretaciones, sin otras armas a veces que la palabra, puede producir profundas y trascendentales conmociones. ¿No recordáis a aquel pontífice Inocencio III, que montado en una mula y empuñando un crucifijo estremeció la cristiandad a la manera de un terremoto? Porque la verdad es que si no siempre una doctrina esgrime el acero, casi siempre una espada ensangrentada hasta el puño no es otra cosa en la historia humana que el buril inconsciente y tremendo que esculpe en la carne del mundo un ideal distante concebido en la serenidad apacible del pensamiento.

Observaciones semejantes explican también cómo no siendo ni político ni menos revolucionario José de la Luz Caballero, fué —no obstante— un precursor. Después de

su muerte ocurrieron sucesos que seguramente él no esperaba. Pero las semillas habían germinado, y al fin hemos aprendido y debemos tener siempre muy presente, con más motivos ahora mismo, en esta confusión y zozobra en que vivimos, que no se debe desesperar por completo, en ninguna circunstancia, de la humana virtud y dignidad.

Por eso, para mí, la gran contienda de 1868, surgiendo de la podredumbre colonial y como su sorprendente derivación, fué un verdadero milagro. Pero notad, señores, que sobrevino como fruto de la enseñanza de aquellos maestros admirables que fueron faros altísimos que desde el alborear del siglo irradiaron sobre Cuba durante cincuenta años la luz de su estupenda inteligencia y el calor vivificante de sus grandes corazones—el padre Caballero, el padre Varela, José Antonio Saco y los pocos que les acompañaron o siguieron. Ellos sí fueron realmente el pasmoso milagro de nuestra historia, a punto de parecernos incomprensibles su aparición y su ministerio.

Y él mismo, ese adorable y excelso José de la Luz y Caballero, ¿cómo explicar su personalidad en nuestro suelo sin apelar a los prodigios? ¿Cómo concebir entre tanta miseria su pureza, entre tanta abyección su rectitud, entre tantos apetitos mezquinos sus generosas ansias? Porque, ¿quién como él fué bueno y dulce, sin mancilla, sin vanidad ni soberbia, todo amor y virtud, sabiduría y fortaleza? Yo no sé, señores, de ningún hijo de mujer que en justicia pudiera más que él merecer que se le llame "hijo de Dios;" y entre tantos beneficios como derramó en torno suyo, tengo por más inapreciable el idealismo que infundió en nuestras arterias como antídoto enérgico de la degradante e inhumana brutalidad de su época!

Fué, pues, por lo que he podido deciros, una gloria humana, y la gloria personal más alta y más pura de la isla de Cuba. Han corrido muchos años después de él, que fué la santidad y la sabiduría, flor divina que no parece nacida en el cieno de la tierra, sino caída por acaso de un mundo me-

jor; vinieron otros que representaron el heroísmo y la gloria, sobrevinieron mudanzas y trastornos, y—ya lo estáis viendo—su nombre se guarda sin embargo en el corazón cubano como guardan los hijos las sagradas cenizas de sus padres, y ¡ojalá todos le vieran siempre en la sucesión de los tiempos tan grande como le contempla mi cariño, tan vivo como le tengo ante mis ojos: anciano cuando no era muy viejo todavía; doblado por la enfermedad y la fatiga de penoso vivir; demacrado como el anacoreta de la Tebaida; pero de voz robusta y vibradora como si debiera resonar en el fondo mismo de las almas; de aspecto sencillo y venerable y tan limpio por fuera como por dentro; de mirar penetrante y húmedo, circuída la soberbia cabeza con el místico halo que ciñe la frente de los bienaventurados!—porque en un largo período de nuestra historia fué su grande espíritu cifra y compendio del espíritu cubano!

Quizás por lo mismo se sintiera al fin desfallecer. Alguien ha afirmado que a punto de morir hubo de exclamar con me-

lancolía: "muero de cansancio, de cansancio;" mas ¿quién no se cansa alguna vez de la vida? ¿Qué cubano que piense en las vicisitudes de su patria no ha querido en más de una ocasión lanzar un grito de angustia inmortal o de suprema cólera y caer en el acto en el reposo y en la nada? ¿Quién es tan desventurado que no haya sentido, una vez sola siquiera, nuestra miseria humana, la inmensidad de nuestro orgullo, la crudeza de nuestras pasiones, y nuestra fragilidad y nuestra impotencia? ¿Quién, a menudo, no medita sombríamente sobre la brutalidad de la lucha y los triunfos escandalosos de la protervia? ¿Quién, en fin, como el poeta, no cree que la historia del mundo es la condenación del mundo? Empero, hombre del temple de Luz Caballero jamás hubiera—como Fausto—tendido la mano, a impulso del desencanto, buscando la copa de cristal que convida a la última "solemne libación;" y si alguna vez sintió en su ánimo el frío del desaliento—él, que mientras más viejo se sentía más espartano—, sería seguramente sólo cuando hu-

biera observado motivos que le hicieran desconfiar de la virtud de sus paisanos y temblar por el porvenir de la patria, entre tanta flaqueza, ignorancia y desunión; esa desunión nuestra que parece nuestro pecado original, que pudiera ser nuestro delito y nuestro ruina, y contra la cual clamaba, contra la cual—si viviese ahora—clamaría con todas sus fuerzas, como cuando repetía el famoso verso del Cancionero de Petrarca, pidiendo paz—paz entre los cubanos—en un gemido de angustia y desesperación!

1901

Discurso pronunciado el 12 de agosto del año 1901 en el teatro Nacional, con motivo de la función verificada en memoria del egregio cubano José Martí y como ofrenda a su anciana madre.

Señoras y señores:

La iniciativa tan oportuna y tan noble de un diario cubano—como hace pocas semanas la generosa iniciativa de un diario español—congrega aquí esta noche a la sociedad habanera, poniendo a prueba una vez más los sentimientos que mueven y enaltecen a este pueblo nuestro, que para que otros vivan o sean menos desgraciados no se cansa jamás de ser bueno, mermando en la paz por la caridad y la beneficencia su hacienda casi agotada, con la misma decisión con que por la patria y la justicia derramó en la guerra su sangre empobrecida.

Esta—como lo fué la precedente—es una fiesta benéfica; el ejercicio de la caridad, por cristianos impulsos en unos, por patriotismo en toda esta distinguida concurrencia; pero es también para gran par-

te de ella, si no para todos nosotros, la piadosa solemnidad en que bendecimos al compatriota muerto en el respeto y el alivio de su madre anciana y ciega, de la matrona venerable, desvalida y triste que, como Cuba, su rival celosa, apenas se consuela todavía en la gloria del hijo insigne y bien amado, de la irreparable calamidad de su pérdida.

Y soy yo, el menos competente y autorizado acaso, quien debe hablaros de él un momento, cuando necesitaría el estro del trovero que en las veladas del feudal castillo revivía a los héroes cantando sus proezas; cuando envidio la elocuencia de que esta tribuna conserva aún los últimos acentos inspirados, como la concha marina que en murmullo misterioso repite la música sagrada de reciente tempestad, y, sobre todo, cuando para hablar dignamente de él, fuera indispensable hablar como sólo él hablaba, y convertir este profano escenario en un cáliz de oro y la desmayada palabra en una hostia; porque al pronunciarse el nombre de Martí, en la conciencia cubana

como de inmensa tumba se alzan legiones de mártires risueños y paladines imponentes con las manos juntas, y debieran enmudecer los vivos poniéndose de pie mientras oran o bendicen arrodillados tantos muertos!

No obstante, ahora mismo, porque vivimos entre inquietudes y temores, dentro de una situación, si oscura, por fortuna y por fuerza transitoria; porque nos burla el enemigo tradicional, que aun vencido en la gran contienda de las armas quisiera, sin embargo—reacio y rencoroso—triunfar todavía en su empeño satánico de humillar a los cubanos redimidos malogrando sus nobles esperanzas; porque todo es incierto al presente y no se vislumbra el camino de salud, entre ambiciones y cuitas, entre gente desconcertada que no se decide a amarse para salvar la patria, sino que parece odiarse entre sí a fin de asegurar mejor mezquinos intereses personales; porque quiere envolvernos como la niebla mortal la traición sutil y desalmada que maquina en el misterio la ruina y deshonra de

una estirpe esclarecida con el total eclipse de su ideal sublime de nacionalidad, de ventura y de gloria, se pretende ciegamente que este pasajero infortunio, este momentáneo anárquico trastorno, este pandemonio de rencores, apetitos y apostasías, que han aparecido a su hora, por ley ineludible de la humana condición y desventura, son las consecuencias forzosas, no de la podredumbre colonial de que necesariamente provienen, sino—¡qué sarcasmo!—de la tempestad desencadenada contra ella al conjuro de Martí; por lo que, al amparo de supuesta angustia patriótica, del temor fingido de que perdamos el ideal y la raza en próximo definitivo naufragio, se murmura que su obra ha sido funesta y aun se atreven el desvarío y el desamor a erigirse en jueces suyos, sañudos e implacables, anticipando, en nombre de la posteridad suprimida, la execración de su memoria!

No porque juicios tan desfavorables, aunque indefendibles, que cada cual tiene el derecho de adoptar y mantener si le pla-

ce, puedan en modo alguno afectar a la egregia personalidad tan identificada con nuestro destino y nuestros dolores, sino porque acaso revelan una tendencia perniciosa en nuestra política, conviene recogerlos aun cuando sólo el tiempo indispensable para condenarlos; pero forzoso es proclamar desde luego, en nombre de Martí y en nombre de Cuba, que no hay palabras en ningún idioma más dignas del orgullo del uno y de la santidad de la otra para contestar debidamente ofuscación tan apasionada y ciega, que las de perdón y olvido, tan merecidos por quienes insultan a Cuba, que está purificada por espantoso martirio, y maldicen a Martí, que está consagrado por el sacrificio y por la gloria, cuando no supieron, en cambio, esgrimir a tiempo siquiera esas armas familiares de las pasiones bajas o furiosas—el veneno y el puñal—contra tantos representantes de España que fueron verdugos inexorables de esta patria martirizada, o al menos contra ese Wéyler, que fué el monstruo infame que espantó a

la civilización y deshonró a la especie humana!

Él mismo Martí, como si viera en profecía esta hora turbia, soñando siempre en la reconciliación y en la concordia, había contestado de antemano, y como si saliese del seno de la tierra en que descansa, se escucha la voz de su angélica piedad dictando severa, como un legado de paz, justicia y amor, palabras inmortales y para nosotros obligatorias, al sentenciar que de ningún modo es necesario responder con ira desde aquí; porque si son cubanos que yerran, jamás hemos de olvidar que son cubanos; aunque tampoco de ningún modo es necesario disculparnos de aquella lealtad de corazón que nos manda ostentar por sobre nuestras cabezas el culto de los que murieron por nosotros; que es un desventurado el hijo de Cuba que no lo ostenta; porque en propagar después del sacrificio el culto de los que supieron inmolarse hay más honra que en haber ostentado en el sombrero, durante la inmolación, la cinta de hule de los sacrificadores!

Mas quienes así usurpan los derechos del porvenir y de la historia debieran saber que si les mueve en realidad el temor de que gente extraña y despiadada amenace de ruina nuestra estirpe y sus más santas aspiraciones, todavía tendrían que lamentarse y maldecir en nombre del propio Martí; porque, ¿quién como él se estremecía de horror a la idea de nuestra desaparición como pueblo de espíritu latino, ni se retorcía de dolor en la cavilación de que pudiera gente irrespetuosa profanar nuestro solar querido, anulando para siempre la raza soñadora y heroica de los cubanos?

¿Quién es el que por cariño a esta tierra y sus amables moradores podría acercarse a esa sombra gigantesca y dulce sin persuadirse de que siempre estaría de acuerdo con él para defender y honrar la patria común, sin sentir, por lo mismo, que no hizo otra cosa en vida que buscar en las tinieblas todas las manos—amigas o enemigas—para limpiarlas, aun lavándolas en su sangre redentora, de las impurezas coloniales, y estrecharlas con la suya sin man-

cilla; con esa mano de patricio que supo a toda hora apretar con fraternal cariño la del señor y el esclavo, del caucásico y el africano, del blanco y el negro; la mano nerviosa con que manejó como una lanza de batalla su pluma peregrina de artista; la misma mano firme que puso de nuevo en la de los héroes desengañados, reanimando su aliento, la espada rota del primer desastre para que rompieran el postrer anillo de secular cadena; la mano formidable con que de un revés de titán echó a rodar un mundo viejo por haber avivado con un soplo de vida inmortal la antorcha de la guerra que humeaba apagándose bajo la báquica mesa de la última orgía de nuestros amos; la mano augusta con que ahora se cubriría los ojos fulgurantes para no ver, que acaso se alzaría enlazada con la de sus mismos denostadores perdonados, fulminando contra la concupiscencia y la protervia que pudieran deshonrar la América ultrajando a Cuba, las maldiciones del derecho indignado ante el fraude y la usurpación, en versículos que relampaguearan

con la cólera tremenda de los antiguos profetas.

Y si esta angustia, esta incertidumbre en que sufrimos; si estos presentimientos, esta zozobra, estas ansias miserandas, que son como cendales de luto y sudarios de muerte, hubieran de espesarse en la agonía de breve crepúsculo, tras el cual sólo nos fuera dable llorar sin consuelo, en noche de amargura eterna, la desaparición melancólica, en el júbilo de estrellas insultantes, del astro solitario y amado que iluminara el firmamento americano guiando en sus tribulaciones nuestro destino, en la hora pavorosa de ese cataclismo que conmovería en sus cimientos el mundo moral, como si en el cielo se hubiese apagado la luz de todas las constelaciones y en la tierra el resplandor divino de la conciencia, sólo tendrían derecho al respeto de los justos y a la compasión de los buenos los que no estuvieron al lado de la única culpable, los que no estorbaron ni impidieron la obra necesaria y bendita de redimir a su patria; sino que procuraron ayudarla obedeciendo

así las leyes inevitables escritas con inequívocos caracteres en el fondo del pecho, y a través del espacio inmenso reveladas en la evolución de la vida y de la historia; los que respetaron y compartieron, para servirlo y enaltecerlo, el sentimiento profundo de su pueblo impulsado por ese clamor victorioso de los rebeldes fundadores que en el continente de la libertad enciende en los esclavos la aspiración incontrastable y sublime que, por la dicha y por la honra, quiebra las coronas opresoras, las lanzas criminales y los grillos infamantes, para asentar como en un trono la paz y la civilización sobre sus fragmentos pisoteados.

Y si Martí pecó por sentir como hombre, como americano y como cubano, pecó también la inmensa mayoría de los cubanos, porque sintieron como Martí, y por su culpa feliz, bendito será siempre el hombre grande que así se compenetró con un pueblo tan bueno y tan estrujado, y bendito también el pueblo magnánimo que así comprendió y ha sabido amar a un hombre de tanta pureza y abnegación, y no ahora que

al fin y por suerte han cesado los escándalos de la matanza y los horrores del tormento y del hambre; no ahora que se ha cumplido ya con honra y con gloria el voto de tantas generaciones de patriotas, pues que es innegable que si no se entienden, se aman y conciertan Martí y el pueblo cubano, todavía gemiríamos avergonzados y sombríos en la infelicidad y en la miseria, y el desastre de la Revolución hubiera convertido esta Isla encantada en negra y odiosa mazmorra de España; no ahora, en fin, que podemos sentirnos satisfechos en nuestra dignidad personal y nuestra legítima ambición de ciudadanos, sino cuando la sangre se encharcaba en lagos anchísimos, y corrían las lágrimas como ríos encrespados, y subían al cielo torbellinos de humo como espirales del horrendo holocausto; cuando en los campos de la tremenda lucha roían las úlceras el cuerpo y todos los sufrimientos el alma, nadie maldijo de Martí ni nadie imaginó siquiera atribuirle la exclusiva criminosa responsabilidad de una obra común que todos sus auxiliares—del

mismo modo que sus propios adversarios —consideraban como la consecuencia necesaria e indeclinable de la incorregible política de la metrópoli, de la osada intransigencia reaccionaria de un grupo de ignaros peninsulares que explotaban la colonia sin miramiento, y de la por escéptica ineficaz oposición de aquel grupo de cubanos sin energía, sin resolución, sin fe, y por lo mismo, sin esperanza!

Al contrario: en el camino desierto, allí donde fué derribado a un flanco del combate, cerca del murmurante río, entre fronda espesa sobre cuyos perfiles se destaca la verdinegra imponente serranía, el cubano harapiento que pasaba solitario y cuidadoso, la hambrienta columna de guerreros perseguidos, detenían la marcha rápida para recoger por los contornos sendas peñas con que agrandar cada vez más—húmedos los ojos y descubierta la cabeza—la tosca pirámide conmemorativa que levantaron sus compañeros de batalla, como áspero monumento de admiración y de cariño que debía perpetuar el recuerdo de aquella vi-

da, áspera también, consagrada a realizar el más puro y grandioso sueño que agitara la mente de un escogido y las mismas entrañas de su pueblo.

Y ahora, cuando la vieja casa todavía yace derruída entre escombros y cenizas, y no se han cerrado las llagas, y duelen las cicatrices, y no hay sino mal remendados harapos para cubrir la carne enflaquecida, sólo un hossana de gloria resuena de extremo a extremo, y surge inmaculado y sonriente de su modesta huesa, triunfador de la muerte y la injusticia, el gran patriota, aclamado por el respeto y la lealtad de los hombres y bendecido por las lágrimas piadosas de las mujeres.

El bronce de los viejos escudos, golpeado por la indignación de los muertos y la cólera de los vivos, vibra en el fragor de una apoteosis final, y en bandadas despavoridas huyen graznando los cuervos del pasado!

Yo también me arrodillo enternecido al borde de esa tumba sagrada, con más devoción que nunca en este instante, porque

él representaba, antes que ningún principio, un sentimiento profundo y una necesidad esencial del pueblo cubano, la suprema conveniencia y el ansia soberana de raer de nuestro suelo la dominación española, y nunca como ahora ha sido tan legítimo, tan justificado, tan santo el horror que—no al fanatismo o la ira revolucionaria, sino a toda conciencia que no esté pervertida o embotada—debe inspirar la conducta imprevisora y rencorosa de la nación que fué mezquina y torpe pudiendo haber sido generosa y grande, pues que, en vez de salvar sus intereses, su honra y su antigua gloria constituyendo una república soberana y al fin reconciliada y agradecida, de su estirpe y de su espíritu, sobre los despojos de la colonia inicua, prefirió sacrificar definitivamente a los cubanos procurando sujetarlos al mismo extraño poderío que contuvo su furia criminal empeñada en la obra nefanda de convertir esta pobre tierra en un pestilente y horrendo matadero!

Avivadas con los desgarradores recuer-

dos del martirio, la repulsión a par de la misericordia, no es ni concebible llamar funesta la obra de purificación emprendida en nombre del derecho; no es ni concebible condenar a la Revolución y no condenar a su provocadora; no es concebible invocar contra el sentimiento de justicia el sentimiento de la raza—la raza, que nos negó la justicia—que en su lengua y nuestra lengua dictó la atroz sentencia que nos condenaba a ignominiosa sumisión o a inexorable exterminio; no es ni concebible la nostalgia de la colonia y sus verdugos, que sería como el sueño atávico del enfermo que en el esplendor benéfico de la civilización llorara la ausencia de la vida troglodita, extrañando las tinieblas en que crujen los huesos de las víctimas entre rugidos de espantosa fauna!

Antes morir que volver ni con la mente a aquella vida: antes—como hubiera ansiado el luminoso espíritu de Martí—perezca la Isla con todos sus decaídos moradores entre las olas del océano enfurecido; pero entonces, por la excelsitud de su ins-

piración y de su vida, dos nombres bastarían para redimir a los cubanos del olvido y del oprobio. El primero de ellos, ese nombre de Martí, que creyó a los suyos tan capaces como las razas presuntuosas e insolentes, de civilidad y de progreso, como lo fueron de sacrificio y abnegación, y es por lo mismo el nombre más esclarecido de una estirpe calumniada que procreó, sin embargo, tan egregios varones, que lo produjo a él, descendiente y émulo de aquellos altivos aragoneses que de hombre a hombre se tenían por iguales del rey, y mejores que el rey cuando ostentaban la representación de su pueblo; él, que vivo hizo más, con su palabra y con su ejemplo, que todos nosotros, y que muerto vale más y es más en justicia que cuantos le hemos sobrevivido; porque cuando se desvanecieran los últimos gemidos de nuestros dolores, y se borraran aún los nombres pintorescos de nuestra primitiva geografía, y no quedaran en la memoria ni vestigios de las espantosas hecatombes de nuestra ignorada epopeya, y un idioma de "bárbaros soni-

dos" rechinara agriamente en esta tierra, contrastando con la dulce habla en que arrullan nuestros campos, y vibra nuestro ambiente, y riela el inmaculado azul de nuestro cielo, que fué testigo mudo de tanta iniquidad y tanta grandeza, y de nuestros soldados olvidaran los bardos hazañas que debieran ser inmortales, y estos discursos de nuestra extinta tribuna orlada de relámpagos, que fueron estrofas ardientes de nuestra cólera, antífonas de nuestra fe y plegarias de nuestra esperanza, se perdieran con los suspiros del bosque y los trinos dolientes del ruiseñor, todavía junto a la catarata del Niágara, y dominando el fragor de sus hirvientes rápidos, el canto de Heredia, que reveló al mundo regocijado el espíritu cubano, atestiguaría nuestra ternura y nuestra inteligencia, nuestra idealidad y nuestro patriotismo, y sería inolvidable y eterno nuestro pueblo por su martirio y su heroísmo, ante la justicia y reverencia de los siglos, en la imagen ensangrentada y resplandeciente del divino Martí, que por la magia de su palabra crea-

dora y la eficacia de su fe de cruzado apagó el sol de gloria que ardía en la corona de Carlos V, cambió la faz del continente americano y la geografía del mundo y arrebató a la España soñolienta y fiera de la edad media los últimos pueblos maltratados por su codicia y las últimas tierras envilecidas por su ignorancia!

1902

EN EL ATENEO

Discurso pronunciado en la velada inaugural del Ateneo y Círculo de la Habana, la noche del 4 de noviembre de 1902, en el teatro Nacional.

EN EL ATENEO

SEÑORAS Y SEÑORES:

La elocuencia, con ideas inspiradas que ilustran y dirigen; la poesía, con estrofas vibrantes que despiertan los fantasmas peregrinos adormecidos en la mente, y, en breve, la música también, con sus melodiosos cantos que nos sumen en los misterios del ensueño, tejiendo juntas en gracioso coro artística guirnalda, y este concurso selecto, ofrendando el óbolo de la generosidad al calor de noble simpatía por los mejores intereses, que son los intereses del espíritu, contribuyen eficazmente a la utilidad positiva y el esplendor de esta fiesta, que, por el provechoso y fecundo objeto que se proponen sus meritísimos iniciadores, es la gaya fiesta del patriotismo, de esa virtud o propensión tan multiforme como fecunda, tan funesta cuando ciega o mal

aconsejada, como sublime en sus santas inspiraciones; y pone ahora en claro que para nosotros también, para nosotros todavía—a pesar de tan duras pruebas y tan amargos desengaños—el ideal, desconocido ó burlado por los que a sí mismos se llaman "prácticos," es una mágica fuerza que debemos tener en cuenta en las relaciones humanas, porque, alma de la civilización, si en la adversidad consoladora y resistente, es también a sus horas incontrastable, y, por su esencia, vencedora de la muerte.

Aquí, en beneficio de esta obra grande, una obra de civilidad, de paz y de progreso, han concurrido, realzándola y embelleciéndola, nuestras magnánimas mujeres, tan apasionadas en el hogar como animosas en el peligro, del mismo modo que concurrieron infundiendo en sus paisanos briosa perseverancia, a obras de sangre y de dolor, sin flaquear ante las asechanzas de la desierta montaña ni ante el frío de la ciudad extranjera, a fin de contribuir—entonces con su piedad y su martirio y ahora con su entusiasmo y sus aplausos—a to-

dos los empeños gloriosos de su pueblo, para que, alentado por tan inapreciable galardón, como los paladines en las justas de la caballería, desmienta con su conducta generosa las calumnias de los traidores y las viles imputaciones de sus enemigos, probando de paso, por su mismo celoso anhelo de asegurar la honrada ventura de su tierra con el afianzamiento de bien ganada y prudente independencia, que ésas que se suponen no más que vanas y sonoras palabras—el derecho y la justicia—, elementos pacificadores que por sí propios regulan o restauran el mundo moral, derribando las construcciones artificiales, son en la historia agentes que iluminan o ennegrecen los horizontes, a ocasiones más impetuosos que los furores del océano, y tan recónditos en sus vías y divinos en su esencia como los que rugen bajo la corteza del planeta y en la cresta del volcán agitan su penacho de llamas; por lo que aparecen en nuestra conciencia como sentimientos, si desordenados por irreflexivos, íntimos y avasalladores en tanto grado que el amor a la familia, idén-

ticos—mejor dicho—al interés y la prosperidad y la honra de la familia, pues que invocando su dicha y su decoro, a su impulso irresistible conjuraron muchas veces coléricos los hombres revoluciones pavorosas, y cuando ellos se arrojaban en su torbellino iban resueltamente las familias a morir a su lado, de miseria en el destierro o asesinadas en el bosque.

Debe ser para los cubanos motivo de legítimo orgullo y noble regocijo la consideración de que así en sus empresas guerreras como en sus empeños pacíficos han demostrado—junto con su energía y su constancia—que es demasiado superior su espíritu para degradarse al influjo de ambiciones vulgares o groseros apetitos, pues que aun cuando eran opulentos por los cuantiosos caudales y la posesión de próvida tierra, sin vislumbrar siquiera en muy remota lontananza destino más elevado que la explotación del infortunio ajeno para mitigar el propio, no bastaban a sus ansias mejores, los abundantes bienes materiales; como si para ellos antes que en acrecentar-

los y conservarlos consistiese la felicidad en despreciarlos, si no destruirlos con frecuencia, a cambio de alcanzar fines que las almas puras estiman por más altos y más bellos que la conquista del oro o las innobles satisfacciones de la carne, ya que la aspiración desinteresada y suprema del bien, inapagable cual la sed de caldeado desierto, es el signo de nuestra dignidad y realeza en medio de lo creado, la cifra y compendio de la excelsitud de nuestro humano linaje.

En el bullicio de la agora corrompida, entre el vocerío y desconcierto de las pasiones, enfrente de la marejada batida por el hambre y enfurecida por el odio, he recitado tantas veces en voz baja el amargo monólogo de Hamlet irresoluto y sombrío, que al contemplar un espectáculo como el que nos ofrece esta sala, sintiendo el indecible encanto del viajero fatigado y triste que se sienta a respirar a la fresca sombra del oasis bendecido, no he vacilado en alzar la voz siquiera para aplaudir este generoso esfuerzo, y para manifestar tam-

bién mi cariñoso agradecimiento de cubano a los que iniciaron esta empresa de aproximar por la cortesía de amable trato social, de juntar en el trabajo y en el estudio, de identificar al cabo en el amor y cultivo de las artes y las ciencias a los que todo había dividido y alejado, o sólo mantienen unidos en grupos antagónicos y hostiles, herencias de un pasado tenebroso y rencores de dolorosa servidumbre.

En propósitos como éstos, de verdadera reconstrucción, concebidos al día siguiente de los que dejaron tras sí tantos escombros, acaso encontremos la expresión más cabal de nuestro carácter y los fundamentos de la más legítima confianza en el porvenir de nuestra nacionalidad; porque estamos dando pruebas de perseverancia, de noble preocupación por la cultura, de incansable espíritu de reformación y de progreso, que son precisamente las cualidades que dignifican y engrandecen a los pueblos. Como después de la primera gran guerra, apenas disipadas las humaredas del postrer incendio, colgamos otra vez el fusil ennegrecido

y glorioso, para proseguir la interminable tarea de reparación y mejoramiento, empuñando el arado que fertiliza la tierra y la pluma que fertiliza las almas, para que el arado arranque sus riquezas a la tierra y la pluma devuelva sus resplandores a las almas.

Esta grandiosa resolución ha de ser de fijo tan fecunda como fué la otra, aunque sean sus consecuencias muy diversas. De aquel interesante y magnífico renacimiento en todos los órdenes de la actividad mental y cívica, de las revistas y los periódicos, de las sociedades científicas o literarias, de los estudios antropológicos, de la propaganda filosófica, de la crítica de los políticos, de las sabias conferencias del atildado y profundo Varona, de los cáusticos y aplaudidos sarcasmos de Govín, de la fulgurante tribuna de *El Triunfo* y las animadas reuniones públicas de los autonomistas, en que encendían los corazones avivando las conciencias los arrebatos flamígeros del malogrado y mi muy querido Miguel Figueroa; la docta y audaz elocuencia

de Giberga, la gran palabra de Montoro.... provino un cambio en los espíritus, un nuevo sentido de la vida, la iluminación de una aurora seguida necesariamente de la tempestad en cuyo seno se forjó el rayo inesperado que con el estruendo de un cataclismo derribó el árbol augusto y venenoso de secular dominación.

Mas tengo para mí que el movimiento de nueva y mejor vida que esta noche se inicia, en vez de revelarnos como entonces las flaquezas de una condición intolerable, arrastrándonos a la lucha armada, robustecerá, por el contrario, con la conciencia de sus beneficios, el amor a la paz, el vivo anhelo de hacer feliz a nuestra patria por senderos apacibles y luminosos, por la virtud, por la cultura y por el trabajo. Como condición de éxito seguro y permanente, acaso deba nuestro patriotismo proponerse con empeño firme y vigilancia serena, mantener un equilibrio estable entre nuestros peculiares intereses y los intereses de nuestros vecinos; cuidar, sobre todo, que nuestras necesarias relaciones sean siem-

pre inspiradas en la cordialidad y dirigidas por la prudencia; aunque sin comprometer las condiciones políticas y económicas que son indispensables a nuestra felicidad y nuestro decoro nacional. Secundados por el poderío de los americanos, nuestro heroísmo y nuestro martirio determinaron y consumaron la catástrofe final de la vieja y orgullosa metrópoli, planteando con ello nuevos y difíciles problemas ante nuestro corazón y nuestra inteligencia. En gran manera dependen ya de nosotros mismos nuestro destino y porvenir; aunque el más oscuro y complicado de aquellos trascendentales problemas que nuestra nueva condición nos exige resolver con acierto consiste en producir y consolidar una unidad colectiva capaz de saludables desenvolvimientos, capaz de existir con lozanía y dignidad, capaz, en consecuencia, de durar como nación independiente y respetada aun en contacto o intimidad con las grandes potencias de la tierra; mas para recorrer ese tentador y peligroso proceso necesitamos desplegar otras, pero tan gran-

des virtudes en la paz, como las que supimos desplegar en la guerra; porque colocados entre la colosal y exigente federación del Norte y la por revuelta debilitada América hispanolatina; suspectos, bien que sin razón, como estas inquietas comunidades, de incapacidad política; ennegrecidos todavía por la pólvora de continuos combates; recienaparecidos en la vida universal; con muy limitadas industrias, viviendo casi por completo de las extrañas; sin escuadra propia y sin abundancia de recursos cuando aún nos envuelven espesas sombras que acaso encubran despiadadas asechanzas, somos por desgracia un experimento; pero estoy persuadido de que guiados por recto e inteligente patriotismo, triunfaremos en la angustiosa prueba como logremos vigorizar nuestra vida interior a fin de mantener decorosamente nuestro derecho a la vida internacional. Y sólo realizaremos este programa, que solicita nuestros mejores sentimientos, por la consagración al trabajo, al cultivo de los campos y al cultivo de las inteligencias, conquistan-

do—por el amor al orden, por la juiciosa sumisión a las leyes, por el desarrollo progresivo de nuestras riquezas naturales, por el esplendor de las instituciones de enseñanza y beneficencia, por la extensión de la cultura pública y la creciente prosperidad general—el respeto sincero de los poderosos, desarmados por nuestros grandes merecimientos.

Si deponemos recelos, quizás infundados y de todos modos letales y funestos; si alimentamos, en cambio, la fe en nosotros mismos, en nuestra lealtad, nuestra moderación y nuestra firmeza; si concebimos para lo sucesivo como más oportuno el patriotismo que inspira ansia radiosa de vivir que el que empuja en vértigo suicida hacia el abismo, no burlará el porvenir nuestras esperanzas ni deshojará tampoco la adversidad con hálito de muerte nuestras más puras y legítimas ilusiones. Por fortuna, para afirmar nuestra personalidad histórica, para arraigar y desenvolver cuanto constituye nuestra originalidad, en la sorda o declarada lucha que engendra y ali-

menta la competencia de las naciones, han quedado todavía en pie en medio de tantas ruinas, a modo de columnas de un templo imperecedero, la tradición de nuestros dolores y nuestras glorias, nuestro ideal de independencia y nuestra lengua inmortal, que es la áurea cadena que desde remoto pasado nos ata a la comunidad de una gran raza hoy infortunada, pero que contra caprichosas profecías no puede morir ni dejarían tampoco morir la inspiración de sus artistas y las memorias de sus hechos; sobre todo si a par de ella nos curamos también nosotros de los vicios que la carcomieron y amenazan arruinarla, para que pueda volver a ser pregonera de dicha y heraldo de progreso esa lengua de nuestros abuelos y nuestros hijos, cuando sea dado a nuestros nietos bendecir en ella su suerte afortunada, tanto como en ella maldijimos nosotros y maldijeron nuestros padres, de pasadas desventuras; aunque siempre será para nuestro corazón y nuestros oídos la lengua más dulce y suntuosa de cuantas han hablado los hombres, rugiente en la-

bios de la cólera, vibrante o meliflua en los del amor apasionado, sonora como el metal de la fama; que puede ser instrumento maravilloso de propaganda civilizadora por sus flexibles e infinitas formas; que es de todos modos el viático de nuestro espíritu en la comunión del pensamiento universal y por lo mismo y sus preclaros timbres debemos cultivar con cariño; que en ella, además, nos embelesó la palabra armoniosa y nos encanta aún la pluma elegante de Piñeiro; en ella asombró Tristán Medina al mismo auditorio esclavizado por el genio del divino Castelar; en ella, desde su tribuna relampagueante, fulminaba Zambrana las iras del derecho y la indignación del patriotismo; en ella expuso Montoro con elocuencia soberana las quejas y aspiraciones de los cubanos impacientes por requerir de nuevo el acero arrinconado; lengua cristalina e inagotable en la gracia espontánea y portentosa facilidad de Lanuza y Bustamante; sobria y castiza en la pluma del benedictino Merchán; la misma lengua severa en que Saco anonadó a los adversa-

rios de las reformas para Cuba, en que hirió de muerte al anexionismo aventurero, en que con la inquietante impasibilidad con que el gran romano estigmatizara las vergüenzas del Imperio, levantó un monumento funerario al martirio de los africanos y los indios; la lengua, en fin, en que Mendive enriqueció la literatura traduciendo las tiernas y penetrantes melodías de Moore; en que gimieron por la patria nuestros grandes poetas; en que la gran Avellaneda con su trompa de oro despertó los ecos de la gloria antigua; en que Tejera, en estrofas inmortales, ha reflejado la hermosura de nuestra tierra y su influencia deleitosa y enervante sobre las almas; pero en que no se han cantado o referido todavía las hazañas y los tormentos del patriotismo cubano, acaso aguardando a que despierte de su sueño de siglos el genio ciclópeo de la epopeya.

Y—para concluir—no puedo menos de recordar también, de recordar con tristeza y reverencia, que en esa lengua habló con inspiración sublime, y escribió con mano

nerviosa, para enaltecer nuestras glorias, para consagrar el ideal, para preparar los caminos del destino, el más simpático de nuestros héroes, el más amado de nuestros mártires, el más grande de nuestros repúblicos; que ninguna ocasión más propia que cuando se reunen los cubanos por el arte, por la patria y por el ideal, para honrar a quien fué tan devoto de las letras y del arte como apasionado del ideal y de la patria, ¡al apóstol y al profeta! Y sin embargo del temor de cansaros demasiado, os hablo de él porque sé que le alzáis en el corazón un altar donde el amor mantiene continuamente encendida su lámpara de alabastro, y porque aquí, como dondequiera que en nombre de Cuba o en nombre del progreso común o en nombre de las letras se congrega un puñado de fieles, aparece él sin ruido, como después de su calvario el Maestro divino en medio de los discípulos acongojados. Su sombra está ante nuestros ojos, invisible y resplandeciente, y yo veo cómo benigno nos sonríe, despidiendo de sus ojos astrales el suave resplandor de

la verdad, la irradiación de eterna vida e inmortal amor; siento en su sagrada presencia el respeto invencible, la ternura inefable que conmovieran al hosco florentino ante la aparición del dulce Virgilio: *duca, signore e maestro,* le digo también, aclamándole, y él—envuelto en tenue gasa de mística lumbre—con gracia angélica y majestad sacerdotal, ya junta las manos orando, ya levanta la diestra bendiciendo; mientras murmura recogido palabras etéreas que suspiran, como arpegios desvanecidos de celeste coro!

1903

EL TRATADO DE RECIPROCIDAD

Discurso pronunciado contra el dictamen de la Comisión del Senado, en la sesión del 9 de marzo de 1903.

EL TRATADO DE RECIPROCIDAD

SEÑORES SENADORES:

Me forjaba hace pocos momentos la ilusión de que no molestaría otra vez la atención del Senado con mi áspera palabra y mis razonamientos trabajosos, sobre la cuestión que debemos resolver en breve, relativa a la aceptación o la condenación del Tratado de Reciprocidad entre Cuba y los Estados Unidos; pero como me veo en la necesidad de hacerlo, pido al Senado que me excuse, pues que me encuentro un tanto indispuesto, por lo que no pensaba ni hubiera deseado hablar ahora, y sobre todo porque mi palabra no ha de corresponder a mi propósito de ser muy diáfano y sencillo en materia tan difícil de suyo, tan complicada y vasta y que yo, por de contado, no domino como bien quisiera y se necesita. Tengo, pues, que expresarme con

alguna lentitud, que, por otra parte, procuraré tener para que los señores Senadores sigan sin esfuerzo mi razonamiento y puedan apreciar mis datos, por si merecen, el uno por su claridad y por su peso los otros, solicitar su examen imparcial y decidir en alguna manera sus resoluciones.

Promoví yo este debate, y así lo manifesté el primer día, como no pueden haberlo olvidado los señores Senadores, porque considerando que el asunto por sí mismo es muy obscuro y que habrían de ser trascendentales, como pocas, las consecuencias de nuestros votos, se requería el concurso de las luces de todos, a fin de que la resolución definitiva del Senado fuese el legítimo resultado de opiniones absolutamente conscientes; y recordad también, que menos que impugnar el Tratado de Reciprocidad, hice en la sesión anterior meras observaciones como expresión de mis dudas, respecto al Informe de la Comisión de Relaciones Exteriores sobre aquel concierto mercantil, que era entonces, y sigue siendo en la sesión de hoy, a lo que entien-

do, la materia principal, si no exclusiva, de nuestro estudio y deliberación.

Debo ante todo declarar que es lo más probable que esté ya formada la opinión pública a favor de la aceptación por nuestra parte del Tratado de Reciprocidad, y que es natural y consiguiente que si el Senado se decidiera en contra, no tendría esa opinión de su lado. Ya pueden ver los señores Senadores cómo no oculto, ni aun en lo que les concierne de la popularidad con que en estos asuntos debe siempre contarse com apoyo, o como sanción para nuestros actos, las dificultades de que está erizada nuestra tarea. De arriba, desde el seno de los elementos más directa e inmediatamente interesados, ha ido descendiendo hasta los otros esa opinión de que, por favorecernos, es indispensable que aprobemos aquel Tratado, ¡y no digo yo en un momento, y menos con mis datos, y habida cuenta de mi incompetencia y la inhabilidad de mi palabra!; ningunos datos por convincentes, ninguna palabra por deslumbradora, podrían a estas horas desarrai-

gar lo que ya está incrustado en las conciencias. Así y todo, como tengo que votar en su oportunidad, y después de la única sesión que hasta aquí hemos dedicado a este asunto no se me ha disuadido, sino que estoy persuadido de que debo más bien votar en contra del Tratado, muéveme antes que pretender, por supuesto, en primer término, convencer a nadie, el deber en que estoy de justificar mi actitud, para que el Senado no pueda atribuirla a caprichosas determinaciones, convencido por cuanto he de decir, de que mi voto será tan reflexivo como lo reclama la sin igual magnitud e importancia del caso.

Apenas si hubo debate el otro día. Al que, aduciendo mis dudas, quise promover en bien de todos, correspondió tan sólo un rápido incidente entre nuestros compañeros Silva y Recio, en que no se entró en el fondo mismo del asunto. Toda su materia quedó intacta, virgen de todo análisis y estudio meditado, por donde puede decirse sin error que es ésta la primera sesión

en que podemos considerar sus múltiples aspectos.

Después que yo hablé someramente aquel día, me contestó nuestro compañero el señor Silva, procurando rebatir las observaciones que hube de hacer. Como en todos los problemas en que se solicita el ajeno asentimiento hay un factor moral, la mayor o menor intensidad de la fe del que alega y defiende sus razones, permanecí insensible a las que adujera el señor Silva, a pesar de todo el aparato de sus números, porque en la constante comunicación y correspondencia de ideas y de impresiones en que vivimos, la víspera misma, mostrándome cabalmente los propios datos y cifras que tuvo a bien exponernos aquí, me confesaba, sin embargo, que no estaba del todo convencido; sino que, antes al contrario, se encontraba sumido en la mayor perplejidad. Pero ¿cuál ha sido el propósito del señor Silva? Convencer al Senado de algo muy distinto de lo que yo procuraba. Yo ofrecía dudas numerosas para que se me aclararan o disiparan, re-

firiéndome principalmente al Informe de la Comisión, y él, desviando la discusión del curso que yo le había trazado, se empeñaba en persuadir al Senado de que debía aprobar desde luego el Tratado de Reciprocidad concertado entre nuestro Ejecutivo y el de la República vecina; y a este fin, entiendo yo, creyendo no recordar mal, que sólo presentó un argumento, el de que los Estados Unidos—y delante tengo todos los números ofrecidos por el señor Silva a la consideración del Senado—nos compraban a nosotros más de lo que nosotros a ellos. Haré gracia al Senado de la repetición, que aunque fuera ordenada ya le sería fastidiosa, de los datos cuya enumeración tuvimos el gusto de oirle a nuestro compañero, para hacer únicamente la siguiente observación, que se me figura de mucho peso:

No hay un sólo país en el mundo que venda exactamente lo que compra; es decir, que en ningún país está en el fiel la balanza mercantil. Mas—por otra parte—es muy natural que los Estados Unidos nos com-

pren más a nosotros de lo que nosotros les compramos a ellos; porque nuestra población es extraordinariamente inferior respecto de la suya; nuestra capacidad para adquirir, esto es, nuestra facultad o medios de comprar, es sumamente limitada en comparación de la suya; lógico, por tanto, es que ochenta millones de hombres, tan próximos a nosotros, y por lo general tan ricos, nos compren más de lo que nosotros, con una población de millón y medio, podemos comprarles.

Pero hay, además, otro motivo que refuerza la anterior consideración, y es que nosotros nos encontramos respecto a nuestros especiales frutos en maravillosa relación con los Estados Unidos. Ellos son un gran territorio de zonas, ora frías, ora templadas: nosotros poseemos un país tropical, producimos por esta condición en número portentoso frutos, únicos algunos por su excelencia, que desde la colonización de la América han ido, más o menos rápida, pero seguramente, siendo elementos indispensables en el progreso y refinamien-

to de la civilización, y por otras muchas circunstancias, por motivos nacidos de la legislación y de la historia, producimos nosotros los dos frutos principales de nuestra agricultura y nuestra industria, que son frutos por esencia coloniales, como un gigante, siendo nosotros un pigmeo; mientras que los Estados Unidos, que son un coloso, producen esos mismos frutos como un pigmeo.

Esta relación entre sus gustos y nuestras producciones principales, entre su suelo y el nuestro, sus necesidades y los resultados de nuestra organización y nuestra actividad, determinan la persistencia de aquel fenómeno, que continuará siendo como ha sido, con o sin el tratado de reciprocidad.

Lo que sí parece que nuestro distinguido compañero no quiso defender—o, mejor, procurar defender—ha sido el Informe de la Comisión, pues que prescindió al contestarme de cuanto indiqué acerca de ese documento. Y porque es la materia del debate, y la base para toda resolución nues-

tra con respecto al Tratado, debemos examinar, siquiera en su estructura general, aquel Informe; pues si una sección del Senado se consagra a estudiar el problema complicado de la reciprocidad mercantil con los Estados Unidos en la forma que se nos recomienda, y luego de hacerlo, y tras una información más o menos completa, ofrece al Senado una exposición del asunto pretendiendo que acuerde en el sentido de su aprobación, alguna razón tendrá, algunas razones habría necesariamente de alegar, como ha alegado; por donde es nuestro deber examinar y quilatar, en primer término, esas razones, para aceptarlas o repelerlas como condición previa y fundamento de nuestro acuerdo favorable o adverso.

Para mí—lo diré francamente—el informe es sumamente débil; no está tampoco acompañado, como debiera, de datos prolijos y exactos; en cuantos asuntos solicitan el estudio y son materia primordial o relacionada con el objeto primordial del informe, éste se reduce a exponer en com-

pleta conformidad cuanto convino nuestro Ejecutivo con el Ejecutivo americano, y a repetir una tras otra, pero sin las explicaciones y aclaraciones justificativas que eran indispensables, las cláusulas todas del convenio. A esto se ha ceñido la Comisión: sin intentar siquiera la crítica razonada del Tratado; sin probar, como estas cosas se prueban, su positiva conveniencia; sin exponer argumentos sólidos para convencernos de las ventajas ciertas de su aprobación, se encierra en una serie de afirmaciones infundadas, y al fin, tras algunas vaguedades discutibles, pone en claro la carencia de los datos que inexcusablemente debieron tenerse presentes.

Pero conviene que haga observar que el informe tiene tres partes: una, a guisa de preámbulo; otra, que es la repetición, con alguna que otra indicación vaga, del texto del Tratado, y la última, que consiste en diversas generalidades, acerca de los tratados de comercio, con la recomendación final de que acepte el Senado, el que el Gobirno cubano ha concertado con el de los

Estados Unidos; pero esencialmente—¿por qué no he de decirlo, si yo creo que la Comisión toda no es solidaria del informe, si creo que la mayoría de ella no ha participado en su redacción, aun cuando lo haya aprobado y lo patrocine ahora; por lo que sólo me refiero a la ponencia singular que lo redactó?—lo cierto es que se ha inspirado en un trabajo notable del año 1890 debido a la pluma del señor Rafael Montoro, y que es el informe que a este distinguido publicista se le encargó en aquel agitado e inolvidable movimiento económico que tan graves consecuencias de todo género había de producir. ¿No es evidente con este solo hecho que se ha dado un salto atrás? ¿No se ve cómo la ponencia se ha inspirado, al buscar la conveniencia y oportunidad de medidas que han de ser de aplicación actual, en las razones, y los datos de otra situación ya pasada y que tanto difiere de la presente?

También sostiene el informe una doctrina constitucional que no debe dejarse inadvertida. Se mantiene en él que el Sena-

do carece de la facultad de introducir modificación alguna en el texto del Tratado sobre cuyo protocolo hemos de resolver. Uno de los ilustres miembros de la Comisión me hacía la observación, a este respecto, bien que reconociendo de paso que tales conceptos no están expuestos con claridad en el informe, que se quería significar que, aun cuando la Constitución nos asegura el derecho de presentar enmiendas al Tratado, haciéndolo ahora, dejaría de ser el de Reciprocidad tal cual es y aprobaron ambos gobiernos; por lo que habría que reanudar las negociaciones, como si fuese el enmendado un Tratado nuevo, resultando en consecuencia necesario que lo aceptemos todo o lo rechacemos todo de plano. Y yo no puedo estar de acuerdo con este sentir, que declaro ingenioso y hábil, pero no racional ni justo; ni lo estaba hace algunos años el señor Montoro respecto a un Tratado de Comercio concertado con el Gobierno Español, a extremo de pretender que se procuraran modificaciones necesarias por más convenientes a nuestro

país, como parece ser también el criterio del mismo Senado de los Estados Unidos, que no ha dudado nunca de su derecho, así en éste como en otros casos, de proponer modificaciones a los tratados que concierta el Gobierno americano, siempre que las considere oportunas o convenientes; pero aquí se nos traza un círculo infranqueable: o todo el Tratado, como quiera que éste sea, o ningún Tratado.

Y con tanta mayor razón repudio la teoría que se pretende establecer, cuanto que, a tenor del propio Informe, no es posible hacer afirmación ninguna sobre las consecuencias, beneficiosas o funestas, del Tratado que se nos recomienda. Este, además, y considerado en sí mismo, hubiera ofrecido a la Comisión motivos de discrepancia justificados ante la buena crítica. Por lo pronto le faltan multitud de provisiones propias y naturales en conciertos de esta clase y más en nuestras especiales condiciones; le falta lo que parecía conveniente, al menos, que incluyera en sus disposiciones un Tratado de Comercio y que se en-

cuentra en muchos otros, relativas a la navegación, a patentes, a libros, a la propiedad literaria, a la propiedad industrial, al domicilio de las sociedades mercantiles; a multitud de condiciones, en fin, que comprende la vida comercial entre pueblos tan cercanos, que la definen, la garantizan y la integran.

Añadid que, desde el punto de vista de la reciprocidad, el nombre está impropiamente aplicado, porque nosotros recibimos de los Estados Unidos el beneficio de un 20 por 100, y ellos reciben, en cambio, de nosotros, una serie progresiva de beneficios; y como la totalidad de lo que nos conceden es sorprendentemente inferior a la totalidad que les concedemos, no puede negarse la incorrección de considerar a éste como un Tratado de verdadera y equitativa reciprocidad.

Hay algo todavía superior a todo esto y de mayor gravedad, que la Comisión no ha querido ver, o ha olvidado. Ese tratado implica una política comercial por parte de los Estados Unidos, en relación con el

porvenir de la isla de Cuba. Notad, señores Senadores, que el agente y representante del Gobierno americano para concertar con el nuestro el Tratado de Reciprocidad ha sido el oficial que durante la Intervención desempeñó el cargo de Colector de las Aduanas de Cuba. Pues bien, en enero de este año, abrió la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, por el órgano de su *Comisión de Medios y Arbitrios*, una minuciosísima información, que se ha impreso en un grueso volumen, acerca de cuanto pudiera referirse a las circunstancias actuales y posibles del Tratado de Reciprocidad entre Cuba y los Estados Unidos, y ante aquella Comisión compareció el hoy general Bliss, exponiendo un proyecto meditado, un conjunto de medidas a que había Cuba de someterse a cambio de ventajas que estaban y están—por la ley arancelaria americana de 1897—al alcance de todos los demás países, mas con las cuales se contaba para acaparar en su totalidad o en lo posible nuestro mercado, con exclusión de los competidores europeos; y

ha sucedido a la postre que el propio general Bliss fué cabalmente el agente que los Estados Unidos autorizaron para pactar con los cubanos el Tratado de Reciprocidad, conforme a las bases y propósitos por él expuestos ante la referida Comisión de la Cámara de Representantes.

Se asegura que nuestro gobierno pudo resistir, logrando que aquel representante extranjero renunciara a buena parte de sus primeras pretensiones; pero, de todos modos, el principio ha quedado en pie, sigue de manifiesto la diversidad de servicios mutuos, en calidad y cuantía, pues que las concesiones que se nos hacen tienen infinitamente menos valor que las que hacia ellos se nos imponen; de donde ha resultado que los Estados Unidos, en cuanto las circunstancias actuales lo consienten, se han subrogado a nuestra antigua Metrópoli española; han reducido nuestra condición general, bajo el aspecto de la hacienda y del comercio, a aquellas mismas relaciones sustanciales en que se encontraba Cuba respecto de España, cuando España dominaba

en Cuba; han convertido, por tanto, nuestra nación en una colonia mercantil y a los Estados Unidos en su metrópoli.

Pero si uno de los poderosos motivos, si uno de los grandes alientos, si la fuerza propulsora mayor para sublevar al pueblo cubano contra la dominación española, fué la absurda situación económica en que se le colocó respecto de la Península, ¿cómo suprimir tanta sangre, la guerra devastadora, las calamidades sin cuento, para volver atrás la corriente de los sucesos, reproduciendo el pasado en una como apostasía que revive un régimen condenado de manera formidable? Porque, entiéndase bien, aquí, en el fondo, está planteado un conflicto posible entre la libertad y la opresión, entre la libre competencia y los monopolios, cuyas consecuencias pueden ser la tiranía del capital, con el predominio de los *trusts*, o la tiranía del Estado o de la masa, en todas las posibles manifestaciones del socialismo. No os sorprendáis ni extrañéis de nada de esto, señores Senadores. En cuanto a mí he podido afirmar

mi convencimiento leyendo días atrás nada menos que en un libro de autoridad tan respetable como la de Mr. Francis A. Walker, profesor de Economía Política en la Universidad de Yale, que todo tratado de comercio envuelve o encubre una cuestión política, que inspira y determina sus cláusulas o disposiciones, y en el fondo del que examinamos nadie podría negar que palpita un pensamiento político para nosotros pavoroso; por cuyo presentimiento considero que no hay más que un camino si queremos evitar relaciones de estrecha dependencia que serían eternas, y consiste en inspirarnos en principios opuestos, en preparar nuestra vida financiera y económica conforme a las doctrinas que nos recomiendan como más provechosa para nosotros la libre concurrencia en nuestro suelo de los productos extranjeros, el libre cambio entre los suyos y los nuestros, según más o menos de prisa nos lo consientan nuestras particulares condiciones.

La Economía Política, señores Senadores, puede ser una ciencia, y desde luego de

este modo podemos llamar a las diferentes síntesis, más o menos fluctuantes y de suyo pasajeras o tornadizas que sugieren observaciones limitadas y experiencias imperfectas; mas con estas insinuaciones ya se ve que la Economía Política está muy lejos de ser una ciencia exacta, que en ella domina el empirismo y en ella caben diversas filosofías. Por esto mismo, en su estado presente, consiente multitud de escuelas, teorías y opiniones; aunque es indiscutible que si bien la vieja Economía Política ortodoxa ha perdido terreno, ni le faltan ahora brillantes defensores dentro de las nuevas condiciones del mundo y de la ciencia, ni han perdido su valor muchos de sus principios cardinales, y conforme a ellos, conforme a opiniones más justas que estrechos o tímidos exclusivismos, me atrevo a aseguraros que este Tratado de comercio no resuelve los problemas económicos de Cuba, que no los resuelve al menos como nos convendría a nosotros; sino que es—por lo contrario—una perturbación más, un nuevo factor de confusión y de tras-

terno, acaso también motivo a la larga desesperación irrecusable de las clases de abajo, que llevan sobre sus hombros, y llevarán con mayor pesadumbre, el esplendor de las otras, y que al cabo—humildes y casi siempre ignoradas—son las que deciden en definitiva del destino de los pueblos; porque el problema de la reciprocidad, como el problema nacional, el problema fundamental de la vida económica y de la vida independiente de los cubanos, está íntimamente relacionado con el problema de los *trusts* americanos. Primero poco a poco, y ya con rapidez alarmante, nos invaden esas asociaciones, como pulpos inmensos que se empeñan en recoger en sus tentáculos, para ahogar nuestra personalidad, cuantas manifestaciones reales y posibles consienten nuestra vida general y nuestra vida económica; y no os desentendáis de que esas combinaciones de capitales que se llaman *trusts* no existen ni podrían existir por la mera explotación de las industrias; sino que por fuerza han de vivir y sólo viven en razón de los privilegios que

obtienen, por lo que de propia necesidad tienen que explotar al Estado, sujetándolo a su influencia y poderío corruptor. ¿Quién no sabe que tienen un poder inmenso, que en los Estados Unidos influyen incontrastablemente en las esferas políticas, que están detrás, alrededor, dentro del Partido Republicano que ahora rige los destinos de aquel país?

No voy a probaros en pormenor ahora las observaciones rápidas y como en síntesis que acabo de presentar a vuestro examen; porque sobre fatigarme demasiado, os fatigaría más a vosotros teniendo que oirlas de mi deslustrada palabra; pero de todas maneras, os llamo la atencinó acerca de cómo van cumpliéndose mis aprensiones. A la continua fórmanse *trusts* más o menos poderosos, más o menos pasajeros, que están invadiendo la Isla y apropiándose nuestras tierras, en movimiento incesante que data de varios años; pues que en manifiesta violación de una ley de los Estados Unidos, la llamada "Ley Foraker", uno de esos *trusts* ha tendido sobre el te-

rritorio cubano un ferrocarril, adquiriendo terrenos a bajo precio, y estimulado en sus planes de predominio por circunstancias especiales y por los favores del Poder Público. No hay un solo día en que no adquieran otros el dominio de extensas zonas. Constantemente levantan fábricas, establecen ingenios de azúcar; poseen ya los diez mejores del país, entre ellos el "Chaparra" y el "Boston," que, a lo que se dice, acaso son superiores al "Caracas" y, en todo caso, de los mayores entre nosotros y los mejores o más grandes del mundo. Asegúrase que por tal manera la propiedad americana en Cuba, de todo orden, alcanza a estas horas la enorme suma de ochenta millones de pesos, si no más; y en estos precisos instantes el pueblo todo—como signo y exponente de los tiempos que corren—sigue con mirada inquieta y admirada al magnate que representa esas grandes combinaciones del capital extranjero que por dondequiera absorben las industrias y rigen a su albedrío la vida económica, y con ella la vida toda de los pue-

blos; por lo que me temo que haya de suceder entre nosotros lo mismo que ya sucede en los propios Estados Unidos, lo mismo que sucedió en la antigua Roma, que, según la sentenciosa expresión de Plinio, hubo de declinar y sucumbir por causa de la inmensa desproporción entre los grupos pequeños de capitalistas que poseían el dominio de las tierras y el incontable número de infelices desposeídos que gemían bajo su opresión. Los *latifundios,* las grandes propiedades, perdieron la Italia. Ninguno de los señores Senadores desconoce la manoseada pero acertadísima conclusión del gran latino; y han de tener presente que, ahora como antes, esas enormes aglomeraciones de tierra y de dinero en pocas manos lo desnaturalizan todo, la vida económica y la vida política, y aquí, como también en la república sajona, han pervertido y pervierten la esencia misma de la democracia.

Pero, señores Senadores, para promover y pactar el Tratado de Reciprocidad, según puede confirmarse leyendo cuidadosamen-

te el volumen publicado por el Comité o la *Comisión de Medios y Arbitrios*, del que se han publicado extractos a este respecto muy sugestivos y curiosos, se echaron a volar noticias alarmantes y se hicieron declaraciones que, exagerando las dificultades de nuestra situación económica, fueron como las preces falsas o erróneas que influyeron en el ánimo del Presidente de los Estados Unidos hasta decidir su enérgica y generosa iniciativa a nuestro favor en la gran campaña todavía indecisa. Por lo pronto, el mismo general Wood publicó en el número 28 de enero de este año, del periódico americano *The Outlook*, que tengo al alcance de la mano, un artículo en que aseguraba que si no se hacía un Tratado de Reciprocidad con la Isla de Cuba, le sería a ésta muy dificultoso fundar un gobierno estable y cumplir sus compromisos de orden interior y de orden internacional; y todos sabemos que tal declaración fué muy exagerada, como exageradas fueron las otras declaraciones análogas de los que se llamaban representantes o comi-

sionados nuestros ante aquella junta del Congreso de los Estados Unidos, cuando describían nuestra condición en términos que despertaban por sus tonos sombríos la inquietud más grave, que justificaban la creencia de que nuestros labradores se morían de hambre, que crecería la por entonces aun latente agitación, y que el orden público corría el riesgo de alterarse en cualquier momento; mientras, con todo y eso, publicaban los diarios otras noticias contrarias, referentes a la continua adquisición de tierras, a la edificación de fábricas, a la fundación de ingenios de azúcar, por empresas o capitalistas extranjeros!

Sin que llegara a tan pavorosas proporciones, hubo en realidad una crisis que provenía de causas profundas y remotas, agravada momentáneamente, a la sazón, por motivos accidentales, no muy recomendables, por cierto, en el orden moral; pues que es un hecho que los precios del azúcar bajaron porque nuestros hacendados, esperando alzas beneficiosas, almacenaron sus frutos para vender en mejores condi-

ciones, y aunque este procedimiento fuera muy legítimo y natural, su resultado fué que algunos meses pasaron sin lograr otro objeto sino hacer más intensa aquella crisis que en realidad no dependía del mercado de los Estados Unidos, sino de causas más generales.

A pesar de mis temores de estar cansando la atención del Senado, como ha de ser más conveniente, no puedo excusarme de presentarle algunos datos que tengo por indudables. Treinta años de esfuerzos y de protección oficial han evidenciado que en los Estados Unidos la industria azucarera no ha podido producir apenas el quinto de la cantidad de azúcar que demanda una población cada vez más creciente, donde al mismo tiempo aumenta el consumo de aquel fruto, hasta haber llegado a la proporción de 2.88 libras por cabeza, superada sólo por el consumo de los ingleses que es 2.25 de libra mayor que el de los americanos. Los Estados Unidos consumen las 450,000 toneladas de las varias clases de azúcar que producen, más

un millón de la de caña, teniendo que importar todavía de Europa como 800,000 toneladas de la de remolacha, y para que podáis concebir de qué manera siempre creciente consumen azúcar, sólo os diré que la casa titulada *Eagle Condensed Milk Co.* gasta mucho más de cien mil toneladas. Por otra parte, para producir los americanos en su propia área continental la cantidad de azúcar que importan, tendrían que sembrar, cultivar y preparar unos treinta millones de remolacha, cuando se asegura que el ochenta y dos por ciento de las fincas destinadas a la producción de la remolacha están hipotecadas. A tenor de las Tablas publicadas en 1901 en el *Chicago Record,* por Mr. L. G. Powers, no es aventurado considerar mejor la situación de nuestros hacendados, a pesar de las hipotecas, los censos y las capellanías que gravan considerablemente sus fincas rústicas; y porque sólo producen más económicamente que ellos los cultivadores de Francia y de Bélgica, de Rusia y de Alemania. Nuestros salarios, por lo que

me han informado, son inferiores aunque no insuficientes. En Francia, además, cultivan la remolacha mujeres y niños, que por su mezquina retribución viven miserablemente, y en los Estados Unidos tienen los niños la obligación de ir a la escuela; mientras el trabajador de toda clase necesita gastar más que el nuestro, necesita por lo pronto trajes más costosos y carbón para protegerse del frío, siempre intenso—infinitamente más intenso que el nuestro, pasajero y nunca riguroso, aun comparado con el de las tierras que bordean el Golfo Mexicano.

Os manifestaba hace poco que eran remotas y de carácter general las causas de la crisis azucarera, y así es la verdad, a extremo de que puede afirmarse que la depreciación que ocurrió en los tipos de venta no ha dependido de las tarifas de los Estados Unidos que, por lo demás, no perjudican ni a nuestros productores ni tampoco a los productores y los consumidores americanos. Esta misma mañana nos ha comunicado el telégrafo la noticia de que

el campeón de los remolacheros, Mr. Oxnard, después de celebrar una conferencia con el Presidente de los Estados Unidos, está conforme en aceptar el Tratado de Reciprocidad. No ha sido, pues, la ley aduanera de los Estados Unidos la causa de la baja de precios que hemos lamentado; sino la legislación europea, la acción a este respecto del Reichstag alemán, del Bundeschraadt austrohúngaro, del Cuerpo legislativo de Francia y de las Cámaras belgas; porque desde hace años, en razón al descubrimiento realizado en 1475 por el químico alemán Margraff, y para nosotros tan funesto, han ido creciendo la siembra y el cultivo de la remolacha para la extracción del azúcar, y aquellos países que consagraron grandes energías y grande inteligencia a la producción por medio de ese tubérculo, donde era propicio el terreno y sabios los métodos que se emplearon, en la formidable competencia ocasionaron nuestro perjuicio, aun cuando ocasionaron de paso el perjuicio de sus propios consumidores naturales, por donde el mal cada

vez agravado llevaba consigo la necesidad del remedio. Desde luego para favorecer el aumento de la producción de azúcar de remolacha, los gobiernos europeos que acabo de enumerar establecieron el beneficio de lo que se conoce con el nombre de *primas* en favor de sus productores regnícolas, a lo que contestaron los americanos con la célebre cláusula de sus tarifas, o sea el *bill Dingley* para defender y proteger a los suyos. Así es que el más poderoso y eficaz competidor de nuestros azúcares ha sido, no el productor americano, sino el productor europeo. Poco daño habría de hacernos el primero, que no satisface ni parece habría de satisfacer en tiempo aún demasiado remoto, las exigencias de sus propios consumidores nacionales; porque la producción de Puerto Rico no ha de ser tal que pueda nunca pesar demasiado, y, según cálculos de los mismos americanos, las Filipinas tardarían un cuarto de siglo en llegar a ser un factor de peso y consideración a este respecto. Y las primas mismas en favor de los fabricantes europeos,

que no impidieron que llegáramos nosotros a triplicar y vender nuestra producción, han causado a la postre tal perjuicio a los países que alentaron una industria de suyo artificial, que, si no me equivoco, el último presupuesto de Francia arroja un déficit por motivo de las primas, y se ve la Alemania obligada a pagar cada seis meses $3.000,000 que se reparten, 10 los fabricantes y 20 los refinadores, cuando su pueblo consume menos dulce del que pudiera, a ser otras las circunstancias, y cuando sobre él gravitan las enormes privaciones que reclaman sus grandes armamentos y el fomento de su marina de guerra.

Estas condiciones, insostenibles en definitiva, habían de producir y produjeron la necesaria reacción, gracias principalmente a la iniciativa y gestiones de Inglaterra, cuyo resultado positivo, y para nosotros venturoso, ha sido la reunión el pasado año de los representantes de las potencias interesadas, con exclusión entonces de la Rusia, los cuales en una de sus conferencias, el cinco de marzo, convinieron en que las

naciones signatarias se comprometían, como ya se ha acordado por su ratificación de primero de febrero de este año, a que también se adhirió el gobierno ruso, a suprimir toda especie de primas directas o indirectas, a no conceder ninguna otra durante el tiempo señalado, y a favorecer, en cambio, por cuantos medios estuvieren a su alcance, el consumo interior de azúcar.

Aquí tengo copiadas por mí todas las cláusulas de esa conferencia, cuya lectura no creo indispensable ahora; pero he de advertiros que una de ellas determina que los azúcares de los países donde no gocen del privilegio de las primas, podrán entrar por las aduanas de los países signatarios, sufriendo sólo el mínimum del impuesto; pero quedando facultados los gobiernos signatarios a imponer derechos altísimos y hasta derechos prohibitivos a los azúcares de países en que se les beneficie con primas. Este concierto, señores Senadores, debe durar cinco años, contando desde el próximo mes de septiembre, mientras otra cosa no resuelvan y acuerden, según el tex-

to de la propia conferencia, las potencias convenidas, ¡cabalmente los cinco años que el Tratado de Reciprocidad con los Estados Unidos que se quiere que aprobéis nos excluye y priva de tales ventajas!

En cuanto a la industria tabacalera, he de decir que sólo provee a un décimo del consumo. Según un informe del señor Gustavo Bock, de 1º de agosto de 1901, tuvieron de baja los ingresos americanos, de 1891 a 1896, $1.358,000; en febrero de 1902 (y de esta manera opongo ahora estas cifras a las que hubo de aducir el Senador señor Silva) exportó Cuba a los Estados Unidos por valor de $2.340,574; en los ocho meses terminados en aquel mes de febrero, $18.124,205. Importado de los Estados Unidos en iguales fechas: en febrero, $1.586,939; en los ocho meses citados, $17.311,874, resultando así a favor de Cuba una diferencia de 812,331, que no es ya la desproporción gigantesca en que el señor Silva apoyaba su único argumento; y eso que no he contado los artículos libres de derecho de que se exportan hasta

$1.379,665; pagándose por importaciones en los Estados Unidos, $16.744,540, y siendo la suma que representa nuestra exportación de tabaco $7.164,672; de azúcar, mieles y alcoholes, $8.663,443, lo que arroja un total de $15.828,115, datos todos estos últimos tomados del Boletín del *Montley Summary of Commerce and Finance of the United States,* de Febrero de 1902, preparado en la Oficina de Estadística del Departamento del Tesoro.

Hay también que tener en cuenta, por parecerme que es de verdadera importancia, que las tarifas que la Intervención modificó a su guisa redujeron considerablemente los derechos de nuestras aduanas a favor de la importación americana, llegando la rebaja para algunas de sus mercancías y productos hasta el 70 por 100; con lo que reciben ahora, á virtud del Tratado comercial que estamos examinando, un beneficio extraordinario, que resulta inconcebible computado sobre el beneficio anterior; una rebaja nueva sobre las otras rebajas, sin que recibamos en cambio nin-

guna ventaja positiva especial, pues que el beneficio del 20 por 100, único que recibiremos, no se nos otorga a nosotros como excepción, sino que es un precepto de su ley arancelaria de que pueden favorecerse también los demás países, y que está concertado ya a favor de la Argentina, el Ecuador y Nicaragua; motivos por los cuales os dije en la sesión última que éste ha sido un convenio leonino y no un tratado de reciprocidad justo o equitativo.

En este instante me asalta el recuerdo de una de las más brillantes sesiones de este Senado, ocasionada por la iniciativa, e ilustrada sobre todo por la magnífica palabra de nuestro compañero el Dr. Bustamante. Tratábamos del Empréstito para pagar al Ejército Libertador, y el Dr. Bustamante intervino pronunciando una de sus oraciones más acabadas y luminosas, interesando vivamente a los partidos aquí representados y obligando a sus jefes más caracterizados a hacer de improviso claras y terminantes declaraciones. Pero lo que viene a punto de aquel discurso fué una

proposición, según la cual, si recuerdo con exactitud, el doctor Bustamante reconocía que no era posible abordar y resolver un problema de tal magnitud y naturaleza tan complicada sin tomar en consideración otra multitud de problemas con aquél relacionados, sin adoptar sobre todo un sistema rentístico adecuado y completo. Y yo con más razón esta vez pienso del mismo modo que no puede tomarse medida de tal trascendencia como la que se nos propone respecto a la política comercial de la República que tan profundamente afecta a sus servicios y a su renta, sin tener organizado y funcionando nuestro propio y adecuado sistema financiero.

Por lo demás, tampoco se descubre que haya de obtener con el Tratado de Reciprocidad ventaja alguna positiva e indudable el pueblo cubano. Los pocos ricos que nos quedan, los muchos ricos que de fuera nos vienen, y a quienes nosotros les importamos un ardite, ésos podrán en alguna manera ser los aprovechados. Se beneficiará sobre todo el *Trust* azucarero de los Esta-

dos Unidos; porque las rebajas en las aduanas americanas de los derechos de importación que gravan al azúcar y el tabaco, conforme al tipo estatuído, equivalen a una merca del Tesoro que puede calcularse en unos seis millones de pesos, y no hay nadie que haya todavía probado, ni que pueda acaso probar, que esos seis millones de pesos resultan un beneficio para el consumidor cubano, ni siquiera como parecía ser el propósito de la solicitada rebaja, para el productor o hacendado cubano; ni hay tampoco quien pueda probar que hayan de beneficiar al menos al consumidor americano; sino que todas las sospechas más justificadas hacen presumir con verosimilitud que todo ese dinero se sumergirá en la caja del *Trust* azucarero!

Fuera de esto, ¿qué trabajo han presentado el Gobierno o nuestra Comisión para precaver los trastornos de todo orden que ocasionará el Tratado? ¿Qué medidas se han concebido? ¿Qué nuevos Aranceles? ¿De qué sistema arancelario habrá de partirse en lo sucesivo, si debemos estar pre-

venidos para los cambios que el Tratado nos impone? Pues es lo cierto que habremos de modificar completamente nuestros Aranceles, sin que sepamos desde ahora si el volumen de las importaciones restablecerá el equilibrio que se rompe en seguida, ya que no puede negarse que el inmediato resultado del convenio de reciprocidad será inevitablemente una merma considerable de las rentas de las Aduanas, un déficit en nuestros ingresos, y la necesidad de modificar, de castigar probablemente, nuestro presupuesto de gastos, con perjuicio evidente del fomento general del país, en detrimento de los servicios públicos, si no es también que tengamos que dejar incumplidos por modo notorio y peligroso compromisos internacionales de carácter hasta ahora constitucional, pero de todos modos ineludibles.

Entiendo, en consecuencia, que hubiera podido acudirse a otros medios menos inciertos y peligrosos que éste que nos ha venido de fuera sin que haya de costarnos más esfuerzo que aceptarlo; y que después

de todo, a cambio de comprometer la actual organización rentística de nuestro país, no resuelve el problema general de nuestra vida en el orden económico, sino que antes bien lo oscurece y complica más por las inevitables perturbaciones que trae aparejadas. Porque es inútil que rija el Tratado de Reciprocidad si modificados nuestros aranceles mantenemos los actuales servicios como están establecidos y tantos millones cuestan, quizás porque junto a lamentables deficiencias se advierta verdadero lujo de empleados con sueldos en muchos casos desproporcionados, y que, sin ventaja que los excusen, resultan cargas innecesarias para el país. Y ¿en qué sistema de ingresos se nutre este organismo imperfecto? pues en un sistema que encontró y poco más o menos mantuvo la Intervención; un conjunto de multitud de impuestos de difícil cobro, sujetos a toda suerte de ocultaciones y fraudes, a extremo que por la tabla del subsidio industrial, a lo que ahora me parece recordar, habría de creerse que no hay sino tres tiendas de ro-

pa hecha, dos droguerías y acaso un solo vendedor de buñuelos! De esta manera el fraude resulta evidente, pero seguirá lo mismo que hasta aquí si no se acierta con un plan de reformas que haga más fácil, menos onerosa y cuanto suficiente se necesite, la tributación que reemplace en el tesoro público las cantidades de que por fuerza ha de privarle el Tratado de Reciprocidad.

Por cuanto os he apuntado podréis comprender cómo estoy persuadido de que ese Tratado ofrece ventajas a otros, pero no a nosotros. Casualmente tengo aquí el número de *La Discusión* correspondiente al sábado 7 del corriente, donde se traduce un artículo del *New York Tribune* en que se afirma que son los Estados Unidos los que habrán de obtener los mayores beneficios de él, y se agregan los siguientes párrafos:

"A pesar de nuestra poco generosa actitud vienen a nuestro mercado cuatro quintas partes de sus productos (los cubanos). Pero para sólo una tercera parte de

lo que consumen, están abiertos los nuestros; éste es el punto. Pues bien, con el plan de la reciprocidad *no aumentaría sus ventas, pero sí nos comprarían más.* Y torpe, muy torpe es quien no hace ese razonable cálculo. *El tratado de reciprocidad con Cuba nos favorecería más a nosotros.* ¿Y seremos capaces de rechazar tan buena oportunidad? Cuba aumentaría sus exportaciones a nosotros, tal vez en un 10 a un 15 por 100, mientras el aumento nuestro sería de un 50 o un 60. Se necesitaría ser un estúpido para no ver claro en este asunto".

Por supuesto que yo dejo a la responsabilidad del autor las ásperas palabras con que enfáticamente vigoriza conceptos que al fin y al cabo confirman la exactitud de mi punto de vista y justifican mis temores.

La situación actual de Cuba, señores Senadores, es análoga a aquella en que se encontró respecto de España en el siglo XVIII, como hube de recordaros el otro día, cuando se levantaron ante su comercio para limitarlo y explotarlo, y su desarro-

llo para estorbarlo o impedirlo, aquellas barreras de funesto sistema mercantil, generalizado por entonces, y que para nosotros fueron cayendo merced a los empeños del eminente cubano don Francisco de Arango y Parreño, inspirado en sanos principios económicos derivados de la observación inteligente y justificados por el buen sentido y la justicia; que fueron recomendados desde 1823 por el ilustre Padre Varela desde las columnas de aquel su famoso periódico *El Habanero,* escrito en horas obscuras de emigración, y que hoy mismo profesan los economistas generosos que, primero que en los intereses de los gobiernos, se inspiran en la razón, en la justicia y las conveniencias de los pueblos.

Nosotros, por desgracia, sufrimos las consecuencias de preocupaciones que actúan eficazmente, como factores perjudiciales y nocivos, impidiéndonos tomar el rumbo natural a que debe dirigir sus esfuerzos el Gobierno despertando en la conciencia del pueblo la confianza en su derecho y en su eficiencia. Tenemos el defecto

de sentirnos mezquinos y como desacreditados a nuestros propios ojos; de creer sobre todo al extranjero superior o mejor; de asentir con nuestro silencio indiferente, sin ninguna sacudida violenta del corazón indignado, a cuantas torpes acusaciones se echan a volar en contra de nuestra capacidad y para nuestro desprestigio, como si fuéramos la gente más infeliz o más indigna de la tierra; y, al mismo tiempo, nos mantenemos divididos, por insigne torpeza e inexplicable equivocación, cuando debiéramos estar unidos en apretado haz, en vez de reñir unos con otros de partido a partido, en bandos que sólo se diferencian en los nombres, para precavernos y ayudarnos contra enemigos invisibles y tenaces que nos quieren envolver y ahogar en una atmósfera mortífera de traición y de ignominia.

Bajo la bandera de España, en aquellos días agitados del que se llamó "movimiento económico," cuando eran las cargas abrumadoras, cuando en su mayor porción los enormes impuestos salían del país

sin utilidad ninguna para este pueblo, cuando ciertamente las industrias del azúcar y el tabaco, que constituían como ahora la mayor riqueza de Cuba, estuvieron amenazadas de positiva ruina, nadie en tales circunstancias, ni en los mítines, ni en las conferencias, ni en los artículos de los periódicos, se permitió reclamar las reformas insultando al Gobierno y desprestigiando las instituciones fundamentales del país, como si tal espectáculo sólo estuviera reservado para estos días de la República!

Yo sé que hay que realizar muchas reformas: acaso nosotros mismos debamos y tengamos que corregir algunos errores recientes, lo que sería, por otra parte, digno de nosotros mismos, que no pretendemos estar exentos de equivocaciones. Nuestro error consistiría, menos que en equivocarnos, en la resistencia ilegítima a la enmienda indispensable; que para eso estamos aquí; para pulsar la opinión; para obedecer el buen consejo de la ciencia; para no desoír la razón del patriotismo bien intencionado. Pero las reformas no se obtienen

con insultos y amenazas; ni es posible tampoco predisponer los ánimos a favor de la obra continua de evolución progresiva a que estamos obligados, por ley de la naturaleza y por nuestra capacidad misma de mejorar, sembrando odios en las conciencias, poniendo las clases frente a las clases, comprometiendo, en una palabra, la paz moral en que se fundan la vida y el prestigio de la República.

Por estos motivos no comprendo que haya entre nosotros más que dos elementos contrarios; porque todos los partidos tienen que ser nacionales y republicanos: los que quieren que dure y se consolide la República y los que esto no quieren, los patriotas y los traidores!

Señores Senadores: defendamos la República; pero para eso ejercitemos nuestros derechos, al amparo de la ley y de la justicia; defendámoslos, aun cuando sea difícil; pues nunca sería una imprudencia y menos una insensatez, como algunos quieren suponerlo, aun en frente de los mismos Estados Unidos. Es verdad que esta

gran nación ha tomado nuevos derroteros, inseguros y pavorosos, después de la guerra con España; pero el pueblo americano, lastimado como el nuestro también por vetustas e inhumanas instituciones económicas, es y debe ser nuestro amigo como nosotros somos amigos suyos, y es, por cima de todo, un pueblo de altísima moralidad que, por lo mismo, respetará a los cubanos, sabrá amparar a los cubanos, en el ejercicio de sus derechos. ¡Ah, señores Senadores! no somos tan débiles poseyendo la fuerza mayor que produce y acata la civilización. Cuando el señor Presidente del Senado ocupaba en la Convención Constituyente análogo puesto, fué a los Estados Unidos con otros compañeros en comisión de aquel cuerpo, para aclarar el sentido de la Enmienda Platt que se nos impuso con sorpresa general y profunda repugnancia de todos los cubanos, y procurar asimismo su modificación, de manera que en último extremo pudiera aceptarse sin desdoro ni amargura, arguíale al Secretario de la Guerra que de nada valdrían las cláu-

sulas de la Enmienda ni nuestro consentimiento a la intervención americana en nuestros asuntos, si los Estados Unidos no disponían de fuerzas suficientes para realizar su objeto, ya que en las cuestiones internacionales la fuerza es la suprema razón; a lo que el Secretario de la gran nación tuvo a bien replicar que aquella afirmación era sólo una verdad parcial, porque si bien suele ser la fuerza la última razón, es también verdad que no informa ella ni inspira siempre el derecho internacional, pues si no se respetara la legitimidad de ciertos derechos habrían dejado de existir naciones como Suiza, Bélgica y Holanda. Hay, pues—añadía—, que respetar ciertos derechos que son la única fuerza de los pequeños. Un Estado pequeño, apoyado por derechos de todos reconocidos, es un Estado pequeño que dispone de una fuerza inmensa que todos los grandes respetan, para no merecer que se les considere como enemigos del género humano; y además de la fuerza con que cuentan los Estados Unidos Unidos, buscan la fuerza del derecho

para interponerse con fuerza y con derecho a todo ataque contra la independencia de la Isla de Cuba.

¡Ah! y así tiene que ser, y quiero creer que así será. El día que en cualquier manifestación de nuestra vida así no sucediese, me habrían dicho antes quizás que se había roto y caído en lo profundo del mar el brazo de la colosal estatua que en el puerto de New York, menos que para iluminar con sus eléctricos reflejos la entrada de las naves extranjeras, se alza como un símbolo, sobre su pedestal de granito, proclamando que los Estados Unidos, con el ejemplo de sus instituciones y de la virtud de su pueblo, irradian sobre las conciencias el resplandor de una aurora boreal; y fuera preciso un eclipse moral pavoroso para que yo no estuviera persuadido de que siempre, amparando nuestro derecho, existirá y podrá existir junto al coloso, esta pobre pero gloriosa República de Cuba!

EL TRATADO DE RECIPROCIDAD

Discurso pronunciado en la sesión que celebró el Senado el día 28 de marzo de 1903.

EL TRATADO DE RECIPROCIDAD

SEÑORES SENADORES:

Debo comenzar cumpliendo el penoso deber de quejarme de mis compañeros todos sin excluir a mis accidentales correligionarios de este debate, pues recordaréis que hace poco os decía cuán conveniente fuera, cualquier prestigio que pudiera atribuirse a la ajena palabra, que todos nosotros y cada uno expresara llana y candorosamente su propio pensamiento, contribuyendo por tal manera a desvanecer dudas y a fijar resoluciones; y esta vez puedo declarar que estoy casi abandonado, que, entre tantos, apenas somos dos los que disputan, y que en uno de los lados he de reñir yo solo la última refriega, aun sabiendo de antemano que los hados adversos—en este caso los señores Senadores de la mayoría—tienen ya resuelta y fijada la ho-

ra de la lamentable derrota; por lo que acepto el postrer encuentro no más que por corresponder a la, si indirecta, muy amable invitación de un compañero, siquiera con ello haya de darle nueva ocasión de hacer gala de sus inagotables recursos, convencido como estoy, no obstante, de que al cabo no ha de pesarse y medirse la verdad por las prendas de sus contrarios ni por la debilidad de sus mantenedores, sino por ella misma y por ella sola, y aun cuando para mí ha de sufrir ella esta noche un eclipse, no renuncio con todo a la esperanza de que seguirá brillando en el fondo de todas las conciencias, pues estoy profundamente convencido de que no somos nosotros los equivocados. Pero resulta más espinosa y difícil mi tarea por la desventaja de luchar no tan solamente contra esta mayoría que cuenta con el concurso de un paladín revestido de fina y reluciente armadura, sino porque me combate y asedia también una parte de la prensa que, ensañada (y excusad, señores Senadores, que hable de mi persona, ya que se la confunde

e identifica con la causa que defiendo), ha llegado al curioso extremo de propalar que yo soy un retardado Robespierre. No he de buscar para los que así se expresan más apropiadas y desventajosas comparaciones, en su desdoro; porque estoy seguro de que quienes han de sentirse más sorprendidos de aquel piadoso paralelo son los propios señores Senadores de la mayoría; que únicamente a quien no haya leído el análisis psicológico que hizo el eminente y apasionado Taine de aquella conspicua y terrible personalidad de la Revolución francesa, pudiera ocurrírsele, a no ser con la intención de burlarse de sus lectores o extraviarlos, cotejarme con un hombre tan extrañamente complicado y singular; aunque de todos modos no deja de ser halagador y aun satisfactorio que los enemigos jurados de mi país se acuerden, pensando en mí, de quien en modo alguno fué un ser vulgar, pero que tuvo al cabo la grandeza y gozó sin duda de la inefable fruición de inspirar odio y pavor a los que tuvo por malvados; razón de más para que sienta que, como

veis, no sea verdad lo que supuso tan pueril despecho, ya que si fuera yo un Robespierre, esta tarde no se aprobaría de seguro el Tratado de Reciprocidad, con lo cual se demuestra que, aparte lo trasnochado, sería yo a lo sumo un Robespierre, por impotente, inofensivo!

En cambio, mientras una parte me asedia con ensañamiento, otra parte de la prensa se ha servido honrarme. Esta misma mañana ha tenido a bien un diario de esta ciudad ocuparse en mi discurso de ayer, dedicándole su artículo de fondo, lo que me indica que alguna significación se le atribuye, no siendo dados los periodistas a perder el tiempo y mal aprovechar sus columnas, cuando se ocupan en rebatirlo; bien que no acierto a comprender—y en esto sigo las doctrinas expuestas aquí por nuestro ilustre compañero el señor Bustamante—por qué se pretende defender el Tratado de Reciprocidad empleando como único argumento la poca solidez de mis razones. El señor Bustamante en inolvidable discurso reclamaba que no de-

bía combatirse aquel Tratado porque fuese débil el razonamiento de los autores del Informe que recomendaba al Senado su aprobación; sino que debía favorecerle el voto de los señores Senadores en consideración a los motivos y razones que en tal sentido pudieran aducirse, siquiera no se hubieran aducido en el Informe; y yo ahora—sin olvidar que los que me impugnan tampoco han expuesto razones convincentes, pues que antes al contrario han vacilado, días tras día, en contradicción casi continua y sucesiva—pretendo a mi turno que no es posible decidir este asunto, que no debe resolverse este complicado asunto, en relación a mi particular deficiencia y a la pobreza indiscutible de mi palabra; sino por todas aquellas consideraciones, por todos aquellos motivos que están en la conciencia de nuestro pueblo, aun cuando yo no sepa ni pueda investirlos de decisiva eficacia, y pudiera alguien presentar las suyas con más galanura y solidez de las que a mí se me alcanzan; porque las mías están hasta en el aire que respiramos,

caldeadas al calor de este debate, caldeadas sobre todo, allá en el fondo de nuestro corazón, por la rectitud y la lealtad de nuestro espíritu cubano.

Que vosotros, señores Senadores de la mayoría, no sois cubanos, pudiera inferirse de estas últimas palabras mías; pero no es así desde luego. Vosotros sois cubanos, bien que colocados en otras condiciones que yo, pues que tenéis vuestros compromisos, vuestras convicciones también, y desde vuestro punto de vista, como muchos, creeis, con mi respeto y mi aplauso, que Cuba necesita un Tratado de Comercio con los Estados Unidos, y que debemos aceptar un Tratado tal como lo ha enviado últimamente el Ejecutivo para su aprobación en esta sesión extraordinaria del Senado. Pero en lo que no os puedo aplaudir, porque no me parece aceptable ni conveniente, es en el ejemplo que estáis dando de inconsistencia e irresolución. A eso sí no tenéis derecho; pues—y contesto así en general a todos los que pretenden, más o menos desdeñosamente, desacreditar mi punto de vis-

ta—¿qué derecho tiene el que cambia sin motivo aparente, el que muda de opinión fácil y rápidamente a la faz de todos, para exigir de nadie el asentimiento y el concurso a cualquiera de sus vacilantes determinaciones? Porque el hecho es, señores de la mayoría, que habéis asumido tres actitudes diferentes casi en el breve espacio de veinticuatro horas. Estabais primero, como es notorio, en contra de las enmiendas que introdujo el Senado de los Estados Unidos en el Tratado que aprobasteis en la anterior legislatura. Después aceptasteis el Informe en que la Comisión de Relaciones Exteriores os recomendaba aprobar de nuevo el Tratado con una enmienda que a vuestro turno debíais introducir, si es verdad lo que corre de boca en boca, con el propósito de que, sin asumir por tal manera la responsabilidad directa de rechazarlo, quedara como de soslayo inválido y nulo el Tratado. Y, por último, habéis suprimido al fin vuestra enmienda y decidido aceptar el Tratado tal como lo aceptó el Senado americano; pero habéis procedido así, no por-

que hubierais pensado y sentido espontáneamente que así era conveniente y oportuno; sino porque acababa de conocerse, y de modo oficial se nos ha comunicado, un telegrama que recibiera el señor Ministro de los Estados Unidos, en conformidad con otro publicado ayer del Ministro de Cuba en Wáshington—pues hace unos días que el telégrafo funciona con una continuidad extraordinaria y significativa—, según los cuales el Senado cubano debía aceptar sin rectificación ni reforma ninguna el Tratado, tal como lo enmendó a su guisa el Senado americano; por lo que estoy pensando en el conflicto en que hubierais de veros si por aventura dentro de pocos momentos se recibiera otro cablegrama del Norte, por el que os considerarais en la necesidad de tomar diversa determinación, ya que en efecto no podéis estar seguros de que no haya de llegar ninguna nueva admonición ó recomendación ninguna. Por mi parte no lo estoy. Vivimos entre tantas mudanzas y sorpresas, que nadie puede responder en un minuto de lo que haya de ocurrir o

pueda ocurrir en el siguiente. De ahí es que sin jactancia ni injusticia deba declararos que cualesquiera que sean las razones que aquí se expongan, y por deslumbrante que fuera su nueva vestidura, ya ninguno de vosotros puede tener, ni respecto a mí ni menos respecto del país, autoridad moral y ni siquiera autoridad intelectual.

Bastaría con esta declaración para que diese por concluso el debate en lo que a mí respecta; a no ser porque conviene que sepáis que sólo por no cansar vuestra atención no expongo los datos escritos en que fundo el juicio que acabo de expresar, y sobre todo porque ha de formarse el mismo sin esfuerzo, quienquiera que haya oído y leído luego, como yo, magníficos discursos que procuraré aprenderme de memoria por los encantos de su forma, en los cuales, así como en entrevistas que publicaron estos pasados días periódicos de mucha circulación, pueden seguirse las sinuosidades del pensamiento y las indecisiones de la conciencia de esta mayoría, en las de sus más conspicuos y autorizados represen-

tantes; con lo que evito ponerlos nuevamente a vuestra vista y señalaros con el dedo los pasajes interesantes que justifican mis asertos. Y porque conviene y es necesario llamar la atención del país acerca de que hace pocos días, como si dijéramos ayer mismo, se mantenía que lo que le interesaba sobre todo era que pasara cuanto antes este período de incertidumbre en los negocios y en cuanto a nuestro presente y a nuestro porvenir económico afecta. Por lo cual entonces se nos constreñía casi a que, para aclarar el perturbado horizonte, aceptáramos o desaprobáramos de plano y de una vez el Tratado de Reciprocidad. Así lo pedía en nombre de la mayoría—con acento inspirado y convencido—sugestiva, brillante y elocuentísima palabra. Pero ahora, sólo a unos cuantos días de distancia, se acepta el mismo Tratado, tan enmendado, que ya es otro muy diferente; se enmienda con otras añadiduras el Tratado; dejando, sin embargo, en pie, con el temor, la persistente incertidumbre; porque el Tratado al cabo quedará en suspen-

so por muchos meses y sin que podamos anticipar cuál haya de ser su última forma y destino definitivo. Con efecto, ¿quién es capaz de predecir los resultados de la acción de la ajena extraña voluntad, las resoluciones finales del Congreso de los Estados Unidos? Por todo esto, lo que parece cierto es que hemos abdicado y nos hemos sometido sin la excusa de la absoluta incontrastable necesidad. No tengo por imprudente la expresión de este temor. Bien recordaréis que os dije una vez que en este asunto, más que en ninguno, pisamos en terreno firme para esforzar la defensa de nuestras conveniencias y ejercitar nuestro derecho, pues que, a lo que yo entiendo del carácter moral del pueblo americano, no había de ser pisoteado sin miramiento, ni, manteniéndolo y ejerciéndolo nosotros, habría de faltarnos el respeto de su parte.

Yo bien sé que en la historia de los pueblos sobrevienen períodos que exigen de ellos actitudes propias y especiales. Yo sé muy bien que ha pasado el período heroico

y trágico de nuestra vida social; pero sé también que existimos en condiciones singulares, entre asechanzas y pavorosos peligros; sé por lo mismo que nunca como ahora, por encima de los intereses personales y los intereses materiales que nos dividen y nos debilitan, debemos cuidar de los grandes intereses morales, y que nadie en ningún tiempo y por ningún motivo tiene el derecho de preferir su bienestar particular a la conservación de nuestra nacionalidad, y menos de preparar su descrédito y su ruina; por lo que no he podido jamás suponer que habríamos de llegar a un período en que creyeran los cubanos más patriótico, más digno y más honrado reducir a su menor expresión nuestra personalidad nacional enfrente de la absorbente personalidad de nuestro poderoso vecino, aun en el mero ejercicio de derechos que nadie desconoce. Y esto es lo que, sin que nos demos cuenta cabal, está sucediendo, con la añadidura de un daño grave desde el punto de vista mismo de la Constitución, que ha de alarmar a los que se pre-

cian de acatar nuestras leyes como forma y expresión de nuestro espíritu, para estabilidad de la República y por respeto sincero de las doctrinas democráticas; porque ha ocurrido, y consentimos, un desequilibrio en nuestro régimen constitucional, que tanto monta como si dijera que entre nosotros ya no funciona como debe la Constitución. El hecho está manifiesto; nadie puede desconocerlo, y no es en consecuencia un crimen señalarlo, ni menos obra nacida de la malévola inspiración de patriotería radical y vitanda. Por encima y por causa tal vez de vuestra indecisión y vacilaciones, aunque también por otras causas ajenas a vosotros, es lo indudable que crece y se extiende mansa, insensible, pero continuamente, la personalidad del Poder Ejecutivo de la República, debilitando si no anulando en cierto modo a los demás Poderes establecidos por la Constitución. Todavía no están organizados los Juzgados y Tribunales. Todavía no son estables los jueces y Magistrados, que siguen así sujetos a la voluntad del Gobierno. Todavía

no están organizadas tampoco las provincias ni funcionan sus Consejos; por donde las únicas autoridades sin contraste son los Gobernadores. De extremo a extremo de la Isla se aumenta, por tales anomalías, la autoridad del Presidente, como si fuera el nuestro un régimen de centralización como los antiguos; sin que sirva el Congreso, según debiera ser, de verdadero y necesario contrapeso, pues ambos de sus cuerpos constitutivos siguen sendas distintas a impulso de distintas tendencias, cuando para preparar la reorganización indispensable de la República debieran estar siempre en armonía conforme a la Constitución, y para mantenerla, a modo de reguladores y salvaguardia de los altos intereses comunes que deben asentarse en el patriotismo más vigilante, como su fundamento de granito.

Mas lo realmente curioso que aquí ocurre es que creía la mayoría que aceptando la enmienda del señor Frías, que ha hecho suya la Comisión, y a virtud de la cual se renuncia por nuestro Senado a toda en-

mienda por su parte, aprobaba aquel mismo tratado a favor del cual hubo de dar su voto en la pasada legislatura, entre otros motivos, por considerar que nos favorecían singularmente, que favorecían a nuestro tabaco y sobre todo a nuestro azúcar, en el mercado americano, algunas de sus cláusulas o artículos y más que ninguna la llamada cláusula *preferencial;* pero por virtud de las enmiendas del Senado americano ha resultado anulada aquella cláusula, con lo que ahora corremos los mismos riesgos que antes, sufriremos la misma competencia posible y que tantos lamentan por ruinosa, ya que nuestros azúcares no gozarán de exclusivo privilegio y beneficio, sino que seguirán en las propias inciertas condiciones de las de otros países que como el nuestro pueden celebrar Tratados de Reciprocidad con los Estados Unidos a tenor de su ley de Tarifas arancelarias.

Así, el otro día se nos encarecía aquel Tratado que hubimos de aprobar, como un concierto conveniente y equitativo, y aho-

ra, transformado y todo, reducido a otra cosa distinta, también se nos encarece como equitativo y conveniente; pero si yo, racionalmente juzgando, no creí deber aceptarlo en su primera forma, ¿cómo ha de ser posible que hubiera de aceptarlo en la segunda?

Votando el Senado de Cuba las enmiendas introducidas por el Senado de los Estados Unidos, en el concepto para mí equivocado de que confirman y mantienen ellas los artículos del Tratado en conformidad con la redacción y el sentido que aquí se aprobaron, vota al propio tiempo la resolución de que se someta en su día al examen y decisión del Congreso americano; es decir, que votaría otra vez la temida incertidumbre, votaría acaso también la anulación del Tratado por el ajeno albedrío, si como cabe presumirlo, el Congreso de los Estados Unidos no ha de consentir un privilegio a favor de Cuba que pugna con lo preceptuado de una manera general en la Ley de Tarifas de 1897; por donde no es violenta la consecuencia de que el Sena-

do cubano votará a favor de lo desconocido, sin saber, por tanto, qué es lo que en realidad habría votado. Yo sé en cambio qué he de votar. Yo votaré contra la política que implica y encubre el Tratado, contra la política a que debe coadyuvar eficazmente el Tratado. Yo votaré contra lo que nadie ha podido demostrar que signifique lo contrario de lo que recelo; contra lo que nadie ha podido explicar ni explicará que signifique en realidad el bien del pueblo cubano y el positivo afianzamiento de su independencia.

Ayer os decía, señores Senadores—¡y cómo siento entrar en este terreno!—; os decía que muchos ignoraban los orígenes y los móviles de la agitación que tuvo por resultado las gestiones de nuestro Gobierno y el vecino para concertar un Tratado de reciprocidad mercantil, y que por lo mismo no les era fácil darse clara cuenta de lo que semejante compromiso puede en plazo mayor o menor ocasionar.

El convenio de reciprocidad para con

nosotros ha sido combatido y defendido en los Estados Unidos.

Lo han combatido los intereseses remolacheros y lo defienden y mantienen el Partido Republicano y el Presidente. Y ¿qué se propone a nuestro favor en el Tratado? Lo único positivo y cierto es que, a cambio de muy considerables ventajas para los productores y fabricantes americanos, que con las enmiendas resultan aún más beneficiados, se favorece a nuestra industria tabacalera en algún modo, y se rebaja el arancel para nuestros azúcares, todo hasta el límite de un 20 por 100 establecido por la Ley Arancelaria de 24 de Julio de 1897. Y aunque el señor Bustamante hizo un esfuerzo ingeniosísimo y brillante, como suyo, para convencernos de que había una explicación posible que nos permitiera fijar a dónde en definitiva había de ir a parar el dinero que representaba aquel 20 por 100 de rebaja en los derechos de importación que paga el azúcar, tengo que confesar que siguiendo su derrotero le perdí la pista, pero que buscando por mí mismo había

descubierto que inevitablemente iba a parar a las cajas del llamado *Trust* azucarero.

No era, pues, el 20 por 100 un beneficio para el productor cubano, ni se veía tampoco que siquiera lo fuese para el consumidor americano. Era sin duda el provecho calculado y positivo del *Trust,* y a este respecto tengo que hacer al Senado dos consideraciones. Es la primera que el único comprador de azúcar en Cuba es el *Trust* americano. En esta ciudad cuatro casas son sus agentes. Y salta a la vista que cuando quien vende no tiene más que uno que le compre su mercancía, por ley, por razón y hasta por fuerza está sometido, en lo que a los precios respecta, a su voluntad y aun a su capricho; exactamente lo que ocurre con la venta de nuestros azúcares, en que para nada pueden influir hoy las cotizaciones europeas. La otra consideración está implícitamente explicada en un ejemplo que al mismo tiempo prueba lo que acabo de manifestar. Como procuro informarme de estos asuntos, siquiera para

justificar que no es arbitrario mi punto de vista, he averiguado, acudiendo a buena fuente, que el precio del azúcar en Londres era ayer de 3.75 la arroba; y ayer también quiso un hacendado vender algunos sacos, a cuyo efecto acudió a uno de los agentes del *Trust*, y, sin embargo, éste sólo le ofreció pagarlos a 3.20 la arroba; por donde se muestra que los precios de Londres no influyen en los cálculos del *Trust*, respecto de nosotros al menos, y que en consecuencia el hacendado cubano está a su merced. (El Senador Frías interrumpe para decir: *¡porque no hay tratado!*) Ah! cuando haya tratado ocurrirá—y es ésta una tercera observación al cabo—que el *Trust*, por medio de sus agentes, comprará aquí, aquí fijará e impondrá los precios y luega importará en los Estados Unidos todo el azúcar que hubiere adquirido, disfrutando él sólo por tal manera del beneficio de la rebaja arancelaria. Paréceme que esto es innegable, o por lo menos que ningún razonamiento puede demostrar que haya de suceder de otro modo. ¿Y sabéis hasta dónde llega la

influencia del *Trust* azucarero? ¿No recordáis, señores Senadores, las primeras gestiones que en nombre de Cuba se hicieron en los Estados Unidos, procurándose una rebaja arancelaria, y los primeros informes que se dieron ante la *Comisión de Medios y Arbitrios?* Pues bien, de allí nació la idea y el proyecto que se llamó el *Bill Payne,* que era mejor para nosotros que los Tratados actuales, y el *Bill Payne,* como públicamente se ha asegurado, por los esfuerzos y el empeño del *Trust* azucarero, fué rechazado, pues que, según tengo entendido, conforme a una de sus cláusulas, debían los cubanos adoptar la ley de Inmigración americana, con la cual pretendían las industrias remolacheras prevenir el exceso de producción en esta isla consiguiente a la abundancia de brazos a bajo precio, que de seguro ocasionaría la ruina inevitable de sus intereses; lo que, por otro lado, revela cómo entra en los planes del *Trust* producir por sí mismo azúcar en Cuba por medio de trabajadores baratos, con todas las consecuencias tan fáciles de deducir,

para sus negocios de orden agrícola y fabril inmejorables; aunque para nosotros funestas. ¡Ah! ahora han de ver los señores Senadores cómo aparece el *Trust* azucarero actuando desde los comienzos mismos, para mí todavía muy oscuros, de la agitación a favor de las rebajas arancelarias, en concepto de uno de los factores más interesados. Lo que tengo por cierto en este asunto es que los hacendados de Cuba no tomaron la iniciativa ni habían hecho petición ninguna en 1901. Al contrario, se me ha asegurado que cuando llegó el momento de explorar su voluntad, creían que era un sueño pretender un concierto mercantil con los Estados Unidos que hubiera de favorecernos. Sin embargo, el movimiento principió, sin que pueda yo decir de dónde partió el impulso inicial. Intervino luego el Gobernador Militar de la Isla. Se enviaron circulares a todas partes. Se pidieron adhesiones. Se consultó a los Alcaldes, a las corporaciones, y así, por tales canales, formóse una opinión pública que aparecía provenir de abajo y como ex-

presión de los deseos y necesidades del país, cuando se había engendrado fuera y en el seno de elementos superiores. Entonces, formada la opinión por tal manera, se nombraron por las corporaciones algunos comisionados que fueran a postular a los Estados Unidos, en nombre y como representantes del pueblo cubano. No tengo a mi disposición el volumen en que se imprimieron las sesiones de información del *Comité de Medios y Arbitrios* del Congreso americano, que leí en un ejemplar ageno; pero dispongo aquí mismo de una publicación en que se copian o extractan algunas de sus páginas, por lo que respondo de la exactitud de las transcripciones. En una de las sesiones de nuestra anterior legislatura mencioné el artículo publicado por el general Leonardo Wood en el periódico americano *The Outlook,* en que poco más o menos manifestaba que de no concertar Cuba la Reciprocidad mercantil con los Estados Unidos, carecería de recursos, no podría establecer un Gobierno independiente, sumiríase su pueblo en la miseria,

ocurrirían desórdenes, y aun revueltas, cayendo esta sociedad en la anarquía; y, ¡caso curioso! casi lo mismo repetían, como si fuera una consigna, los que ante la Comisión del Congreso hablaban en nuestro nombre. Mientras tanto, yo, que estaba en esta ciudad, en continuo contacto con toda clase de personas, no percibía síntoma ninguno que justificara lo que a la sazón se estaba declarando fuera. Pero de las investigaciones del *Comité de Medios y Arbitrios,* de las aclaraciones que obtuvo mediante lo que allí llaman *cross examination* se ha podido sacar en limpio que aquellas gestiones, que fueron favorecidas por el Gobierno, eran un asunto de suyo complicado; quedó además demostrado cómo se facilitó dinero de las cajas de Cuba para los gastos de viaje de algunos de los comisionados; cómo por disposición del Gobernador Militar se invirtieron veinte mil pesos de aquellas cajas en la circulación de folletos y artículos de periódicos en que se pintaba la condición lastimosa de esta isla, cuyo dinero se designaba con el nombre de

"fondos educativos", por aplicarse a ilustrar y a mover la opinión pública; cómo fué enviado aquí un señor Thurber, que percibía del Tesoro cubano un sueldo de más de setecientos pesos por circular impresos y noticias, de los cuales asegúrase que se esparcieron unos trescientos y tantos mil ejemplares que costaron como once mil y doscientos pesos, describiéndose en ellos el estado alarmante, por ruinoso, de este país, y abogándose, a fin de atajar la ruina, por que se admitiese en los Estados Unidos libre de derechos el azúcar más bajo respecto a la escala holandesa, que es cabalmente como si dijéramos la materia prima del *Trust* de los refinadores; cómo se invirtieron también otras sumas para la circulación de folletos y periódicos; de ellos, artículos del *Havana Post;* cómo intervenían en tales publicaciones empleados del *Trust* azucarero, y el impresor mismo encargado de los trabajos particulares del *Trust* azucarero; ¿a qué más, si bastan esas referencias para descubrir la participación tan importante, el interés tan gran-

de, la acción principalísima en estos asuntos del *Trust* azucarero?

Tal vez estáis preguntándoos mentalmente: ¿qué se proponía el *Trust* de refinadores? Y para responder a esa interrogación quisiera que os fijarais en cuanto ocurrió en Hawaii, para que comparando aquella situación con la nuestra, tengáis en cuanta los móviles de aquellos políticos y productores, sin perder de vista que el movimiento análogo al que produjo en esa isla tan grandes consecuencias sólo está, en lo que a la nuestra respecta, en su primer período. En Hawaii, invadieron el territorio, apropiándose las fincas, empresarios y capitalistas norteamericanos, como entre nosotros está sucediendo de un modo alarmantísimo. Invocándose como ahora la prosperidad del país, se hizo un Tratado de reciprocidad entre el Gobierno de los Estados Unidos y la pequeña monarquía del Pacífico. ¿Cuál—a la postre, y cuando sólo habían transcurrido muy pocos años—fué el resultado final de aquella situación creada por los propietarios y fa-

bricantes de azúcar extranjeros? ¿Que de más de cuatrocientos mil naturales que se contaban en la Isla en las postrimerías del siglo XVIII, apenas si queda ahora la décima parte, y que en su propia tierra, de que eran dueños, se afirma que actualmente uno solo es propietario del suelo? No olvidéis que los extranjeros un buen día echaron abajo el Gobierno nativo, que en su lugar establecieron una seudo República, y que a pesar de las reclamaciones de su Reina, que en balde vino en persona ante el gobierno americano defendiendo sus derechos, de una plumada del Congreso quedó al fin el distante archipiélago incorporado a los Estados Unidos.

Y a punto viene ahora que pregunte a mi vez, como debieron preguntarse a su tiempo los hawaiianos: si son tan lamentables las condiciones en que se encuentra la Isla de Cuba; si por ellas está amenazada de ruina, casi irremediable, la industria azucarera; si la población está amenazada de miseria; si el porvenir es tan incierto y tan sombrío, ¿por qué vienen tantos ame-

ricanos a comprar tierras tan afanosamente, a establecer cultivos menores, a sembrar árboles frutales, a fundar grandes ingenios de azúcar, a perder irremediablemente sus capitales en empresas condenadas a la ruina? Pero ocurriendo todo ello cuando no hay Tratado ninguno; habiendo comenzado ese movimiento cuando no podía contarse con un Tratado, fuerza es concluir que ellos no soñaron jamás en la realidad de tales consejas y patrañas; porque sería resistirse a la evidencia el negar que tras la perturbación que ocasionaran las esperanzas que despertó el Tratado, la angustia nacida en la agitación por obtenerlo, ha vuelto el país a la normalidad, conforme y decidido nuestro pueblo a confiar en su propio esfuerzo, seguro de que no han de faltarle las condiciones de vida que sólo dependen del constante e inteligente trabajo humano; acaso como yo, convencido también (porque o los hechos son inexpresivos, y los ejemplos carecen de propio y natural significado, o estaríamos dispuestos a cerrarnos a toda la evidencia de la

historia) de que los americanos vienen aquí, como fueron a Tejas, como fueron a Hawaii, como han ido a la Isla de Pinos. El mismo impulso que entonces les moviera, muévelos ahora. Llevaron a Tejas y a Hawaii sus capitales, se hicieron dueños de la tierra primero, y luego del Gobierno, y al fin convirtieron países extraños e independientes, aun pasando por transitoria forma republicana, en posesiones de su patria. Ahora mismo, aun cuando no son más que un puñado, están pidiendo en la Isla de Pinos un gobierno americano. Porque no hay que repetir que los americanos se cubanizarán, porque tal cosa no es posible siquiera imaginarla; ni volver a alegar el caso de los cubanos de apellidos extranjeros en confirmación de un concepto equivocado; por la razón de que esos proceden de cepas demasiado distantes que aquí retoñaron en condiciones especiales de la Isla de Cuba, dentro de otras condiciones generales del mundo, también extraordinarias. Aquellos progenitores vinieron de Europa cuando la travesía en bar-

cos de vela duraba varios meses. Llegaban aquí, por consecuencia, los que abrigaban el propósito de permanecer largo tiempo, o de no volver, los que así tomaban asiento duradero y podían crear familias identificándose con el país. Entonces la Europa estaba infinitamente más lejos de Cuba por las mismas causas por que ahora están los Estados Unidos infinitamente más cerca. De ahí la facilidad con que puede una familia americana trasladarse en pocas horas para que el vástago nuevo vea la luz bajo su cielo ceniciento y su pabellón glorioso. Cuéntase que durante los primeros meses de la Intervención, muchos individuos del Ejército americano se hacían lavar sus camisas en Cayo Hueso. Yo no sé si el hecho es cierto; pero comprendo que el americano, enorgullecido de su nacionalidad y de su raza, no haya de venir a Cuba animado del propósito de confundirse e identificarse con nuestro pueblo. Viene de paso, a emplear su capital o aplicar su actividad, productivamente, a crear una riqueza para sí, aunque aproveche al

cabo a los demás, pensando en dar un salto, dándolo con frecuencia, a la tierra nativa, manteniendo así su sentido nacional, alimentando de continuo el sentimiento por el cual quisiera que su bandera ondeara soberana hasta el último confín meridional; en tanto que nostros cejamos y vamos poco a poco rindiendo nuestra tierra a los millonarios invasores, perdiendo así la base misma de nuestra natural influencia; porque al desprendernos del terreno nos desprendemos de la condición y fundamento de nuestra personalidad y soberanía. Eso lo ha visto el *Trust* azucarero, y en consecuencia aumentó sus fondos el año pasado en quince millones de pesos con destino a la adquisición de tierras en Cuba donde establecer ingenios. Todos los días saltan de los vapores que vienen del Norte esos hombres de una raza magnífica, rozagantes, encendido el rostro por el cierzo, llevando en la mano sólo una maleta pequeña de viaje; pero con la cartera repleta de billetes de banco y el corazón henchido de sangre impetuosa; paseando por nuestras estre-

chas calles sus miradas calculadoras; con una indiferencia inalterable hacia nosotros; alucinados con la Jauja que llevan en su fantasía; procurando comprar a vil precio inmensas tierras, favorecidos por la irreflexión o la adversa suerte de sus actuales poseedores, que se desprenden, por necesidad o por impaciencia, de su patrimonio; y luego, cuando todo lo posean como es de temerse, pues que Oriente es casi suyo a estas horas, lo es el extremo occidental, lo son también las orillas del Cauto, los alrededores de Nipe y Bahía Honda, ¿qué será de nosotros? ¡Ah! seremos impotentes y se repetirá la historia, la historia reciente de Hawaii. Pedirán los dueños de los ingenios el cabotaje con la nación vecina, y el cabotaje es imposible sin la incorporación de la Isla de Cuba a los Estados Unidos! Por eso repugno el Tratado; porque contribuye a nuestra debilidad y facilita nuestro desastre, desalojando al comercio europeo, y, con el comercio, los intereses europeos, el interés de Europa en la conservación de la República. Y no

soy sólo quien lo teme y lo declara; pudiera citar documentos en que se viera que muchos abrigan las mismas aprensiones e inquietudes. Excluída Europa, se rompería el equilibrio; desaparecería una fuerza moral considerable que pudiera mantenerlo indefinidamente; quedarían los cubanos más o menos debilitados y empobrecidos enfrente del dinero y el poderío de los americanos, sin propiedades y sin influencia; a merced, en fin, de otras gentes que ni aun volverían el rostro para atender a sus inútiles lamentos!

Esta mañana se embarcó para los Estados Unidos un miembro distinguido del Congreso de aquella nación y buen amigo de Cuba. Tuve el gusto de conocerle en 1896, cuando el señor Estrada Palma, entonces Delegado de la Revolución, se sirvió invitarme para que le acompañara la primera ocasión que fué a Wáshington en cumplimiento de su encargo. El señor Estrada Palma obsequió con un modesto banquete a aquel amigo que iba a consagrar sus esfuerzos al triunfo de la causa cuba-

na, y que por primera vez vino a esta isla hace días, lo que he sabido hoy, cuando ya había partido, por una entrevista que publica un diario, celebrada con uno de sus corresponsales. Cuanto allí dice de sus relaciones con nosotros, su simpatía, su afecto sincero, es verdad, que así lo ha demostrado en muchas ocasiones su palabra generosa. Y no obstante, ¡qué tristeza me produjo la lectura de su entrevista! Recordé uno de aquellos afanosos y melancólicos días de la emigración durante la guerra entre España y los Estados Unidos, en que se publicó en New York la noticia de que la escuadra americana había entrado en la bahía de Guantánamo, y cuando, sin poder reprimir la angustia, a pesar de que hacía votos sinceros en el fondo de mi alma por la victoria de los americanos, pues que entendía que era también la victoria de los revolucionarios cubanos, me volví a mi amigo el señor Enrique Trujillo, diciéndole con invencible pesar: "han visto ya a Guantánamo: ¡jamás renunciarán a poseerla!" Y ¡la bahía de Guantánamo, se-

ñores Senadores, ya es de los Estados Unidos! Por eso, por mil memorias y razones, cuando leía la pintura que hacía de mi país el político americano, se sumió mi espíritu en amarga cavilación. Han contemplado, con el deslumbramiento de Colón, la hermosura de Cuba, y ya no se irán nunca! Han leído la descripción de aquel compatriota suyo; las de otros más; han visto esta sociedad tan amable; nuestra gente sencilla, amante del trabajo, obediente a la ley; este cielo siempre azul, prestigiosamente sembrado por las noches de estrellas tan distintas de aquellas pequeñitas y lejanas de sus plomizos cielos; los bosques lucientes en su eterno verdor, que bajo su majestuosa fronda brindan al viajero un abrigo contra los rayos del Sol, donde sueñe tranquilo en la felicidad de vivir entre sus rumores y misterios; las colinas graciosas y torneadas; los campos risueños que salpican flores de matices caprichosos en sus infinitos tonos; la diáfana atmósfera; el calor que las brisas moderan aun en el rigor de los veranos, y el frío en el

invierno tan piadoso; el panorama que parece concebido por la fantasía del más tierno de los poetas, como égloga viva; la luz que pudiera inspirar a los pintores creaciones inmortales; los campos en que se despiertan todas las alegrías juntamente con todas las tristezas de la vida, y este nuestro pueblo, de corazón tan rico en dulces afectos, tan digno de vivir eternamente, amenazado sin embargo de infelicidad y de muerte porque plugo al destino atravesar en su daño el mágico jardín de su vivienda en la ruta del mercader extranjero para concitar su envidia y su codicia!

Mas ¿por qué—me decía—este pueblo excepcional, tan bueno, heroico en tantas empresas, capaz de llegar al extremo límite de la resignación y el sufrimiento, ha de flaquear deslumbrado por el brillo del metal miserable del extraño? ¿por qué engañarse en la ilusión de una felicidad material que no ha de ser suya? ¿por qué querer dar un salto en las tinieblas procurando apresurar la realización de lo imposible, y no resignarse más bien, con paciencia, a los

dictados de leyes naturales para que sea normal su desenvolvimiento? ¿por qué esas ansias pecadoras que comprometen lo mejor y más grande que guardamos en nuestras almas? ¿por qué sacrificarlo todo para que no sucumban unos cuantos en las vueltas del destino, con perjuicio de los que pudieran vivir en respetable y respetada medianía? Antes que en riquezas ilusorias para el mayor número, podemos vivir con dignidad, conservando nuestro medio propio, el medio físico incomparable que debemos a la naturaleza y el glorioso medio moral que debemos a la Historia! ¡Ah! si yo pudiera siquiera intentarlo, me empeñaría esta noche en que diéramos pruebas patentes, rechazando el Tratado, de que tenemos conciencia de nuestros derechos y confianza en nuestra virtud; pues conviene que el pueblo cubano no olvide que no son los pueblos ambiciosos, instigados por la codicia, los que duran y resisten más en medio a las vicisitudes de la vida, sino los pueblos trabajadores y honrados. No dominó al mundo con el poderío de sus ar-

más y la sabiduría de su política el pueblo de Roma, porque hubiera nacido entre riquezas, cuando en humilde cabaña formóse para el esfuerzo y la victoria el corazón romano. No en los palacios tampoco se criaron los sencillos peregrinos que fueron fundadores de la gran nación americana, ni aquella estirpe de pasmosos conquistadores que de un extremo a otro del mundo llevaban en la diestra la entonces respetada y—¿por qué no decirlo?—siempre gloriosa bandera española! Y los labradores y los esclavos fueron quienes nos han traído sobre sus hombros, hasta esta etapa de nuestras jornadas! En el sufrimiento de esas generaciones se ha fundado la República; en el sufrimiento de éstas y las venideras, mientras dure nuestro amor hacia ella, puede descansar desafiando las tempestades. La historia ha demostrado que los humildes, los más oscuros, son siempre los fundadores de las naciones, como ha demostrado la ciencia que míseros organismos son los que levantan en el misterio los continentes. Con su esfuerzo constan-

te y siempre ignorado, crean los unos y los otros el granito del planeta y la grandeza humana. Pero no poseo la fuerza suficiente a decidiros desde luego. Tal vez en breve otra palabra os señalará rumbo distinto y haréis lo que ella dicte. No sentiré amargura ninguna. Lamentaré, sí, por mi patria, no por mí, verme en el suelo bajo su lanza de oro; pero entonces, parodiando al más generoso hidalgo que haya concebido maravillosa fantasía, yo le diría con sincero convencimiento: "Me alegro de tu triunfo, como amigo; lo siento, empero, como cubano. Por esto sólo duéleme en lo íntimo del ánima; que tus armas mejores son que las mías, aunque no tu causa. Sí, Caballero de la Blanca Luna, podré reconocerme derribado; pero jamás me harás confesar que no es la más hermosa dama que vieran ojos humanos, la que yo venero y bendigo desde el fondo del corazón atribulado!"

1904

LA LOTERIA

Discurso sobre el veto de la lotería, pronunciado en la sesión del Senado el día 7 de enero de 1904.

LA LOTERIA

SEÑORES SENADORES:

Al contrario de lo que de las palabras del senador señor Dolz pudiera colegirse, nunca he pretendido demorar o aplazar ninguna discusión en el Senado con el pretexto o por el motivo de necesitar tiempo para preparar mis argumentos; porque jamás aquí me he preparado para dirigir la palabra a mis compañeros, y si esta vez he solicitado que no se discuta, como pretende el señor Dolz, el veto del señor Presidente al proyecto de ley que restablece en Cuba la lotería oficial, lo he hecho tan sólo porque conozco las circunstancias en que estamos actualmente y en que aquel veto se enviara al Senado.

Claro es que un abogado de talento ingenioso y de fácil y vehementísima palabra, como el señor Dolz, y otro abogado de as-

tucia jurídica, muy gracioso en el gesto, y aun la misma expresión sorprendente hasta por la manera con que sabe ahuecar la voz, como el señor Frías, pueden con suma facilidad interpretar una Constitución que por sí misma se presta a ello, en el sentido en que ambos acaban de hacerlo. Mas yo no he de hablar en este momento de la Constitución, y tampoco de los argumentos de derecho, más o menos discutibles, que ellos han alegado; pues que únicamente voy a referirme a las circunstancias en que se nos ha enviado el veto.

Ha habido positivamente una sorpresa, y esto es lo que pido a la hidalguía de mis compañeros que se tenga en cuenta; y la sorpresa ha sido ocasionada por el Ejecutivo. El Ejecutivo, señores senadores, sabiendo hace poco que iba el Congreso a suspender las sesiones de esta legislatura, tuvo buen cuidado, cuando de otra ley se trataba, de avisar a la Cámara de Representantes, de donde procedía, que iba a usar de su derecho constitucional de los diez días para vetarla, a fin de que no se disol-

viese desde luego; y ahora sabía, desde ayer tenía que saber, ya que era público, que estaba en el ánimo del Congreso cerrar hoy mismo la legislatura, y, no obstante, sin previo aviso, ayer mismo, muy avanzada la que debía ser penúltima sesión, remitió al Senado inopinadamente su veto a la ley de lotería; y, señores senadores, o yo estoy equivocado, o no es ese un procedimiento muy recomendable. Diez y seis son los senadores que favorecen la lotería; pero desde hace varios días, por motivos diferentes o por deberes de partido, algunos de ellos se volvieron a sus provincias, y hoy sería un triunfo de la minoría, mas sería un triunfo de su opinión el que obtendría el señor Presidente enviando en esas condiciones su veto para que aquí resolvamos inmediatamente.

Decía el senador señor Dolz que él iba a hablar serenamente (cosa por lo demás muy difícil, porque él habla siempre muy inspirado, y el que habla muy inspirado suele ser muy fogoso), en oposición y contraste respecto a los que antes habíamos

hablado y que, según él, lo hicimos con apasionamiento; pero yo he de decir al Senado que en este asunto el apasionado y el dominante es el Presidente de la República; y naturalmente me cumple ahora referirme al veto, aunque no sea sino accidental y muy someramente.

Y porque se vea que mi apasionamiento no llega a ofuscar en mí el sentido de la justicia, declaro que no se me ocurre de momento, y a pesar de encontrarme en el extremo opuesto, ninguna expresión con respecto a la totalidad de ese veto, que no sea un elogio; para mí ha sido todo él una sorpresa, muy grata desde cierto punto de vista. ¡Qué bien escribe el señor Presidente! ¡Qué lectura tan variada y profunda la suya! ¡Cuántos autores distintos, y aun desconocidos para la generalidad de nosotros, ha podido estudiar menudamente el señor Presidente, a extremo de encontrar en ellos y a punto una cita de cada uno, apropiada para combatir la lotería! Ha encontrado hasta que el marqués de Mirabeau, del que por cierto se asegura que era

muy corrompido, repugnaba la lotería! Ha descubierto una frase de un Lacroix que me confunde, porque me parece que ese nombre se repite en los diccionarios biográficos, sin que podamos saber, puesta así a secas el apellido, a cuál de los Lacroix se refiere el señor Presidente! Ha citado a Piernas y a Laboulaye, aunque ésos sí están a nuestro alcance! Pero ha citado también a *El País*, cuando nos anunciaba que iba a trasladarnos opiniones de personajes eminentes y de publicistas distinguidos, y ha comenzado curiosamente un párrafo, diciendo: "El señor Rafael Montoro opina así;" supongo que siguen dos puntos, cuando inmediatamente consigna la cita textual. Barajados así Mirabeau, Lacroix, Piernas, Laboulaye, *El País* y el señor Montoro, se amontonan en un platillo de la balanza, y en el otro se coloca al Senado cubano; en un asunto de este país, y de origen y condiciones especiales, se contraponen aquellos nombres a esta corporación para pretender que sus opiniones pesan más que la nuestra, es decir, que se ofende in-

necesariamente al Senado! Y qué, señores senadores, ¿vale acaso más, por mucho que valga, el señor Montoro, a extremo de citarse singularísimamente su opinión particular? ¿Vale tan poco el Senado que tenga más peso en el ánimo del señor Presidente hasta el autor desconocido de un artículo anónimo de *El País?* ¿Escritores de remota edad o remotos países tienen más autoridad para resolver acerca de lo que más nos convenga en asuntos propios? ¿Pueden tener ellos más autoridad moral que vosotros, senadores, a quienes tengo por hombres honrados? Ese modo de pensar del señor Presidente me recuerda la manera medioeval de razonar fundada en la autoridad del maestro: *jurare in verba magistri* parece ser la fórmula de su dialéctica, cuando, después de todo, en asuntos de suyo circunstanciales y opinables, ¿qué fuerza ha de hacernos lo que piensen gentes que ni siquiera conocemos? Tenemos, por otra parte, y por tenerlo estamos aquí, el derecho de abrigar nuestra propia opinión y el deber de pensar por nosotros mis-

mos. Para pensar con oportunidad y acierto en nuestros negocios, no es necesario desempolvar libros viejos, ni enterarnos de lo que pensaron en su país hombres de otras edades. Forzarnos a pensar en Cuba respecto a cuestiones cubanas del modo que se le antoja al señor Presidente, porque lo leyó en algún tratado de Mirabeau o de Piernas, esto es, al cabo, pensar nosotros según piensa y quiere el señor Presidente; y ¡qué necedad tan grande, tan agresiva, y tan humillante para este Senado!

Aparte el valor y la propiedad de esas citas con relación al problema cubano de la lotería, el señor Presidente ha alegado también en contra de ella frases que en años anteriores escribiera el senador señor Morúa Delgado. Considero, por maliciosa, impropia semejante cita en un documento como el que nos ocupa; porque el señor Morúa Delgado es el que inició la creación de la lotería oficial, y digan los señores senadores si no es apasionado quien se vale en circunstancias como ésta del sarcasmo y la

ironía para desacreditar de soslayo una opinión y ridiculizar de paso a quien ahora la sustenta.

El Presidente de la República ha declarado que procura la concordia con los otros poderes públicos. Decía hace poco, y por cierto mostrando un concepto contradictorio respecto a la independencia mutua y el equilibrio constitucional de esos poderes, que si alguno debíamos enaltecer, poniéndolo sobre nuestras cabezas, no era el Poder Legislativo, sino el Poder Judicial, seguramente porque a la sazón en que así se expresaba se trataba de una ley relacionada con los tribunales de justicia; y el Presidente de la República, por su diversidad de procedimiento, me obliga a que yo pregunte—y no me parece que inoportunamente—¿por qué, sin embargo, aquel mensaje, aquel otro veto, no estaba escrito con la moderación con que éste lo está ni parecía entonces inspirarse en el afecto que en éste se declara? Quién firmó aquel mensaje ¿no estaba apasionado? Aunque la verdad es, señores senadores, que el Pre-

sidente de la República entiende la concordia, la independencia mutua, el equilibrio de los poderes del Estado, sólo en el sentido de que el Poder Judicial no se organice nunca, para que pendiente siempre sobre las cabezas de los jueces y magistrados la cesantía, sean instrumentos del Poder Ejecutivo; y entiende que habría concordia entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo, si el Senado y la Cámara de Representantes se sometieran incondicionalmente a sus opiniones particulares y hasta a sus autoridades literarias! ¿Qué mucho, entonces, que haya querido aprovechar la oportunidad de no contar ahora con suficiente número los senadores que apoyaron la lotería, para que rápidamente se nos impusiera su veto?

Y para hacer efecto en la conciencia pública y en la conciencia de los senadores, ha invocado nombres ilustres de la guerra, ha invocado los nombres de Céspedes, de Maceo, de Ayesterán, de otros más, patriotas generosos y víctimas lloradas; pero sin que se haya depurado antes cuál fuera

su opinión al respecto de la lotería. Por mí puedo asegurar que Maceo fué un grande entre los grandes de mi patria, y Maceo, señores, jugaba, como algunos de los mejores y más conspicuos revolucionarios jugaron... De ellos muchos comparon billetes en los días de la colonia, y acaso—¿por qué no?—volvieran a comprarlos ahora; y yo, que me tengo por honrado como ellos, he comprado también billetes, no compro ahora ni he comprado desde hace años de la lotería extranjera; pero los compraría de nuestra lotería nacional cuando pudiera!

Sr. Frías (*interrumpiendo*): Por eso nos oponemos; para evitar que el señor Sanguily haga eso.

Sr. Sanguily (*continuando*): ¿Lo que hace el señor Frías? El señor Presidente mezcla ahora sin necesidad con su opinión personal, que quiere infundirnos o imponernos, los nombres sagrados y queridos de nuestros héroes y nuestros mártires, y me obliga a proceder como considero de mi derecho y de mi deber, colocando por en-

cima de ellos, tan altos como deben estar en la conciencia humana, el sentimiento de la justicia y el respeto a la verdad.

Todavía ha ido más lejos el señor Presidente cuando se respalda en el carácter de nuestras revoluciones de 1868 y 1895. Pero, señores senadores, si hemos de entendernos, tengo que manifestar que el único revolucionario de 1868, siquiera fuese el más modesto, que inculpara a España por la prodigalidad de las ferias y los juegos de azar, aunque como de pasada y vagamente, he sido yo en un discurso bastante reciente. Durante los diez años de la primera guerra, no oí jamás al señor Estrada Palma en sus manifestaciones públicas, ni leí en ningún escrito suyo, una sola palabra que fuese la condenación directa y particular del juego de la lotería, sin duda porque ocupados en cosas más altas y absortos en la resolución de grandes y críticas dificultades los insurrectos cubanos, no era dable ni posible que ni él ni nadie se entretuviera en semejantes fruslerías.

Pretende el señor Presidente que la República cubana, nacida de aquella revolución cuyas raíces estaban prendidas en la colonia, no sea una república organizada en armonía con nuestros antecedentes y según la esencia misma de la democracia; sino que se empeña en que corresponda a un tipo especial, exótico y ya pasado, que se formara él durante su permanencia en otro país distinto o como producto de cosas que haya leído en libros de los muchos que conoce: el tipo de la república puritana que ya los mismos sajones que la crearon ven o conocen solamente al través de la tradición o de los historiadores; pues, aun en lo relativo al juego, por más que él se ilusione en cuanto a que haya desaparecido la lotería, por la eficaz predicación de grandes escritores y propagandistas, aun de los mismos Estados Unidos, el juego allí, en varias y muy diversas formas, impera con todos sus atractivos y sus estragos. No es indispensable que el juego tome la forma típica de la lotería para esperar a condenarlo, y en los Estados Unidos se juega

de todas maneras, dondequiera, más o menos públicamente, sobre todo en los balnearios, y se ganan y se pierden cantidades fabulosas, a la luz del día, en la bolsa y en las carreras de caballos; todo lo cual dista, por la forma y por el fondo, de aquella edad de los puritanos que quiere el señor Presidente revivir para nosotros.

Si en su intención, si en su programa, tácitamente se implicaba la negación de la lotería, la Revolución—donde se jugaba a las claras cuando en los campamentos había dinero—no se declaró en ninguna forma ostensible contra la lotería. Cuando el señor Tomás Estrada Palma no era revolucionario, es decir, cuando todavía optaba por la colonia en que se jugaba a la lotería, Carlos Manuel de Céspedes publicaba el manifiesto en que proclamó las causas que le impulsaran a la guerra, como justificación de su conducta, y yo he estado buscando en ese documento alguna línea en contra de la lotería, pero no la he encontrado; y, señores, Carlos Manuel de Céspedes, que había sido el iniciador, era en

aquel instante el árbitro y a la vez el evangelio de la revolución cubana. Aquí, nadie que yo sepa es jugador ni nadie a título de jugador, ni por serlo, desea la lotería—y en esto nos parecemos todos al Presidente de la República, dicho sea con mucha honra—; y como tampoco queremos la lotería sino por motivos nacidos de nuestras peculiares circunstancias, y sólo teniendo en mira fines altísimos y patrióticos, sentimos también de la misma manera que el Presidente de la República, porque cuando ardía la guerra y se dificultaban con la emigración los recursos, e iban los cubanos empobreciéndose más y más, y mostraba el extranjero cada vez menos interés por nuestra causa amenazada y no era posible abandonar a nuestros soldados, sino que era indispensable mantenerlos bien provistos de municiones y de armamento, el señor Estrada Palma—entonces Delegado revolucionario en los Estados Unidos—utilizó productos de una lotería que se había establecido en Tampa, con la aprobación de Martí, sin reparar en el pecado de su ori-

gen, ni en su inmoralidad, ni en el delito de contravenir las leyes americanas, lo que significa que a ocasiones para él mismo la más santa moralidad de los fines, bien puede excusar la menos indudable moralidad de los medios.

Ha sido mi propósito hasta aquí demostrar a nuestro compañero el señor Dolz que no era yo el apasionado, sino que quien lo había sido es el Presidente de la República, en su mensaje, por su empeño en hacer triunfar, aun de sorpresa, su opinión particular contra la del Senado, por el efectismo de su argumentación, destituída de exactitud en algunas apreciaciones y basada en autoridades de diverso tiempo y de desigual o de ninguna autoridad, y por su manera impropia e inoportunamente sarcástica de combatir a un senador que había patrocinado la lotería. Y todavía, en sus párrafos finales, llega a hacer un paralelo entre esta situación y situaciones pasadas, entre ésta y las épocas revolucionarias, para llegar más o menos explícitamente a la conclusión de que de-

hemos reconocer, al resplandor de las glorias de nuestro patriotismo, que ésta es una situación corrompida en que hemos retrogradado hacia la colonia, sólo porque hubo de pretenderse el restablecimiento de las vallas de gallos, que el Congreso jamás aprobó, y porque se pretende que por medio de la lotería aumenten los ingresos con que pagar los haberes del Ejército Libertador; y yo declaro que todo eso es inexacto y falso; porque hoy nuestro pueblo, en general, es tan bueno, tan trabajador, tan honrado en su conducta y su patriotismo como lo fué entonces. Y si yo no tuviera pruebas suficientes en que fundar mi aserto, me apoyaría en el hecho de haber sido el señor Estrada Palma, elevado al puesto que ocupa de Presidente de la República por los votos del pueblo cubano; porque no le designó y escogió, seguramente, porque creyera un sabio al señor Estrada Palma; ni porque le tuviera por un orador insigne; ni porque presumiera que había de ser el escritor erudito que se nos acaba de revelar; ni porque le constara que hu-

biese leído muchos libros en su retiro extranjero, como parece demostrar en ese mensaje; ni porque diera batallas gloriosas, ni adquirido fama de heroico, ni probara suficiencia diplomática o hubiese sido un gran gobernante de pueblos; sino única, exclusivamente, porque se le tenía, porque le tenemos, y yo me complazco en proclamar que sigo teniéndolo, por un hombre honrado. La situación a que ha ascendido y en que se encuentra el señor Estrada Palma, siendo quien es, refleja la voluntad sana y el puro patriotismo del pueblo cubano. La misma posición del Presidente, es, pues, la cumplida refutación y el mentís más grande de su veto!

1904

Discurso pronunciado en el mitin celebrado en el teatro Nacional la noche del 20 de mayo de 1904, bajo la presidencia del mayor general Máximo Gómez, para conmemorar el segundo aniversario del establecimiento de la República de Cuba.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Acabando de oír al orador vibrante que ha electrizado la sala, (*) y viendo en la presidencia de esta fiesta, como venerable reliquia de tiempos trágicos, al viejo esclarecido caudillo de nuestras guerras, que tantos recuerdos despierta en mi ánimo, y que, como nuestro pueblo mismo, es un asombro que viva todavía tras tantos años de inauditos peligros e incontables combates, necesito de vuestra benevolencia, tanto como de supremo dominio de mí mismo, para poder hablaros, cabalmente ahora que pienso, para mi desaliento, que si alguna vez—en el espacio de dos años que se cumplen hoy—debiera la palabra confesar noblemente su impotencia para traducir la emoción, de suyo inefable, con que un hombre reflexivo, y sobre todo un cubano apa-

(*) El Dr. Mario García Kohly.

sionado de su ideal y de su tierra, se acerca conmovido y caviloso hasta el pórtico de la República, para contemplarla, cuando no se ha desvanecido aún el eco de las reñidas batallas que la fundaron y no se ha apaciguado por completo el rencor glorioso y lamentable que centelleó en aceros fraticidas por impulsos de transformación y de progreso, tiene que ser, sin duda, en este momento mismo, en la gran solemnidad patriótica en que se conmemoran las virtudes creadoras que mudaron nuestro destino elevando al pueblo cubano de la sumisión del colono a la comprometida dignidad nacional, y en que, por consecuencia, se impone a todos los devotos revisar con el pensamiento el camino recorrido, hacer examen de conciencia, a fin de persuadirnos de que podemos estar legítimamente satisfechos de nosotros mismos, o propornernos saludable enmienda para que nunca por nuestros errores y pecados corra en lo sucesivo ningún riesgo, y menos peligro de naufragio, la frágil nave que surca piélago estrecho y oscuro y sólo por la disciplina

de sus tripulantes y la vigilancia y prudencia de sus pilotos puede evitar los temerosos escollos de la ruta.

Porque no basta haber cumplido el deber en el pasado, cuando son más premiosos y quizás más graves los deberes que el presente nos impone; porque así como sin virtud, sin la gran virtud del heroísmo, no se realiza jamás en la historia ningún ensueño, por generoso y benéfico que sea, también es cierto que sin virtud, sin la suma de virtudes sociales que implica el patriotismo, pueden malograrse las empresas mejores, pueden derrumbarse aun las fábricas políticas que debieran durar más por la solidez de sus cimientos. La estructura actual del mundo no consiente el aislamiento de ningún pueblo. Ninguno puede vivir en sí ni para sí ni por sí solo, y la misma evolución interna de cada uno depende, en tanto grado por lo menos, de los factores exteriores que lo envuelven y sobre él actúan, como de sus propios elementos interiores. Pensad, si no, en la manera y condición tan inesperadas como incom-

pletas en que al cabo llegó a realizarse el sueño del patriotismo revolucionario, por causa de nuestra situación, de los intereses generales del comercio y de los particulares de la nación americana.

Como grande, elocuente y dolorosa enseñanza, como perpetua lección y profecía, plugo al misterioso destino que fuera un día como hoy el aniversario de la fundación de nuestra modesta República, cuando el día de la víspera es el aniversario inolvidable del sacrificio de su glorioso fundador. Así, en el atrio mismo del monumento que surgió al conjuro de su genio, se ha cavado su tumba, sagrada y veneranda, porque ella guarda una de las más altas y más puras de las glorias humanas, y sobre ella brotan sin marchitarse, como extrañas flores de inmortales aromas, las más sublimes ilusiones que atormentaran, de consuno con el de su heroico pueblo, el corazón del grande hombre. Por esa coincidencia, que ya para siempre suelda nuestra vida con su muerte, que levanta sobre sus huesos a la patria redimida, perdonad

si mis ojos deslumbrados, antes que en su obra, se fijen en él, que se me aparece como se ve todavía en las ruinas de las ciudades regias del Egipto antiguo, delante de la puerta del templo y en la impasibilidad eterna del granito, el coloso del Dios benefactor, o la estatua gigantesca del imponente Faraón. Sobre todo, porque recordando su historia, la pureza de su alma, la sinceridad de su desinterés y aquella época en que actuó con tanta eficacia como grandeza, puede ofrecerse su vida como el más alto ejemplo a los que le han sobrevivido, puede ansiarse, como el mejor de los votos, que los herederos de su obra imiten sus grandes virtudes y sea siempre nuestro pueblo tan sufrido y generoso como lo fué en las grandes pruebas del pasado. Ah! sí, porque él convirtió su visión magnífica en tormentoso y agrio deber, y lo cumplió sin flaqueza; fué sincero consigo mismo y con sus compatriotas, porque jamás vaciló ni se desmintió ni un solo momento de su apostolado ante la fulguración de su sublime delirio, por lo que a través del tiempo

crudo sus palabras, que oyeron como música de arrullos y caricias y recogieron en el corazón abierto como un cáliz tantos cubanos creyentes, resuenan todavía como estrofas inspiradas de un gran cántico, como la voz doliente y armoniosa de un pueblo que agrupado en torno suyo, en los días de preparación y de ansiedad, se entró, con él a la cabeza, por el arenal desierto y sin límites, llevando en el espíritu, como el viático de consoladoras esperanzas, el desprecio de las cosas de este mundo y la resolución de bregar o sucumbir por crear la patria y realizar la justicia.

Y si él fué fiel a su propia convicción y anhelo, a los intereses mejores de los suyos, su pueblo, infatigable y magnánimo, no fué menos fiel a su corazón y su conciencia. Si él fué el guía luminoso y amado, fué también en mucha parte el producto de los que con su doctrina y su ejemplo orientaron su espíritu, y con el estímulo de sus hazañas y martirio, en su alma y en el alma cubana, avivaron el afán que impulsa a realizar las obras grandes, la piedad que

se desvive por aliviar el sufrimiento, la fortaleza que desdeña los peligros, la fe que salta confiada sobre abismos, la idealidad, en fin, que en la noche oscura mira hacia el cielo y se sumerge y purifica en la majestad de su grandeza serena y en el misterioso resplandor de su gloria divina; que la gran quimera de que se engendran, alimentan y mueren las sociedades y los individuos, pero que determina su destino y da la medida de su condición y su carácter, el miraje seductor e irresistible, ardía entonces en nuestro horizonte moral, sin que bastaran a apagarlo los horrores de media centuria de lucha y persecuciones, y lo mismo iluminaba el espíritu superior del fervoroso desterrado, que arrastraba a su pueblo, con la magia de sus promesas, prendiendo en cada alma un incendio y erigiendo en cada lejanía una ciudad encantada. En la marcha guerrera y fúnebre, los restos de la sufrida caravana señalan la larga y angustiosa peregrinación. El fué de los que muy al principio de la jornada quedaron en medio del sendero, y

ahora que hemos hecho alto—lejos del sitio en que cayera, lejos de la huesa que abriga sus despojos mortales—su pueblo, cubierto de cicatrices, serenado y enaltecido, empuñando en vez del fusil el arado, bendice otra vez su nombre y aclama agradecido su gloria. Evocando ahora la sombra augusta de quien vivió para morir por Cuba, yo le diría, siquiera me oyese muda, mirándome "a la manera de un león cuando reposa": "Vives en la inmortalidad de la historia y surges altivo y vencedor en el fantasma de nuestra memoria; ya no son tuyas nuestras cuitas; ya no llegan a ti nuestras miserias; has entrado en la región excelsa en que se mira de frente sin vértigo ni deslumbramiento la absoluta verdad y se juzga la conducta humana sin desprecio y sin cólera; si estás satisfecho de tu obra, ¿puedo saber si lo estás del mismo modo de nosotros todos, de tus legatarios y continuadores, de tu pueblo, en fin? ¿Cómo sabríamos también si piensas que lo que ha sido debió ser, y si lo que tú quisiste y tantos hemos querido, será mañana? ¡Ah! No

creo que se volviera, para penetrar de nuevo en la sombra sagrada, indignado y desdeñoso; sino que murmuraría una plegaria dolorida bendiciendo una vez más a sus compatriotas; pero si pudiera hablar de modo que le oyéramos todos aquí abajo, nos recomendaría seguramente, como su testamento y su mejor consejo, la generosidad del programa en que proclamó sus elevadas miras, cuando vivía entre nosotros; nos recordaría que jamás hubiera soñado en que se sacrificaran los cubanos para que fuese su patria presa de facciones y menos botín de aventureros; sino hogar honrado para todos los hombres de buena voluntad; ara de sacrificios grandes o modestos, pero continuos y fecundos, y no mercado de concupiscencias; colmena hacendosa y prolífica, y no almoneda de mercenarios; templo en que se rinda amoroso culto a la verdad y a la justicia, y no bazar en que se prostituyan las conciencias en el fraude y la mentira. Eso soñaba, eso ansiaba, eso procuró Martí, y eso también y no más que eso debemos procurar, debe-

mos ansiar, debemos soñar nosotros, para nuestro bien, para nuestra honra, para nuestra gloria, para que perdure la República, para que dentro de sus fronteras pueda vivir en paz, desenvolviendo sus facultades propias y sus riquezas inagotables, creciendo sano y dichoso el pueblo cubano, a la sombra de su propia bandera; que fuera mengua merecer el respeto y deber la prosperidad al amparo de una bandera extraña; cuando no hay ninguna, por amada o por temida, ninguna, por gloriosa o por benéfica, que pueda cobijarnos con más honra y mayor provecho que la que, por fortuna, jamás, tal vez, tremolaremos en orgullosa victoria sobre pueblos conquistados; pero que, enseña de paz y de civilización, es también el símbolo de las mayores energías y de los más pavorosos sacrificios que honran a la humana especie, el testimonio irrecusable de que el pueblo que supo mantenerla durante cincuenta años entre martirios y derrotas, entre ruinas y furores, en el cadalso y en la batalla, es tan digno de la independencia como capaz de

conservarla y garantirla para la libertad y para el progreso, según demuestran en nuestro crédito y para general confianza estos dos años transcurridos bajo la República en que los resultados de todo orden han superado la expectación más optimista y desarmado las más reacias aprensiones.

Pero si los cubanos debemos empeñarnos en la realización de esa obra grandiosa y fecunda, aunque vasta y difícil, los demás elementos de la población, como condición de éxito, deben concurrir con los suyos a nuestros constantes esfuerzos.

Hemos entrado en un nuevo avatar y una faz nueva de la conciencia pública. Aquí mismo, hace diez días, resonaron acentos inspirados en pro de la solidaridad y de la sinergia social. En el fondo de magníficos discursos que entonces pronunciaron entre merecidos aplausos renombrados oradores, palpitaba una idea profunda y trascendental, la idea de que era indispensable para muchos factores que nos legó el pasado, o mantuvieron entre nosotros las circunstan-

cias, una sincera y prudente rectificación. Con efecto, la conveniencia, la necesidad, la honra para todos—¿y por qué no también la gloria?—consiste en que todos acepten cordial y resueltamente la realidad que los hados, esta vez en consonancia con el mérito de ingentes esfuerzos, han impuesto y establecido. La República es y debe ser la forma definitiva y perfecta de la sociedad cubana, y la República o nada representa o es la rectificación cabal y necesaria del espíritu y el régimen colonial. Los que la combatieron deben resignarse al fallo irrevocable del destino, sobre todo si viven con nosotros. Los que procuraron la autonomía de la colonia bajo la bandera de España, si son cubanos, deben regocijarse de que la realidad haya mejorado y dignificado más todavía sus sueños y esperanzas. Y los mismos americanos deben enorgullecerse de haber encontrado, enfrente de la resignación cubana, una fórmula menos inmoral y mezquina que la brutal conquista y que en alguna manera ha armonizado, en cuanto cabe, la aspiración codiciosa que

preocupara durante un siglo a su diplomacia, con la generosa aspiración por la independencia que, por tiempo igual, atormentara a nuestro pueblo. Nuestro tesón en promover continuos alzamientos contra España y nuestra resistencia indomable en la desolación de la última guerra, en que se desvaneció toda esperanza de que cedieran los revolucionarios, les facilitó la oportunidad que acechaban. Su intervención inevitable les ha dado al cabo tanta gloria como provecho, y a nosotros, sin mengua de la honra, nos ha favorecido tanto como desengañado. Estamos quitos; porque en el balance general deben ellos agradecernos su engrandecimiento y su prestigio tanto al menos como bendecirlos nosotros, en nuestro despojo, por su benefactora protección, que fundando al fin y amparando nuestra soberanía y nacionalidad, ha abierto a nuestras aspiraciones y al progreso general, horizontes serenos e ilimitados.

En situación tan delicada como la nuestra, y para resolver los problemas que naturalmente nos impone nuestra nueva con-

dición, y otros que tal vez innecesariamente planteó, o—si es verdad lo que muchos sostienen—resolvió en nuestro perjuicio la gobernación interventora, aparece como el primer deber de todo extranjero domiciliado su coparticipación prudente y juicioso concurso en nuestros empeños; pero bajo la dirección superior del nuevo espíritu cubano; pues que al cabo ésta es nuestra patria, y no suya, y sólo nuestra es y será en todo caso la responsabilidad de sus destinos. Cuba no puede ser dirigida, desde luego, por los que hasta muy recientemente eran sus enemigos irreconciliables, si acaso no sienten todavía repugnancia por su independencia; ni tampoco por los que desean que "se cojan" el país los americanos, sacrificando la patria a mucho azúcar y mucho tabaco.

Por lo demás, ¿qué somos? ¿qué debemos ser? Somos, por de contado, americanos, aunque nunca he entendido ni qué sea la raza latina, ni cuáles puedan ser esas tradiciones y costumbres nuestras que por peculiares merezcan conservarse; somos

americanos, bien que oriundos de razas diversas, por el nuevo y grande ideal, que no proviene de la Roma de los Césares, ni de la Roma de los Papas, el ideal humano por excelencia que liberta al esclavo, que redime a las colonias, que sobre el derecho divino de los reyes, que niega, estatuye el derecho del sufragio universal, que consagra; que imprime un inri sobre las coronas opresoras de los privilegiados para ungir con el óleo santo de la revolución la soberanía de los pueblos; que trazó sobre la Biblia venerada la sublime Declaración de la Independencia de las trece colonias, y fulminó como en un Sinaí sobre las ruinas de la Bastilla al proclamar los derechos del hombre y la emancipación de las naciones, abriendo por tal manera en la historia universal una era nueva de fraternidad y de concordia con el triunfo de la razón y del derecho.

Y somos españoles también. Mas, por ser americanos—hijos y educandos de este hemisferio de la democracia y de la República—y por ser españoles—descendientes

de místicos y guerrilleros—no nos resignamos, a través de la inmensidad del océano, ni habremos de propender en lo adelante, a ser en definitiva, ni menos absolutamente, iberos, sobre todo de segunda clase. Por ser americanos, pero por ser españoles, temblamos todavía ante la vigilancia del vecino desconfiado, en el temor de que los vicios de nuestros padres que fermentan en nuestras venas comprometan en esta tierra el porvenir de su raza; de que por la fuerza de la tradición nos embrutezca o nos corrompa o nos traicione sin remedio el fraile ultramontano; de que el guerrillero indómito pierda el respeto de la ley y en un rapto de atavismo secular, con sus huestes indisciplinadas, invada el templo y profane los altares del derecho... Como americanos, queremos y necesitamos que la ley sea sacrosanta e inviolable; como españoles, debiéramos querer, y yo deseo, que no se pierda en la febril preocupación de los intereses materiales que caracteriza las tendencias del comercio y de la industria, el grano de idealismo, el místico aroma que

arde y se expande como fragante incienso en el alma caballeresca y en la historia original de la España soñadora y romántica; pero queremos más que nada—y hoy más que nunca—ser eternamente cubanos, un pueblo independiente como los demás pueblos independientes, fuerte y tranquilo, sin temor justificado a mercaderes codiciosos o traidores, y alabando en nuestro caro idioma, por sus beneficios, al Dios de la justicia que nos mira y bendice acaso, desde esa estrella serena que en el centro mismo del firmamento americano sonríe a todos los hombres al brindar a los hijos de Cuba con las divinas promesas de la perpetuidad y de la gloria, para su linaje y su bandera.

1907

ANTONIO ZAMBRANA

Discurso pronunciado en la fiesta que en honor del Sr. Zambrana celebró el Ateneo de la Habana en abril de 1907.

ANTONIO ZAMBRANA

SEÑOR PRESIDENTE:

SEÑORAS Y SEÑORES:

Han sido tantas las consideraciones que, inmotivada e inmerecidamente, conmigo ha guardado el Ateneo—como lo confirman las frases tan benévolas que acaba de pronunciar su digno señor Presidente, y a las cuales nunca había podido hasta ahora corresponder en manera alguna—, que me he apresurado a complacer a su amable Directiva desempeñando esta noche la comisión con que se ha dignado investirme, cuando—por lo demás—no es sólo muy grato para mí, sino sencillo y fácil, pues que responde a impulsos del corazón, decir algunas palabras en cumplimiento del cariñoso encargo que me ocasiona la satisfacción y el honor de presentaros—como

desde luego os presento—al antiguo compañero de la gran guerra y amigo muy querido, al soldado, al tribuno, al maestro, al escritor y literato, al jurisconsulto; en una palabra, al cubano insigne que ha brillado en la vida y brillará siempre en nuestra historia como estrella de primera magnitud—entre los claros varones, entre los grandes fundadores de la patria—en la radiosa constelación en que señalamos con sus solos sencillos nombres, en la familiaridad de nuestro amor y nuestra veneración, a Carlos Manuel de Céspedes, Ignacio Agramonte, Antonio Maceo y Máximo Gómez, Calixto García y José Martí.... y a quien, por igual motivo y análogos títulos, no llamaré sino Antonio Zambrana!

Pero, señores, esta inicial afirmación me fuerza a preguntar: ¿necesita él, por ventura, ser presentado en ninguna parte de la tierra cubana ni a ninguna reunión de sus compatriotas? Si así fuera indispensable, deberíamos compadecer a los que han sufrido, a los que hicieron sacrificios reales en aras de este país, y principalmente

a los que por él murieron! Porque dos veces ha actuado e influído grande, profundamente Zambrana en nuestra vida pública, durante la revolución de 1868, y en el período posterior de lucha pacífica y a trechos animada, por arrancarle a la metrópoli española la concesión de la que se denominaba "autonomía colonial".

Como veis, su nombre y su gloria personal están unidos, confundidos, entrelazados a esas dos grandes empresas, en los dos momentos, las dos épocas más brillantes y más angustiosas de nuestra evolución social y moral hasta 1895; sobre todo a la obra política que se desenvolvió en la década fulgurante, malograda por la fatalidad de la historia, por mil causas internas y exteriores que no voy a determinar ahora, y más que nada por el agotamiento de españoles y cubanos.

Si queréis daros cuenta de la significación y del influjo de una personalidad en la ciencia, la literatura, el arte o la política, desde el punto de vista de la evolución de las doctrinas, de las escuelas, de las ideas

y de los sucesos históricos, procurad suprimirla mentalmente del período en que brilló, y si el proceso se produce así del mismo modo sin su acción o su presencia, por muy notable que haya sido será pronto olvidada y acaso no haya verdadera ingratitud en olvidarla; de lo contrario, sólo el desamor, la negligencia o desdén hacia el pasado, o una degeneración moral, quizás pavoroso cambio, en que un pueblo se arranca de su suelo y sus tradiciones y espantablemente, a la manera del cedro gigantesco de *La Leyenda de los Siglos*, atraviesa el espacio arrebatado por la tempestad como extraño monstruo que impele el azar en la tiniebla de lo desconocido, explicarían el fenómeno doloroso de desconocer u olvidar una sociedad o una nación a quienes modelaron su conciencia o labraron y decidieron su destino.

En el orden de las ideas, que son como el alma o la energética de los hechos, si estudiáis la Revolución de 1868, no podréis suprimir a algunos de sus protagonistas, tres principalmente—Céspedes, Agramon-

te y Zambrana—sin que en la fantasía misma se manifieste un proceso ulterior muy diverso; es decir, sin que en la realidad hubiera sido muy otro el curso de los acontecimientos capitales y, en consecuencia, el desarrollo total de nuestra historia.

Dentro de aquella revolución—a par de la sublime lucha de nuestros soldados patriotas con las enérgicas y valerosas, con las disciplinadas e innúmeras tropas españolas—se inició con el alzamiento mismo y fué tomando cuerpo otra lucha, sorda o manifiesta, y realmente trágica, en la región de los principios que inspiraron la vida de la revolución dentro y fuera de Cuba, y que explica suficientemente muchas de sus mayores peripecias, ocasionando también en parte no pequeña su declinación y ruina.

No sé lo que hubiera sido al cabo la Revolución si se imponen y triunfan en la práctica las ideas en que Céspedes había nutrido su espíritu y a cuya luz inició la gran lucha por la independencia. Básteos saber que el ilustre caudillo no se propuso

desde luego sino cortar con la espada los lazos de dependencia que nos sujetaban a España. Sin su tremenda resolución no hubiera habido por entonces probablemente sublevación y guerra. El haber realizado la estupenda y maravillosa locura de rebelarse en las excepcionales condiciones en que lo hizo, le coloca muy alto en la escala de la grandeza humana, le asienta en las cimas superiores de la gloria, pone su pasmosa hazaña al mismo nivel en la admiración del mundo, si no más arriba, que la de Cortés invadiendo a México, Francisco Pizarro lanzándose sobre el Perú, o Gonzalo su hermano escalando en pavorosa peregrinación las cordilleras andinas. Pero Céspedes mantuvo y quería mantener una Capitanía General semejante o idéntica a la que se empeñaba en derrocar. Y por tal manera, su grande obra en sí misma hubiera sido incompleta, sin verdaderas ventajas, tal vez erizada en lo porvenir de dificultades y peligros, por no representar más que un aspecto del patriotismo cubano. Por que en el ideal por casi todos sus compa-

triotas acariciado, la independencia llegó a ser un medio imprescindible; pero no era su única ni mucho menos su más preciada y más alta finalidad, que sólo se completaba con todas las conquistas o aspiraciones de la democracia, cuya cifra y compendio, cuya expresión cabal es la República. El Camagüey, que se sublevó menos de un mes después, planteó el conflicto entre los principios, al organizarse democráticamente como lo hizo desde el momento mismo que tomó la admirable y audaz resolución de echarse al campo aún sin armas para combatir.

Estas llegaron a sus playas pocas semanas adelante en un barquichuelo, cuyo nombre, el *Galvanic,* suena en mis oídos como un canto sollozante del destierro, y representa en mi fantasía más, mucho más—en el orden de la fe, de la devoción al ideal, del entusiasmo, del valor y la abnegación —que el barco que con el nombre de la *Flor de Mayo* atravesó el férvido Atlántico más de dos siglos antes para cambiar los destinos de América y del mundo. No puedo re-

cordar la travesía milagrosa de aquel fantástico bajel cubano sin orgullo, sin enternecimiento, sin la impresión indecible de la miseria de todas las cosas, aun de las grandes como ésa, que no se concibe sino en la bruma misteriosa de la leyenda ó de la fábula. Porque su más valioso cargamento se componía de cerebros y de corazones. Allí iban representaciones de todo un pueblo y más de una generación. Allí, entre compañeros risueños y resueltos, como iluminados de seráfica lumbre, merecía su afectuoso respeto un joven de prodigioso talento escudriñador y de alma estoica de espartano; allí se habían juntado para pelear en la tierra amada, obreros de las ciudades y poetas endebles de cuerpo, mas de espíritu gigante; y allí, bello como Lord Byron, y arrastrando una pierna como él, iba un adolescente generoso y jovial, ignorando todavía que podría decir como un héroe del dramaturgo sin par: "el peligro y yo somos dos leones nacidos el mismo día, pero yo soy el primogénito"; por lo que nadie entonces hubiera adivinado en él, aquel

centauro luminoso que mis ojos empañados de lágrimas ya no divisan sino en el resplandor de apoteosis lejana, abrazado al titán de su rescate, junto con el cual, en la inmortalidad de una sola gloria, aparecen en el horizonte de Cuba—como dos estrellas gemelas—confundidos en la misma grandiosa intimidad de Pelópidas y Epaminondas.

Allí también—guía y consejero de todos—iba el prestigioso Zambrana. Apenas alijado el cargamento y organizadas las huestes rebeldes de aquel territorio, por el sufragio de sus habitantes se formó un nuevo Gobierno local, con el nombre de *Asamblea de Representantes del Centro*, que compusieron Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio y Eduardo Agramonte, Francisco Sánchez Betancourt y Antonio Zambrana, una de cuyas primeras disposiciones fué aquel decreto de febrero de 1869 que declaró libres a todos los esclavos de la Isla, y a virtud del cual, sin duda ninguna, había al fin de desplomarse la fábri-

ca monstruosa cimentada en el martirio de una raza.

Influían por modo decisivo en aquel gobierno y en su comarca esencialmente demócrata los dos jóvenes abogados que poco antes de la guerra habían recibido su investidura en esta ciudad; y ambos—con amigos devotos que les secundaban—emprendieron la grandiosa obra de unificar la Revolución, fraccionada, con el levantamiento de las Villas, en tres provincias independientes, y de consolidarla y engrandecerla dentro del molde americano y supremo de la República. Esos jóvenes—orgullo de nuestra fecunda Universidad cubana—eran, como habréis adivinado, Ignacio Agramonte—ejemplar augusto y postrero vaciado en el troquel desaparecido de Cincinato y Wáshington, gloria del Camagüey y honra de la humana estirpe—y Antonio Zambrana, hijo preclaro de la capital y gloria de la tribuna americana.

Sería, aunque muy grato para mí, imposible, e inoportuno además, referiros esa historia tan interesante como trascenden-

tal, y en consideración también a que "duraría mi relato un año entero"; aunque no debo callar que esos dos compañeros decididos vieron al cabo coronados sus ingentes esfuerzos, para lo cual tuvieron que desplegar eximias condiciones de diplomáticos, de hombres de estado y de apóstoles enérgicos de aquellas progresivas y dignificadoras ideas. El resultado fué múltiple y sucesivo: la Constituyente; nuestra primera Constitución; la instauración de la Cámara de Representantes; la fundación, en fin, de la República en aquel villorrio inmortal de Guáimaro, que desde entonces resuena en el corazón cubano con el prestigio hierático, misterioso y santo con que para otros los nombres sagrados de Jerusalén, o Roma, o Covadonga, o Plymouth, ciudades o lugarejos genitores en que prendieron las primeras raíces de la conciencia o la nacionalidad de pueblos y de razas.

Zambrana—para no hablar ya sino de él—había ido de lugar en lugar, de campamento en campamento, relampagueando en improvisadas tribunas, donde su divina pa-

labra difundía el calor de la vida y la esperanza, derramaba las ideas como riego de estrellas, ejerciendo, por su inspiración y artística armonía, seducción irresistible y universal, e iluminando las conciencias con las claridades de esa nueva aurora del espíritu cubano.

Cuando yo, adolescente, ingresé en la Universidad casi a tiempo que él salía, oí ya su nombre consagrado por el amor y el entusiasmo de sus condiscípulos como timbre de las aulas y esperanza legítima de la patria. En los tres años que siguieron, su fama se extendía por la ciudad; la guerra la llevó de un extremo a otro de la isla, y luego, en emigración forzada, conquistó el cariño y la admiración de la América latino española.

Si en la fulgurante tribuna de la Revolución conmovió y cautivó los corazones, iluminando las inteligencias con la electricidad de las ideas republicanas, en las tierras del continente, hasta el culto y lejano Chile, entre aclamaciones de aquellos herederos de los grandes fundadores de naciona-

lidades, fué el cantor peregrino de las hazañas de sus compatriotas, convirtió su prosa, resplandeciente de pedrerías, en estrofas pindáricas consagradas a la memoria querida de los guerreros, los patriotas excelsos, los héroes incomparables que en el suelo sagrado de la patria realizaban portentos de valor y sufrían inauditos martirios por fundar una nueva nación en este hemisferio de la libertad y de la República.

Luego de terminada la larga guerra, no para una paz fecunda y definitiva, sino como una tregua indefinida, y a tiempo de comenzar la activa campaña civil en pro de la autonomía, volvió a Cuba, cooperando en la magna y para muchos inútil, aunque siempre benemérita empresa, con la misma resolución, el mismo espíritu patriótico y la misma deslumbradora, pero, si cabe, más experta elocuencia que había puesto al desinteresado servicio de la independencia, el heroísmo y la gloria de los cubanos, infundiendo en las venas empobrecidas del partido en que se afilió, la sangre rica de hierro que circulara en las arterias

de la Revolución; mas, como signo de la vanidad de ese generoso esfuerzo de suprema reconciliación con la Metrópoli, la sombra inmortal y entonces venenosa del pasado le cerró las puertas del Congreso de Madrid, donde habría su magnífica palabra despertado los ecos del honor, de la altivez y de la guerra para convencer a la reacia España de los peligros de su obcecación y sus errores.

Y entonces, descorazonado y triste, tomó otra vez el camino del destierro. En una república hermana que le dió abrigo fué desde luego el maestro de su ávida y ardorosa juventud, y siempre, constantemente, el mismo gran apóstol de la buena doctrina. Una generación centroamericana le debe su cultura, y pueblos enteros oyeron continuamente brotar de sus labios, como enjambres de abejas de oro cargadas de purísima miel, raudales de ideas en pro de la libertad, de la justicia y de fraternal concordia.

Apenas vuelto por segunda vez a la patria, su actividad incansable y su no des-

mayada propaganda revelaron desde el primer momento la firmeza apostólica de quien no ha perdido la fe en la eficacia de las ideas y en las conquistas de la palabra luminosa y sincera. No sé si al cabo de su larga ausencia, en que sobrevinieron tantas alteraciones radiosas o sombrías, tantas risueñas o pavorosas vicisitudes, habrá sentido en lo íntimo del pecho, viéndose en medio de un pueblo diferente, entre gente nueva y diversa, lo que aquel holandés del cuento famoso de Wáshington Irving, que durante veinte años estuvo durmiendo en la montaña, y cuando bajó a su aldea, presa de estupefacción indecible, llegó hasta perder la conciencia de su propio ser al convencerse de que, menos el paisaje, todo lo demás había cambiado y era para él extraño y aun hostil, y que en su propia casa, convertida en un montón de ruinas, su último habitante, el perro que le fuera tan fiel, demostró—gruñéndole con miradas de lobo—que también le había olvidado!

En cambio, para muchos, para mí en primer término, su grata presencia, a pesar

del tiempo y los sucesos transcurridos, nos arrebata a otro mundo que más me parece haber soñado que vivido; me hace recordar las ideas que un gran poeta esculpió en los versos admirables que compuso para el quincuagésimo aniversario de la representación de *Hernani,* y que yo hubiera querido adaptar a esta ocasión para recitarlos, como entonces lo hiciera insigne artista, llevando en la mano, verde palma como emblema de la inmortalidad; porque el nombre de Zambrana, ahora como antes, debiera resonar en nuestros corazones, y en el mío resuena, como trueno lejano del combate, como distantes estampidos del cañón, embriagarnos con el olor renovado de la vieja pólvora que quemamos en la brega sin fin; y cuando se avivan, como furiosa jauría, esos ecos dormidos de nuestra historia, quien ame la patria y lo bello, la virtud y el honor, el heroísmo y la gloria, ha de sentir conmovido que pasa sobre su alma la sombra de la bandera. ¡Ay! los grandes soldados de la vieja guerra han muerto; pero ahí está todavía en pie uno de los

que en días de gloriosa palingenesia contribuyeron heroicamente a que surgiera como un sol de vida en el mezquino horizonte de la colonia el nuevo ideal de la República!

Él, que ha recorrido el mundo y conocido los hombres; que ha resistido las tentaciones corruptoras, y puso siempre desde los días de su brillante juventud la dignidad por encima del oro, casi en el ocaso de la vida se encuentra tan pobre como un jornalero, por haberse mantenido fiel—con ánimo sereno y alma pura—a la belleza, a la verdad y al ideal.

Se ha anunciado que el tema del discurso que ya estamos todos impacientes por oirle es "la mentira poética". No sé lo que haya de decir para mi instrucción y seguramente nuestro encanto: quizás sostendrá que—como yo lo creo—la única verdad, o mejor, lo que nos eleva, lo que nos purifica, lo que nos consuela, lo que nos hace mejores a nuestros propios ojos y da verdadero precio a la vida, no son los sentimientos de los hombres "prácticos", sino los que inspiran a los poetas, a los soñadores, a los

que buscan más allá de la vulgaridad y las bajezas de la tierra los bienes y goces que ella no da, la satisfacción de esa sed de ideal que no se sacia en ninguno de los impuros manantiales de aquí abajo.

Pero no me preocupa su discurso en este instante; sino que estoy pensando en el rumor que he recogido de que el amigo y el compatriota ilustre nos deja muy pronto para retornar, empuñando de nuevo su bordón de peregrino, a la tierra hospitalaria que le ama y le ha honrado y premiado con los empleos de mayor confianza en la instrucción pública, la diplomacia y la magistratura suprema; y esta nueva me produce muy honda tristeza. ¿Será verdad que los cubanos no encuentran fácilmente calor en su propia tierra? ¿Es sino y desventura acaso del cubano que ha servido a su patria no recoger, por lo general, como fruto amargo, sino la ofrenda desvergonzada de la envidia, la ruin desconfianza de la ambición, o el menosprecio de la necia vanidad? ¡No puede ser! ¡No debe ser! Y yo hago votos por que el viejo combatiente del

buen combate no se aparte otra vez del suelo en que nació.

Las agitaciones, las amarguras, los desengaños, todas esas aflicciones destructoras que él ha conocido con la vana grandeza de la gloria y la triste realidad del desencanto y del olvido, en estas latitudes castigadas por un sol de fuego que todo lo destruye y vivifica con igual rapidez en los corazones y en la naturaleza, y en que son por lo mismo tan violentas como efímeras, sensaciones de la carne y emociones del espíritu, las ha probado él para saber de sobra que los manjares con que unos a otros suelen brindarse los hombres casi siempre saben a ceniza.... y—no obstante—ahí está aún, resistiendo por la energía de su ánimo fuerte los menoscabos del cuerpo fatigado y la dura experiencia de la vida, a extremo que me pasma que tras tantas tempestades como han doblado nuestro organismo y anochecido nuestras almas, esté yo aquí enfrente de él, en esta hora otoñal en que se han marchitado las rosas de las gayas ilusiones dejándonos clavadas sus es-

pinas, para verle y admirarle, como antaño le contemplaba, erguido sobre el pedestal de su tribuna; pero con más ternura todavía; con el melancólico y casi doloroso cariño que nos inspiran las cosas y los hombres que los años consagran y esmaltan en la memoria y en el corazón, y que por eso tal vez parecen—con el tiempo que fué—mejores, y más bellos y más grandes!

1907

EN EL BANQUETE DE "LETRAS"

Discurso pronunciado en el teatro Martí la noche del 15 de abril de 1907.

EN EL BANQUETE DE "LETRAS"

No es más que la verdad, señores, lo que hace pocos momentos acaba de afirmarse, y ya estaba impaciente por repetir en alta voz: sí, la independencia y la República—y no yo, que apenas he tenido la fortuna casual de exponer como un eco débil el credo y el sentir de nuestro patriotismo—han sido las inspiradoras de esta gran manifestación patriótica y de los admirables discursos, magnánimamente concebidos, que acabamos de oír, sorbiendo por mi parte lágrimas que han estado a punto de saltarme el pecho; porque este honor tan grande, y esta satisfacción enternecida de cubano que siento, sólo comparables a mi confusión y a mi gratitud, viéndome festejado tan cariñosamente por el entusiasmo de amigos generosos y buenos, con quienes han querido cooperar e identificarse tantas

personas distinguidas—que desde aquí saludo con mi más afectuoso reconocimiento a su enaltecedora e inmerecida deferencia —son de esas emociones vivaces y hondas que jamás se olvidan y que, si no hielan la voz en la garganta, obligan a confesar a quien es tan humilde como yo, que al menos su palabra no llega a tanto como a expresar lo que goza y lo que sufre a un tiempo un corazón demasiado lleno y por tan poderosas causas conmovido.

De muy buena gana hubiera declinado este obsequio, si muy grato y honorífico, contrario a mis hábitos inveterados, a mi carácter y a la dirección que destino amargo ha impreso a mi conducta y a mi vida. A la manera que en la visión apocalíptica llovían del cielo los astros como los frutos maduros de la higuera por el labrador sacudida, vinieron sobre mí días de execración en que vi cubrirse de un sudario de muerte mi horizonte moral, y luego, el tempestuoso horizonte de la patria, apagándose ante mi corazón espantado—como en la tiniebla del naufragio los faros de la ori-

lla ante el nauta desfallecido—las místicas luminarias de mi derrotero. Se hundieron como soles, en lo infinito obscuro, aquellos ojos que eran para cuantos los miraban auroras de inefables esperanzas, y también esos otros en cuyo fondo, como al través de misteriosas esmeraldas, desfilaban en las peripecias de sublime Ilíada las glorias inmortales del pasado. Y a poco, como párpado que eclipsa la postrer mirada del que muere, un cielo encapotado ocultó la estrella heráldica que desde su lago de sangre iluminaba el continente americano con los resplandores del heroísmo y del martirio.

Un mes después, por encima de nuestras cabezas, cual nuncio de celeste cólera, el huracán en alas del viento y de la sombra cruzó rugiente y veloz, dejando tras sí abatido el orgullo humano y amontonados en hecatombe gigantesca los árboles corpulentos y alterosos. Pero más rápida en su poder reparador la naturaleza que los hombres, mientras la estrella todavía no ha vuelto a fulgurar sobre la patria secuestra-

da, otra vez en pie los titanes vencidos se han engalanado con la pompa de su verde fronda.

Y ¿tenía yo acaso el derecho de rehusarme, siquiera para unir mis votos a los votos de tantos corazones que suspiran por que renazca incólume la patria como retoña y florece la arboleda? Siendo ésta una hora angustiosa de prueba, no me he considerado con el derecho de estorbar a los que han creído deber juntarse practicando en esta comunión espiritual uno de los ritos de su religión consoladora; a los que todavía, por no desesperar de sí mismos, no desesperan de la justificación de los fuertes y sienten piadoso respeto por el pueblo cubano. Estoy, pues, aquí, complaciendo los deseos de la amistad, porque son ellos también impulsos y necesidades del patriotismo en la confusión de las ideas y el encono de los intereses, en esta como anarquía moral, en que lo único que puede salvar la nacionalidad en el esplendor de su integridad y hermosura es la fe en la rectitud ajena, el respeto a la superior con-

veniencia de los intereses más altos y sagrados, y sobre todo la confianza en nuestro derecho, nuestro desinterés y nuestra virtud; o, diciéndolo en una palabra, en nuestro corazón y en nuestra conciencia.

Para los agoreros de nuestra ruina la República ha muerto; para empedernidos mercaderes la República, no debe renacer. Su destino, como la túnica del Salvador, está en las manos impías que tienen prisa en repartirse sus despojos. Enseñoreados de la plaza pública, y a la sombra del mercado, todas las pasiones, todos los apetitos, todas las audacias pregonan nuestra ignominia y piden ejemplar castigo: ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! vociferan furiosos escribas y fariseos ante las gradas del Pretorio; y no hay sarcasmo cruel, ni injuria violenta, ni blasfemia brutal, ni atrocidad monstruosa que no silben como venenosas sierpes para recabar y consumar el sacrificio. Otra vez el odio, la bajeza, el vientre, la hiel tienden a Job en el estercolero y levantan un patíbulo en el Gólgota. Otra vez vuelve a ser irrisión el patriotismo, ludi-

brio la esperanza, insania la dignidad moral, mentira la justicia, utopía el derecho. Los que se dicen "prácticos"—curiosa palabra cuyo sentido no se encontraría mirando la escala de Jacob hacia arriba, sino mirando hacia abajo desde su primer peldaño—se ufanan de su sabiduría como de un honor y un privilegio exclusivos, en cuyo nombre condenan desdeñosamente a los demás—a mí, a vosotros por consecuencia—como minoría de soñadores e ilusos. Y otra vez se procura hacer mofa del pueblo que quiere vivir libre, respetado y tranquilo en su solar, y de los que se duelen de los ultrajes y los tormentos de la patria, ese Cristo vendido, negado o desconocido, que se siente desamparado en sus celestiales ansias, dudando de su propia obra, dudando de la virtud y de la verdad, dudando, en fin, de la suprema justicia, al contemplar desde el ignominioso madero, en la tristeza de este caliginoso crepúsculo, la indiferencia de los cielos, la cobardía o vileza de los hombres, las iniquidades del mundo.... y mientras agoniza horroriza-

do le roen sus quebrados huesos los enormes clavos y le muerden las sienes ensangrentadas, como llamas de un áspid de fuego, las espinas de sarcástica corona!

Dos hechos extraordinarios, de esos que los supersticiosos antiguos hubieran contemplado como presagio de calamidades y ruinas, porque no se conciben sino en épocas de trastornos pavorosos, como síntomas de descomposición y muerte, en que la razón se nubla y debilita, desfallecen los ánimos y se apagan en la conciencia las ideas que iluminan y guían a las colectividades en su marcha fatigosa o triunfal, están empeñándose en determinar y afirmar a nuestra vista, conmoviendo e inquietando al país alarmado, cabalmente los que aseguran que buscan la paz en la calma de los espíritus, a la invocación de no sé qué principios, que así en definitiva resultan, por liberticidas y anticubanos, un radicalismo reaccionario y subversivo. En tanto que los extranjeros en nuestra propia casa, que creen ya suya, nos declaran incapacitados o menores, por el interés de sus agios afor-

tunados y de los negocios sin entrañas, no han faltado, por desgracia, políticos imprevisores que se empeñen en abrirles de par en par las puertas del hogar violado, en crearles una situación excepcional, sin notar acaso que laboran contra sus propios hermanos al procurar así fundar por medios artificiales, con inaudito afán, una como aristocracia de gobierno asentada sobre la doble base del voto plural a favor de una casta improvisada y del voto electoral a favor de extraños a quienes les importa muy poco la condición internacional de Cuba. A esa reorganización perturbadora—que contraría la Constitución de la República en su letra y en su espíritu; que contraría nuestras tradiciones y nuestras glorias; que contraría el sentido democrático de nuestro siglo y de nuestro pueblo; que contraría con violencia la naturaleza humana; que contraría, en fin, a la justicia, y que por encima de todo pone en peligro la libertad y amenaza de próxima muerte la nación—ha echado mano un puñado de hombres para mí equivocados, aun cuando

se ha creído que de todos los extremos del horizonte vinieron a juntar en una misma hoguera de odio, los rencores y las cóleras de pasados desastres, pretextando necesidades imperiosas del orden público, que nadie puede ni debe amenazar, y la defensa indispensable del capital, que todos respetan y que tantos reverencian! En nombre de la paz material, de los intereses materiales, del dinero ajeno, del comercio y de la industria, de eso que llaman "civilización", y que tiende a convertir este país en factoría cosmopolita y en bazar que todo lo ponga en almoneda, se proclama la ineludible necesidad de defenderse; pero, ¿defenderse de quién? ¿defenderse contra quién? Suponen y declaran que estamos a punto de hacer un nuevo ensayo de República, por la sola voluntad del Gobierno de los Estados Unidos; pero que sería muy breve y que sería el último; porque en cuanto otra vez se retiren las tropas americanas, volverán a sublevarse los cubanos; o grupos de malvados hundirán los puentes, destruirán las alcantarillas e incendiarán

los cañaverales. ¡Ahora sí comprendo que me llamen iluso! Porque seguramente no siento esos desvaríos de fingido terror; porque no creo que nada justifique semejantes aprensiones; porque no puedo convenir en que sea éste un pueblo excepcional que se subleva por idiosincrasia, sin razón y sin motivo; porque no puedo tampoco hacerle la injuria de concebir que se complace en la anarquía y la destrucción, en su ruina y su deshonra; a menos de probarse que, repentinamente, ha perdido la conciencia de la nacionalidad, la conciencia del peligro, la conciencia del honor, la conciencia de la responsabilidad; y eso sería tan estupendo y monstruoso, que lo rechazo de plano por imposible!

Se me figura que si por miras exclusivamente económicas, lo que se necesita, para que Cuba en plena paz varsoviana se convierta en una finca de explotación, a merced de sus dueños distantes y despreocupados, es que su pueblo se diferencie de los otros por su insensibilidad y absoluta sumisión, que tenga el poderío singular de

emanciparse de las leyes que rigen la naturaleza humana, y que son leyes universales, de manera que lo que sientan como repulsivo y deshonroso los demás, sea para él motivo de satisfacción y de contento; entonces sí comprendería que de él se exija y se espere todo: que no repela el voto plural; que aplauda el voto extranjero; que se arrastre como un mendigo; que se arrodille como un esclavo; que clame por el protectorado; que con nostálgica desesperación vea en la vieja colonia la meta de sus anhelos y con impaciencia febril en la colonia nueva el colmo de los honores; que, en fin, realice el portento de sentir asco por la República sin sentir al propio tiempo el desprecio de sí mismo!

Mas, señores, como todo ello fuera posible y hacedero no habría ni dificultades, ni dudas, ni conflictos, ni peligros; pero lo que cambia la faz del problema es que ya el pueblo cubano ha conocido y amado la República; ha visto en ella su escudo, las glorias de su pasado, la garantía de su porvenir; por quererla verdadera, real y pura

ha comprometido su destino y el suyo; ella ha sido la realización del sueño de su patriotismo, que fué la gran creación de sus virtudes y dolores; por lo que en vano se empeñarán en que renuncie a lo que nació de sus entrañas desgarradas y es la condición esencial de su existencia, lo que por lo mismo no puede desaparecer de su alma sino ahogada por la conjuración de la fuerza y la protervia; como sólo muriendo el que cegó después de haber contemplado la selva, el firmamento y el océano renunciaría a la dicha de verlos otra vez, cuando sonríen resplandecientes en el fondo de sus pupilas apagadas!

No ha de importar al cabo que los que maliciosamente proclaman nuestra incapacidad y fingen terror anunciando como fatídicas Casandras pavorosas desventuras y desastres, declaren, en beneficio de intereses extraños, que hasta hace poco vivíamos y quizás vivamos todavía en la Edad Media, por lo que, como pueblo semibárbaro, es prudente y saludable sometemos a un protectorado de duración indefinida, seme-

jante al que ejercen los ingleses en Egipto, invocando la civilización para engañar y corromper al poderoso a fin de despojarnos hipócritamente de las tierras que nos quedan y sujetarnos a la odiosa servidumbre de capitalistas extranjeros.

¡Y se me ha llamado repetidamente "idealista poco práctico," porque en intuición previsora quise amparar y proteger la tierra, y con ella nuestra supremacía política, contra invasores taimados! Pero algún día se dirá, en cambio, que otros, y no yo, tuvieron la culpa del desastre si el desastre sobreviene; por más que no me consuela que al cabo de tantos afanes y sacrificios hayan la imprevisión y el egoísmo desatado las corrientes a que debieron y pudieron nuestro patriotismo y nuestra lealtad oponer el dique que contuviera su impetuoso desbordamiento. Porque entre las pocas cosas amadas que me restan todavía está ese ensueño glorioso al que tantos se ofrecieron en sublime holocausto, esta República edificada sobre el corazón de tantas generaciones, por cuyo manteni-

miento y perpetuidad son incontables aún los que con júbilo ofrendarían su vida, y ¡antes quiera piadoso el destino cerrarlos de una vez, que vean mis ojos la plutocracia extranjera señoreada de esta tierra que amasaron con lágrimas y sangre nuestros hermanos y nuestros padres; porque ni siquiera sería la patria honrada y feliz de nuestros hijos!

Así no os sorprenda que por miedo al porvenir con que nos brindan, me espante de lo que consideran y llaman "la civilización" quienes para mí son emisarios o heraldos y apóstoles de disimulada y funesta barbarie; porque creo, con espíritus realmente superiores de nuestro siglo, que—aun cuando lo fuera de algunos anglosajones o germanos—no es, sin embargo, el ideal más alto y respetable de la civilización multiplicar las necesidades y los apetitos para exasperar actividad calenturienta que proporcione la enormidad de la producción a la bulimia del consumo. No vive la humanidad tan sólo de pan, y por eso cabalmente el más alto ideal para ella no

es hacer dinero de cualquier modo y entrarse por las tierras ajenas para ocuparlas en nombre del delirio ambicioso de la industria y del comercio, llevando detrás una escuadra de acorazados. El ideal más elevado de la civilización es el que pone el derecho por encima del hecho; el que reconoce la supremacía del derecho sobre el hecho; el que somete la naturaleza y la sociedad a la razón; el que no equipara las naciones a las manadas de bisontes o a las cavernas de los tigres; porque sobre el darwinismo naturalista, que puede ser ley de las especies brutas, coloca la justicia y la fraternidad como ley de la vida humana, y proclama por la voz de la filosofía, que es tan permanente y sublime como en la noche serena la inmensidad fulgurante de estrellas, el sentimiento de la humana dignidad que en el fondo de la conciencia enaltece y consagra al mísero mortal como si fuera criatura e imagen de la Divinidad sobre la tierra!

Por fortuna, contamos aún, y debemos contar, con el honor y la moralidad, con el

alma del pueblo americano, para quien no han de ser letra muerta los pactos y tratados; por lo que es inútil que se nos rebaje hasta pretender que somos un pueblo medioeval, a fin de cohonestar la audaz presunción de considerarnos indignos de superiores destinos; y cuando es lo cierto que por la acción constante sobre nosotros de la verdadera civilización en que se engendraron los principios humanos, justicieros y fecundos, que son el alimento de la vida moral y política de los Estados Unidos, empeñamos durante casi un siglo magna y desigual contienda con España, en que representamos el espíritu nuevo, el nuevo derecho promulgado en sublime Decálogo por la santa América de los puritanos, cuyos versículos, escritos con sangre de sus venas, han sido la fulgurante revelación de una nueva conciencia en la historia que en todos los esclavos y oprimidos de la tierra encendió la lumbre divina y consoladora de la esperanza. Y con sangre de sus venas, antes que aceptar a Cuba a título de botín de guerra, como creó el otro día su sabia

y previsora política una nueva república en el Istmo de Panamá, instituyó esta república del Golfo, por respeto a los sacrificios y al heroísmo del pueblo cubano, sobre todo por respeto de sí misma y a impulsos de sus generosas y civilizadoras tradiciones, por cuyo mantenimiento y para cuya propagación y gloria únicamente ha desenvainado esa ponderosa espada que—como un día remoto declaró en uno de nuestros campamentos el ilustre compañero e insigne tribuno que fué el verbo peregrino de la Revolución Cubana—no es la espada con que Gustavo Adolfo y Napoleón afligían y atormentaban a los pueblos; sino la espada con que Wáshington y Bolívar hicieron resonar de pueblo en pueblo, por el continente más luminoso del planeta, estas palabras: "¡patria y libertad!" Quien contra ellas, quien contra nosotros conspire, no tiene el derecho a invocar el nombre y los principios de los Estados Unidos; antes sería traidor a los Estados Unidos y apóstata de su religión sacrosanta de emancipación y de justicia.

Podemos, pues, tranquilizarnos, según las recientes declaraciones que el Secretario de la Guerra dirigió a un eminente compatriota nuestro, y robustecer nuestras legítimas aspiraciones; porque, sobre todo, en armonía con nuestros sentimientos más profundos están los más puros sentimientos de la gran nación vecina, y lo están, para nuestra mejor garantía, el carácter, los propósitos inflexibles y aun las doctrinas mismas del hombre superior que el voto de sus conciudadanos ha puesto a su cabeza; el soldado valeroso que combatió, a par de las huestes descalzas y enflaquecidas de Calixto García, por la independencia de Cuba: ese Presidente Roosevelt, que si es un hombre admirablemente práctico, aparece a los ojos del mundo como un grande hombre, porque es un puritano y un generoso idealista, que ha predicado "el Evangelio de la esperanza y del esfuerzo triunfante." Tengamos una fe que no puede ser ilusoria en la razón serena, en la noble lealtad y en la justificación de quien ha clamado siempre contra la impureza y

la iniquidad. Inspirémonos en aquella idea suya, que parece un legado moral de Benjamín Franklin, de que es indispensable introducir la honradez en la política, aunque no sea sino porque, aun como negocio, es una fuerza que rinde más que la injusticia. Merezcamos así, con el respeto de los extraños, nuestra propia mutua estimación. Merezcamos, por encima de todo, que nadie se considere autorizado en nuestras pasiones y nuestros errores para arrebatarnos el derecho de dirigir la República. Una nación no puede subsistir sino asentada sobre una base común que respeten y sustenten todos los ciudadanos. Norabuena que se aparten en agrupaciones organizadas las tendencias políticas diferentes; pero todos los partidos legítimos y beneficiosos deben fundarse en el respeto a la Constitución y a las leyes e inspirarse en el sentimiento sincero de la nacionalidad.

En tal concepto, el único obstáculo que se opone a la resurrección de la República está en nuestras manos removerlo. La antorcha que la estatua de la isla Bedloe le-

vanta en su extendido brazo como una aurora boreal no alumbra a los corazones americanos sino los caminos del honor y la justicia. Pero es indispensable que ilumine también los nuestros con su plácida lumbre, y que no nos miremos más los unos a los otros al rojizo resplandor de la discordia. Nadie ni por ningún motivo tiene nunca, y hoy menos que nunca, el miserable derecho de perturbar y dividir la patria. Ante su altar augusto debemos deponer contritos las ambiciones y la cólera, y seque nuestra maldición la mano que se alce audaz contra la concordia y la paz! No sé quién dijo que el principio de las cosas no fué el Verbo, sino el Amor, y yo clamo por que venga compasivo a confundirnos en un ósculo santo de fraternidad, al término de nuestras querellas olvidadas! ¡Ah! Sé que todavía habrá quien piense que pido demasiado, cuando yo creo que pido solamente lo que está a nuestro alcance. No importa; seamos como aquel joven pastor que perdió la fe, y un día se presentó pálido, desencajado y desfallecido en medio

de una asamblea de sacerdotes escépticos, pidiéndoles, con acento de infinita angustia—como yo por la salud de la patria lo pido a la nobleza de sus hijos—: un milagro, un milagro!

1910

Discurso pronunciado el 19 de febrero de 1910 en el banquete que en el Gran Teatro Polyteama le ofrecieron sus amigos con ocasión de su nombramiento de Secretario de Estado.

¿Qué podría yo decir, señores, suspendido y extasiado el ánimo por los encantos de divina elocuencia que me ha sacudido hasta las fibras más hondas, y sobrecogido de intensa emoción por la magnanimidad con que ella me ha recomendado y el cariño con que me habéis acogido, si no logro dominar la impresión profunda que me ahoga; ni qué lenguaje fuera yo capaz de emplear que correspondiese a tanto esplendor y tanta gentileza, pues que nunca podríais concebir, ni yo acertaría tampoco a deciros, cuán disminuído y confuso me siento viéndome, como envuelto por una guirnalda de almas, en medio de este concurso de damas fascinantes, amigos fieles y compatriotas excelsos? Hasta aquí me ha arrastrado un grupo de los que amé siempre, arrancándome a la tranquila obscuridad de mi retiro melancólico, con motivo del nombramiento recientemente re-

caído en mí por la buena voluntad y la particular confianza del señor Presidente de la República; y ante tamaña honra, que excede en demasía a lo que yo pudiera soñar si alguna vez hubiese soñado en preeminencias o me hubieran atormentado la ambición o la vanidad, no me es dado forjarme la ilusión embriagadora de que promueve tan afectuosa y caliente simpatía mi sola personalidad tan humilde, ni que sea por mí merecida, ni por mi propia modesta historia justificada.

Mas, como quiera que sea, si al rodar de las vicisitudes de tiempos turbulentos malignas pasiones me infirieron agravios, que siempre olvidé muy pronto, y sañuda adversidad abrió en mi alma profundas heridas que ningún díctamo podría jamás amortiguar, es ésta una de esas manifestaciones de la vida social que reconcilian con la humana condición y en que la ajena bondad derrama sobre las úlceras ardientes su balsámica miel, y, al modo que el aceite portentoso aquieta las olas tumultuarias, serena el espíritu que, bañado como de ce-

leste lumbre, asciende a regiones elíseas en que se desnuda de su amarga corteza de penas y deseos.

Por este momento fugitivo de delicia tan pura en que el desalentado Fausto no creía y que buscaba en ansias indecibles, y ahora, que entre luces y galas y contento el mundo me aparece como si no hubiera sino perfumes en los aires y amores en las almas, si pretendiera daros una idea, siquiera remota, de la impresión que me producen tan señaladas muestras de consideración y afecto, de mi cariño a los cubanos devotos que prepararon este generoso obsequio; si intentara expresaros cuán grande, cuán incomparable es mi gratitud a tanto amigo bueno, a tanto noble compatriota que me honra—embargada casi la voz en mi garganta, paralizado casi el pensamiento—, abriría los brazos para estrecharlos contra el pecho en que, demasiado comprimido el corazón, pugna por estallar en sollozos de acongojada ternura.

Bastará, no obstante, para haceros comprender que haya cedido, mas no sin resis-

tencia de mi parte, a los propósitos de los compatriotas que os convocaron y a cuanto significa tan numerosa y selecta concurrencia, la consideración decisiva de que no ha podido ser el pensamiento inicial de la organización de esta fiesta únicamente rendir un homenaje tan grande a un hombre solo, por grande que éste fuese; sino el superior designio de aprovechar en beneficio y promoción de los intereses morales del país, un nombre, entretejido a las memorias alentadoras del pasado, y estimado tal vez porque en aquel que supo glorificarlo con las heridas de su cuerpo mutilado y la romántica poesía de su historia, simboliza el heroísmo en fieros combates por la redención de la patria, y en mí, que al menos he procurado conservarlo sin mancilla, acaso representa los esfuerzos de una voluntad que ni ante los furores del cielo y de la vida pactó jamás con la maldad y la mentira; porque en la conciencia alarmada de previsor y adolorido patriotismo se siente la necesidad, por causa de las pasiones desatentadas y del egoísmo irreflexivo, de avi-

var en nuestro pueblo, desconcertado y quizás enfermo de escepticismo deprimente, la llama moribunda del ideal, de encender una vez más en los altares casi abandonados los apagados cirios de la fe y de purificar e iluminar el ambiente deletéreo y obscuro con los aromas de sagrado incienso y el benigno resplandor de la esperanza.

He aceptado, en consecuencia, el cargo que se sirvió confiarme el señor Presidente de la República, en condiciones muy difíciles y comprometidas; pero—¿qué queréis? —no encontré a mano pretexto ni excusa decorosos para haberlo declinado. Mi investidura de senador, que por su honorífico carácter electivo me hubiera sido muy grato conservar, tocaba en breve a su término; y, por otra parte, abrigo el convencimiento de que antes de procurar la ruina de esta situación, porque puede traer aparejadas al propio tiempo nuestra ruina y nuestra ignominia, debemos hacer cuanto esté a nuestro alcance por mantenerla y afianzarla; que los cubanos podemos separarnos por diversos puntos de vista, a tenor de

los respectivos programas políticos, mas debemos permanecer identificados siempre en el propósito de afirmar las instituciones. y amparar la independencia del país; y doy gracias al destino que me permite todavía, a pesar del tiempo y los desengaños de la vida, prestar a tan nobles empeños servicios aún más meritorios porque serán obscuros e ignorados, consintiéndome desangrar silenciosamente por esta tierra para nuestro patriotismo sagrada. Me ha sido dado encontrarme envuelto en los torbellinos de nuestra tempestuosa historia contemporánea, y es al cabo motivo de satisfacción y de esperanza ver realizado, siquiera en parte, en los finales de la vida, el pensamiento fecundo y el ensueño generoso de la primera juventud.

Aunque es ventura mayor y más consoladora todavía que mis compatriotas no hayan querido olvidarlo, que crean más bien que es útil recordarlo y decirlo, a extremo de haber designado, por sugestión de nobilísimo civismo, y honrándome más si cabe, para que interprete su devoción y su

entusiasmo, al orador insigne, honra de Cuba, gloria de la fulgurante tribuna española y capaz de haber participado en los mismos banquetes de Platón, donde la mágica lengua que en sus labios de oro modula estancias primorosas rivalizara con el olímpico idioma en que el ciego divino inmortalizó a los héroes y los dioses paganos. Él mismo puede servir de ejemplo por su decorosa consecuencia política, pues que no dejó caer al suelo la noble bandera a cuya sombra combatió por la buena causa de su tiempo, cuando quiso el destino plegarla, impidiéndole incorporarse a las bandas alegres que pasaban bajo su ventana tocando el himno victorioso; pero ha sido siempre buen consejero y amigo de su gente el sabio jurisconsulto que, alentado de patriotismo sereno, constantemente ha procurado, como esta noche acaba de dar galano y elocuente testimonio, propagar los principios más fecundos del derecho en pro de las mejores conveniencias del país, sin flaquear en su empeño de fundir en el molde de una amable y robusta nacionalidad los elemen-

tos antagónicos que entre nosotros, como en los demás pueblos, tras los trastornos y las cóleras de sañuda guerra, bullen desorientados para ocasionar conflictos destructores, o depositar, aplacados al cabo, el sedimento en que como sobre el granito terráqueo se asienten perpetuamente una nueva patria y una nación consolidada.

Porque la verdad es, señores, que acaso más que nunca necesite y reclame nuestra patria del amor de sus hijos, el ejercicio de las virtudes más difíciles, y no para que mueran por ella estérilmente; sino, al contrario, para hacerla respetada, dichosa y perdurable. Hemos alcanzado una época oscura y comprometida que pone a prueba la abnegación, la cordura y la fortaleza de los cubanos. El mundo todo sufre de profunda crisis moral; el progreso de la industria, antes que realizar la ventura de los pueblos, aviva los apetitos y enciende hostiles concupiscencias. Las ideas fundamentales que por siglos han guiado y disciplinado a las naciones civilizadas, vacilan y se eclipsan ante los embates de la crítica

y al impulso arrollador de las pasiones descreídas.

El patriotismo también ha entrado en un período de crisis pavorosa: en el seno de las nacionalidades, trabajado al presente por contrapuestas necesidades e intereses, se desarrollan fuerzas incalculables de que dependen nuevas formas y combinaciones del derecho y de la vida universal, a la par que el mundo terrestre se retuerce y estremece en sus tenebrosas entrañas por la energía de agentes arcanos, y esos misteriosos movimientos de la sociedad y del planeta, si espantan la ignorancia de los hombres, prosiguen sin descanso la obra inescrutable de eterna evolución.

No es posible negar tampoco que entre nosotros existe algo muy semejante a un estado de guerra sorda entre los diversos elementos que componen nuestra sociedad perturbada. Los extranjeros apenas se funden con nosotros; la industria y el cocomercio están en sus manos; pronto puede estarlo también la agricultura; los odios del pasado no se han aquietado y desvane-

cido, para amenaza de la paz y la estabilidad de la República, y mientras surge el espíritu de casta delineado por el regionalismo, por los mismos negocios y por la fortuna, parece que hay quien pretende hacer olvidar a los hombres de color que nos empobrecimos y arruinamos por ellos; que, como decía aquel Martí que tanto los amó, sufrimos como ellos y más que ellos, y bregamos bravamente por nuestra libertad y por la suya; acaso pretendiendo los corifeos de tan abominable locura que se conviertan en infames libertados levantando mano sacrílega contra sus esforzados libertadores, para sumir a su tierra generosa en el espanto de una guerra de razas que, si puede ser amenaza momentánea de la civilización, seguramente ocasionaría desde luego la ruina de sus provocadores, obligando a esta sociedad a dar un paso atrás en el sendero que ha emprendido y necesita recorrer sin tropiezos, de la fraternidad y la justicia.

Empobrecidos por las guerras y las expatriaciones; perdiendo cada día las fera-

ces tierras que por carecer de espíritu de asociación no supo conservar y fecundar la imprevisión necesitada; envueltos por extraños prepotentes que han debido su preeminencia económica a un cúmulo de circunstancias fortuitas; invadidos lentamente, en penetración incontrastada, por sociedades capitalistas y por empresas atrevidas y resueltas que, si cada día contribuyen a la producción, pero sobre todo a la riqueza ajena que emigra de la tierra, van desalojando de sus antiguas posiciones a la población nativa, amenazada a la larga de enflaquecimiento y ruina, apenas si restan a los cubanos, anegados en la inundación que se desborda, los empleos públicos y su heroica bandera como signos externos y palpables de su existencia colectiva y su nacional soberanía. En contacto íntimo con extranjeros numerosos, unos, que no han aprendido a amarnos todavía, otros, que no han aprendido todavía a respetarnos, y en medio a condiciones tan desfavorables de todo orden, nuestros esfuerzos mejores deben aunarse y concertarse a fin de con-

servar en nuestro dominio lo que nos resta de nuestra tierra, de merecer el respeto, y si posible fuere, el cariño de cuantos convivan con nosotros, procurando sobre todo que la paz moral y la paz material estén absolutamente aseguradas, que sea tan puro y justiciero nuestro Gobierno como ejemplar la administración del país, para que nadie se atreva a concebir ni en diabólica pesadilla la idea criminal de derrocarlos y mudarlos, ni por la traición intrigante ni menos por la fuerza desconsiderada. Yo bien sé que si a impulsos de codicias insensatas, atropellando el derecho, conculcando la justicia, bárbara ambición, en contubernio con el agio desalmado, intentara convertirnos en casta miserable y sometida, despojándonos del territorio y suprimiendo esta nacionalidad que brotó, como fruto de bendición, de sangre derramada a raudales y del sacrificio de varias generaciones de héroes, encontraría en su camino de horrores, fulminando llamas como gigantesco volcán, ese corazón de los cubanos, capaz por desgracia de lamenta-

bles extravíos, pero pronto a palpitar, con pulsaciones de titán, ante los peligros de la patria, como a responder con armonioso ritmo de fraternal concordia, en su franca hospitalidad e inagotable filantropía, a los lamentos del dolor ajeno y a las angustias del infortunio menesteroso.

Aunque antes de pensar en las reivindicaciones de la fuerza, debemos cultivar las indispensables virtudes de la paz. Nuestro tiempo y nuestra situación nos imponen la responsabilidad de una misión más alta que cumplir, y consiste en restañar las heridas de la guerra, en rehacer y acrecentar nuestra hacienda, y en apagar las cóleras que ha dejado hirviendo en nuestra sangre la reciente discordia civil.

Nunca—podemos declarlo para nuestra excusa—han progresado los pueblos, ni alcanzado superiores desenvolvimientos, sino entre fatigas y dolores; ni tampoco en parte alguna ha derramado la libertad sus divinos resplandores en la conciencia de los pueblos sojuzgados, sino empapada de sangre y blandiendo irritada centelleante

espada; pero si es condición inevitable conquistarla entre desastres y furores, no es posible mantenerla sino bajo los dictados y las serenas inspiraciones de la razón y la justicia. Por eso el gran orador que acabamos de aclamar, al cabo de una vida afanosa de brillantes triunfos en la tribuna pública y en el Parlamento de la antigua Metrópoli, no ha desmayado en el noble empeño de recomendar a su pueblo el sacrificio de malsanos intereses privados en aras del bien común, y la disciplina de los caracteres y de los partidos, como condición indispensable al mantenimiento de la cordialidad social y de la paz pública, sin las cuales sería ineficaz, si no imposible, el ejercicio del Gobierno; aunque él, como muchos, acaso esperan demasiado de mí en este nuevo rumbo que las circunstancias me señalan; porque yo no soy más que un hombre de buena voluntad que, únicamente contando con la sabiduría y el patriotismo de mis compañeros y colegas, podría llevar a las deliberaciones del Consejo y al desempeño del cargo que se me ha enco-

mendado, la preocupación por el bien público, el desinterés de opiniones leales, la firmeza en el cumplimiento de todos los deberes, el primero de los cuales ha de ser que el Gobierno que nos rige, en cuanto de mí dependa, sea un dechado a los ojos de propios y de extraños, una garantía de las instituciones, por su acatamiento a la Constitución y a la Ley, de tal manera, que sería para mí una verdadera gloria que, por la eficacia y el éxito de tales propósitos, cuando el señor Presidente de la República deje el Poder que el voto de la mayoría ha confiado a sus manos, merezca seguir gozando en larga vida del respeto y admiración del mundo, entre las bendiciones de su pueblo.

Abrigo la firme confianza de que así ha de ser para su gloria personal, crédito y honor de su partido y tranquilidad del país; porque él ha subido a la cumbre de las responsabilidades por la voluntad, en el libre ejercicio del derecho electoral, de ambas ramas del liberalismo, que en la reciente guerra civil proclamaron e inscribieron en su bandera de combate la defensa y el

mantenimiento de la Constitución; por lo que está decidido irrevocablemente a la práctica consagración de sus fundamentales preceptos y al enérgico cumplimiento de las leyes, es decir, al respeto de todos los derechos que la Constitución estatuye, y, hombre moderno que ha respirado hasta en el ambiente de la extraña cultura, reconoce como la condición acaso más esencial de los gobiernos democráticos el desembarazado ejercicio de la libertad del pensamiento y de la palabra en todas sus formas, pues que si el Poder Judicial, con las garantías de racionales procedimientos, es el encargado de contener sus demasías y reprimir sus transgresiones y violencias, a instancia de la parte dañada u ofendida, nadie, y menos él, podría negar los beneficios de la vigilante y honrada fiscalización de la prensa y de las advertencias y consejos de sus más nobles y mejor inspirados mantenedores. Por medio del periódico se exteriorizan todas las opiniones, se manifiestan todas las necesidades, se forma, en una palabra, esa opinión pública que brota

de las entrañas de la sociedad, y como derrumba, sumiéndolos en el descrédito y la impotencia, a los poderes abusivos, o concupiscentes, o irrespetuosos, es en cambio la égida y el paladium de los gobiernos que, ansiando sólo la ventura y la gloria del país, se inclinan reverentes ante la sagrada majestad del derecho.

Y también tengo para mí que si son muy graves los peligros y perjuicios que pudiera ocasionar la represión del pensamiento, más trascendentales todavía habrían de ser—como por desgracia lo atestiguan recientes y dolorosas calamidades—los que traerían consigo el desconocimiento y la falsificación de la libre voluntad del pueblo en el ejercicio del derecho electoral, y me cabe la satisfacción y la honra de declarar, en nombre del señor Presidente, que está él tan penetrado de que el mayor de los infortunios sería para Cuba que otra vez permaneciera en el poder durante las elecciones generales quien consintiera en la propia reelección para el cargo supremo que él ahora desempeña, que ha tomado la re-

solución, que desde aquí proclamo, de no permitirlo por su parte, a fin de garantizar, en cuanto de él dependa, que todos los ciudadanos puedan confiadamente depositar sus votos en las urnas con la absoluta seguridad de que él sabrá imponer a todos por igual el acatamiento de la ley, para que nadie se atreva a burlar la voluntad nacional y así triunfe en los comicios el verdadero candidato de la mayoría, creyendo por tal manera contribuir a la estabilidad de la República y al imperio de las leyes, ya que el destino no le conceda la satisfacción de servir mejor, como quisiera, la santa causa a que ha consagrado todos sus empeños, lo mismo entre las dificultades de la paz que cuando en los tiempos de la guerra le ofrendaba a todas horas su vida.

Por esa noble disposición de su ánimo no he vacilado en prestarle el concurso de mis escasas fuerzas para contribuir también por mi parte a la obra generosa y fecunda de preparar el porvenir asentándolo en la satisfacción de los espíritus, en el seno de esta sociedad, donde por largos años y por

desgracia todavía, la naturaleza y la historia, como el coro de las musas en el Himno de Apolo atribuído a Homero, cantan, entre esplendores y lamentos, los dones eternos de los dioses y las miserias infinitas de los hombres; y al propio tiempo mantendrá el Gobierno las relaciones más cordiales en el orden diplomático y de los negocios, con las naciones amigas entre nosotros dignamente representadas, y sobre todo cultivará los grandes y vitales intereses que en franca y afectuosa correspondencia nos ligan a los Estados Unidos, no ya sólo en consideración a las ventajas que deriva de ellos nuestra economía, sino por los incomparables servicios que el pueblo y el Gobierno americanos han prestado a la causa de la justicia, de la civilización y de nuestra nacional soberanía.

Y no os sorprenda esta sincera manifestación de quien siempre ha vivido inquieto y receloso en el temor de los grandes y los fuertes. Dos veces—una, por la ceguedad de nuestra vieja y orgullosa Metrópoli; otra, por la ceguedad de enconos fraticidas

—vinieron aquí los americanos traídos por su fortuna o llamados por nuestras discordias, y siempre se retiraron de nuestro territorio, haciéndonos el doble beneficio de constituir dos veces la República, y dejándonos en el corazón atribulado desengaños y escarmientos; mas, en ambas ocasiones, motivos superiores de admiración y de gratitud por esa magnánima conducta que jamás en la historia habían observado los pueblos fuertes y triunfantes con los débiles, conturbados y decaídos.

Ahora mismo, que en el derecho internacional rivaliza con el tradicional concepto de la independencia el nuevo y peligroso de la interdependencia de las naciones, a virtud de múltiples concausas que promueven la mutua y recíproca interferencia de las cancillerías, como si se prepararan, principalmente en nombre de los intereses mercantiles, a empeñada lucha principios esencialmente contradictorios, en el libro más reciente que se ha publicado sobre materia tan interesante y temerosa, se celebra y enaltece a un gran estadista americano,

uno de los fundadores de nuestra nacionalidad y que lo mismo actualmente en el Senado como hasta hace poco dirigiendo la política exterior de los Estados Unidos o sus asuntos militares, ha sido uno de los amigos más fieles y desinteresados de los cubanos, el insigne Elihu Root, eminente representante y mantenedor de la escuela que pone la ley moral como supremo árbitro de las relaciones humanas, por encima de la fuerza física, y que proclama que la justicia debe ser el guía y la regla de los hombres, contra las insensatas afirmaciones del pretensioso y feroz darwinismo materialista. Y todavía resuenan en mi corazón, y no deben olvidar los cubanos jamás, aquellas tranquilizadoras declaraciones suyas, pronunciadas solemnemente ante los ansiosos comisionados de nuestra Convención Constituyente, de que por la voluntad del pueblo americano no es la llamada Enmienda Platt una merma de la soberanía de Cuba, sino que ella favorece sólo el propósito de los Estados Unidos de mantener íntegra y perdurablemente nues-

tra absoluta independencia, y asimismo que el escudo más firme para los pueblos débiles es el honor de los pueblos fuertes y el deber de someterse unos y otros al cumplimiento de los pactos y tratados.

Amparados por el espíritu magnánimo de una nacionalidad tan grande, y por los principios más altos de la ley moral, que todavía respetan los hombres honrados y aun las naciones poderosas, el porvenir de la República depende únicamente de nosotros y está entregado a nuestras manos; y esta consideración me obliga a reconocer como uno de nuestros más esenciales deberes y necesidades el inculcar sin descanso el olvido generoso y prudente de cuanto nos ha dividido y enemistado, siguiendo de este modo los consejos y admoniciones de aquel grande y santo Apóstol que en sus ansias sobrehumanas y proféticas visiones aspiraba a fundar, ofrendándole en holocausto su vida y su portentoso genio, una patria gloriosa que fuese hogar feliz para todos los hombres, la suprema creación de la democracia en que resplandezca, como

sol fecundante de justicia y de amor, la grandeza moral del pueblo cubano.

Y al evocar esa memoria inmensa de Martí que llena todos los corazones, fulgente cima de la Revolución y mística corona de su gloria, veo abrirse las sagradas tumbas y surgir de ellas majestuosos y severos nuestros héroes. Los bosques se estremecen al paso de las legiones que con ellos penetraron en la inmortalidad y vuelven ansiosas a la vida terrena. El aire vibra con el misterioso rumor del mar lejano, como las voces graves y solemnes de divino coro. Desde el fondo de nuestra conciencia, en que vigilan a un tiempo cual testigos y jueces, nos preguntan inquietos por su obra, nos exigen estrecha cuenta de nuestra conducta, y yo me atrevo, usurpando el nombre y la representación de mi pueblo, a responderles reverente y confiado: ¡Padres de la patria! no temáis; desarrugad el ceño; vuestros hermanos y herederos, los hijos de vuestras proezas y dolores, todavía os aman y veneran; todavía entre ellos imperan la virtud y el patriotismo;

todavía, sonriendo a la esperanza, son dignos de vuestro sacrificio y vuestro legado inmortal: descansad tranquilos en la gloria, porque lo serán siempre!

1909

JUAN BRUNO ZAYAS

Discurso pronunciado el 30 de julio de 1909, al descubrirse la lápida conmemorativa en la casa donde nació.

JUAN BRUNO ZAYAS

SEÑORAS Y SEÑORES:

Los amigos y compañeros que componen la Directiva de la entusiasta agrupación originada en el propósito de mantener juntos, para los fines más altos y más puros del patriotismo, a los veteranos de nuestras guerras, me han honrado con el encargo de dirigiros la palabra en la grata y para mí comprometida compañía del esclarecido orador (1) cuyo panegírico vibra todavía en nuestros oídos en toda la plenitud de su hermosura; y por la mediación del ilustre Vicepresidente de la República, (2) a quien me ligan de antiguo dulces lazos de compañerismo y de cariño, la noble y amable familia, inmerecidamente, me ha enaltecido también confiándome la misión ho-

---

(1) El Sr. Coyula.
(2) El Sr. Alfredo Zayas y Alfonso.

norífica de representarla en esta solemnidad, para dar en su nombre, como me apresuro a hacerlo desde luego, las gracias más sentidas a cuantos han venido y están aquí congregados en testimonio de amorosa gratitud hacia los grandes servidores de la patria común, como piadoso homenaje a sus ínclitas acciones y excelsas virtudes, y demostración inequívoca de tierna y constante devoción a los sublimes ideales en cuyas aras se inmolaron.

Si aun sintiéndome enfermo acepté, sin embargo, tan relevantes comisiones, aunque ellas me obligan a quebrantar la resolución que me había impuesto de rehuir todo compromiso de ocupar la tribuna en el temor de no decir sino palabras por ineficaces inútiles, de que acaso tuviera que arrepentirme, únicamente ha sido porque no he podido esta vez dominar los impulsos del sentimiento al ofrecérseme la ocasión de brindar modesta flor a la memoria amada de quien conocí desde la cuna; por lo que no os hablaré de su corta pero brillante carrera militar, que hemos oído referir con

tan insuperable elocuencia; sino sólo de sus primeros pasos en la vida; de su familia; de las influencias que actuaron sobre su espíritu y fueron fuerzas propulsoras que al cabo decidieron su destino.

¡Ah! sí, invitado a esta ceremonia conmovedora, no era posible que permaneciera yo silencioso, siquiera porque no he podido olvidar que siempre me unieron el respeto y el cariño a los familiares de quien la inspira y realza. Y, particularmente, no me era dable desentenderme de que no sólo en este barrio de la ciudad ha transcurrido la mayor parte de mi vida, sino de que aquí y por estos mismos lugares se deslizaron mi infancia y mi adolescencia iluminadas por risueñas ilusiones que las miserias del mundo han ido desvaneciendo.

Y así, al evocar ahora el distante pasado, al conjuro y en propiciación de sacrificios y de hazañas, como aromas delicados que expande al abrirse perfumado relicario, surgen en la memoria y reaparecen a mi vista, sumiendo mi espíritu en su ambiente de suave melancolía, las animadas

escenas de aquel período bienaventurado y las sombras augustas de sus venerandos protagonistas.

Al lado de la última ventana de la casa contigua, una lápida análoga a la que hoy consagramos advierte al transeunte que allí adentro un día desde entonces aciago murió el santo, el sabio, el bien amado mentor de los cubanos.

Junto a su humilde lecho permaneció hasta recoger su último aliento el hombre austero que fué mi maestro y sobre cuyos hombros pesó en lo adelante la carga honrosa de conservar, defender y, si posible fuere, acrecentar la herencia abrumadora del gran educador.

En la espaciosa sala, días después de aquella que fué una calamidad para el país, se reunieron los amigos y discípulos, y al confirmar la posesión del legatario, un hermano suyo, que por fortuna vive todavía en la gloria de sus años y su fama, conminó a los que pudieran vacilar en aquel trance, con la indignación de la patria, maldiciendo al sacerdote que abjurara; porque

para esos hombres, como para su excelso guía, purificar las conciencias, nutrir la mente, preparar ciudadanos y formar caracteres superiores, era una verdadera religión.

De esa estirpe y en aquel medio, cinco años después vino al mundo que habría de perfumar con su virtud e iluminar con su heroísmo, aquel en cuya honra y alabanza estamos aquí reunidos.

Y no he olvidado tampoco que en la casa de enfrente, cada noche, año tras año, se reunía su numerosa y honrada familia, para departir sobre temas y asuntos elevados: sobre los sucesos actuales; sobre el arte y la literatura; sobre la patria, sus agravios y sus esperanzas, en las íntimas y plácidas tertulias de su padre, los insignes hermanos de éste, y la amorosa hermana que por entonces había unido su destino personal al de un hombre generoso y sencillo que sirvió hasta el fin de sus días como bueno la causa de la libertad y la justicia; presididos y bendecidos todos por la sonrisa de la abuela: vigorosa todavía, la

anciana de majestuoso continente, cuyo rostro de líneas regulares hermoseaba angélica dulzura, podía revisar su dilatada existencia con satisfacción y con orgullo y aguardar sin amargura la muerte, viéndose rodeada, como de árboles corpulentos, de los buenos hijos, esclarecidos por las prendas de su entendimiento y su carácter, y de los nietos alegres, que crecían como sanos retoños de aquel lozano bosque en que bullían y gorjeaban los encantos y promesas que embellecen y glorifican la vida.

Empero, el clarín de la rebeldía que hizo resonar Céspedes con el fragor de un apocalipsis interrumpió bruscamente las armonías de aquella que parecía paz inalterable. El colegio a poco quedó casi vacío. Profesores y alumnos se desbandaron; unos para tomar los caminos del destierro; otros para volar a los sangrientos campos de la lucha. Sin que nadie hubiera conspirado, la atmósfera moral en que todos respiraban inflamó las almas para el combate y el martirio; y el gran colegio, que para los cubanos era un templo, y que por lo

mismo había sido siempre suspecto a las autoridades de la colonia como vivero y escuela de patriotas, fué perseguido y tuvo al cabo que cerrar sus puertas.

El ilustre Director y su familia arruinada dejaron esta casa, que a su turno la vida y la muerte iluminaron o enlutaron, para peregrinar de rincón en rincón devorando en silencio la zozobra y la angustia; por lo que el niño nacido unos meses antes y criado en medio a tan amargas tribulaciones, había de revelar siempre en la dulzura melancólica de su rostro sereno la concentrada tristeza de los días borrascosos de su infancia. Al paso de aquellos años calamitosos de violencias y crueldades creció y se desenvolvió oyendo continuamente lamentar, con las perdidas venturas de los tiempos bonancibles, repetidos estragos e iniquidades de la inhumana guerra, y de vez en cuando veía cómo desoladoras nuevas arrancaban lágrimas de dolor y votos desesperados a los suyos en el recogimiento del hogar afligido, que tantas veces estremecieron pavorosos atentados de que eran

víctimas propiciatorias amigos o discípulos de su padre que fueron timbre de honor y orgullo del colegio clausurado; o con frecuencia aterradora oía contar que no muy lejos de esta casa, en las faldas del hosco castillo, cruel y ensoberbecida tiranía ajusticiaba, cual si fueran viles criminales, a venerables ancianos que en el banquillo del garrote morían con más imponente dignidad que mostraran en la silla curul los augustos senadores romanos ante los galos insolentes; cuando no eran ejecutados preclaros jóvenes, por sus talentos y virtudes dignos de los cantos inmortales en que los poetas consagran el heroísmo o lloran promesas y esperanzas malogradas.

Como veis, la historia de esa familia eximia y la del famoso colegio se confunden e identifican con la historia de Cuba, en las mismas páginas de sangre que el ideal y el dolor han inmortalizado. Ellas son también altar sagrado en que bendecirán siempre los cubanos la imagen luminosa y adorable del que, menos que en la rudeza de fiera contienda, hace soñar en los dulces

encantos de la paz, pues que aun en la guerra misma había brillado risueño y sereno con el resplandor azul de un astro benigno; pero, así como su deudo y homónimo insigne fué amado por la ingénita bondad de su corazón, fué también, fué sobre todo grande por la abnegación y por la magnanimidad.

En este propio lugar donde nació, las fuerzas morales de mayor energía que pudo desarrollar la sociedad cubana por entonces, actuaron sobre su ánima para conformarla y enriquecerla, al modo que en la cuna del infante fabuloso derraman a porfía sus mágicos dones las hadas hechiceras, y así, en el hogar inmaculado, bajo la dirección de un padre severo y sabio, y al calor del afecto de madre solícita y tierna, sorbiendo por cada poro las aflicciones, los martirios y los anhelos de su gente y de su tierra, se forjó su gran carácter, el precioso y puro metal en que se fundieron, por la armonía y el concurso de la familia y de la patria, de la austeridad y pureza de la una y el tesón y el idealismo de la otra, los

elementos esenciales de su excelsa personalidad coronada de la triple aureola del patriota, del santo y del héroe.

Pero la magna contienda de las armas había cesado tras diez años de fatigas y esfuerzos increíbles, en que parecieron agotadas todas las energías del país, y él traspuso los umbrales de la juventud, entristecido y taciturno, con el alma devorada por el dolor de la que todos creyeron la final derrota, aunque embriagando su espíritu rebelde e indomable en el ensueño de las reivindicaciones definitivas, por lo que completó sus estudios universitarios terminando la carrera de médico que había emprendido; bien que ya no tanto apetecía manejar la cuchilla que cura las enfermedades individuales como ansiaba desenvainar la espada de la emancipación y de la gloria; y por impulso calculado e incontrastable se refugió en distante provincia, compartiendo desde entonces su tiempo entre el cuidado de sus enfermos y ávida y variada lectura. Había llevado consigo con los libros de su profesión algunas obras de

táctica y estrategia, y lo mismo progresaba en el estudio de su noble arte de reanimar al caído y postrado, que en ese otro arte tremendo que sembrando la muerte yergue a los pueblos sometidos infundiéndoles la suprema vitalidad del derecho.

Preparándose por tal manera para porvenir más peligroso y fecundo, durante aquellos años en que la elocuencia maravillosa de cubanos eminentes se empeñaba en vano por quebrantar la tradicional incontrastable resistencia a nuestras aspiraciones más racionales y modestas, viendo desvanecerse sus lamentos en espumas tornasoladas contra el abrupto peñasco, vivió él silencioso y oscurecido, y mientras caían marchitas y deshojadas las rosas de tantas ilusiones y esperanzas, aquellas esperanzas y propósitos de regeneración pacífica de que su padre con sus dos insignes hermanos habían sido firmes y convencidos mantenedores, la muerte fué llevándose en su misterioso regazo a casi todos sus mayores, cansados de sufrir, pero nunca de luchar, e imponiendo a los generosos epígo-

nos la obligación inevitable de mantener sin mancha su herencia prestigiosa y de proseguir la obra colectiva aun por los obscuros derroteros que conducen al sacrificio y a la gloria.

Él no vaciló un momento, y cuando renovada al cabo por la tercera y última vez la lucha de los cubanos con la injusta y ciega Metrópoli, pocos días antes de sucumbir en el extremo oriental como en una apoteosis, nublando el porvenir, aquel que con la misma devoción de Pedro el Eremita había encendido las almas para la gran cruzada nacional, corrió la nueva de que en el opuesto límite un joven de nombre y apellido populares se había lanzado al campo con un puñado de compañeros, y entre las sombras que habían descendido hasta las riberas de Dos Ríos, calentaron su esperanza los corazones suspensos y acongojados, a la pálida lumbre de aquella aurora que en la región villareña anunciaba días mejores de gloriosos triunfos.

Después, ¡ ah ! no he de seguirle en su rápida y magnífica carrera de soldado, en que

cruzó por el tempestuoso horizonte de la guerra como un meteoro, dejando tras sí imborrable estela de fulgores y perfumes. Todos sabemos esa breve historia del patriota y del guerrero, desde su audaz pronunciamiento y su oportuna y brusca aparición como un arcángel vengador en la gran jornada de Mal Tiempo, hasta el día infausto de su triste y lamentable sacrificio. Como los amados de los dioses murió demasiado pronto y demasiado joven; pero confundido su espíritu con el espíritu de su pueblo y legando a las generaciones nuevas, con la eficacia de sus grandes virtudes, el dechado de una existencia generosamente consagrada al ideal y a la patria.

Por eso su tumba ha de ser para los cubanos un tabernáculo a que deben acercarse con amorosa devoción en esas horas de desfallecimiento en que, desesperando de las propias fuerzas, pedimos inspiraciones salvadoras, consuelo y fortaleza, a los que supieron con ánimo entero triunfar de la adversidad y de la muerte.

Ante la huesa que guarda esos despojos consagrados por la santidad de una vida ejemplar y la majestad de su holocausto, me inclino conmovido y reverente, porque es como preciosa redoma que encierra el perfume de nuestra historia, cuanto fecundo y sublime produce el humano espíritu, cuanto levanta de su esencial podredumbre a los mortales y los purifica y diviniza; y al pronunciar, como el versículo de un rezo, el nombre de Juan Bruno Zayas, pensando que casi adolescente ofrendó a la Revolución y a la felicidad de sus hermanos su alma pura y su existencia inmaculada, silenciosamente en su desinterés y su modestia—como la sencilla violeta que se esconde entre el follaje mientras embalsama con su aroma el ambiente—, hago votos fervorosos por que jamás olviden mis conciudadanos los dolores, los sacrificios y la grandeza moral de los héroes y los mártires que, entre sangre y lágrimas de tres generaciones, fundaron la Nacionalidad y la República; porque nunca se amengüen y debiliten en sus corazones el respeto a la

ley, el sentimiento del derecho y el amor a la justicia, que son las piedras angulares de la libertad y la independencia de la patria.

1912

EN EL BANQUETE OFICIAL

que el Hon. Presidente de la República ofreció al Sr. Secretario de Estado de los Estados Unidos, Hon. Philander C. Knox, la noche del 11 de abril de 1912.

EN EL BANQUETE OFICIAL

Sr. Secretario de Estado:

Me ha honrado el señor Presidente de la República confiriéndome el encargo, muy grato para mí, de daros—en su nombre y en nombre del Gobierno y del pueblo de Cuba—la más cordial y afectuosa bienvenida a este solar amado donde se han mecido las cunas de muchos héroes y que ha sido siempre hogar hospitalario en que fácilmente olvidan los extraños su tierra nativa, entre las caricias de próvida naturaleza y la dulce hermandad de un pueblo tan noble como bueno. Mensajero de paz, al recorrer regiones hasta ahora para vos desconocidas que pueblan gentes de origen e idioma tan diversos de los vuestros, no es la espada ponderosa de la conquista, símbolo de violencias y de ultrajes, lo que empuñáis con mano firme; sino glorioso cadu-

ceo, símbolo de prosperidad y de beneficencia, en torno del cual se entrelazan el olivo y el laurel, algunas de cuyas hojas esmaltaron lágrimas de nuestras hermanas y sangre de nuestras venas, como se funden en el halo de luz que lo envuelve e ilumina celestes resplandores de nuestro martirio y nuestro heroísmo; porque juntos los brillantes batallones americanos y las huestes cubanas, casi desnudas y demacradas, realizaron—los vuestros en rápida campaña, y nosotros guerreando incansables medio siglo—la obra grandiosa que renovó vuestras tradicionales doctrinas de política universal e imprimió nuevos rumbos a vuestro destino histórico, a tiempo de mudar nosotros radicalmente nuestra secular condición, asumiendo desde entonces unos y otros, a par de deberes y derechos nuevos respecto a las demás naciones, responsabilidades mutuas y recíprocas a virtud de los cuales ni os atribuís la potestad de supeditarnos, ni hemos sufrido el infortunio de retoñado vasallaje.

Completáis con vuestra excursión a las libres comunidades del mar Caribe aquella otra interesante y fecunda realizada por vuestro insigne antecesor a las que demoran al sur ecuatoriano, animado Vuestra Excelencia, como él, del mismo espíritu de fraternidad y de armonía, portadores ambos del mismo mensaje de concordia y de amor que entonces enviaba y repite ahora la República máxima a estas Repúblicas fogosas, engendradas a su ejemplo, aunque en condiciones desemejantes; nacidas unas—como la más reciente—al conjuro de su diplomacia; otras—como la nuestra—con el auxilio de sus armas, y conservadas todas, acaso, por el influjo y la eficacia de sus originales y salvadores principios; por lo que no podría entrañar la visita de tan alto vocero de la mayor y más ilustre democracia de la tierra, propósitos opuestos a la consagración y el normal ejercicio y desenvolvimiento de las instituciones republicanas; no ya sólo por la grandeza misma de la federación augusta de que sois el conspicuo y digno representante, y por la

elevación y delicadeza moral del pueblo generoso que la constituyó y ha sabido mantenerla y engrandecerla al través de graves peligros y de contiendas pavorosas; sino por lo que sintetizan en la evolución de las ideas y en las transformaciones de la Historia el espíritu americano, las doctrinas americanas y la acción de los americanos en la vida de la sociedad moderna. Fruto bendito de sazonada experiencia y trabajosa evolución impulsada y sostenida por los mejores anhelos de bienestar y de progreso, el americanismo, o nada significa o es como la levadura de orden, de dignidad y de serena confianza que en cada hombre levanta como una torre inexpugnable el sentido y poderío del derecho, y siembra en cada pueblo un semillero de enérgicas virtudes para que, por su propio respeto y por los altos intereses de la justicia, sea indomable y venturoso. Sólo por ese espíritu que crea y que enaltece, por la humana y fecundante eficiencia de ese credo que ha sido producto de una avatar superior de la conciencia, que es un nuevo evangelio

de redención y de esperanza para los pueblos oprimidos y baluarte de las democracias vacilantes e inseguras, tendría justificación y verdadera fuerza, en armonía con la dignidad y la dicha de los pueblos, lo que, contraponiéndolo a denominaciones del Viejo Mundo, se ha llamado el Panamericanismo. Cualesquiera que sean las mudanzas y aplicaciones de la Doctrina de Monroe—la última fase de la cual Vuestra Excelencia mismo ha expuesto e interpretado autorizadamente en reciente y comentado discurso—, nunca podría, como gente malévola quisiera, implicar molesta, ilegítima y desdorosa suzeranía que consistiese en continua, arbitraria y perturbadora intromisión de un gobierno extraño en la vida íntima y normal de naciones soberanas.

Dictan mis palabras, señor Secretario, a más de la admiración a vuestras instituciones, como antiguo revolucionario, mi cariño y mi gratitud de cubano. Participando en nuestra áspera lucha con la metrópoli española, los americanos anticiparon probablemente algunos años nuestra indepen-

dencia, a la vez que aseguraron a nuestro favor el éxito indeciso en una guerra muy larga y devastadora, ahorrándonos igual calamitoso período de furores, de sangre y de ruinas. . . Después, en una sociedad desquiciada y abatida, con sus métodos mejores y para nosotros nuevos, corrigieron errores perjudiciales, supliendo las deficiencias del abandono y removiendo obstáculos que el pasado había atravesado en el camino de nuestra regeneración, con lo que se abrieron ante nosotros más amplios y luminosos horizontes. Y ahora, si aconsejarnos en las dificultades de la vida nacional, señalándonos, para evitarlos, peligros promovidos por errores de la inexperiencia, excusables en sociedades que cambian fundamentalmente su organización y régimen a virtud de luchas enconadas, es lo que se ha calificado de "política preventiva", no siendo en vosotros reprobable el ejercicio de un ministerio que invoca nuestra conservación y nuestro provecho, únicamente fuera en nosotros vituperable que desaprovechásemos sus beneficios, cuando

no somos responsables de las fatalidades de la Historia, ni del momento y el lugar en que vinimos a la vida nacional, y ni siquiera tampoco hemos sido los primeros, porque seamos débiles, a quienes con vuestras admoniciones hubieseis querido denunciar equivocaciones o injusticias, en previsión de calamidades y desastres, pues que en circunstancias difíciles o peligrosas la acción continua o inmediata de vuestros Gobiernos en asuntos americanos, desde los comienzos casi del pasado siglo hasta sus postrimerías, impuso con su respeto y a menudo su acatamiento, oportunas rectificaciones aun a gobiernos fuertes y naciones poderosas, del mismo modo que a la propia metrópoli de Cuba—a pesar de sus grandes, seculares y gloriosos títulos—advirtió insistentemente la palabra severa de vuestros Presidentes los peligros a que la arrastraban su obcecación y su orgullo, mucho antes de fulminar al cabo contra ella la sentencia inapelable.

Conociendo así nuestra condición y vuestros declarados propósitos, fuéramos rece-

losos y escépticos en demasía si temiéramos aún que, por torpe inspiración de la violencia, o por móviles inconfesables, estuviese amenazada la estabilidad de nuestras instituciones nacionales; y porque vos también, señor Secretario, acabáis de proclamar, en el centro mismo del continente, que es demasiado grande y honrado vuestro país para codiciar ajenas soberanías, y demasiado extenso para necesitar de ajeno territorio; que no en balde herencias ininterrumpidas de moralidad y de cultura han separado por distancia inconmensurable, de la furia del apetito, la serenidad luminosa de la justicia; de tiempos rudos, éstos más bonancibles para la democracia y el derecho, y que es la misma distancia inconcebible que media en el mundo moral entre el alma caótica y tenebrosa de Tamerlan y el espíritu claro e inmaculado de Jorge Wáshington.

Además, señor Secretario, nosotros en todos los órdenes de la vida os necesitamos como por múltiples motivos de diversa índole nos necesitáis también vosotros, por

lo que deben consistir nuestros comunes propósitos en la mutua utilidad por la prestación y el cambio de servicios recíprocos y equivalentes; aunque salta a la vista que es indispensable para la realización de fines tan beneficiosos que ni aquí ni fuera de aquí se consienta ni menos se proclame sin correctivo, por la voz del agio desalmado y del dinero corruptor, que hay quien por derecho divino puede a su guisa, suprimiendo de una plumada la República, suplantar en Cuba la colonia subyugada; porque si no vivimos por derecho propio, y si nuestra condición nos ha sido otorgada en precario por ajenos caprichos o conveniencias, ni cabe dignidad en nuestra vida, ni autoridad respetable en el Estado, ni posibilidad siquiera de orden verdadero y paz permanente y honrosa... Los intereses que se aventajaron o lucraron en públicos trastornos o intervenciones acondicionadas por las circunstancias habrían de sentirse satisfechos y alborozados si volviesen los dorados días de su auge y predominio; mas

por eso cabalmente el pueblo cubano se sentirá muy desgraciado....

Apenas hace algunas semanas que el de esta ciudad rindió el último tributo de su piadosa ternura a los restos de los marinos que sucumbieron en el *Maine,* y en grandes masas, apiñado en la orilla del mar, siguió, suspenso el ánimo, el viaje postrero de la fantástica nave. Allá en el horizonte, al caer la tarde, lo que había quedado de la pavorosa catástrofe—el casco mutilado—se sumergió para siempre; pero en todos los hogares cubanos, como en tantos hogares americanos, los corazones latieron al unísono, recordando pasados días de ansiedad, de dolor y de gloria, y en unos y en otros se evocaron con religiosa unción la memoria trágica del *Maine* y la noche siniestra en que al resplandor del gran desastre surgió a la vida esta nueva nación americana. Nacida en tan excepcionales circunstancias—vástago de tantos dolores—, siente ella que las raíces de su existencia y de sus derechos prendieron y se nutren en lo más hondo de su pro-

pio pueblo y de la conciencia del pueblo americano; y por eso, confiada y agradecida, tiende ella ahora su mano leal al amigo poderoso y noble. Cuando, en premio a vuestro triunfante esfuerzo, se confundan en un mismo asombro al juntarse los dos mares que había el istmo separado desde edades remotas, acaso sus ondas, como el plegado manto del embajador romano, escondan las bendiciones de la paz o los horrores de la guerra: Cuba, satisfecha y contenta en su feliz independencia, estará junto a vosotros para disfrutar de los bienes incalculables de esa universal prosperidad que se avecina como resultado necesario de tan portentosa modificación del continente; y podéis estar persuadido de que también, en horas de conflictos y peligros, vuestros soldados no combatirán, si fuere preciso, con tanto entusiasmo como por su independencia y en vuestra ayuda combatiría este pueblo, que sabe que en el estado actual del mundo y en las críticas eventualidades de incierto y no remoto por-

venir, la bandera cubana no flamearía con tanta seguridad ante el ajeno respeto como junto y a la sombra benéfica de la vuestra, que, cuajada de estrellas que simbolizan naciones en la realidad de la vida, parece el místico y glorioso firmamento del derecho. Y porque es su augusto ministerio—de conformidad con su tradición y con su espíritu—crear en su seno comunidades libres y en todo el continente nuevas Repúblicas, y no—como quisieran los que ultrajan su nombre invocando su poder en provecho de odios inconcebibles e intereses bastardos—la amenaza y la aflicción de las naciones débiles.... Mas si el feroz propósito que persiguen y vienen anunciando inicuos agoreros debiera realizarse alguna vez, por causa de las mudanzas y flaquezas de los hombres, sobrevendría seguramente algún inaudito prodigio: acaso la majestuosa mujer que se yergue en medio del gran estuario sobre la isla Bedloe doblaría su cintura de metal para apagar en las aguas alteradas la gigantesca antorcha que ilumina el vasto océano y la con-

ciencia humana, a tiempo de resonar un alarido pavoroso, arrancado al desencanto y al terror, que el eco repetiría de ola en ola y de cumbre en cumbre, anunciando en la noche del mundo que la libertad había muerto!

Nunca, empero, ocurrirá tamaño cataclismo, que fuera más doloroso y funesto que si en un instante se apagara la luz de todas las estrellas; y así, permitidme que la esperanza y el amor hablen por mi boca haciendo votos sinceros por que disfrutéis, señor Secretario, de larga y venturosa vida de honor y de gloria; por que sea en toda circunstancia, como hasta ahora, el noble amigo de Cuba vuestro insigne Presidente, y porque, colmada de satisfacciones, en la prosperidad de inmaculada grandeza, vuestra ilustre nación sea, al presente y en los siglos por venir, amparo del derecho, égida de los pueblos débiles, ejemplo de los fuertes, cimiento de la civilización, paladio de la América republicana, y realice sus inmortales destinos recorriendo grandiosa

órbita, como astro benigno, en la armonía de todos los intereses humanos y entre las bendiciones de todos los pueblos de la tierra!

1914

Oración fúnebre pronunciada en Camagüey, el 3 de mayo de 1914, ante la tumba del venerable marqués de Santa Lucía, al despedir el duelo en nombre del Gobierno.

ORACION FUNEBRE

Camagüeyanos:

Cubanos:

El señor Presidente de la República y el Gobierno nacional, representados en esta solemnidad por el señor Secretario de Gobernación, me han honrado altísimamente con el encargo doloroso y triste, que cumplo ahora, de despedir en su nombre éste que es un gran duelo de la patria, y de dar las gracias a cuantos aquí, como en la capital y en el trayecto del fúnebre convoy, han participado en estas exequias ofrendando el homenaje de sus lágrimas y las bendiciones de su cariño al insigne compatriota que, tras lucha porfiada con la muerte, siempre en definitiva vencedora del hombre, abandona a nuestra piedad sus despojos corporales, mientras su grande

alma renace a mejor vida en las esperanzas inmortales de la tumba. Sus restos, en lo adelante, se confundirán con la tierra bendecida de su cuna, para descansar de una vez en la paz de las sombras eternas; pero viviendo perpetuamente en el amor de sus conciudadanos como en gloria inmarcesible, quien fué sobre todo un hombre bueno y un enérgico e indomable soldado de la libertad y de la democracia.

La historia de su vida sencilla y siempre tranquilamente heroica se identifica con la historia hazañosa y grande de su pueblo, con la historia de esta República, con nuestra ascensión trabajosa y continua hacia las cimas luminosas de la justicia, y por eso, por lo que sintió, por lo que amó, por lo que aspiró por nosotros y para nosotros, son carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre sus empeños generosos de patriota.

Desde mediados del siglo anterior puso incondicionalmente su actividad incansable, su abnegación, su ilustre nombre, el patriciado de su nobleza de familia y de

la nobleza de su espíritu, cuanto poseía, cuanto representaba y era, al servicio y para la creación de una patria nueva y más digna, por lo cual y necesariamente, durante la última mitad de aquel gran siglo tan duro y tan glorioso para los cubanos, batalló sin tregua contra la dominación colonial, sin vacilar un instante en su propósito y anhelo de fundar sobre las injusticias y los errores del pasado otra nacionalidad que fuera venturosa y honrada en la fecunda y altiva dignidad de la república, marchando entre vicisitudes y peligros con alma candorosa y confiada, o, como un iluminado, con el corazón resuelto y estoico de un espartano y la fe devoradora de un apóstol; mas tras las acres y viriles satisfacciones de la lucha no tuvo al fin la más intensa, la más pura, la más inefable, de contemplar el triunfo de su ideal, la cumplida realización de su ensueño; porque, por caminos sembrados de sepulcros, había alcanzado el privilegio de pugnante ancianidad para aspirar a mucho más, no conforme todavía con los gloriosos resul-

tados de tantos afanes y sacrificios, pues para él la historia había conculcado los derechos del patriotismo, el destino había burlado las esperanzas heroicas y la victoria no se había enaltecido con la majestad de la justicia; por lo que, a sus ojos, para su corazón de cruzado, la nación no era tan absolutamente libre como la procuraron y deseaban sus fieles y devotos. Por tal motivo, en lo que va corrido del siglo actual, estuvo luchando con perseverancia tenaz, en su inapeable conformidad, por romper los nuevos vínculos que, para su orgullo de cubano, sólo eran nuevos hierros que forjara adverso sino; y así puede decirse que consagró su existencia toda a romper o sacudir las que a la pureza de su sueño y a la entereza de su ánima parecían insufribles cadenas. Ha cruzado por tal manera, por el horizonte cubano, como un combatiente, como un sembrador, como guía, como atleta, orlada la frente con el ardiente resplandor que ilumina u ofusca a los hombres y a los pueblos en los fragosos caminos del sacrificio y de la gloria, y

todos le hemos visto erguido, erecto en su venerable prestancia de patriarca y de profeta, a menudo solitario, pero siempre hierático y sacerdotal, misterioso y grande, semejando encina sacudida por todos los vientos de la tempestad y hasta ahora respetada por el rayo; la recia encina que fué el último gigante de la selva colosal derribada, árbol tras árbol, por la muerte irresistible y traidora; vástago postrero de aquella estirpe asombrosa de rebeldes casi sobrehumanos que, contemplados a distancia, en las lejanías, en que se confunden la historia y la leyenda, más que hombres, parecen, como en la visión del poeta florentino, las torres imponentes de una antigua ciudad sumergida.

Porque muchos le habían acompañado, como otros le precedieron; de ellos, algunos que fueron grandes hombres de su provincia y de su propia sangre; como aquel *Lugareño* insigne y venerado; como ese otro comprovinciano ilustre que representó nobles aspiraciones de cubanos en las Cortes españolas, y como el más grande de

todos, el que hubiera sido el primero en la paz como fué el primero en la guerra, el caballero sin tacha y sin miedo, el campeón incontrastable, el egregio, el supremo, el hijo excelso de esta tierra que fué cubano sin par, que en breve vida mostró armonizadas en su carácter sublime las fogosas y creadoras virtudes de Simón Bolívar y las austeras y santas virtudes de Jorge Wáshington: el amado, el inmortal Ignacio Agramonte. Y ahora, al conjuro de tantos héroes como surgen ante mi vista, pensando melancólicamente en el vario destino de los que les hemos sucedido sin sus merecimientos ni su justificada gloria, revive en el dolor de mi corazón aquel pasado en cuya sombra distante se desvaneció mi juventud y con ella rodaron marchitos ensueños e ilusiones. Mas, por fortuna, está muy lejos, en la bruma fantástica que todo lo esfuma y desfigura, como si no lo hubiera yo mismo vivido, como si fuese un fragmento borroso de penetrante y triste poema, aunque muy remoto, que hubiera yo leído en algún libro de cuentos pres-

tigiosos e increíbles. Pero entre esa niebla reaparecen los compañeros queridos que murieron, avivando el recuerdo de otros muy amados que por suerte viven aún, aunque maltratados por la adversidad y por los años, y no me es dable ahora ahuyentar la dulce y querida imagen, hoy tan olvidada, de aquel paladín que fué mi hermano y esmaltó con sus proezas el severo heroísmo de la gran guerra....

En medio de todos ellos, sus compañeros y sus pares, descuellan, sin embargo, la imagen juvenil de Ignacio Agramonte, resplandeciente como un arcángel, y la imagen venerable del anciano Marqués, como dos monolitos solitarios que señalan los lindes extremos de nuestra historia y nuestra alma: la juventud impetuosa que conquista y muere, y la vejez perseverante e indómita, símbolos sagrados de la grandeza moral y de la devoción sincera al ideal y a la patria.

Ya el bronce y el granito han procurado, aunque en vano, reproducir la forma apolínea del uno, y pronto seguramente rea-

parecerá la del otro prócer augusto, en la impasible serenidad del mármol monumental, para que sean ambos como lares protectores y benditos de su pueblo.

Entre tanto, descanse en paz quien fué obrero infatigable de nuestra generación histórica; duerma confiado su último sueño en el amor y el respeto de la República quien fué uno de sus eximios fundadores. Viva en la gloria quien nunca a sabiendas hizo mal a nadie, quien no alimentó en su ánima sino ideas de bien y ansias de justicia. Repose el sincero demócrata en la misma huesa en que su noble fraternidad dispuso que yaciera aquel Gabino de Quesada, el compañero de la guerra, el negro caballero y puro, uno de los gloriosos treinta y cinco del pasmoso Rescate!

Se ha dicho que nunca como al borde de una tumba se está tan cerca de Dios, y yo os digo que si algo terrenal nos aproxima a lo divino o en él nos sume, es una vida entera consagrada a la defensa de las grandes causas, como esa vida que ha salido de la comunidad de los hombres y acaba

de entrar en el templo de la historia, acaba de ascender a los altares de la patria. Y antes de separarnos de él para siempre, permitidme aquí, frente a lo infinito de lo pasado y al oscuro e insondable infinito por venir, decir una grave y solemne palabra que pueda germinar en la conciencia pública. El piadoso respeto, el cariño entristecido que por dondequiera ha demostrado el pueblo cubano ante los restos de este noble ciudadano, prueban que en su bondad natural reverencia las obras de bien y de verdad, y esto ya de suyo es un estímulo y una consoladora esperanza; y la vida ejemplar que ha terminado ya donde terminan todas las agitaciones de los hombres, es a su vez ejemplo y prueba de que la República ha tenido y tiene defensores abnegados.... De la fosa que habrá de cerrarse en breve no brotan, pues, las notas desgarradoras del miserere; sino el canto de la vida, el salmo de la esperanza, el himno de triunfo!

1916

ANTE LA ESTATUA DEL GENERAL CALIXTO GARCIA

Discurso pronunciado en Holguín el día 10 de abril de 1916.

ANTE LA ESTATUA DEL GENERAL CALIXTO GARCIA

Orientales:

Cubanos:

Al inaugurar un día como éste, en que conmemoramos la fecha sagrada de la Constitución de Guáimaro y la fundación de la República, el monumento erigido por el patriotismo y el amor de sus conciudadanos a la memoria del mayor general Calixto García Iñiguez, la piedad de los vivos, rindiendo a los muertos el debido homenaje, consagra a un tiempo, con la vida benemérita de un grande hombre, la obra admirable de una heroica generación de que fué él uno de sus más excelsos representantes; y como hace algunos años los liberales de esta provincia concibieron e iniciaron el proyecto a que han dado feliz

remate los conservadores, en este acto solemne, unificados en el mismo propósito y la misma inspiración todos los partidos políticos, todos los cubanos agradecidos y reverentes, se revela y resplandece el alma nacional. Respecto a mí, considero un honor y un privilegio participar en él aunque no sea sino juntando el mío a tantos nobles corazones que ahora palpitan al unísono. Amigo y compañero de vuestro insigne comprovinciano, me he dejado arrastrar por el tierno y melancólico deseo de entrelazar un fresco ramo de laurel a la mística reverdecida corona que ciñe su frente; de entonar un piadoso treno a su gran memoria, para que siempre como ahora reflorezca al constante riego de nuestra admiración y nuestro cariño; y sin embargo, señores, no debe sorprenderos si declaro que me cohibe la aprensión justificada de que mi palabra no exprese mi afectuosa y grande estimación tan vivamente como yo quisiera y corresponde a esta imponente y consoladora ceremonia. Recuerdo haber leído no sé dónde que al descubrir la tum-

ba del prestigioso Rolando, palideció el rey de Francia Francisco I, como el sencillo labrador al desenterrar su arado las osamentas gigantescas de una edad de colosos; y asimismo, por motivos análogos me siento como sobrecogido de respeto religioso en presencia de este mármol simbólico, cual si a su sola vista, resurgiendo el pasado con sus dolores y sus triunfos, se alzaran del polvo los muertos fundadores; y hasta me parece oír que se acercan sus pasos por las sonoras avenidas de los tiempos, y que ya llegan hasta mí sus aclamaciones saludando con sus banderas desgarradas y polvorosas al viejo compañero, al gran patriota, al caudillo inmortal en esta hora de glorificación y de justicia. Sí, porque con sólo pronunciar su nombre revive la gran tragedia de tres cuartos de siglo, la epopeya sublime en que gime y canta y centellea el patriotismo cubano, como en una Ilíada más intensa, más humana y más generosa que aquella fábula antigua embellecida e inmortalizada por los exámetros de Homero.

De esa grandiosa estirpe, que es de nuestra carne y nuestra sangre, ninguno recorrió carrera más interesante y romántica que este prócer augusto, enaltecido por cualidades excepcionales, casi nunca otorgadas a un héroe solo, como su exclusivo patrimonio y ornamento. No hay un rincón de esta provincia, por oculto que sea, en que su nombre no esté enlazado al recuerdo de algún glorioso desastre o de alguna señalada victoria. No ha habido apenas ningún suceso trascendental en la historia revolucionaria en que no haya él influído o participado. De las grandes glorias de treinta años de empeños fallidos o afortunados, no es la suya la menos conmovedora y resplandeciente. Si comparáis entre sí y con él a los cuatro o seis gigantes que entre nosotros han fatigado con sus preclaros hechos a la Fama, yo no sabría deciros todavía cuál fué el más alto, contentándome con afirmar desde luego que todos ellos despuntan como las más empinadas cumbres de la cordillera de huesos en que se funda la patria, y desde cu-

yas cimas el pueblo cubano, emancipado a tan dura costa, aparece, aun en esta atmósfera de agio impuro y disolvente pesimismo que nos ahoga, merecedor del respeto de los fuertes, y, por la eficacia de tan grandes sacrificios, digno de sereno y venturoso porvenir en la libertad y en la justicia.

En su modesto y tranquilo hogar de Jiguaní, ocupábase Calixto García Iñiguez del cuidado de sus intereses y los de su familia, cuando el clarín apocalíptico de Céspedes, llamando a la guerra contra la dominación española, encendió en el corazón de su pueblo el ansia inextinguible de mejores destinos.

Fué—bien lo sabéis—en la madrugada del 10 de octubre de 1868, y el sol de aquel día por siempre memorable rasgó las tinieblas de inicua sumisión enardeciendo las iras del derecho ultrajado, a cuyo fulgor divino se realizan las grandes transformaciones de la Historia.

Estremecida la tierra oriental, tres días después se ponen animosas de pie las poblaciones, como si una tras otra se pasaran

de mano en mano la antorcha de la muerte como lámpara refulgente de la vida, y Cauto y Las Tunas y Baire y Jiguaní y Holguín responden sucesivamente, con sus clamores de esperanza y de victoria, al grito inmortal de la Demajagua. Desde ese momento, al lado del impetuoso Donato del Mármol, comienza Calixto García Iñiguez nueva, turbulenta y afanosa vida. Como sus generosos compañeros, todo lo abandonó, familia y bienes, para consagrarse definitiva y absolutamente a la santa y formidable empresa de redimir a su patria y de fundar sobre los escombros de la colonia otra república en el continente americano. Aquí están reunidos, seguramente, muchos de sus soldados y camaradas; aquí estoy viendo ilustres compatriotas que fueron sus amigos íntimos y compartieron sus glorias de la última guerra, y aquí los moradores de esta ciudad en que había nacido y donde retumbaron en noche de espanto las descargas de sus huestes atrevidas, viejos y aun jóvenes que no pueden haber olvidado aquel tiempo glorioso de

tribulaciones y de horrores; sino que, al contrario, por recordarlos con legítimo orgullo, como propulsión y fundamento que fueron de la República, se han congregado alrededor de esta piedra evocadora, para rendir a la egregia memoria que representa, el tributo amoroso de su devoción y su fidelidad. Por tal motivo no he de intentar siquiera haceros el relato completo, que fuera tan largo como innecesario, de tantas peripecias, todas extraordinarias, que como hilos de oro tejieron la vida contrastada y relampagueante del patriota y del caudillo durante treinta años, a partir de 1868, en que fué el primer gobernador insurgente de Jiguaní. Compañero y discípulo de Máximo Gómez desde las campañas asombrosas de Charco Redondo; jefe después de la Brigada de Holguín, y luego mayor general y jefe del departamento de Oriente, tuvo la satisfacción y la fortuna de dirigir y mandar una legión de capitanes y paladines, honra y orgullo de Cuba, que, contemplados juntos, semejan una selva de leones imponentes a cuya cabeza

iba siempre el fulminante y sin par Maceo. Táctico hábil, consumado estratégico, a extremo de llegar a ser más tarde acertado consejero y aliado noble, aunque maltratado, del ejército de los Estados Unidos; político desinteresado y probo; dos veces caído a merced de sus adversarios; varias veces cruzando el mar como cautivo o como expedicionario; ora preso en lejanas fortalezas y mazmorras; ora víctima de las olas tempestuosas o de pasiones e intereses acaso irritados por su misma gloriosa preeminencia; cariñoso con sus compañeros; compasivo con los vencidos; dulce y ameno en su trato; firme en el mantenimiento de la disciplina; resignado y fuerte en la adversidad; amoroso de su familia; apasionado de la causa de su patria; respetuoso de la ley y del derecho; condenado tal vez a soñar siempre con la República y a no verla establecida, y, tras tantas penalidades y sacrificios, a morir inoportuna, inesperadamente en suelo extranjero—¿no es verdad, señores, que aun presentada así en tan breve síntesis esa vida parece más bien un ro-

mance de aventuras, y que no mi palabra descolorida, sino un antiguo aeda, un rapsoda inspirado fuera el llamado a cantarla en versos armoniosos antes que referirla yo en desmayada prosa? ¿No es verdad que más que la historia contemporánea de un cubano, parece un poema o una fabulosa leyenda de remoto pasado? Aunque es también verdad que puede resumirse su carácter diciendo que lo constituyeron grandes virtudes y cualidades casi sobrehumanas: la bondad, la perseverancia, el desinterés, la abnegación; que sus méritos insignes como jefe militar se fundaron en su juicio certero, en su inteligencia penetrante y rápida, en su actividad y asombrosa audacia, y que su vida toda puede compendiarse en estas luminosas palabras: generosidad, patriotismo y sacrificio!

Me fué dado conocerle en el vigor de su edad madura y en el pleno ejercicio de sus admirables facultades militares, allá en 1872, cuando la guerra era más penosa y más ruda, entre continuos encuentros y retiradas, fatigas indecibles, miseria y ago-

nías. Su actividad, no obstante, era incansable; su acometividad no conocía límites. Con la experiencia adquirida en tamañas dificultades y peligros, su talento, su seducción personal, que le granjeaba la simpatía y avivaba el ardor de sus tropas, y sus condiciones singulares para el mando, pronto le conquistaron con el grado más alto de nuestra milicia, la más firme autoridad. Aun hoy mismo pasma el recuerdo de hazañas que no fueron imposibles por causa de su genio militar y su fortuna. Creeríasele predestinado a expugnar o rendir ciudades defendidas por las tropas españolas, para aterrarlas con el incendio o clavar sobre sus bastiones nuestra bandera. Así, en la primera guerra, a fuego y sangre asalta a Jiguaní, asalta a esta misma ciudad, asalta a Manzanillo, que protegían numerosa guarnición, dos fortalezas y varios torreones; y, de 1896 a 1897, émulo de aquel famoso capitán que los griegos apellidaron Poliorcetes, es decir, tomador de ciudades, parece nuestro compatriota un debelador como aquél, pues que por la eficiencia de su

esforzada infantería y el empleo inteligente de sus cañones, entre ellos el diabólico lanzador de dinamita, se rinden a su incontrastable acometida Guáimaro y Las Tunas y Guisa, cuyas guarniciones vencidas fueron devueltas generosamente a sus banderas. Su dirección sobresaliente y la devoción y el valor de sus subalternos despejan de enemigos vastos territorios de su mando en que, así en la última como en la primera guerra, utilizando los mejores y más sanos elementos, hizo imperar con la disciplina y el orden, la fe y el entusiasmo.

El año 1873, sin mando activo el asombroso general Máximo Gómez; confinado Vicente García a combatir sin tregua en el terruño tonante de Las Tunas y muerto en día aciago aquel Ignacio Agramonte, que más que un héroe parecía un arcángel de luz y de victoria, el vencedor de Huertas, de Diéguez y de Esponda llegó a ser, por el ascendiente de su carácter y sus méritos, el árbitro de la Revolución. Su autoridad militar y moral, la obediencia y acatamiento de aquellos veteranos a sus órdenes y su

prestigio personal fueron la razón de que pudieran realizarse sin violencias ni trastorno mudanzas trascendentales en la gobernación superior, y de que se hubiera impedido que desde temprano la hidra de la discordia entorpeciera el desenvolvimiento normal de la Revolución, que empezaba a resquebrajarse y descomponerse. El mismo Céspedes pudo ser depuesto; y debo, señores, advertir que no pretendo en este momento juzgar ni la oportunidad ni la justicia de resolución tan pavorosa, sino que me ciño a recordar el hecho de que Céspedes pudo ser depuesto sin trastorno ni violencias por la gran autoridad del general Calixto García Iñíguez, al amparo de la cual ejerció, confiada y libremente, la Cámara de Representantes sus funciones y derechos constitucionales, y que por su vigilancia, su energía y su rápida decisión, el general Calixto García desbarató y anuló la primera tentativa de discordia que en nombre y vindicación de Carlos Manuel de Céspedes inspiraron y fomentaron los mismos que muy poco antes intrigaban para

desacatarlo y destituirlo. Por un cúmulo de fatalidades acaso inevitables, sorprendido traidoramente, murió Céspedes pocos meses después de abandonar el poder supremo. Su voluntad indomable, como para probar cuán digno había sido de empuñar el primero el pendón de la rebeldía, se sobrepuso a su cruel destino. Desamparado, viejo, casi ciego, no pudo combatir sino breves momentos a la turba vil que le acosaba, disparando contra ella su revólver mientras procuraba alcanzar el bosque cercano; pero detenido por un barranco, herido en una pierna, sin ninguna esperanza de salvación, volvió su propia arma contra su gigante corazón cayendo sin vida para alzarse inmortal y radiante hasta las cimas del honor y de la gloria. Y también su adversario de un día, aunque hermanado a él por el temple del espíritu y la recíproca estimación, el general García, poco más tarde, sorprendido a su vez por el enemigo en medio de exiguo acompañamiento, viendo muertos o heridos a sus valerosos ayudantes, para no caer prisionero, por la al-

tivez de su carácter y la dignidad de su alta representación, no titubeó en buscar como Céspedes la libertad en el suicidio; su resolución sublime paralizó la mano del verdugo, sobrecogido ante el milagro con que el plomo compasivo respetó su vida y le ungió para la gloria esculpiéndole una estrella en medio de la frente.

Encerrado en la ciudadela de Pamplona, pasó allí años enteros pensando únicamente en su familia abandonada y en la patria distante. Seguía anheloso y dolorido la marcha de la Revolución hacia la ruina; pero en el aislamiento de su prisión no había podido darse clara cuenta de que la cesación de la contienda era por entonces un hecho tan indefectible como irreparable; por lo que, una vez en libertad, se empeñó, contra la corriente desatada, en la empresa realmente imposible de reanudar la guerra. Nadie ignora cómo en 1880, con un puñado de hombres, llegó tarde a las playas de Cuba, cuando acababan de capitular los otros jefes sublevados; cómo sus heroicos compañeros fueron cayendo rápidamente,

y cómo, al cabo, él también, solo, casi desnudo, descalzo, debilitado por las privaciones y las fatigas, quedó otra vez a merced del enemigo. Al encontrarse libre en España, debió sentirse muy desgraciado. Desvanecidas sus más risueñas ilusiones, depauperado físicamente, casi miserable en tierra extraña, entre adversarios tradicionales, teniendo como primordial deber el mantenimiento de su familia y la educación de sus hijos, no se abatió, sin embargo, aquel atleta generoso; sino que bregó con ánimo sereno sobrellevando resignado la carga, si dulce, abrumadora, con la conciencia limpia y tranquila.

Transcurrieron así largos años que consagró a la diaria tarea de buscar el pan de su casa, y también al estudio y la meditación, hasta que en 1895 estalló al fin, por la última vez, la guerra inevitable. El tiempo no había pasado sobre él en vano, pues ya no era el joven apuesto y vigoroso, sino casi un anciano; por lo que admira y enternece la consideración de que no vaciló entonces tampoco. Al contrario, dejando

detrás, como antes, a su amada familia, reaparece en medio de la lucha, cual otro Aquiles, para infundir en unos la inquietud y el temor, y en otros la confianza y la fe. A partir de aquel momento, el gran Maceo en Occidente, el consagrado Gómez en el Centro y Calixto García en Oriente—las tres columnas salvadas entre las ruinas del antiguo templo—, rivalizaron como titanes, de tan grandiosa manera, que una misma gloria soberana ha hermanado en el orgullo y la veneración de los cubanos sus nombres inmortales.

Nadie, por último, ha podido olvidar tampoco que necesidades estratégicas, al declararse la guerra entre los Estados Unidos y España, trajeron un ejército americano a esta provincia de Oriente, y que el general García distribuyó de antemano las fuerzas de su mando con tan sorprendente previsión como acierto, para impedir la concentración de las tropas españolas contra los invasores, que habían reclamado la cooperación de los cubanos, a la invocación de su independencia, y que fué él su

asesor prudente y experimentado, su inteligente y decidido auxiliar en toda la campaña contra Santiago de Cuba, a extremo de haberse afirmado resueltamente que sin su hábil y eficaz participación en ella, los resultados hubieran sido muy diversos; aunque no he de recordar de aquellos comentados sucesos sino que el general García sufrió la ingratitud de unos y de otros sin proferir una queja. Enviado luego a los Estados Unidos como Presidente de la Comisión que ante el Gobierno americano debía procurar los auxilios indispensables para licenciar decorosamente las huestes revolucionarias, llegó a Wáshington en el rigor del invierno, entristecido y enfermo. Fué recibido con muestras de afectuoso respeto y de sincera estimación por el Presidente mismo, por las autoridades y por el pueblo, como en desagravio y rectificación de recientes errores; pero en aquellos días obscuros, que fueron los finales de una existencia agitada e incierta, había sorbido hasta las heces la angustia y la amargura, por lo que, apenas iniciada su honorífi-

ca tarea, cayó en el lecho para no levantarse más, a modo de un cedro colosal derribado por el rayo: su corazón magnánimo dejó de latir interrumpiendo la marcha guerrera con que había acompañado su trágica y tempestuosa vida. La dolorosa noticia ocasionó en la Habana desórdenes sangrientos, y luego sus funerales fueron violentos y tumultuosos, como si su nombre, aun después de muerto, fuese nuncio de agitación y de combate.

Y ahora comprenderéis cómo ese nombre ilustre vivirá siempre aun cuando desaparezcan de su tumba los epitafios y ruinoso caiga en el polvo este monumento; pero que los hijos de esta provincia, famosa por tantos hechos memorables, una vez más han merecido bien de sus compatriotas al conservar en esta efigie de blanco mármol la imagen augusta del patriota venerable en la sencillez y la majestad de su grandeza; aunque no, ciertamente, como mero ornamento público, sin significación ni objeto, ni menos como obra inútil de la vanidad o la hipocresía; sino para que aquí,

como al pie de los otros monumentos que hoy también se inauguran, como ante las obras todas en que el arte aviva las glorias del pasado, busquen piadosos los cubanos estímulos y ejemplo en las grandes y fecundas enseñanzas que de ellos se derivan; para que los hijos de los héroes no desmerezcan comparados con sus padres; para que todos los moradores de esta tierra sientan en el corazón, enorgullecidos de sus mayores, la resolución constante de perpetuar y defender su preciosa obra, persuadidos de que son sus afortunados usufructuarios bajo la condición irrevocable de merecerlo, venciendo las pasiones ciegas y malignas que puedan ocasionar su ruina.

La vida de esos claros varones convencerá a nuestro pueblo de que nadie tiene el vil derecho de declarar agotada o estéril para el bien a la noble estirpe en que ellos se engendraron, pues que a sus ubérrimos pechos de prolífica y amorosa madre se nutrieron de ideal, como de tuétanos de leones, tres generaciones ciclópeas. ¿Quién entre los grandes del mundo ha sido mejor

que Ignacio Agramonte? ¿Quién mostró más sublime arrojo que Céspedes, ni más nobleza de alma que Aguilera y que Masó? ¿Qué sabio más digno de respeto que José Antonio Saco; ni qué maestro más santo y más dulce que Luz Caballero? ¿Qué capitanes fueron superiores a esos grandes capitanes nuestros que se llamaron Máximo Gómez, Antonio Maceo y Calixto García Iñiguez? ¿Ni cuál genio tan asombroso como ese Martí que arruina un mundo viejo y prepara un mundo nuevo por la sola eficacia de su evangélica palabra? Y todavía, señores, fueron más, todavía hay más; porque si sobre nuestras cabezas resplandecen innumerables los astros del firmamento, en el fondo de nuestra memoria reverberan sin cuento constelaciones de mártires y héroes. De su largo calvario surgió a la vida universal esta República, monumento prodigioso del dolor humano, creación estupenda de la virtud. Por eso en todo tiempo—pero más en esta hora crítica de la civilización, en que naufragan los principios fundamentales de la moral

y la justicia en una pavorosa catástrofe—tienen los cubanos el imperioso deber y el interés supremo de conservarla, mejorarla y bendecirla. Si así no fuera siempre, estas mudas estatuas serían sus más elocuentes acusadores, y en nombre de tantas generaciones martirizadas en vano, tomando por un milagro el acento de las iras mortales, maldecirían a sus indignos legatarios, repitiendo en coro, al oído de cada uno, esta frase desesperada de una gran tragedia: "¡Infeliz! como el Indio indiferente has arrojado y perdido una perla que valía más que toda tu tribu!"



INDICE

INDICE

Págs.

Págs.